

Los sediciosos despertares
de la anarquía

Daniel Barret
(Rafael Spósito)

Los sediciosos despertares de la anarquía

Barret, Daniel

Los sediciosos despertares de la anarquía. - 1a ed. -
Buenos Aires : Libros de Anarres, 2011.
270 p. ; 20x12 cm. - (Utopía libertaria)

ISBN 978-987-1523-12-2

1. Anarquismo. 2. Movimientos Sociales. I. Título
CDD 335.83

Corrección: Eduardo Bisso

Diseño: Diego Pujalte

© Libro de Anarres
Av. Corrientes 4790 C.P. 1414AJN
Buenos Aires / R. Argentina
Tel.: 4857-1248 / 4115-1041
edicionesanarres@gmail.com

© Terramar Ediciones
Av. de Mayo 1110.
Buenos Aires / R. Argentina
Tel.:4382-3592
www.terramarediciones.com.ar

Editorial NORDAN
La Paz 1988, C.P. 118000
Montevideo, Uruguay
Tel - Fax: + 598 2408 8918
Cel: +598 98 467 148
www.nordan.com.uy

ISBN 978-987-1523-12-2

La reproducción de este libro, a través de medios ópticos,
electrónicos, químicos, fotográficos o de fotocopias, está
permitida y alentada por los editores.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

Palabras preliminares

NO desmenuza la realidad, no intenta la construcción de un paradigma (sería contradictorio), ni siquiera atisbamos algún “mensaje” o intención de marcar senderos. ¿Para qué sirve entonces, tanta letra?

Describe e interroga. Abre y condena. Siempre con su manera fraternal, abarcadora y analítica.

Los que lo conocimos aprendimos que la “teoría”, que el pensar, también es una práctica. No útil, no sucedánea.

Al igual que la piedra arrojada en el momento preciso, sus palabras pretenden (pretendemos) sean inflexión, ruido, llamado de atención.

Nunca revolución. Eso no lo hace un individuo, una piedra o unas palabras.

.....

Rafael Spósito fue un compañero a tiempo completo, con lo que eso quiere decir para los anarquistas. Para tomar, para mudarnos, para jugar al fútbol, para conversar, para reírse o para llorar por una ocupación sindical.

Participó en infinidad de reuniones en dictadura y en esto que llaman democracia.

Era (es) de los que los detentadores de poderes y gobiernos no dan importancia, pero socavan el terreno que pisan y disfrutan.

REFLEXIONES PRELIMINARES: EL PANORAMA DEL MOVIMIENTO ANARQUISTA

Quizá nada mejor que inaugurar esta serie de *Folletos militantes* mediante un repaso parcial y sesgado de nuestros puntos orgánicos de partida propiamente dichos. En efecto, no hay ni puede haber ningún discurso de intención militante y de proyecciones en tal sentido que no tenga en cuenta, principalísimamente, el sustrato material de la acción colectiva; y ese sustrato, en nuestro caso, no puede ser otro que el movimiento anarquista mismo, una vez ubicado éste en su actual situación histórica. *Esa situación tiene, naturalmente, múltiples aristas y facetas que se intentará describir y descifrar; las que, sin perjuicio de su multiplicidad y aun de los mensajes contradictorios que puedan portar, aceptan reunirse en su más exultante forma de presentación: la de un sedicioso despertar;* un despertar que nuestro trabajo intentará demostrar e interpretar. Dejemos que sea el folleto mismo quien se encargue de justificar los rasgos del despertar en tanto tal y concentrémonos ahora en el modelo interpretativo, constituido de aquí en más en una de las probables claves de lectura de las páginas que siguen.

Ese modelo nos dice que el movimiento anarquista y el cuerpo teórico-ideológico que lo sustenta no son fenómenos meteorológicos que leviten eterna e impunemente en el cosmos sin experimentar alguna vez conexiones y condicionamientos plurales; sino que, antes bien, *los mismos se presentan como una configuración de pensamiento y acción que responde a raíces sociales e históricas perfectamente ubicables.* En trazos muy generales puede decirse, entonces, que el anarquismo y sus expresiones materiales colectivas se forman en un punto de cruce en el que reverberan al menos tres clases de factores con su correspondiente equipaje de multiplicidad, complejidad y contradicciones. En primer lugar, modos de pensar, de sentir y de actuar; *epistemes*, sensibilidades y prácticas con sus propias historias “sectoriales”. En segundo término, articulaciones sociales, políticas y económicas con su específica carga de antagonismos favorecidos y probables a partir de las mismas. Y, por último pero quizá más importante, los conflictos, las luchas y las conflagraciones que distinguen a una época dada. *Todo ello,*

debidamente interconectado, se conforma no cual si se tratara de mecanismos deterministas e inapelables sino en tanto historicidad de la que apropiarse, en cuanto condiciones de posibilidad de una emergencia y como un campo de oportunidades en disputa. Es no en un firmamento lejano e inasible sino en ese intrincado cruce de caminos que el movimiento anarquista experimenta un renovado empuje y ocupa un espacio rejuvenecido y singular en las beligerancias de nuestro tiempo.

Ahora bien, si aplicamos ese modelo de análisis a la historia del cuerpo teórico-ideológico anarquista y del movimiento que lo encarna, encontraremos que los mismos se consuman en tanto configuración *abierta* de pensamiento y acción; una configuración que cambia precisamente al compás de las mutaciones en los factores mencionados inmediatamente antes. La historia del movimiento anarquista, por lo tanto, no es la historia de un diagrama imperturbable y siempre igual a sí mismo sino la historia de un movimiento que cambia al influjo de las condiciones en las cuales actúa; condiciones que –¿quién podría dudarlo?– no son hoy las mismas que en los tiempos de la irrupción del movimiento obrero europeo, la 1ª Internacional y la Comuna de París o los tiempos de la Revolución Española y ni tan siquiera aquellos más próximos en que se extendía una visión primaveral y candorosa de la revolución cubana y las guerrillas latinoamericanas. Compárese, por ejemplo, de obvias drasticidad y contundencia, los efectos devastadores y cismáticos que sobre el movimiento anarquista internacional tuvo la Revolución Rusa de 1917 con los producidos algo más de 70 años después por la implosión estrepitosa del bloque soviético –una debacle confirmatoria de viejas tesis libertarias– y entonces se concluirá fácilmente que el movimiento no puede concebirse a sí mismo como si fuera un ente autárquico ni tampoco sustraerse de procesos que, por regla general, están casi enteramente por fuera de su esfera de decisión. Antes bien, lo que esos procesos le exigen al movimiento es un intenso proceso de adecuación a la historicidad concreta de la que forma parte: *una adecuación que reclama su correspondiente renovación teórico-ideológica, un nuevo modelo de organización y acción y, en definitiva, un paradigma revolucionario remozado que, terminantemente, ya no puede ser el mismo que fuera en tiempos de su aurora fundacional.*

Estas páginas quisieran ser una modestísima contribución en tal sentido, *pero no en lo que respecta a los elementos concretos que redondearían ese paradigma revolucionario sino en cuanto a la incrustación de su necesidad.* Sin perjuicio de esta aclaración, corresponde disipar ahora las más que legítimas dudas y los más que razonables temores normalmente asociados con todo proceso relativamente indefinido de renovación. Para ello y de momento, bástenos decir ahora que no entendemos por tal a esas oscuras operaciones de acomodación a la “realidad” ni tampoco a esos asépticos atajos en forma de enjuagues que buscan asimilar el anarquismo a algunos híbridos teórico-ideológicos que deambulan en nuestro vecindario. En este contexto de elaboración, la renovación de que hablamos no debería ser entendida como el tránsito hacia un “civilizado” posibilismo ni tampoco como la agradable transacción “unitaria” con aquellas corrientes que todavía reclaman de modo forzado u ocurren su pertenencia al campo de la revolución y el socialismo. En lugar de ello, la renovación que intentamos defender es ni más ni menos que un ejercicio intransigente de reafirmación; *una reafirmación que sigue fundándose no menos sino más que nunca en una crítica radical del poder y en una incommovible ética de la libertad;* sin mediatizaciones seductoramente, transiciones edulcoradas y negociaciones de ocasión que la desvíen o distraigan de sus horizontes y de sus prácticas inmediatas.

Es en este marco de reflexiones que se inscriben las páginas que siguen, redactadas entre los años 2002 y 2007; yendo y viniendo de las reflexiones abstractas a los mensajes de la realidad, de lo general a lo particular y de lo interpretativo a lo propositivo; en recorridos que quieren ser algo así como un anticipo de las derivas que signarán esta serie de *Folletos militantes* que nos proponemos acometer. Tanto *Los sediciosos despertares de la anarquía* (2002) como *El anarquismo hoy: ¿moda o tendencia?* (2005) intentan ser un repaso de los aspectos más generales del actual resurgimiento libertario tal como se presentan en un lado y en el otro; un intento por localizar las características del mismo y las razones de época a las cuales responde. De inmediato se nos plantea una confluencia de factores relevantes: *en primer lugar, el derrumbe del “socialismo realmente existente”*

y el terremoto político que ello provocó en los cuatro puntos cardinales; en segundo término y acto seguido, el fracaso de la reestructuración conservadora luego de su aparente floreo sin adversarios a la vista; y, por último aunque no por orden de aparición, el creciente protagonismo de movimientos sociales autónomos de las tutelas estatales y partidarias. Es en ese espacio de cruzamientos que el pensamiento y las prácticas anarquistas vuelven a presentarse con su propio bagaje de sugerencias imprescindibles: *el aliento de la utopía, el ejercicio implacable de la crítica en profundidad y el despliegue de las rebeldías consiguientes*. De tal modo, a fines de los años 90, la mesa ya está servida y a la espera del despertar.

El mapa del despertar en América Latina, por su parte, fue en su primera versión tanto como lo es en la segunda que aquí presentamos (2003 y 2007, respectivamente), un esfuerzo por aquilatar empíricamente el resurgimiento libertario en una región particular del mundo; precisamente aquella que está más al alcance de nuestra mirada y de nuestros desvelos. Sin olvidar las severas limitaciones de dicho trabajo de relevamiento, parece claro que el mismo se encarga de disipar las reservas más tenaces respecto del despertar libertario; al menos en este amplio y diverso escenario. Cientos de nucleamientos anarquistas desigualmente distribuidos en la geografía latinoamericana –y la mayor parte de ellos nacidos en el correr de la última década– se encargan por sí mismos de demostrar que efectivamente estamos frente a un sedicioso despertar de la anarquía. Mientras tanto, *El movimiento anarquista latinoamericano de nuestros días: realidades y tareas* (2004) da un giro complementario alrededor de la noria y nos recuerda, obsesivamente, que todavía nos quedan ingentes deudas por saldar; repasando, con reiteración y alevosía, en qué pueden consistir tentativamente las mismas. A su turno, *El Encuentro Anarquista uruguayo* (2003), que incluimos como *Anexo*, es algo así como la reproducción a escala de la misma temática, ubicada ahora en el territorio que nos incumbe más fuerte y directamente.

Horizontes, caminos, sujetos, prácticas y problemas, a su vez, es un primer intento –y nada más que un primer intento– por trazar, con manos todavía temblorosas, cursos de definición y acción que trasciendan la situación de despertar que los

capítulos previos se encargan de demostrar. En efecto, una de las convicciones que anima estas páginas es que el despertar no puede ser más que un período relativamente breve y que las exigencias que lo suceden no pueden ser resueltas apelando apenas a una bulliciosa constatación. Antes que eso, lo que el movimiento anarquista tiene planteado es una redefinición actualizada de sus trazos; y, como acaba de sostenerse, no para deformarlos en una versión mediatizada e irreconocible sino para que los mismos adquieran su inevitable carta de ciudadanía en la historicidad que nos atraviesa de cabo a rabo. Lo que este texto se propone, entonces, es un replanteo general de aquellas pautas que podrían informar un proyecto revolucionario de trabajo en el espacio latinoamericano, procurando abarcar, así sea con la brevedad del caso, sus notas fundamentales. Al mismo tiempo, el texto puede ser entendido también como un resumen de hecho de aquellos rasgos que el movimiento anarquista ya presenta de por sí y sin que los mismos adquieran el carácter de un programa de cumplimiento imperativo. En ese sentido, los puntos allí señalados pueden constituir una agenda de diálogos y reflexiones al interior de la variopinta constelación de agrupaciones que compone el movimiento anarquista de nuestros días.

Estas páginas contienen, entonces, el relato de despertares y alborozos pero quieren ser también un llamado de atención sobre su probable agotamiento sin consecuencias; tal como se planteara ya más de una vez, lastimosamente, en nuestra largamente centenaria peripecia. *Despertares, sí; pero no como un augurio triunfalista de cumplimiento lineal e inexorable, no como un pronóstico feliz y “esperanzado” sino en tanto acontecimiento que se revuelve en una historicidad concreta y que sólo puede ser entendido como un campo renovado de oportunidades y desafíos y nada más que como tal*. Siendo así, no cabe actitud más razonable para este trabajo que señalar también, con el énfasis del caso, aquel conjunto de limitaciones que obstaculizan el desarrollo presente del movimiento anarquista y sobre las cuales, inevitablemente, habrá que operar con la enjundia necesaria.

Ya hicimos referencia a lo que, desde nuestro punto de vista, constituye un requisito esencial: *la recreación de un paradigma revolucionario remozado y en condiciones de apropiarse por*

completo de la historicidad de la que forma parte. Un paradigma que, por tanto, sea capaz de integrar y expresar los cambios sustanciados en aquellos factores que otrora funcionaron como detonantes en la emergencia histórica del movimiento anarquista y también en sus mutaciones posteriores: es decir, integrar y expresar *críticamente* los nuevos modos de pensar, de sentir y de actuar; las nuevas articulaciones sociales, políticas y económicas; y, por último pero con especial preferencia, las nuevas luchas que agitan nuestro alrededor y las mil formas de enfrentarse a todos los poderes establecidos y por establecer. Siguiendo la misma lógica de funcionamiento que acabamos de enunciar, ese paradigma de que hablamos debe atender al menos las que serían sus dos vertientes fundamentales: *la renovación teórico-ideológica y la formación de un nuevo modelo de organización y acción.* Se trata, entonces, de reconocer nuestras insuficiencias; pero no para arrojar por la borda las adquisiciones de nuestra larga travesía sino para incorporarlas en una nueva síntesis que todavía hoy puede recoger con provecho los mejores y más rescatables aportes que históricamente expresaran tanto el anarcosindicalismo como el especificismo.

Pero no son éstas las únicas “ausencias” que todavía padecemos. Por lo pronto, es imprescindible reconocer que la falta de un paradigma revolucionario común se traduce orgánicamente en los términos de una proliferación de corrientes como nunca antes la hubo a lo largo de nuestra historia. Esta fenomenal dispersión es ambigua en sus consecuencias puesto que, al tiempo que ha permitido cubrir creativamente áreas que difícilmente pudiera abarcar un aparato institucionalizado, monocrorde y burocrático, también acarrea su propia secuela de rivalidades y discordias, muchas veces exacerbadas más allá de sus límites razonables. *Limar esas asperezas, disipar sus facetas más tormentosas y llevarlas a terrenos posibles de entendimiento y de solidaridad es también una de nuestras asignaturas pendientes;* aceptando diversidades irreductibles pero bienvenidas y canalizando las mismas en respaldo de nuestro sustrato compartido. Quizás ésta sea una de las condiciones que facilite cumplir con una exigencia mayor todavía, que va más allá de la actual situación de despertar y que *no consiste en otra cosa que en bregar entre la gente por una incidencia social perdida muchas décadas*

atrás; en aquella “edad de oro” en que el movimiento anarquista fue capaz de impregnar con sus valores inconfundibles los gestos de rebeldía y las tensiones emancipatorias.

Pero, por cierto, el trabajo en torno de este breve catálogo de carencias no se resuelve con fórmulas mágicas y estas páginas sólo pueden ubicarse a una distancia muy remota de desenlaces mínimamente satisfactorios que tal vez sólo puedan producirse por obra y gracia del esfuerzo colectivo y en clave internacionalista de la actual generación militante. A estas páginas les cabe sí la tarea de situar obsesivamente estos problemas y tentar *un eventual camino de abordaje de un cierto modelo de organización y acción;* un camino que, en los hechos, no es ni podría ser el fruto de una inspiración solitaria sino el recorrido que el movimiento anarquista ya ha comenzado a transitar intuitivamente con las vacilaciones, contramarchas y lentitudes de rigor. *Ese camino implica, de momento, la creación de redes provisorias, superpuestas y de prioridades flexibles en las más diversas extensiones territoriales;* redes basadas antes en el intercambio de preocupaciones y experiencias que en el mensaje redentor que algún hipotético centro de sabiduría fuera capaz de producir. E implica también la búsqueda de una imbricación más fuerte y más protagónica con la vasta y diversa trama de movimientos sociales y sus luchas desde una vocación y una proyección que ya no pueden limitarse a ningún espacio “nacional”. Estas páginas, entonces, sólo pretenden ser admitidas como compañeras de esos latidos.

Hasta donde llegan nuestras informaciones, la primera y única redacción de Los sediciosos despertares de la anarquía fue originalmente publicada el 12 de octubre de 2002 en la sección de artículos de la página web A las barricadas de España (www.alasbarricadas.org); El anarquismo hoy: ¿moda o tendencia? vio la luz anteriormente en el N° 253 de la revista Relaciones de Montevideo (Uruguay), bajo seudónimo persistentemente apócrifo; una primera versión de El mapa del despertar en América Latina fue hospedada desde marzo del 2003 en la versión electrónica de El Libertario de Venezuela (www.nodo50.org/ellibertario) y una vez más en A las barricadas mientras que la versión

que aquí se presenta fue incluida en primer término en *Caosmosis de España* (caosmosis.acracia.net); El movimiento anarquista latinoamericano de nuestros días: realidades y tareas fue escrito especialmente para el N° 40 de *El Libertario de Venezuela* y también fue recogido en la página web de dicho periódico al tiempo que una versión preliminar no anotada de *Horizontes*, caminos, sujetos, prácticas y problemas estuvo alojada durante un breve período a fines del año 2004 en el sitio chileno de *Mujeres Creativas* (<http://mujerescreativas.canadianwebs.com/>) y también, una vez más y con mayor perdurabilidad, en la página web de *El Libertario*. El Encuentro Anarquista uruguayo, por su parte, se difundió anteriormente en el sitio del Colectivo *Media Luna Negra Anarquista de México* (mx.geocities.com/cmlna) y un resumen de la misma también encontró lugar en la edición del 12 de setiembre de 2003 del *Rojo y Negro digital de la CGT española* (www.huelgageneral.info/ryn_prueba). Algunos de estos textos fueron también objeto de ediciones por los medios gráficos tradicionales en distintos países pero ésta es, naturalmente, la primera vez que los susodichos son presentados en forma parcialmente actualizada, conjunta y respondiendo a un mismo y ya explicitado fin.

CAPÍTULO 1: LOS SEDICIOSOS DESPERTARES DE LA ANARQUÍA

“Nosotros somos quien somos/ ¡Basta de Historia y de cuentos!/ ¡Allá los muertos! que entierren/ como dios manda a sus muertos/ Ni vivimos del pasado/ ni damos cuerda al recuerdo/ somos, turbia y fresca, un agua/ que atropella sus comienzos.”

Gabriel Celaya

–¿Nos hubiéramos figurado nosotros que se podría ir de Europa a América por los aires? –dijo la marquesa.

–Hacemos más que figurarnos la cosa como posible –repliqué–; se comienza ya a volar un poco... En verdad, no ha sido un vuelo de águila..., pero, en fin, eso equivale a las primeras tablas que se lanzaron al agua, y que fueron el comienzo de la navegación.. Poco a poco aparecieron los grandes navíos..., que pueden dar la vuelta al mundo. El arte de volar acaba de nacer; se perfeccionará y algún día se llegará a la Luna.

Bernard Le Bovier de Fontenelle
(*Conversación sobre la pluralidad de los mundos habitados*, 1686)

A la imitación del Fénix/ unas de las otras nacen,/ viviendo de lo que mueren,/ y siempre de sus cenizas/ está el sepulcro caliente.

Pedro Calderón de la Barca

1.- El despertador de la utopía: un vasto cuadro de época

Es una tarde de abril, lluviosa, fría e irremediabilmente gris; una de esas tardes que parecen destinadas a acunar melancolías, especialmente propicias para dejarse ganar por esos movimientos veleidosamente completos, cerrados y redondos en los que parecen sucederse –sin diferencias ni matices entre un ciclo y el siguiente– la vida, la muerte y la resurrección. A través de los vidrios empañados puede divisarse el mar y las repeticiones rítmicas del oleaje nos sugieren nuevamente que tal vez no se trate más que de variaciones que quieren dirigirse hacia otro lugar pero que sólo pueden reproducirse iguales a sí mismas, interminablemente. Nos preguntamos acerca de los mitos y los símbolos, quizá buscando respuestas y esperanzas: el ave Fénix es, entonces, como no podía ser de otra manera, la primera imagen en acudir. Saber arquetípico y transcultural, el mito del ave Fénix recorre, con otros nombres y formas variables, distintos tiempos y distintas geografías. Entre analogías y nostalgias, nos dejamos ganar unos instantes por sus eternos retornos. El Fénix, sí, la personificación zoológica de la inmortalidad a través de sus periódicos y rítmicos renacimientos, que tanto niegan como vuelven a conducir a sus propios despojos vitales. Ese Fénix, cuyo nombre griego evoca el rojo del fuego y las llamas purificadoras, fue antes el *benú* egipcio, esa garza cenicienta posada sobre la colina primigenia como representación viviente de las majestuosidades solares. Para nuestra desesperación, quienes veneraron al *benú* en la antigua Heliópolis creían que sus reapariciones se producían sólo cada 500 años. Pero poco importa si ahora recordamos que el mito iría haciéndose más imaginativo y frondoso con el correr del tiempo y que poco después nos habremos de encontrar con nuestro ave Fénix egipcia alimentándose de un solitario rocío y recolectando hierbas aromáticas en lugares remotos, para luego encender con ellas una hoguera sobre el altar de la misma Heliópolis, muriendo abrasada y reducida a cenizas por su propio fuego; emergiendo rediviva, inmediatamente luego, como imprevisto retoño de sus flamígeros designios. En los mitos judíos, el Fénix se llamará *Milcham*, en los chinos tal vez se corresponda con *Feng-huang* y no sería extraño que, en las leyendas mayas, estuviera emparentado

con el *quetzal*. Mientras, la tarde avanza, la lluvia no cesa y es *Milcham*, sin duda, el que más llama nuestra atención; aunque íntimamente repudiamos su obsecuencia. Dicen los mitos que cuando Eva se declaró culpable de haber expropiado y gozado el fruto prohibido, recelosa del resto de la fauna edénica, sedujo a los demás animales para que también participaran del festín. Sólo *Milcham*, obediente como ninguno a las interdicciones del “Señor”, se plegó sumisamente a sus ayunos y abstinencias y se hizo acreedor a la inmortalidad. Se dice que *Milcham* habría de encogerse y desplumarse al llegar a la edad de mil años, para adoptar nuevamente así el aspecto de un polluelo; momento en el cual recuperaría el plumaje, remontaría vuelo como un águila y disfrutaría la exoneración divina de no ser jamás asaltado por la muerte. El cielo ennegrece cada vez más y repasamos los mensajes de la Iglesia cristiana arcaica –antes incluso de ser nominada como católica–, que tranquilizan y aplacan tenuemente nuestra impaciencia: el Fénix simboliza ahora la inmortalidad del alma y, a imagen y semejanza del mismísimo Jesús, su resurrección acontece sólo tres días después de haber comenzado su reposo sepulcral. Más tarde, serán los alquimistas los que tomarán para sí la responsabilidad de darle al mito una pátina ingrátida de materialismo: ahora el Fénix, más modestamente, se encargará de simbolizar los ciclos de destrucción y nueva formación en el camino hacia la piedra filosofal. Así y todo, seguimos inquietos, agitados, estremecidos y no sabemos todavía si seremos cubiertos o no por un manto nocturnal: vida, muerte y resurrección; mitos y símbolos; leyendas que atraviesan los siglos y que nos traen en este momento a la memoria, como emblema acuñado apenas ayer, aquel grafito premonitorio escrito cuando el “mayo francés” pasaba a ser también un tema del pasado: “Marcharemos de derrota en derrota hasta la victoria final”.

Ahora sí, abrimos los ojos finalmente y nos sentimos en un territorio familiar; confirmamos, como un viejo principio anterior a esta tarde, la decisión de hacer prontamente las mitografías a un lado; pero, aun así, no podemos dejar de preguntarnos, *¿cuántas veces hemos oído ya, en medio de la prisa burocrática por extender certificados de defunción, cobrar las herencias que correspondan y adoptar a los huérfanos respectivos, que el anarquismo ha muerto definitivamente: que sus hombres, sus travesías y sus propuestas son sólo una*

curiosidad para historiadores; que sus resortes ideológicos básicos no representan otra cosa que una evocación nostálgica de un mítico igualitarismo agrario; que sus alzamientos individuales o colectivos no expresan más que una rebeldía infantil, primitiva y prepolítica; que su destino inexorable no puede resultar en algo distinto que una sala extravagante y más o menos entrañable en el museo de las reliquias revolucionarias; que sus nociones fundamentales son inervaciones intelectuales delirantes, carentes de profundidad, despojadas de articulaciones teóricas relevantes, huérfanas de todo desarrollo posible y ampliamente superadas por el recorrido y la experiencia de las sociedades humanas? Se decretó que el anarquismo ya no tenía razón de ser luego de la revolución de octubre de 1917 y ocurre que hoy en Rusia son las estatuas de Lenin y no las de Bakunin o Kropotkin las que primero se derriban y luego se arrumban sigilosamente en los desvanes. Se dijo, luego del triunfo franquista en España, que el anarquismo había entonado allí su última letanía, y sesenta y tantos años después nos encontramos en ese país con prolijas reelaboraciones de la gesta revolucionaria de 1936, con organizaciones anarcosindicalistas que reúnen a decenas de miles de adherentes, con una exultante proliferación de ateneos libertarios y con una rica floración de radios libres, casas ocupadas y publicaciones de todo tipo y color que vuelven a abreviar en esa “vieja” pero inagotable fuente. Se promulgó, también, que los avances tecnológicos, el progreso material de la humanidad y la extensión irrefrenable del ideario democrático dejaban al anarquismo fuera de época y que sólo se podía condescender a considerarlo como una reminiscencia atávica del pasado: y, sin embargo, se acaba descubriendo que sus militantes pueden hacer un uso alternativo y contestatario de las nuevas técnicas, que la amplia disposición de bienes de consumo es una pompa de jabón que oculta tanto injusticias insoportables como las miserias de la vida cotidiana y que la democracia “representativa” tal vez no sea más que un ingenioso mecanismo de exclusión para impedir el acceso permanente de las enormes mayorías populares a los procesos de decisión colectiva. *Se peroró y se perora, se fantaseó y se fantasea, se cotorreó y se cotorrea abundantemente sobre el punto y, pese a todo, el anarquismo, vocacionalmente impertinente e incorregiblemente burlón, vuelve a sorprender, una y otra vez, al heterogéneo, desafiado y reaccionario coro de sus sepultureros con los intermitentes arrebatos que lo colocan en la agenda de las posibilidades rebeldes y*

en el arco de las alternativas reales de libertad intransigente, de realización personal y comunitaria y de justicia social. Una y otra vez, entonces, sediciosos y desfachatados despertares de la anarquía que ahora habrá que interrogar, explorar y desentrañar.

Estos resurgimientos y rejuvenecimientos, diferentes en su intensidad y en su forma, variables según el lugar y situados temporalmente a distancias irregulares entre sí, seguramente expresaron y expresan razones particulares y específicas propias de las circunstancias singulares en que efectivamente se dieron; pero también hacen posible trazar un vasto cuadro de época y una cierta corriente “subterránea” y ampliamente extendida de motivos que los explican y que constituyen sus condiciones de posibilidad.¹ El primer toque de atención moderno respecto de las virtualidades de una rebelión juvenil de signo libertario fue, sin duda, el llamado “mayo francés” de 1968; el que, como resumen

¹ Esta frase, en su aparente simplicidad, encubre una concepción bastante más intrincada que no es posible desarrollar ni discutir aquí. Sintéticamente, esa concepción nos dice que el anarquismo, como movimiento social reconocible, es un producto histórico que germina en un punto de cruce donde reverberan las configuraciones sociales, políticas y económicas de cada período, los modos de pensamiento, las problemáticas y los entendimientos distintivos que se generan a ese nivel así como, fundamentalmente, las luchas y enfrentamientos que les son propios. En cada período, por ende, el anarquismo será una respuesta más o menos pertinente orientada a la reinterpretación y la reapropiación de esa historicidad, encontrando para ello tanto condiciones favorables como desfavorables que casi nunca pueden deducirse linealmente ni ser purgadas de toda complejidad. En particular, en este “vasto cuadro de época” de que hablamos, quizá sea posible decir que resultan relativa y directamente favorables el lento pero progresivo mutis por el foro y la creciente pérdida de atractivos de ciertas concepciones teóricas y de ciertas alternativas de cambio que le eran competitivas –un proceso de descongestiónamiento histórico del cual el anarquismo emerge medianamente indemne– así como algunas características de las nuevas luchas sociales, centradas en la inocultable floración de movimientos renovados y refractarios a cualquier forma de centralización vanguardista. Pero ello no quiere decir, ni por asomo, que todas las tendencias que nuestro tiempo pone de manifiesto sean interpretables en el mismo sentido. *Tampoco se quiere dar a entender que la historicidad sea simplemente un eslabón más de una cadena irreversible y determinista, sino que se intenta presentarla como un campo de litigios y disputas de final incierto.* No hace falta decir, por otra parte, que tales cosas no se expresan exactamente de la misma manera en cualquier lugar del mundo, sino que en cada caso habrá que pasarlas por el cedazo de las especificidades correspondientes. Dicho esto, cabe advertir, además, que esta concepción de que hablamos, aun cuando no sea abordada y desarrollada especialmente en este texto, es, en el mismo, un auténtico nodo de derivaciones que convendrá tener particularmente presente.

de insurgencias varias habidas antes y después de esa fecha clave, y elevado allí a la categoría de símbolo común, opera como referencia de lo que, en esa misma circunstancia histórica, comenzó a denominarse, con lúcida anticipación, “crisis civilizatoria”. Se trataba ya en aquel entonces –y, seguramente con mayor razón, se trata todavía hoy– de una crisis de los fundamentos de las sociedades “avanzadas”, que pasaron a ser concebidas como una nave sin rumbo y lanzada a alta velocidad a la conquista del vacío, con su penosa carga de objetos destinados a la ostentación o el despilfarro, mientras se intentaba vanamente ocultar su marcha predatoria sobre los recursos y la calidad de vida del planeta o sus criminales desfiles belicistas o las miserables condiciones de existencia de miles de millones de menesterosos en aquellos países que se mantenían y siguieron manteniéndose al margen de sus mezquinas prosperidades. Esas mismas sociedades “avanzadas” se percibieron –de golpe y porrazo a la luz pública pero siempre luego de un demorado proceso de concientización en sus calladas o vociferantes sombras críticas– como espectáculo y como simulacro de una autenticidad vital y de unas pasiones existenciales que ya no tenían cabida, como no la tuvieron nunca, en las circunscripciones y en los derroteros del poder institucionalizado o por institucionalizar en cualesquiera de sus formas. *Y fue y es crisis civilizatoria desde entonces porque la indignación contestataria no se limitó a arremeter contra esos tótems sagrados que son el Estado y el capital sino que transformó también en objetos de su iconoclastia y de su ira a todas las instituciones autoritarias, vetustas y resacas, que se le pusieron por delante.*

Así las cosas, el “mayo francés” celebró ese momento extático –pero no estático y, mucho menos, etático– en que París, una de las más importantes capitales europeas, vio flamear nuevamente las banderas rojas y negras de la anarquía; y no sólo en calles y plazas abiertas al viejo misterio sino también en la profanación irreverente de edificios y monumentos tan “venerables” como podían serlo la Sorbonne, el Arco de Triunfo o el Odeón. El anarquismo volvía a proponerse entonces como una alternativa sobre la que, al menos, valía la pena reflexionar. En primer lugar, y fundamentalmente, por cuanto ofrecía respuestas radicales e históricamente ajustadas a la crisis civilizatoria de las sociedades “avanzadas” pero también porque

volvía a encarnar el porvenir de la utopía, poniendo en movimiento, rabiosa y sorprendentemente actualizado, esa corriente que desde la 1ª Internacional identificó y ubicó claramente a los proyectos de construcción socialista entre la descarada e insólita autonomía de las organizaciones populares de base, entre lo que a fines de los años 60 había pasado a reconocerse ya como autogestión² y, sobre todo, entre el apetito, la voracidad y la gula de realización libertaria que, para los anarquistas, era imposible y profundamente erróneo distinguir del socialismo como tal. En otras palabras: *el anarquismo recuperaba actualidad porque ubicaba sus respuestas más allá de cualquier compromiso, de cualquier involucramiento, de cualquier contubernio, con las grandes concentraciones de poder mundial y, además, en tanto contestación radical de todos los modelos de organización social realmente existentes –al oeste y al este, al norte y al sur del planeta– y de todas las formas de dominación conocidas y por conocer.*

Digámoslo todavía de otra manera: *lo que el “mayo francés” volvió a reubicar en el orden del día fue el rostro históricamente reprimido y oculto de la utopía que muchos habían creído ver sepultada en España en 1936; una alternativa a la “crisis civilizatoria” desde modos de pensar, de sentir y de actuar fundados en el deseo de una libertad intransigente que se realiza y resuelve en un proyecto revolucionario y socialista capaz de ofrecerle un marco propio e intransferible.* Un proyecto que nunca había dejado de latir totalmente –y que la prosperidad capitalista o el “socialismo” de Estado nunca consiguieron sustituir ni enterrar– recobraba allí sus antiguos bríos. Y en ese hecho, además,

² Como es bien sabido, es muy difícil encontrar el término autogestión en escritos anarquistas previos a los años 60: aparentemente, su uso se generaliza a partir de la traducción inicialmente francesa de la expresión *samo-upravlje*, utilizada en la ex Yugoslavia para referirse a la administración directa de sus empresas por parte de los trabajadores. No obstante, el término expresa desde entonces –y lo hace a la perfección– lo que los anarquistas siempre quisieron significar sobre el punto; incluso aunque sea preciso reconocer que el mismo se haya prestado también a insufribles manoseos. Manoseos o no, lo cierto es que el término se mostró también bastante más fecundo y más ubicuo desde el punto de vista teórico, político y metodológico que cualquiera de sus equivalentes anteriores, incluso hasta el extremo de admitir una utilización coherente en expresiones que eran difícilmente pensables con anterioridad: “autogestión generalizada”, “autogestión de las luchas”, “autogestión pedagógica”, etc., etc.; desbordando así los campos, tradicionales y necesarios por restringidos, de las unidades productivas y las comunas.

se reconocían dos facetas que no siempre llegaron a ser visualizadas cabalmente y con todas sus consecuencias: el “mayo francés” representó, ciertamente, el rescate de un pasado y de unas tradiciones que todavía podían mantener en alto sus rasgos definitorios, *pero también fue un anuncio fundacional, transgresor, creativo, que prometía ser la continuidad de un viejo movimiento pero ahora sobre cauces que sólo cabía interpretar en su radical novedad.* Porque el “mayo francés” fue también la condensación y el resumen de un vasto, profundo y dilatado movimiento histórico que expresó la emergencia de nuevos entendimientos y nuevas nociones que ya no se correspondían punto por punto con las sociedades, las prácticas y los instrumentos organizativos que durante más de medio siglo le habían conferido al anarquismo clásico su personalidad distintiva. Si el anarquismo pudo resurgir entonces de sus cenizas no fue porque los grupos que lo expresaron se limitaran a recordar efemérides gloriosas y entrañables y conmovier así a sus ocasionales auditorios; no fue porque finalmente hubiera conseguido demostrarse que en la comuna parisina de 1871, en la Rusia de los soviets de 1917 o en la España revolucionaria del 36 los anarquistas constituían la fuerza auténticamente socialista y emancipadora; no fue porque se reclamara para sí fidelidad con alguna ortodoxia inmovible ni se recurriera al embelesado arrobamiento de una repetición ceremonial: *fue así porque el anarquismo se presentó nuevamente como una fuerza rejuvenecida y capaz de ofrecer explicaciones y respuestas a los múltiples interrogantes y problemas de un tiempo que entonces era y ahora sigue siendo el nuestro.*

Dos características, de las que el “mayo francés” no fue sino un anticipo y quizá también, paradójicamente, una consagración, destacan entre tantas otras: por un lado, *la emergencia de una concepción de las sociedades según la cual éstas ya no eran susceptibles de aprehensión a partir de un mecanismo central determinante*, cuyo control favorecería inmediatamente los cambios que solitariamente establecieran los planificadores o las pitonisas de turno; y, por otra parte, en consonancia con lo anterior, *el fastuoso surgimiento de un abigarrado conjunto de movimientos sociales dispuestos a afrontar las luchas de contra-poder cuándo y dónde se los requiriera.* Lo que allí se estaba poniendo en cuestión eran las nociones vueltas tradicionales por cierta izquierda de raíz leninista respecto de la

toma del poder en tanto instancia demiúrgica de la construcción socialista, así como se sumergía en la pila bautismal la experiencia descentralizada y transversal de movimientos que emprendían la transformación capilar de la sociedad en los ámbitos donde se los reclamaba. De allí en más se volvió evidente la convicción de que la construcción de un mundo nuevo ya no podía reducirse al decimonónico asalto del cielo y a la consecuente transformación de ciertas estructuras entendidas como fundamentales, organizadoras y definitorias: *ahora las revoluciones debían ser, también y sobre todo, revoluciones que abordan y abarcan todos los vericuetos, intersticios y anfractuosidades de la vida en sociedad; debían ser, en suma, además de su horizonte de supresión radical y a escala global de la dominación política y la explotación económica, revoluciones de la vida cotidiana.*

El anarquismo clásico³ sabía ya bastante de estas cosas y nunca dejó de acompañar su aliento insurreccional –fuera inmedatista o de largo plazo– de una fuerte valoración de los aspectos éticos, tanto a nivel individual como colectivo. Siendo así, el cambio de las actitudes básicas en las relaciones de convivencia libre y solidaria entre iguales no era un tema que pudiera postergarse para las calendas griegas, sino un horizonte de realizaciones anticipadas a poner inmediatamente en el tapete, como matriz y como anuncio augural del mundo nuevo. A la luz de esas convicciones, el anarquismo clásico animó un conjunto de prácticas que hoy bien podrían inscribirse dentro de las preocupaciones por lo cotidiano: las escuelas

³ Entendemos por anarquismo clásico, en un sentido deliberadamente restringido, a aquel cuerpo ideológico que va adquiriendo formas propias –con sus correspondientes proyectos de transformación, modelos de organización y métodos de acción– en el entorno de la ruptura de la 1ª Internacional y se sustancia en un movimiento revolucionario de base popular. Ese anarquismo clásico se constituirá en tanto paradigma del movimiento a escala internacional y su reconocimiento básico –en lo organizativo y en los métodos de acción– se dará a través del anarcosindicalismo, extendiendo su influjo en forma prevalente hasta los tiempos de la Revolución Española de 1936-1939. Cabe aclarar, además y para evitar la reacción de historiadores meticulosos, que el anarco-sindicalismo, en sus expresiones modélicas, resulta de un largo proceso de maduración, que esa denominación no se adoptó de inmediato y que nosotros estamos incluyendo dentro de la misma a organizaciones que no se reconocían como tales; por ejemplo, la Federación Obrera Regional Argentina. También parece innecesario insistir demasiado en que esa figura paradigmática a la que aquí llamamos “anarquismo clásico” nunca fue el único “anarquismo realmente existente”.

racionalistas, el cultivo del esperanto, la fascinación por la ciencia y el arte, el amor libre, la alimentación vegetariana, el contacto con la naturaleza, etc., etc. Además, ahora sobre todo en sus variantes más individualistas o más recelosas de la organización, profundizó ciertamente en su crítica de las instituciones –desde la moral a la familia, pasando por el derecho–, como permanentemente sospechosas de creación de autoridad y dependencia. Pero, incluso así, *es posible situar, a partir de esa cosmovisión, desplazamientos y reubicaciones conceptuales que, en conjunto, implican un giro que tal vez quepa calificar de radical y que, de hecho, reorganiza el campo de entendimientos y significaciones.* ¿Cuál es, entonces, ese giro? A nuestro entender, el mismo consiste en que las elaboraciones y experimentaciones características del anarquismo en su período clásico eran operaciones intelectuales y prácticas que iban desde y hacia el trabajo, ubicando en esa relación social precisa –o relativamente precisa– el punto de ebullición, ruptura y cambio de estado; el lugar de origen de todo sojuzgamiento, la residencia genética de toda emancipación y el destino mismo de toda libertad concebible. Hacia fines de los años 60, sin embargo, al menos en aquellas sociedades que poseían ya un formidable desarrollo tecnológico y una extraordinaria acumulación de bienes disponibles, el trabajo había comenzado a perder su condición central:⁴ las estrategias de poder eran reconocidas y contestadas, para decirlo en sus clásicos términos latinos, tanto en el campo del *negotium* como del *otium*. *La propia diversificación y segmentación interna de esas sociedades, la*

⁴ Este proceso no ha hecho sino acentuarse lentamente a lo largo de un vasto período histórico, al menos si lo observamos desde el punto de vista de la distribución del tiempo diario. La máquina, efectivamente, “libera” a la especie humana de las tareas productoras: un obrero realizaba anualmente 5.000 horas de trabajo hace 150 años; 3.200 horas hace un siglo, 1.900 horas en los años setenta y 1.520 actualmente. Relacionándolo con la duración total del tiempo que permanece despierto en el conjunto del ciclo de la vida “el tiempo de trabajo representó el 70 por ciento en 1850, el 43 por ciento en 1900, solamente el 18 por ciento en 1980 y el 14 por ciento hoy”. Cf., Roger Sue, *Temps et ordre social*, cit. en Renée Passet, “Las posibilidades (frustradas) de las tecnologías de lo inmaterial”; recogido, a su vez, en *Pensamiento crítico vs. Pensamiento único*, Le Monde Diplomatique, edición española, Editorial Debate, Madrid, 1998. Más allá de lo dicho y de la convicción de que seguramente expresa una tendencia difícilmente desmentible, es de hacer notar que el mencionado trabajo no especifica la metodología según la cual se construyó el indicador ni aclara cuál es exactamente el universo de aplicación del mismo.

multiplicidad de espacios de sociabilidad que no tenían en el trabajo su centralidad cultural ni su asignación última de significaciones, generó un terreno ampliamente propicio para la conformación de una constelación de identidades en construcción y en movimiento que pasaron a ocupar un lugar que antes no tenían.

Cambiaba también el cuadro de clases, actores y potenciales sujetos revolucionarios. Aquella oposición tradicional –definitivamente clara, central y absorbente– entre la burguesía y el proletariado, que marcara el compás de los entendimientos y las prácticas del anarquismo clásico, pasaba a ser históricamente revalorizada. Y ello al menos por tres razones: en primer lugar, por la pérdida tendencialmente progresiva de volumen de la clase obrera industrial, en su sentido más genuino, y del viejo artesanado; en segundo término, por la percepción creciente –ciertamente muy discutible– de su incorporación, asimilación y cooptación a través de un sindicalismo burocrático y reformista por los Estados benefactores de la segunda postguerra; por último, también a partir de formas de producción en las que el trabajo concebido como fuerza física pasaba a ser sustituido por modalidades en las que era considerablemente más notorio el componente de conocimiento y de información.⁵ La configuración de clases se orientaba hacia una estructura caracterizada por el crecimiento exuberante de los servicios y daba lugar a la formación de nuevas capas de trabajadores o al aumento de la incidencia de otras habitualmente situadas a la zaga de las luchas sociales y que ahora se hacían lentamente de un espacio propio –como fue el caso del personal de la enseñanza y de la salud–, en los primeros puestos del enfrentamiento a lo que ya entonces se denominaba “sociedad de consumo”. Transformación societaria ésta que lejos de circunscribirse exclusivamente a esas

⁵ En las reflexiones de época, llegaba a conjeturarse incluso que el estudiantado podía constituirse en una clase explotada anticipadamente y que, como tal, cabría considerarlo desde ese mismo instante en tanto “proletariado científico, cultural y tecnológico”. Vid., por ejemplo, algunos giros y elaboraciones sobre el tema en Abraham Guillén; *Estrategia de la guerrilla urbana*, esp. págs. 138 y 162; Ediciones Liberación, Montevideo, 1970. Resulta de interés también aquilatar la concepción de Guillén según la cual, en la América Latina de la época, el proletariado ya no era, como en el anarquismo clásico, el sujeto excluyente, sino que el mismo se transmutaba en un frente de clases oprimidas. Véase ahora, de Guillén, *Desafío al Pentágono. La guerrilla latinoamericana*, esp. pág. 75; Editorial Andes, Montevideo, 1969.

sociedades “avanzadas”, comenzaba a manifestarse también holgadamente en aquellos países que ni siquiera habían completado un proceso de industrialización que pudiera considerarse como medianamente vigoroso.

El Estado mismo se encontraba en un proceso de redefinición de su papel y favorecía así un nuevo desplazamiento respecto de las nociones acuñadas por el anarquismo clásico. En éste, el Estado era la condensación y el resumen del principio de autoridad y su supresión resultaba ser el *desideratum* político revolucionario. Pero, a fines de los años 60, ya se hacía imprescindible reubicar el problema del Estado, de los espacios públicos y de la organización “democrática” de la sociedad, así como de sus correspondientes y recientes historias.⁶ Al respecto, cabe decir que, así como el llamado Estado benefactor hubo generado en torno suyo consensos inexistentes en el momento de la elaboración original del anarquismo clásico, su inminente desguace volvía irrelevantes los mismos, transformaba en etéreos los espacios públicos y diluía la política al grado de teatralización insustancial de la decisión colectiva. En efecto, mal podían sostenerse ya en ese entonces el simulacro democrático del sufragio universal, la participación ciudadana, el ejercicio indirecto de la “soberanía” a través de la institución parlamentaria y algunas otras entelequias de similar calibre; sobre todo cuando *el propio Estado empezaba a ser subrogado voluntariamente en muchas de sus prerrogativas y en buena parte de sus funciones instrumentales y simbólicas por corporaciones transnacionales de enorme capacidad financiera y organizaciones supraestatales o subestatales que*

⁶ He aquí un magnífico ejemplo de nuestras debilidades en materia de elaboración teórica. En tiempos del anarquismo clásico, el Estado tenía una historia que era materia de reflexión y de elaboración; de lo cual hay, por supuesto, muy buenas pruebas: por ejemplo, Piotr Kropotkin; *El Estado y su papel histórico*; Cuadernos Libertarios de la Fundación Anselmo Lorenzo, Madrid, 1996. Sin embargo, desde el momento mismo en que dichos estudios se vuelven estándares insuperables, y de ellos se conservan sus resultados y no el recuerdo de su proceso de construcción, el pensamiento anarquista parece exonerarse displicentemente del necesario esfuerzo de contrastación, actualización y aun refutación de los mismos. Es particularmente sugerente confrontar esta afirmación con textos modernos como el de Gastón Leval –*El Estado en la historia*; Editorial Otra Vuelta de Tuerca, Cali (Colombia), s/f–, que es superior al de Kropotkin por muchos motivos; pero que, sin embargo, no aborda de lleno y en profundidad una elaboración teórica específica a propósito de los Estados posteriores a la Revolución Francesa de 1789, más allá de algunas esporádicas referencias al pasar del Estado soviético.

ya constituían manifestaciones más o menos evidentes de una genuina concentración de poder, crecientemente gravitantes respecto de la que expresara en su momento ese aparato jurídico-político que el anarquismo clásico concibió como la sede natural y virtualmente monopólica de las mismas. Entonces se hizo necesario concluir que el Estado no constituía una centralización excluyente del poder político sino que tales esquemas de dominación acumulada, institucionalizada y legitimada podían formarse también en relación de coexistencia con él, fuera ésta de complementación o de competencia.

El poder, por lo tanto, también se volvía mercurial e inasible y dejaba de ser ese lugar perfectamente identificable y generalmente identificado con el Estado. Ahora, el poder se diluía a lo largo y a lo ancho de la propia “sociedad civil” y sus concentraciones o sus propias condensaciones estatales dejaban de admitir esa aureola de exclusividad –o, al menos, de hegemonía indisputable– que antiguamente se les confería. *El poder perdía así buena parte de su condición sacramental, asumía nuevas conceptualizaciones y reclamaba ser tratado no sólo como un lugar fijo y una estatua a derribar sino también como relación –ya estuviera ésta institucionalizada o no– y como estrategia de dominio.*⁷ Una estrategia de dominio que bien podía ser reversible, a través de discursos y prácticas de oposición y resistencia, pero que ocasionalmente también cristalizaba en formas institucionales a las que ahora había que dedicar una atención preferencial o al menos más intensa que aquella ya abordada, ciertamente, por el anarquismo clásico. La escuela, la cárcel, el hospital, el manicomio, el convento

⁷ Es inocultable que esta conceptualización está fuertemente marcada, en régimen de interpretación libre, por la obra de Michel Foucault a propósito del punto; sobre todo, la elaboración del período intermedio, que algunos comentaristas han caracterizado como “genealógico”. A nuestro modo de ver, la teorización de Foucault asociada con ese conjunto de textos –y, en medida mucho menor, con sus intervenciones políticas como “intelectual específico” que no siempre resultaron del todo afortunadas– constituye la principal referencia de un proceso de reelaboración en torno del problema del poder; referencia que, por supuesto, dista de ser canónica y acabada. Vid., de este autor, especialmente, *Microfísica del poder, Saber y verdad y Genealogía del racismo*; Las Ediciones de La Piqueta, Madrid; 1979, 1991 y 1992, respectivamente. Además, es altamente sugestivo que precisamente ese tramo de la trayectoria teórica de Foucault es el que se entiende –prácticamente en forma unánime– resulta ser el más fuertemente tributario de la tónica del “mayo francés”.

o la fábrica ya habían sido, en efecto, objetos de las diatribas y la iracundia libertarias, pero ahora era necesario asignarles también una condición específica derivada de las autonomías discursivas en las que se fundamentaban y –más embarazoso aún– emprenderla críticamente contra las constelaciones de saber en las que encontraban sus justificaciones y sus apoyos más lejanos. Ya no todo podía ser derivable del Estado o del capital y depender cual reacción en cadena de esos enfrentamientos básicos, sino que ahora el cambio social de sentido anarquista exigía una multitud renovada de nuevos acosos: el “principio de autoridad” ya no podía ser sola y simplemente una emanación y una persistente presencia de cierto sentimiento religioso atávico sino que pasaba a expresarse de mil maneras distintas, relativamente independientes entre sí, desde orígenes diversos y muchas veces ocultos a una mirada lineal e ingenuamente totalizadora.

Entre tantas mutaciones de época, no puede dejar de mencionarse a las habidas en torno de la concepción o de las filosofías de la historia. Aquella vieja noción decimonónica, según la cual la historia sólo podía aprehenderse como superación constante, como evolución inexorable y como progreso imposible de detener, había recibido ya suficientes asedios e interpelaciones de los que no podría sobreponerse. Con razones mucho mayores todavía, se encontraban en jaque sus variantes fundamentalistas, las que no se conformaron con pronosticar un sentido determinado sino también un punto de destino de valor absoluto, al cual habría de arribarse en forma inevitable y como consecuencia del despliegue de leyes que decían contar a sus espaldas con el aval incuestionable de la “ciencia” o de una lógica misteriosa, iniciática e indescifrable.⁸ Ahora, la historia

⁸ El siglo XIX fue especialmente pródigo en este tipo de concepciones. Las ideas de Auguste Comte, Herbert Spencer o el propio Charles Darwin –traducido éste a claves societarias– ilustran abundantemente las posturas evolucionistas. Hegel y Marx, mientras tanto, son sin duda los exponentes más calificados entre aquellos que asignan a la historia un punto de destino. A nuestros actuales efectos, resulta especialmente oportuno calibrar la extraordinaria fuerza que estas ideas tuvieron incluso hasta bien avanzado el siglo XX. En tiendas anarquistas, puede decirse que el exponente más próximo a las mismas –en términos evolucionistas aunque no darwinistas– fue Piotr Kropotkin, y su más lúcido contradictor Errico Malatesta.

—así, sin sus viejas y arrogantes mayúsculas— no soportaba una inclinación reverencial y pasaba a ser intuida como reversible, circular, pasible de estancamiento o, en el mejor y más deseable de los casos, como el producto consciente y colectivo de las sociedades humanas.⁹ Ello reubicaba de otro modo los viejos temas de la construcción del socialismo, del abatimiento del Estado y, por supuesto, de la revolución. Ya no podía pensarse más en revoluciones reguladas por algún tipo de legalidad histórica, que maduraran y cayeran por su propio peso luego de una insoportable extensión de la explotación y la miseria. *Ahora, las revoluciones que pudieran alentar en el imaginario colectivo —al menos siempre y cuando merecieran los adjetivos de libertarias y socialistas— no serían más exclusivamente el fruto de la desesperación y del bloqueo de todo otro camino posible ni el producto automático de un conflicto entre las relaciones de producción y el desarrollo de las fuerzas productivas sino el resultado de un implacable ejercicio de la crítica, de la conciencia y del deseo.*

Indisolublemente vinculado con esta concepción, cobra arraigo también un nuevo estilo militante que empalma a su modo con una cultura juvenil abierta y desenfadada que se consolidó durante los años 60 y que desde entonces impregna una cierta sensibilidad social alternativa y transgresora. Ahora, los modelos hedonistas de comportamiento sustituyen sin demasiados cargos de conciencia a los modelos sacrificiales y ascéticos; la creatividad, la espontaneidad y hasta la alegría de la acción revolucionaria se antepone a aquellos recipientes organizativos que, sin percatarse de ello, asfixian la respiración comunitaria en los jadeos forzados del ritual burocrático; de la confianza en las planificaciones inviolables e incapaces de corregirse a sí mismas se pasa al respeto de las prácticas susceptibles de cambiar, inventar y hasta de convivir con el

⁹ Para una más que interesante y nunca confesada aproximación a cierto “voluntarismo” casi malatestiano, pero desde bases teóricas distintas, vid. Cornelius Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad, passim*; Editorial Tusquets, Barcelona, 1983. Una exposición más próxima, resumida y accesible de las concepciones de Castoriadis al respecto puede encontrarse en “Imaginario e imaginación en la encrucijada”, recogido en edición póstuma en *Figuras de lo pensable*, pág. 93 y sgs.; Fondo de Cultura Económica, México, 2001.

caos;¹⁰ las identidades se vuelven móviles y se reconocen más en los recorridos vitales que en los lugares fijos; las historias confiables y previsibles ya no conmueven y los anhelos se concentran en la excitación de las sorpresas; dejan de importar los programas —que son percibidos como la adopción de la lógica del adversario— y se piensa que la contestación será tanto más radical cuanto menos codificada y ubicable pueda subsistir; la revolución ya no es el episodio unitario y final de la peripecia humana sino que, desde ese preciso instante, habría que ponerse a imaginar acerca de mil revoluciones divisibles y definitivamente inconclusas. Esa nueva cultura militante forjó en su momento agrupamientos nuevos que se resistieron a ser subsumidos en los moldes organizativos tradicionales. Agrupamientos que, considerados por sí mismos y acordes con la reciente impronta que los animaba, no podían menos que caracterizarse como furtivos y fugaces pero que, así y todo, *dieron lugar a un acontecimiento sociopolítico mucho más*

¹⁰ He aquí, probablemente, una de las claves privilegiadas para comprender el profundo cambio de los modos de pensamiento entre la época del anarquismo clásico y nuestro propio tiempo. La acepción vuelta tradicional de la anarquía, que la asociaba con el desorden, era respondida en términos defensivos —“la anarquía es la máxima expresión del orden”, “la libertad no es hija sino madre del orden”, etc.— capaces de ofrecer una réplica adecuada en ese nivel de discusión. Hoy día, tanto desde las ciencias naturales como, casi siempre por reflejo, desde las ciencias sociales, se admite que el caos —en sus diferentes acepciones, que no necesariamente coinciden con la noción de desorden— es uno de los estados de alta probabilidad de la materia inanimada, de los organismos dotados de vida y de las sociedades. En este último campo, el orden perfecto sólo podría quedar asociado con un totalitarismo inconcebiblemente extremista; con lo cual, paradójicamente, este tramo —y sólo este tramo— del discurso propio del anarquismo clásico se volvería ¡decididamente reaccionario!. Sobre la moderna teoría del caos, vid., entre tantísimos otros textos, Ilya Prigogine, *¿Tan sólo una ilusión? Una exploración del caos al orden*; Editorial Tusquets, Barcelona, 1988; Edward N. Lorenz, *La esencia del caos, passim*; Editorial Debate, Madrid, 1995; Fritjof Capra, *La trama de la vida. Una nueva perspectiva de los sistemas vivos*; Editorial Anagrama, Barcelona, 1998 y George Balandier, *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento*, esp. Cap. 2; Gedisa, Barcelona, 1989. Con todo, es importante reconocer que este campo de discusiones ha recibido un nuevo trazado desde la exploración crítica, más espectacular que profunda, de ciertas concepciones y ciertos procedimientos discursivos realizada por Alan Sokal y Jean Bricmont, de los cuales es imprescindible consultar *Imposturas intelectuales*; Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona, 1999.

impersonal y perdurable y del que se sigue reflexionando desde aquel entonces: los nuevos movimientos sociales; una forma viva y activa de respuesta y contestación, de cara a contextos específicos de poder y dominación y vocacionalmente orientados a vincularse de maneras no centralizadas ni partidarias sino autonómicas y transversales.

Mirados en conjunto y ahora en perspectiva, los cambios que se habían procesado hacia fines de los años 60 eran demasiados y demasiado profundos como para que pudiera seguir sosteniéndose indefinidamente tanto una concepción de la sociedad, de la historia y del cambio revolucionario excesivamente anclada en los hallazgos teóricos sustanciales del siglo XIX como la constelación de entendimientos, nociones, proyectos, organizaciones y prácticas propios del anarquismo clásico. Si las sociedades ya no aceptaban más que a regañadientes ser representadas y explicadas a partir de algún principio central determinante sino que exigían la proyección teórica de su diversidad y de su caos primigenio; si la historia ya no nos conducía inexorablemente a ningún lugar seguro y predestinado en el que pudiéramos cifrar nuestras esperanzas o las de la generación siguiente;¹¹ si la revolución ya no podía ser considerada como el definitivo e invencible asalto al cielo; si, además, se nos exigía una visión renovada pero siempre libertaria del poder, de las instituciones, de las pautas de sociabilidad y de las prácticas de los movimientos sociales: entonces, *¿podíamos seguir siendo tercamente iguales a nosotros mismos y obcecados más en la defensa conservadora de nuestro pasado que en la conquista creativa y transgresora de nuestro futuro? ¿Alguien podía entonces y puede sostener todavía hoy que dichos cambios no son fundamentales y no obligan por sí mismos a un reordenamiento del campo teórico-ideológico del anarquismo clásico, al menos en el supuesto y*

¹¹ Esta afirmación puede parecer una “acusación” desmedida al anarquismo clásico, en el cual casi siempre hubo una incorporación, relativamente inocultable aunque nunca asumida como tal, de cierto milenarismo utópico; una asunción que, por cierto, no careció de ambigüedades y contradicciones más o menos notorias. Sobre el tema, vid. el planteo de la revolución como fusión del mito y la utopía en René Furth; *Formas y tendencias del anarquismo*; Editorial Acción Directa, Montevideo, 1970. Cf., también, Norman Cohn, una de las fuentes inspiradoras de Furth en el tópico respectivo; *En pos del milenio. Revolucionarios milenaristas y anarquistas místicos de la Edad Media*, pág. 15 y ss.; Alianza Editorial, Madrid, 1981.

en el deseo insoslayables de que nuestro movimiento sea capaz de disputar los caminos de reorientación de la historicidad específica en la que le ha tocado actuar? ¿Es posible que nuestra nostalgia por un pasado cargado de heroísmos y de glorias nos hiciera y nos haga permanecer todavía observando el mundo y el mañana desde la cubierta del acorazado Potemkin o en las barricadas levantadas frente al cuartel de Atarazanas? Pero, si no pudiera ser así, ¿es que ya no nos quedaba entonces ni nos queda hoy ni nos quedará mañana nada de lo que alguna vez fuimos y tuvimos? ¡Sí, por supuesto que sí!; nos quedaba, nos queda y nos quedará, entre muchos otros “bienes”, nada más y nada menos que lo auténticamente importante y definitorio, lo que nos constituye como anarquistas y nos confiere nuestra personalidad distintiva e intransferible, lo más “tradicional” y permanente de cuantas cosas se hubiera ocupado Bakunin alguna vez: la crítica y el enfrentamiento radical e inclaudicable de todas y cada una de las formas y estrategias del poder; la búsqueda, el ensayo y la creación de una libertad intransigente para nosotros y para nuestros semejantes, en el marco de un igualitarismo profundo y multidimensional, pero no uniformizador, y a través de la práctica continuada de la solidaridad con los oprimidos de todo pelo y condición. Todo lo cual debería ser inscrito de una vez y por un buen tiempo más en un recorrido de futuro que ya correspondería caracterizar como anarquismo postclásico.¹²

¹² Permítasenos, al cerrar este apartado y por única vez, una breve apostilla personal a las presentes reflexiones. El autor de estas líneas se formó –o cree haberse formado– en un espacio de tensiones ideológicas libertarias del cual las mejores tradiciones del anarquismo clásico constituyeron una de sus vertientes principales. Por esa sola razón, no debería interpretarse ninguna de sus afirmaciones sobre el tema como menosprecio y mucho menos como burla de las mismas; antes bien, siempre habrá disposiciones y emociones para un sincero y rendido homenaje a dichas tradiciones en su contexto histórico propio. La ruptura relativa y siempre condicionada con las mismas fue un proceso largo, errático, transitado sin demasiadas alegrías y que todavía hoy provoca algún temblor y alguna vacilación; proceso que, además, como módica demostración de su “buena fe”, apenas si se atrevió a dar el “mal paso” hacia el postclasicismo –y sólo luego de múltiples, espasmódicos y dolorosos desplazamientos parciales– recién a fines de los años 80, veinte años después del “mayo francés” y sin ningún alarde de anticipo y precocidad! Por lo tanto, y aun cuando razones de estilo vuelvan innecesarias y engorrosas las aclaraciones correspondientes, debe entenderse que la mayor parte de las afirmaciones críticas contenidas en este trabajo no pretenden ilustrar un absurdo pontificado ejercido desde un lugar neutral e incontaminado sino que aspiran a ser también profundamente autocríticas.

2.- ¿Desperzarse o seguir durmiendo?

Esos rasgos de época y de largo aliento no fueron inmediatamente comprendidos de ese modo y el anarquismo no contó entonces con un marco teórico sólido y actualizado que le permitiera madurar un paradigma revolucionario que sustituyera a aquel réquiem admirable que fuera la heroica gesta del movimiento libertario español; ni siquiera en aquellos países europeos en que el reverdecer había sido más notorio. Por otra parte, aquel empuje de fines de los años 60 sólo consiguió proyectarse débilmente en América Latina y en Europa Oriental, por no hablar de otras regiones donde sus imágenes refractadas y sus ecos fueron más tenues todavía y sólo llegaron como referencia lejana, anecdótica, de dudosa aplicabilidad o implantación; sobre todo, por cuanto los cuadros epocales no actúan con la misma fuerza en cualquier territorio dado ni se expresan o se configuran como la mera réplica o la aburrida clonación de su diseño básico y original. Un cuadro de época que, además, en vastas regiones de América Latina, Asia y África ubicaba como eje prioritario de ciertas y predominantes luchas a los procesos conocidos y reconocidos como de liberación nacional; en torno de los cuales se articulaban y encontraban su significación prioritaria los movimientos sociales de gravitación más notoria. En cierto modo, también, algunas experiencias “socializantes”, más o menos autónomas respecto del bloque soviético (China, Yugoslavia, Cuba, Argelia o Vietnam), ubicadas genéricamente en ese marco de descolonización y antiimperialismo, con su correspondiente cuota de combatividad independentista vigente y de contagiosos apasionamientos, mantenían abierto un crédito que para vastos sectores seguía siendo de expectativa y esperanza respecto de los derroteros vagamente anticapitalistas y estatistas que, en su versión madre, se declaraban en completa bancarrota con la invasión a Checoslovaquia en agosto del mismo año 1968. El anarquismo vivía el alborozo quizá mediatizado de su revitalización pero muy lejos estaba aún de constituirse en una alternativa revolucionaria extendida y socialmente relevante, tal como fuera concebido por sus militantes y sus adversarios en Italia, Francia, Rusia y varios países de América Latina hasta, por lo menos, los tiempos de la Primera Guerra Mundial y tal como se prorrogara

en España durante veinte años más, hasta el momento mismo de su revolución inconclusa y frustrada. Aquel gozoso despertar sesenta-y-ochesco, entonces, sólo estuvo en condiciones de actuar como llamado de atención, como alerta, como insinuación, como apertura de nuevas posibilidades; pero no como un modelo de extendida referencia que pudiera inaugurar cauces de actuación sostenibles en el tiempo y concitar nuevas “certezas” –o nuevos interrogantes– en torno de las cuales reagrupar a un movimiento todavía confundido, convulsivo y a todas luces problemático.

El relativamente favorable cuadro de época, sin embargo, seguiría haciendo lo suyo y volvería a manifestarse en todo su esplendor en la España de la “restauración democrática” entre los años 1976 y 1979. Allí y en esos años, la vieja, querida y añorada Confederación Nacional del Trabajo emerge “inesperadamente” fortalecida y condensa en su entorno las expectativas y los sueños más sanos de la España postfranquista. A casi 40 años de su derrota más sentida, el movimiento anarquista internacional volvía a mirar ávidamente como propias las calles de Barcelona y a sentirse allí como si nunca hubiera dejado de identificarse con sus latidos más bulliciosos y más fuertes. Es Barcelona, precisamente y como no podía ser de otra manera, la que en 1977 se constituye en escenario de las Jornadas Libertarias y donde una vez más la CNT se percibe y es percibida como la síntesis de un intenso sentimiento popular y revolucionario que décadas de franquismo no habían conseguido adormecer ni abatir. Pero los años no habían transcurrido en vano y la reimplantación de la CNT y el anarcosindicalismo ya no podía ser acogida en el lecho social español como si sus configuraciones básicas, su cultura política o sus núcleos de sociabilidad fueran los mismos que se habían abandonado en 1939. Incluso, por muy fuertes que pudieran ser en ciertos núcleos militantes las intenciones restauradoras, ya ni siquiera el movimiento anarquista era el mismo: una cosa era el consenso en torno de la CNT como mito y como símbolo y alrededor de su reorganización pública como una demorada revancha contra el franquismo, pero algo bien diferente resultaba ser la aceptación sin más de una cierta y reluctante ortodoxia que ya no parecía contar con las adhesiones suficientes ni con las mismas condiciones de posibilidad que tuvo en un pasado que, a ojos vista, se volvía cada vez más remoto.

El auge vivido durante esos años en España y luego su progresivo avance hacia la frustración que representó la escisión de la CNT es particularmente sintomático y significativo. Las condiciones “favorables” parecían óptimas en alguna de sus vertientes, pero lo cierto es que *el propio movimiento anarquista organizado demostró no estar a la altura de las circunstancias y no contar con una matriz que realmente pudiera acoger y expresar, en su radical diversidad, las expectativas concitadas*. Una matriz, además, que no debía ser estrechamente concebida como un mero recipiente orgánico en el que alinear las nuevas adhesiones sino que reclamaba *la incorporación de formulaciones teórico-ideológicas y prácticas actualizadas y en condiciones de disputar una historicidad renovada en los términos en que ésta realmente se presentó*. La tensión básica que fue erosionando el auge del movimiento libertario español de los años 1976-1979 pareció constituirse en torno del enorme peso de su historia y de la pertinencia o no de su replicación en un escenario que era a todas luces diferente. Las demandas que ese mismo escenario había generado ya no podían reducirse a una controversia entre lealtades y deslealtades con el pasado y sus lineamientos de organización y acción: *ahora ellas exigían quizá pensar en un tiempo nuevo y en la consiguiente reelaboración de un paradigma revolucionario en el que muy probablemente el anarcosindicalismo, a la antigua usanza y con las mismas pautas de aquel lejano entonces, ya no podría ocupar el lugar absolutamente predominante que en su momento ocupó*.¹³ En ese marco de posibilidades y de límites,

¹³ No ignoramos que la polémica interna en el movimiento anarquista español se radicalizó a tal punto, en algún momento, que muchas veces la explicación básica de su intempestivo debilitamiento estuvo centrada en la existencia de “infiltraciones” y “traiciones”. De nuestra parte, no negamos que el proceso de escisión de la CNT debe haber estado jalonado por actitudes personales más que dudosas, pero sí nos permitimos sospechar que tales cosas nunca son decisivas en movimientos sociales cuyos arraigos están en condiciones de sobreponerse a las intrigas más formidables. Por lo tanto, lo que creemos es que la polémica interna no supo resolver precisamente las condiciones de un arraigo social fluido, nuevo y distinto por parte de las organizaciones anarcosindicalistas. Para un seguimiento de cercanías y desde la óptica “cenetista” es oportuno consultar el trabajo de Juan Gómez Casas, *Relanzamiento de la CNT (1975-1979)*; Madre Tierra, Móstoles, 1984, y, como muestra de virulencias opuestas, quizá nada mejor que el trabajo de Carlos Semprún Maura cuyo título es por sí mismo un provocativo anuncio de sus contenidos; *Ni dios, ni amo, ni CNT*; Editorial Tusquets, Barcelona, 1978.

de condiciones que aparecían simultáneamente como “favorables” y “desfavorables”, el movimiento anarquista fue desgarrándose a sí mismo, enfrascándose en reyertas domésticas que por momentos cubrían el campo de las dedicaciones inmediatas y generando desencantos y fatigas que volverían a sumirlo en el riesgo de la desintegración fratricida y en la amenaza de la pasividad, la inoperancia o la pérdida de influencias.

La gran lección que nos deja el caso español, entonces, es que la existencia de condiciones favorables a los florecimientos libertarios no es más que eso y que su aprovechamiento y su consolidación –o, por el contrario, su dilapidación y su evanescencia– dependen en grado superlativo de lo que el propio movimiento anarquista pueda aportar de su propio peculio teórico, ideológico, político, organizativo y práctico. *Las tendencias de época constituyen un ofrecimiento no siempre gratuito de posibilidades y, según cómo se sepa dialogar con ellas, pueden ser tanto un crisol de realizaciones y avances como un cementerio de sueños y de ilusiones*. Si en algún momento, durante 40 años en buena parte del mundo y a lo largo de seis décadas en la propia España, el anarquismo pudo constituirse en una alternativa revolucionaria socialmente significativa, *ello fue así porque sus respectivos movimientos locales expresaron, a lo largo de ese período, respuestas adecuadas a las configuraciones sociales y político-económicas, a los modelos de pensamiento y a los conflictos de esas sociedades en las que le cupo tener cabida y protagonismo*. Hoy no se trata, por lo tanto, de trasladar automáticamente y sin modificación alguna esas respuestas, como si las mismas pudieran estar más allá de sus referencias originales de tiempo y de lugar, sino de volver a “imitar” las operaciones genuinamente básicas e insustituibles de nuestros pioneros: *ese tenaz esfuerzo de búsqueda y elaboración creativa por el cual el movimiento anarquista consigue transformarse en un actor relevante de una historicidad específica y que no nos es dado elegir a voluntad*.

Florecimientos menores y en otras partes los hubo y en cantidad no despreciable durante los años siguientes, aunque ya no con la misma fuerza ni el mismo ímpetu que se pusieran

de manifiesto en París, en 1968, y en Barcelona, en 1977. Los hubo, por ejemplo, en la Argentina, en Brasil, en Uruguay, en Chile y en Bolivia, durante sus propios procesos de “restauración democrática”. Los hubo también, quizás en forma más cautelosa y menos desenfadada, en la Unión Soviética y los países de Europa Oriental, desde la *perestroika* y su correspondiente política de *glasnost*,¹⁴ inaugurada oficialmente en 1985 por Mijail Gorbachov. En cada uno de esos lugares, en los momentos respectivos, podemos encontrar algunos parecidos y familiaridades particularmente sugerentes. Por ejemplo, parece bastante evidente que el colapso de sistemas políticos cerrados, en los que los espacios públicos se encontraron durante un buen tiempo bajo el control absoluto del Estado, da lugar a la emergencia de movimientos sociales que pugnan por el reconocimiento de sus identidades y por la forja de sus autonomías. A su vez, esos movimientos sociales pueden tener lazos más o menos fuertes con aquellos que los antecedieron y que constituyen su memoria histórica; pero, en líneas generales, se construyen sobre las cenizas de su pasado y reclaman un componente generacionalmente obvio de fundación y de novedad. Ello da lugar, por lo tanto, a procesos genuinamente instituyentes, en los que sus participantes más activos reclaman niveles de protagonismo que les estaban vedados inmediatamente antes; procesos que definen campos de batalla específicos internos a los propios movimientos sociales y en los cuales se abre un abigarrado abanico de tendencias que va desde los sectores más negociadores y condescendientes con los nuevos esquemas de dominación hasta los que defenderán en forma más cerril y consecuente las autonomías respectivas. Siendo así, ¿cabe alguna duda que el anarquismo habrá de ser uno de los recursos ideológicos más radicales y más firmes en los que apoyar esta última opción?

¹⁴ Los términos rusos *perestroika* y *glasnost* estuvieron virtualmente incorporados al castellano de habla corriente entre 1985 y 1991; es decir, entre el comienzo de la era Gorbachov y el momento en que la Unión Soviética estalla en pedazos definitivamente. Ya no es así desde aquel entonces y, por lo tanto, cabe aclarar ahora, para los más jóvenes o los poco memoriosos, que los mismos se traducían habitualmente como “reestructura” y “transparencia” respectivamente.

Entonces, más allá de deslindes conceptuales obvios,¹⁵ más allá de las especificidades locales que en cada caso habrá que reconocer para construir la singular historia correspondiente, lo que parece más o menos notorio es que, toda vez que se produzca un ensanchamiento de espacios públicos, una afluencia de multitudes a los mismos y una exigencia de participaciones redobladas, el anarquismo tendrá mucho para decir y proponer, en tanto allí se están poniendo en juego algunos de sus núcleos doctrinarios básicos. Todo lo cual se ve, a su vez, consistentemente reforzado por la convulsión de clases a que tales procesos dan lugar: por la deslegitimación de los viejos esquemas de dominación con sus correspondientes formas y cuotas en que inmediatamente antes se distribuían las prerrogativas y los privilegios. Esas “aperturas”, por lo tanto, incuban normalmente también una impronta redistributista que sólo puede apuntar –al menos en esas peculiares condiciones– en un sentido más igualitario del que fue la tónica hasta ese momento. Una vez más, entonces, entre la mediocridad, las vacilaciones y las componendas de la *realpolitik* reformista, veremos cómo, a nivel de los grupos más beligerantes, se abre paso una corriente de signo vagamente libertarizante o lisa y llanamente anarquista que se propone llevar tales intenciones hasta sus últimas consecuencias. Será, en los pliegues y repliegues, en los acomodos y reacomodos del poder, una enésima oportunidad para los resplandores de la utopía.

Débiles resplandores, en todo caso, pues en esa segunda mitad de los años 80, ni en Europa Oriental ni en América Latina, la mayoría de los movimientos locales que fugazmente mostraron

¹⁵ El más obvio de los deslindes conceptuales es aquel que se hace preciso establecer entre los procesos de “restauración democrática” en los países latinoamericanos y los procesos de implosión y derrumbe de los modelos “socialistas” propios del bloque soviético. Por lo pronto, en el primer caso es posible encontrar una memoria anarquista más fresca y en algunos casos también una generación previamente formada y todavía en actividad; en el segundo caso, mientras tanto, ello es absolutamente improbable y la “memoria” sólo podrá ser el producto de una clandestina e indirecta tradición oral, de hallazgos libresco propios de anticuarios o de módicos contactos transfronterizos por la vía que fuere. Además de esto, es evidente que también se hace necesario destacar que se trata, en uno y otro caso, de configuraciones sociales y procesos históricos que no son estrictamente asimilables, más allá de los parecidos que se puedan poner de manifiesto.

su vitalidad consiguió sostenerla durante demasiado tiempo. En el camino de la desintegración del bloque soviético, se formaron nuevas agrupaciones –en Polonia y en Checoslovaquia, en Rusia y en Ucrania, por ejemplo– y se intentó la reinserción de algunas formaciones antiguas que habían conseguido sobrevivir, fundamentalmente en el exilio, como es el caso de la Federación Anarquista Búlgara. Pero esos esfuerzos, esos apremios, requerían de un porte excesivamente titánico que no se estaba, en ese entonces, en condiciones de ofrecer. La bajamar del “socialismo realmente existente” constituía, en efecto, un campo particularmente fértil para esas yemas, esos brotes de socialismo libertario que, por fin, se veían liberados de las bridas y los bretes de esa versión apócrifa y muy menor del capitalismo de Estado –y algo más– que prometía su extinción progresiva en la misma medida que las fuerzas productivas y las relaciones de producción lo fueran haciendo posible. Sin embargo, la marea socio-política tuvo otros ejes y otras direcciones: la seducción que ejercieron el liberalismo y el nacionalismo, por ejemplo, unido a cierto desencanto fuera de foco que confundía la experiencia soviética con las propuestas socialistas en general, constituyeron novedades y flancos alternativos de controversia difíciles de contrarrestar en esas especialísimas circunstancias. Así las cosas, hubo que conformarse –así fuera momentáneamente– con el logro de la reinstalación. Un logro pequeño, quizá, pero gigantesco si se lo mira desde el punto de vista de las décadas de persecuciones y ostracismos que el movimiento había debido soportar: para fines de los años ’80 y principios de los 90 el anarquismo también podía contar, en Europa Oriental y en una Unión Soviética en vías de extinción, con interlocutores públicos, activos y reconocibles que ya comenzaban a perfilarse de otro modo y ubicarse a la espera de su oportunidad.

No obstante el entusiasmo que ello provocó en las filas del movimiento anarquista internacional, también en este caso se impone una aproximación crítica que dé cuenta de nuestras limitaciones. Digamos, en tal sentido y sólo como hipótesis que habrá que confirmar, que a nuestro entender uno de los factores de constricción habidos durante esos años en la Unión Soviética y en Europa Oriental fue haber apoyado *exclusivamente* el desarrollo del movimiento en labores de difusión ideológica o

en la reimplantación de expresiones sindicales autónomas; afirmación que bajo ningún concepto pretende ir en menoscabo de la importancia extraordinaria e indiscutible que tienen tales cosas. Admitida, entonces, la esencialidad de dichas inclinaciones, lo que sí corresponde decir es que de ese modo el movimiento se privaba simultáneamente de explorar dos vetas igualmente gravitantes: en primer lugar, abarcando la enorme riqueza y variedad de procesos sociales en estado de ebullición que tenían su propio campo de acción en esas fechas y que abrían territorios en los que hubiera sido deseable marcar presencia desde inflexiones propias e intransferibles; en segundo término, habilitando una práctica política que, basada en una interpretación cabal de la realidad y de las transformaciones que estaban aconteciendo, fuera capaz de acompañar, puntuar e impugnar en forma concreta y adecuada, momento a momento, la configuración que iba adoptando el nuevo esquema de poder y dominación que finalmente fue legitimando su peculiar arquitectura. Seguramente, reclamarle realmente tales cosas a un movimiento incipiente, y que recién comenzaba a dar sus primeros pasos luego de décadas de separación con sus antecedentes, es algo más que excesivo. No obstante, no parece descabellado –siempre como enseñanza de futuro– tener en cuenta aquellos déficits que, en circunstancias determinadas y circunscritas a un cierto escenario histórico, puedan haber debilitado, enlentecido o estancado las posibilidades de incidencia y repercusión del movimiento anarquista.

Las cosas fueron iguales y distintas en América Latina. El movimiento anarquista contaba allí con una actuación más reciente y más fresca; continuada y notoria en algunos casos, interrumpida y marginal en otros. Siendo así, los procesos de “apertura democrática” favorecieron un encuentro pero también un choque generacional en el que confrontar los correspondientes y diferentes entendimientos de época. Pero ello sólo ocurrió así en términos muy generales puesto que, en los hechos, se produjo un trasvase generacional que hizo más confusas todavía algunas cosas. El pasado había sido ferozmente reprimido y ocultado y no contaba con las mismas significaciones en cada uno de los casos: la Argentina no era Uruguay y Brasil no era Bolivia;

las historias particulares y las específicas experiencias de lucha provocaban por sí mismas un conjunto de distinciones y matices que no era posible saltarse con jovialidad y despreocupación. Además, si el pasado y sus expresiones habían sido víctimas de las persecuciones dictatoriales, parecía bastante lógico que un segmento significativo de las nuevas generaciones militantes se identificara prontamente con sus predecesoras. Así las cosas, no parece extraño ni curioso que la “restauración” libertaria tuviera –al menos en los primeros momentos y sólo de modo aproximado– un signo anarcosindicalista en Brasil, adquiriera un sesgo especificista en Uruguay y estuviera basada en grupos afinitarios en la Argentina. No obstante ello, el desencuentro generacional en estado puro –purgado de los cruzamientos a los que ya se hiciera alusión– fue latente o manifiesto en casi todos los casos. El resultado casi inmediato fue que las iniciales y esperanzadas fuerzas de confluencia se volvieron centrífugas, la fragmentación ideológica y organizativa se transformó en un dato difícilmente modificable del paisaje libertario y en ningún caso puede decirse que haya emergido airosa una federación o una red anarquista que se sintiera el producto y la expresión de su tiempo, como parte de una épica propia y actual y no como heredera o albacea testamentario de su pasado.

Otra vez habrá que extraer de la experiencia las lecciones correspondientes, sin perjuicio del reconocimiento que haya que hacer a un movimiento que volvía a poner de manifiesto la tenacidad y la fuerza ideológica necesarias para renacer una vez más de sus cenizas. En este caso, en términos muy similares al español pero con diferencias ciertas respecto de lo ocurrido en Europa Oriental, el movimiento contaba con un bagaje de experiencias relativamente recientes y con ciertos modelos de actuación a tener en cuenta y, eventualmente, también a reproducir. El problema consistió, precisamente, en que esos modelos ya no podían ser trasplantados mecánicamente a un cuadro de época que entonces presentaba –y ya lo hacía desde un buen tiempo antes– un conjunto de transformaciones radicales y profundas, con sus correspondientes decodificaciones y resignificaciones generacionales. El problema, entonces, de la historicidad de un cierto paradigma revolucionario volvía a hacer una irrupción furibunda en la escena y a contextualizar el opacamiento y la decoloración de energías libertarias que se volvieron

entrópicas en el correr de unos pocos años. Sin embargo, las cosas casi nunca fueron planteadas y mucho menos entendidas en esos términos, de modo que sólo adquirieron un reconocimiento superficial aquellos niveles de la polémica que se prestaban más a la confusión y a los reproches cruzados. Las tendencias a los discursos vagamente moralizantes, la preferencia por los adjetivos lapidarios antes que por la elaboración y la argumentación, el recurso a la descalificación ajena como camino de las afirmaciones identitarias más estrechas, constituyeron un saldo en rojo del que sería muy difícil reponerse. *Como se vio claramente, las condiciones “favorables” por sí solas no tienen una excesiva autonomía de vuelo y lo que el movimiento mismo sea capaz de hacer bajo su exclusiva responsabilidad y con cargo a su propia cuenta es también una condición principalísima de su proyección o de su agotamiento.*

El fin de los años 80 y el comienzo de los 90 fueron el momento más oportuno para las displicentes celebraciones del liberalismo; tanto y tan desaprensivamente que los más audaces –o los más irresponsables, o los más ignorantes– proclamaron sin vacilación alguna, abundantemente estimulados y untados por las infaltables financiaciones corporativas, que, pese al inevitable ritual de sustituir los almanacas cada 31 de diciembre, se decretaba arribado el mismísimo final de la historia.¹⁶ En ese próximo entonces, la hegemonía ideológica del liberalismo fue tal que hubo que incorporar, resignadamente, a la agenda de los estertores rebeldes, la remisión poco menos que alarmantemente “definitiva” de los proyectos socializantes en gran escala y de las expectativas rupturistas en general. El “vasto cuadro de época”, seguramente, continuaba abonando algunas tendencias “favorables”, aunque ahora en forma subterránea, silenciosa y quizás, en algunos casos, a pesar de ciertas vergüenzas y deserciones que se tomaron muy en serio la vieja letanía de que no había ningún más allá, ni en la tierra ni en el cielo.

¹⁶ La alusión es unívoca y más que consabida, y no puede remitir a otra cosa que a la tristemente famosa tesis de Francis Fukuyama. Vid., de su autoría, *El fin de la historia y el último hombre, passim*; Editorial Planeta, Barcelona, 1992. Cabe decir que el libro mencionado es una reelaboración y un desarrollo contumaz del éxito perfectamente esperable de un artículo previo en el que se desarrollaba la tesis –implacablemente hegeliana pero corregida y *aggiornada*– de que la culminación de los afanes de la humanidad no tuvo lugar en tiempos del Estado prusiano sino aquí y ahora, en la época de George Bush *senior*.

Sin embargo, la circunstancia política visible a escala global nos informaba que las posibilidades inmediatas no iban, efectivamente, demasiado más lejos de alguna declaración testimonial, de aisladas manifestaciones de rabia y de esperanzadas solidaridades con los últimos reductos combatientes en las que se dejarían de manifiesto las decisiones raigales de que para mucha gente no existía ni existiría negociación deseable con las estrategias del poder ni había ninguna buena razón para que así fuera. En conjunto, el “vasto cuadro de época”, al menos en sus manifestaciones momentáneas, parecía volverse profundamente reaccionario y no dar lugar para muchas más cosas que la preservación de cierto patrimonio principista, la denuncia de los abusos y desafueros del crecimiento capitalista y la intuición o la convicción íntima de que ese escenario y sus configuraciones no podían dejar de estallar en algún momento. Por una cosa o por otra, pero sobre todo por el vaciamiento de la escena pública, por la remisión más o menos extendida de las luchas sociales, todo parecía indicar que nos encontrábamos frente a un circunstancial pero “universal” reflujo.

En el plano teórico, el movimiento podía computar a su favor algunos saldos particularmente interesantes, procesados durante los años 60, 70 y 80 y que tal vez no se presentaran sedimentadamente con tanta fuerza desde mucho tiempo antes. En el centro mismo de las grandes acumulaciones de poder mundial, Noam Chomsky¹⁷ seguía adelante con sus innovadores estudios sobre el lenguaje, presentado ahora como una creación de las sociedades no sujeta a las instancias de dominación y como un ejemplo de la libertad en acción; unidos a su incesante, abnegada y arriesgada labor de denuncia. En su inmediata vecindad, Murray Bookchin¹⁸ se constituía en uno de los referentes inevitables de los movimientos ecologistas del mundo entero, articulando sus reflexiones específicamente vinculadas con ese campo con un inconfundible sustrato libertario de base. En Francia,

¹⁷ La obra lingüística de Noam Chomsky es vastísima y no carece de inflexiones técnicas quizás áridas para lectores sin un interés específico en el tema. No obstante, pueden consultarse con provecho sus obras *Reflections on Language*; Pantheon, Nueva York, 1975 y *El conocimiento del lenguaje*; Ediciones Altaya, Barcelona, 1994.

¹⁸ Sobre el tema, el libro clave de Murray Bookchin es *La ecología de la libertad. La emergencia y la disolución de las jerarquías*; Nossa y Jara Editores, Madrid, 1999.

Pierre Clastres,¹⁹ desde sus investigaciones antropológicas, había ya contradicho la hegemonía académica economicista y situado al Estado y a la política en general en un lugar de destaque al tiempo que René Lourau²⁰ abría un campo de cuestionamientos e interpelaciones sobre el poder que se proyectarían a diversos países a través de las redes del análisis institucional. Inesperadamente, en un campo que parecía sernos prohibitivo, un filósofo de la ciencia, Paul Feyerabend,²¹ sostiene con éxito y suceso que las formas correctas del razonamiento científico están vinculadas con lo que él llama anarquismo epistemológico. Además, sin apelar directamente al anarquismo, se extendía también la influencia de un conjunto de pensadores que abonaban algunas de las tesis libertarias más lustrosas y definitivas o confluían en forma poco traumática con las mismas; aunque ello se diera normalmente en aspectos puntuales y no se extrajera de los mismos las consecuencias políticas que pudieran resultarnos más familiares y más íntimas. En ese grupo de pensadores habrá que mencionar, por ejemplo y sin intenciones de agotar la lista, a Michel Foucault, Gilles Deleuze, Jean François Lyotard, Cornelius Castoriadis, Jacques Derrida o Michel Serres;²² cada

¹⁹ El malogrado antropólogo Pierre Clastres dejó planteada una obra inconclusa, polémica y original cuyas mejores exposiciones pueden hallarse en *La sociedad contra el Estado*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1978 e *Investigaciones en antropología política*; Editorial Gedisa, Barcelona, 1996.

²⁰ De René Lourau hay que tener presente especialmente *El análisis institucional*; Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1975 y *El Estado y el inconsciente*; Kairós, Barcelona, 1986. Recientemente, se publicó en castellano una recopilación póstuma de artículos bajo el título de *Los intelectuales y el poder*; Editorial Nordan-Comunidad, Montevideo, 2001.

²¹ Paul Feyerabend no dice ser anarquista más que en el terreno epistemológico, pero sus contribuciones en filosofía de la ciencia parecen ser un aporte más que suficiente: vid., de su autoría, *Contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*; Editorial Ariel, Barcelona, 1974, *Tratado contra el método*; Editorial Tecnos, Madrid, 1986 y *La ciencia en una sociedad libre*; Siglo XXI Editores, Madrid, 1982.

²² Ocasionalmente se agrupa la problemática y el clima de estas elaboraciones bajo la genérica e imprecisa denominación de postestructuralista, según un criterio que sólo se sostiene a partir de la situación cronológica de tales autores. Esa denominación pasa por alto, además, las diferencias existentes entre los mismos; que resultan más que evidentes, por ejemplo, entre los presupuestos de Castoriadis y los del resto. Una más que oportuna selección de textos, que ilustra ampliamente la atmósfera teórica que queremos transmitir, puede encontrarse en Christian Ferrer

uno de ellos con sus propias familiaridades puntuales y las variables cercanías que correspondan. A través de ellos y otros tantos, nuestro vasto cuadro de época había ido gestando también nuevas modalidades de pensamiento que pese a no contar con ninguna sistematización teórica propiamente anarquista se constituían en un magma de recursos y herramientas que bien podían ser usados y abusados en esa dirección.²³

El anarquismo había demostrado ser una fuerza eruptiva y fermental, pero sus provocaciones también fueron quedando una vez más confinadas a sectores limitados del quehacer social y perdieron visibilidad política global. Los nuevos movimientos sociales tal vez constituyeran o parecieran refugios más o menos seguros y los proyectos de resistencia parcial quizá dieran lugar a discursos más sostenibles que los abarcativos y globalizadores en un contexto mundial neoconservador y regresivo. Entonces, parecía razonable que las prácticas más vinculadas con lo cotidiano o con las labores de difusión ideológica y cultural fueran la trinchera en la que predominantemente el movimiento templara los ánimos y cobrara impulso. No era poco, por cierto, sobre

(comp.), *El lenguaje libertario (1. El pensamiento anarquista contemporáneo y 2. Filosofía de la protesta humana)*; Editorial Nordan-Comunidad, Montevideo, 1990 y 1991. Sobre las exageraciones, equívocas y desatinos a que daría lugar esa atmósfera, supuestamente signada por el “relativismo”, vid., nuevamente, la postura crítica asumida por Sokal y Bricmont, *op. cit.*

²³ A los autores y textos mencionados, bien podrían añadirse muchos otros que discurren en idéntica dirección. Por ejemplo, en los años 60, ya eran clásicas e influyentes las obras y realizaciones en el terreno de la pedagogía libertaria de Herbert Read y Alexander Sutherland Neill; conservando las mismas un suceso relativo pero atenuado en este comienzo de los años 90. En esos años, también, continúa proyectándose el influjo de dos psiquiatras ingleses –Ronald Laing y David Cooper– que ya en los años 60 habían sorprendido con sus provocativas teorías y experiencias en un campo que ellos calificarán como antipsiquiatría, del cual la autogestión de un internado para “enfermos” mentales resultaría ser un ejemplo mayor y merecedor de alguna que otra experimentación más o menos inspirada en el mismo. Si bien las obras de estos autores quedan, como se ha dicho, ligeramente por fuera de las corrientes teóricas de mayor circulación a fines de los años 80 y principios de los años 90 –que son a las que aquí pretendimos dar relieve– es obvio que se inscriben perfectamente en el “cuadro de época” que se precipita con el “mayo francés” y se encuentran enteramente en línea con sus trazos fundamentales.

todo si se tiene en cuenta que esa faceta militante no tradicional²⁴ era la que más fluidamente empalmaba con alguno de los rasgos dominantes del cuadro de época. Pero tampoco era suficiente y ni tan siquiera enteramente satisfactorio: entre otras cosas porque el nuevo esquema de dominación ya había sabido encontrar las operaciones de maquillaje que le permitieron reapropiarse tanto de los llamados temas “globales” como de aquellos más directamente ligados con lo cotidiano. Las consabidas vulgarizaciones, interposiciones y absorciones dieron lugar a una variada fauna reformista, “posibilista” e integrada; organizada alrededor del mundo a través de una tupida trama de ONG’s altamente dependientes de sus fuentes de financiación corporativa y que se las ingenió rápidamente para secuestrar en su provecho casi todas y cada una de las potencialidades transformadoras de aquellos movimientos sociales alternativos que se dejaron envolver en sus sortilegios inmediatistas. En ese marco, el movimiento anarquista se mostraba, de todos modos, activo y creativo, pero sus respuestas sólo podían contar con radios de acción limitados, fragmentarios y generalmente desconectados entre sí. Las redes estaban tendidas pero los delgados hilos de las conjuras rumorosas no formaban todavía la textura social e histórica que les permitiera ostentar y lucir la capacidad de resistencia y captura de las telarañas subversivas.

²⁴ Ya se ha dicho, y en este momento habrá de recordarse, que esta faceta debe considerarse como no tradicional en cuanto a su significación teórica e ideológica global. Es decir, así como en tiempos del anarquismo clásico quedaba referida al trabajo en tanto noción central, ahora contará con una virtualidad reflexiva mucho más honda, con derivaciones considerablemente más amplias y con campos específicos de condicionamiento y desarrollo. Por ejemplo: el anarquismo clásico podía dar lugar a prácticas feministas, pero difícilmente acogiera una vasta elaboración histórica sobre el patriarcado; asimismo, será posible encontrar inflexiones protoecologistas, pero casi nunca habremos de ver que ellas se antepongan a consideraciones de orden sindical y así sucesivamente. En otras palabras: la argumentación “clasicista” tiene antecedentes a los cuales recurrir de casi cualquier práctica renovadora contemporánea; pero jamás podrá demostrar que ocupaban el mismo lugar, destacado y generatriz, que actualmente tienen.

3.– Los perros del amanecer

Llegamos finalmente a nuestro tiempo y es hora ya de repasar en su significación profunda y en sus manifestaciones el teatro de operaciones de este nuevo y sedicioso despertar de la anarquía. Habrá que comenzar diciendo, entonces, que aquellas tendencias que en los años 60 insinuaban los trazos de un dibujo todavía borroso quizá no hayan hecho otra cosa que acentuarse y adquirir una nitidez deslumbradora. Ya desde principios de los años 70 empezó a cobrar cuerpo la intuición, imprecisa y definida sólo por oposición, de que asistíamos a un período histórico de definitiva clausura de la modernidad, a la que los más apresurados y noveleros dieron prontamente en llamar, lisa y llanamente, post-modernidad. Tal como ya lo dijimos, el trabajo continuó perdiendo centralidad cultural, aunque ahora la apocalíptica transformación de los mercados laborales impuesta por las políticas monetaristas, la incesante introducción de innovaciones tecnológicas y las vastas reestructuras productivas lo han vuelto también un oscuro objeto de incertidumbres y de deseos. El cuadro de clases sociales dio nuevas muestras de agitación y ya se hace posible hablar de capas formadas al servicio de los nuevos diseños económicos –y en cuanto productos de su sistemática aplicación– tanto como de contingentes variables pero ocasionalmente multitudinarios a los que no se les asigna papel alguno en el funcionamiento regular y admitido de la sociedad: el Estado y el capital ya no forman ciudadanos ni proletarios ni “ejércitos de reserva” sino tecnólogos de la política, “expertos” en los saberes más absurdos y prescindibles o parias condenados a sobrevivir parapetados en los precipicios de la limosna o la ilegalidad. Las mutaciones de la organización estatal, por su parte, ya no pueden pasar inadvertidas para nadie y su reubicación en los juegos de dominación es, sin ningún lugar a dudas, uno de los desafíos teóricos más acuciantes de nuestro tiempo, incluso para esos intelectuales soporíferos que todavía siguen pensando el tema en términos de división de poderes, soberanía y representación democrática. *Las peripecias y formas del poder, por su parte, acompañan, puntúan y condicionan los procesos precedentes, se diversifican al ritmo de los mismos y asumen*

las proteiformes siluetas de los nuevos saberes, al tiempo que confirman y reafirman su centralidad estratégica y su potencialidad generatriz. La historia es cada vez menos un relato de grandezas y destinos manifiestos, carece de finales felices y se fragmenta en las pequeñas narraciones de lo cotidiano y lo trivial a través de los tiempos. La revolución, por lo tanto, ya no puede ser vista como el broche de oro de una previsible reacción en cadena ni como el desenlace inexorable de una prolija sucesión de eslabones predeterminados sino como una contingencia plural e inacabable; como una opción colectiva que, en el mejor de los casos, habrá que fecundar. Son otras las formas de pensar, de sentir y de actuar y los rigurosos edificios intelectuales que alguna vez se ofrecieron como severos e infalibles patrones de sensibilidades y conductas ven esfumarse su antigua condición de dogma y de misal: el pensamiento se vuelve borroso y el pensar un acto de orfandad.²⁵

Nuestro escenario histórico, nuestro segmentado y caótico campo de historicidades en litigio, admite, sin embargo y más allá de su irreductible y radical complejidad, algunas aproximaciones razonables que permitirán una mínima orientación en él.

²⁵ Sería extraordinariamente engorroso, y nos situaría al borde de un tedio insoportable, intentar siquiera una fundamentación bibliográfica más o menos mediocre de estas afirmaciones. Mencionemos, sin embargo, algunas lecturas que puedan ser de utilidad para profundizar en los distintos temas que aquí se han reseñado y sin que las referencias impliquen admiraciones o consensos de tipo alguno por parte nuestra. Sobre las nuevas características del trabajo es interesante el libro de Richard Sennet, *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*; Editorial Anagrama, Barcelona, 2000. Sobre las evoluciones más recientes del capitalismo y su repercusión en la trama de clases es posible encontrar algunos datos de provecho en la compilación de Anthony Giddens y Will Hutton; *En el límite. La vida en el capitalismo global*; Tusquets Editores, Barcelona, 2001. Sobre el nuevo rol del Estado y sus reajustes, una lectura útil es, de David Held, *La democracia y el orden global. Del Estado moderno al gobierno cosmopolita*; Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona, 1997. Sobre el tema del poder y sus diferentes abordajes, elaboraciones algo más antiguas pero todavía vigentes se encuentran en M. Foucault, J. Donzelot, C. Grignon, J. P. de Gaudemar, F. Muel y R. Castel, *Espacios de poder*; La piqueta-Endymion, Madrid, 1991. Sobre los cambios en la sensibilidad y en las actitudes sociales, son altamente polémicas pero atendibles y agudas las ideas de Gilles Lipovetsky volcadas en *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*; Editorial Anagrama, Barcelona, 1994.

Simplificando mucho las cosas, quizá podamos *delimitar conceptualmente las refriegas de poder y contrapoder en algunos macro-espacios de cambio y de disputa*.

Primer espacio de controversias: ¿quién decide qué cosas? Un relámpago, luminoso y enceguecedor a la vez, surca los cielos: en el preciso instante en que se proclama el triunfo definitivo de la democracia representativa, se instala también una formidable crisis de representación, el sufragio universal sólo sufraga investiduras sin cuerpo ni sustancia y, por lo menos en la mayor y más inerme parte del mundo, los ejecutivos estrechan su margen de ejecución, los legislativos el suyo de legislar y los órganos judiciales el de “impartir justicia”. Alguien decidirá sensatamente mañana mismo que *El espíritu de las leyes* de Montesquieu debe emigrar sin pena ni gloria desde los cursos de ciencia política o educación cívica hacia las bibliografías de literatura francesa del siglo XVIII.

Segundo espacio de controversias: ¿producir qué cosas, para quiénes y durante cuánto tiempo? Un movimiento sísmico viaja de un lado a otro y ya no nos deja dormir en paz: se nos dice que nunca como ahora las sociedades han dispuesto de bienes y servicios en tanta cantidad y de calidad tan alta y, mientras tanto, cientos de millones de personas viven en la miseria más completa, debiendo soportar –si es que llegan a enterarse del asunto– que a través de delgados hilos de fibra óptica se deslice sigilosamente una masa dineraria y de instrumentos financieros derivados con la cual es posible adquirir, al día de hoy, más de doce veces la producción total mundial. Campean el hambre, las enfermedades y el analfabetismo en el mismo momento en que alguna transnacional, imaginaria pero no demasiado alejada de la realidad, debe estar investigando los intersticios legales que le permitan patentar el pan, el té de tilo y la escritura cuneiforme y ciertas calificadoras de riesgo resuelven sin mayores escrúpulos ni hesitaciones quiénes y cuántos habrán de pasar al campo de los menesterosos quién sabe dónde en los próximos dos meses. Como es ampliamente sabido, la combinación y extensión de estos procesos políticos y económicos ha sido bendecida ya desde hace algunos años como “globalización”.²⁶

²⁶ El proceso de “globalización” no cuenta todavía, a nuestro modo de ver, con una aproximación teóricamente pertinente, y el concepto mismo encubre las obvias intenciones publicitarias de quienes lo acuñaron. De tal modo, la denominación del movimiento de oposición al nuevo orden mundial como

No son éstos, claro está, los únicos espacios de controversia. Por lo pronto, parece imprescindible percatarse que todas las instituciones del Estado y las de sus adyacencias lo acompañan en sus profundas mutaciones y, al tiempo que asistimos a una iracunda reafirmación de la autoridad y la disciplina, un descrédito sin precedentes le ofrece su merecido contrapunto a los ejércitos, los circuitos de penalización, los establecimientos de enseñanza, la seguridad social, las iglesias, las políticas asistenciales y *tutti quanti*. Tensiones y rupturas también en el dilatado territorio de las costumbres y las pautas de sociabilidad: ahora el hedonismo, el inmediatismo, la inseguridad, la “indiferencia” en forma de fuga, el pasatismo, el sensualismo, etc., buscan caminos nuevos frente a la pérdida de referentes creíbles, frente al repliegue de la fe y frente a las renovadas convocatorias a la obediencia por parte de instancias de poder que han reducido toda subjetividad al almidonado rol de “contribuyente”, “cliente” o “consumidor”. Espacios polémicos en torno del pensamiento mismo, cuyos grandes sistemas ya no parecen estar en condiciones de dar cuenta de objetos imprecisos que se desvanecen y esfuman ante su atónita contemplación: ahora, frente a la franciscana ostentación de un pensamiento técnico que todo lo reduce a escalas instrumentales a su medida, se reconstruye un pensamiento crítico multiforme y salvaje que vuelve a enrostrarle sus interpelaciones, sus desafíos y sus peleas. Por último, en un espacio de controversias en el que quizá todo se resume, *los fines, los caminos y los procedimientos de cambio social se reubican en el orden o el desorden del día*. Superado ya el efímero “fin de la historia” –ese punto descabellado en el que urgidos agoreros se apresuraron a pronosticar sin cortapisas la inapelable defunción de los proyectos revolucionarios–, se hace necesario volver a repensar la crisis de sus variantes clásicas, pero ahora en un contexto que no puede ser restaurador ni tradicionalista y donde la implosión del bloque soviético y los motivos que la desencadenaron hacen impensable el retorno a esas

“movimiento antiglobalizador” tampoco parece reunir condiciones mínimas de satisfacción. No obstante ello y como concesión a las costumbres en boga, hemos optado aquí por secundar una nomenclatura tan equívoca. Sin perjuicio de estas afirmaciones, puede consultarse con provecho un interesante intento de explicación de la problemática en el libro de Michael Hardt y Antonio Negri, *Imperio*; Editorial Paidós, Buenos Aires, 2002.

inflexiones totalizadoras y centralizadoras en las que se agotan, se absorben y se diluyen las potencialidades rebeldes, socializantes y libertarias. El nuestro insinúa ser, otra vez, un tiempo de cambios, pero ya no según modelos de ingeniería social basados en criterios obsoletos de representación y mediación políticas que no parecen tener demasiada cabida en un momento histórico en que la gente ni se identifica con vicarios y testaferros ni se expresa a través de ellos.

La descontrolada y caótica redistribución planetaria del poder de decisión parece ser una de las claves mayores y privilegiadas. El viejo “equilibrio” que puntuara las décadas de la Guerra Fría se ha hecho pedazos y todo vuelve a redimensionarse una vez más. Algunas concentraciones de poder se confirman como tales, naturalmente, pero su significación ya no parece ser exactamente la misma: ¿puede ser idéntico a su pasado el papel de las Fuerzas Armadas estadounidenses, pensadas hasta hace pocos años para enfrentar al Pacto de Varsovia y “obligadas” hoy mismo a actuar de oficio como policía en los suburbios del mundo?; ¿cuánto tiempo más podrán mantenerse esa “legitimidad” y ese albedrío autárquico si algunos instrumentos “globales” como la Corte Penal Internacional –a la que los Estados Unidos se han opuesto tenazmente– extiende su jurisdicción propia? ¿Puede considerarse como definitivo, incuestionable y prolijamente ordenado un centro de poder que un buen día alista detrás suyo una insólita cantidad de “amigos” en su guerra contra el “terrorismo” y pocos meses después descubre que su estrategia bélica puede ser desbaratada momentáneamente y sin demasiado esfuerzo por su principal aliado en Medio Oriente, que se guía según objetivos, cálculos y ritmos que no está demasiado dispuesto a negociar? Otros centros de poder se desintegran sin pena ni gloria. El otrora avasallante Ejército Rojo no es más que una constelación de fragmentos vergonzantes: oficiales que nutren con armas y otros bagajes las operaciones de la mafia rusa, submarinos de imposible rescate y soldados que negocian sus viejos uniformes en las plazas de las principales capitales europeas. Más allá de las metáforas y las ironías, la caída del bloque soviético representó también, por una irrefrenable reacción en cadena, el ocaso de todos los modelos que le fueron subordinados o le estuvieron emparentados de un modo o de otro: hoy,

ni siquiera la mítica Cuba “socialista” puede ufanarse de constituir ejemplo o buque insignia de ningún proceso histórico que convoque medianos entusiasmos. Por extensión, la secular hegemonía que los partidos socialistas y comunistas ejercieron sobre los movimientos populares del mundo entero parece quebrarse por completo: en el caso de los socialistas, luego de un proceso de asimilación e indiferenciación que acabó ubicándolos como leales compañeros de ruta del liberalismo y, en el de los comunistas, después de haber hipotecado la historicidad de sus proyectos y de constatar la imposibilidad de encontrar la cosmética adecuada para su necesaria renovación identitaria. En el mismo momento en que se modifican y se redefinen los ejes de poder y contra-poder las alternativas al nuevo “orden mundial” reconocen y declaran su estado de orfandad.

Nuestro “vasto cuadro de época” vuelve a escenificar, entonces, un nuevo giro revitalizador, un nuevo despertar de la anarquía, en la segunda mitad de los años noventa; primero en forma lenta y susurrante y luego en una algarada explosiva y confiada de sí misma, que quizás adquiriera esa última característica a partir de la masiva demostración contestataria habida en Seattle a fines de 1999 contra la reunión de la Organización Mundial de Comercio. En rasgos generales, puede decirse que el actual resurgimiento tiene seis líneas fundamentales de expresión: *en primer lugar, las notorias presencias directamente anarquistas o simplemente libertarizantes en las grandes concentraciones del movimiento internacional antiglobalizador; en segundo término, la importante multiplicación de grupos anarquistas de composición básicamente juvenil y de última generación; en un tercer tiempo, la relativa recuperación de influencias en espacios tradicionales y no tanto de actuación social; en un cuarto momento, la impetuosa floración de actividades editoriales en los términos clásicos y también en el novísimo formato de las páginas web; en un quinto turno, la proliferación de encuentros específicos –nacionales, regionales e incluso intercontinentales– a través de los cuales intercambiar posiciones y experiencias y avanzar hacia una articulación más firme de nuestras todavía muy frágiles realidades organizativas; y, por último, el renovado escozor que nuestras ideas y nuestras prácticas provocan en los*

organismos represivos. Como telón de fondo de esta eclosión, es preciso destacar que el movimiento anarquista vuelve a toparse con condiciones favorables para su desarrollo a partir de la nueva correntada de luchas sociales que sucedió a la *pax romana* de la que insensatamente se ufanaron los apologistas del *statu quo* durante los primeros años 90 y también, sobre todo, de algunas pautas más o menos notorias en términos de concepción ideológica, organización y formas de actuación de algunos de los movimientos que las han protagonizado y que, inequívocamente, están larga y familiarmente asociadas con nociones libertarias básicas. En este espacio de acción social y en su correspondiente marco simbólico *vuelven a adquirir una significación especial la crítica del poder y del Estado, la negación de la política partidaria y de las apetencias regimentadoras y vanguardistas, la iracundia anticapitalista, la descentralización organizativa, las comunicaciones en red y la acción directa*. Así, el movimiento anarquista recupera su legitimación pública como tal, pero se proyecta también bastante más allá de sí mismo a través de un cierto protoanarquismo ambiental perfectamente reconocible y que lo trasciende holgadamente.²⁷

Los perros del amanecer ya dejaban oír sus ensayísticos ladridos desde algún tiempo antes y los mismos se tornaron en Chiapas en un amenazante aullido. Huelgas prolongadas hubo en Corea del Sur y en Francia, mientras los hormigueos del alzamiento se dejaban ver en Indonesia y Ecuador. Los pronósticos astrológicos y las recomendaciones culinarias del Fondo Monetario Internacional desnudaban una vez más su carácter y sus intenciones en sucesivos y estrepitosos fracasos que no hacían más que aumentar la miseria a la velocidad del sonido. Algo nuevo estaba incubándose y sólo quedaba esperar que ello se manifestara en el corazón mismo de los centros de poder mundial. La sorpresiva e inmejorable oportunidad se presentó

²⁷ En apoyo de esta afirmación, basta mencionar algunas de las redes particularmente activas en el llamado movimiento antiglobalizador que implícitamente han ido asumiendo posturas claramente libertarizantes en lo organizativo y en lo metodológico, como es el caso de la Acción Global de los Pueblos, Direct Action Network, Convergencia de las Luchas Anti-Capitalistas (CLAC) y otras tantas; algunas de las cuales remiten inmediatamente al recuerdo de la impronta anarquizante del Movimiento 22 de Marzo en el contexto del “mayo francés”.

en la ciudad de Seattle el 30 de noviembre de 1999; lugar y fecha para los cuales la Organización Mundial de Comercio había tenido la poco feliz idea de convocar los misticismos ajenos como réplica de los propios a través de una reunión que con inconcebible e inconsciente fatuidad triunfalista quiso llamarse Ronda del Milenio. Un sentimiento se había extendido ya como reguero de pólvora: las sociedades y la gente no podían sentirse representadas y expresadas en una reunión en la que sólo habrían de participar la enorme mayoría de los gobiernos del orbe, largamente perdedores de las confianzas “ciudadanas” y acostumbrados a marchar indolentemente de espaldas a sus propios pueblos y de cara a un reglamento de tránsito que establecía la preferencia circulatoria universal del capital financiero.

El viejo y anárquico llamado de Henry David Thoreau comenzó a latir nuevamente en las calles de Seattle: la “desobediencia civil” volvía a ser la consigna de la hora.²⁸ En los días previos, prolijos representantes de ONG’s –como el International Forum Globalization, el Observatoire de la Mondialisation, Third World Network, Research Foundation for Science, Global Trade Watch-Public Citizen, Center for Food Policy, etc.– acumulaban argumentos opositores al nuevo orden mundial en los claustros del Symphony Hall. Pero, afortunadamente, eso no era todo y en simultáneo también ocurrían cosas más importantes que la anterior: algunos de los miles de anónimos participantes se entrenaban cerca del centro de Seattle, siguiendo los cursos diseñados e impartidos por Direct Action Network en materia de desobediencia civil y técnicas adyacentes: primeros auxilios, solidaridad carcelaria, marcos legales, etc. Todo estaba pronto para que el 30 de noviembre las calles de Seattle se transformaran en el teatro de una fiesta subversiva. Más aún; miradas en perspectiva, resultan extraordinariamente convencionales, insípidas y aburridas aquellas visiones que sostienen que en el Symphony

²⁸ Vid., de Henry David Thoreau, *Del deber de la desobediencia civil*. Se trata de un folleto publicado en 1849, luego de la detención de Thoreau en 1846 por negarse a pagar impuestos, en virtud de que –según su alegato– no había sido consultado acerca de los mismos. Thoreau ha sido especialmente influyente en la vertiente norteamericana del anarquismo. El folleto ha sido publicado en innumerables ocasiones y una versión reciente y accesible es la de Utopía Libertaria, Terramar Ediciones, Buenos Aires, 2009.

Hall quedaron planteados la teoría y los fundamentos y en las calles se desplegaron las prácticas correspondientes:²⁹ en realidad, las calles de Seattle mostraron –al igual que las de París, 31 años y medio antes– ese acontecimiento extraño, sobresalido y que inquieta a los intelectos más ordenados y conservadores que consiste en desarrollar y escribir los borroneados trazos de una teoría en el propio curso de la acción y del movimiento.

El clima era a la vez festivo y combativo; el centro de Seattle se pobló de músicas y de colores donde la diversidad fue la tónica admitida y celebrada, pero también dejó aflorar la voluntad por apropiarse de los espacios urbanos en un momento clave y en el que parecían ponerse en juego aspectos especialmente definitorios del nuevo orden mundial: se trataba de recuperar la ciudad para la gente y también de hacerlo al mismo tiempo que se disputaban las orientaciones y los rumbos de la historicidad correspondiente. Y no hay duda alguna que se trató de una movilización de inconfundibles ribetes anárquicos. La organización básica de las concentraciones se dio a partir de grupos de afinidad que coordinaban horizontalmente entre sí, a través de delegados pero en reuniones abiertas, en un clima de fraternidad, respeto y reconocimiento recíproco. No hubo allí partidos que manipularan a la multitud en provecho de sus lineamientos políticos particulares ni nadie pudo entender que se estaba constituyendo ningún destacamento de vanguardia y capaz de hacer danzar al resto a su propio compás. Los formatos telenovelados buscarán siempre alguna cabeza visible y la ubicarán al frente de la conjura facciosa, sustituyendo así los protagonismos colectivos, por ejemplo, con las ubicuas y omnipresentes inspiraciones de John Zerzan sobre los anarquistas de Eugene (Oregon, USA). Pero nada de ello quita la vivencia de las autonomías individuales y colectivas que en ese lugar y en ese momento contribuyeron a frustrar la reunión de la OMC. Formal e informalmente, acababa de nacer lo que, desde entonces, ha dado en llamarse –impropiamente o no– movimiento antiglobalizador, y en él los diferentes grupos libertarios allí presentes marcaban las cosas con su propio sello y su propio fuego.

²⁹ Eso es, aproximadamente, lo que sostiene Alain Deneault en su artículo “El ‘viraje histórico’ de Seattle”, cuya traducción castellana puede encontrarse en el N° 56 de *Iniciativa Socialista*, España, primavera 2000.

Las escenas se repitieron en Davos, el 30 de enero de 2000, haciendo coincidir ahora las demostraciones con la reunión anual del Foro homónimo, al cual concurren algunas de las personas económicamente más poderosas del planeta; se reeditaron en Washington, el 16 y 17 de abril inmediatos y siguientes, en ocasión de la reunión del Comité Internacional Monetario y Financiero del FMI; se vivieron nuevamente del 11 al 13 de septiembre en Melbourne, ahora con el pretexto de la realización del Foro Económico Mundial; volvieron a demostrar su continuidad y su fuerza del 26 al 29 de septiembre en Praga, para darle su correspondiente marco de rechazos y protestas a la 55ª Cumbre conjunta del Banco Mundial y el FMI. Y luego, ya en el 2001, pasó lo mismo en Quebec (Cumbre de las Américas; 20 al 22 de abril), en Gotemburgo (Cumbre de la Unión Europea; 15 de junio), en Barcelona (Conferencia suspendida del Banco Mundial; 22 al 27 de junio), hasta llegar al apogeo vivido en Génova del 20 al 22 de julio, donde 300.000 personas, procedentes de distintos puntos de Italia, de Europa y aun del mundo, le dieron el merecido marco de repudio a la reunión del llamado Grupo de los 8. Luego de Génova, el escenario mundial que comenzó a dibujarse a partir de los atentados a las Torres Gemelas y al Pentágono, el 11 de setiembre de 2001, contextualizó un período de repliegue relativo y vacilaciones que, en apariencia, se habría cerrado ya formalmente –así lo esperamos– con las multitudinarias concentraciones de Barcelona los días 15 y 16 de marzo de 2002.³⁰ Con más o menos fuerza según los casos, cada uno de los eslabones de la cadena de movilizaciones que va de Seattle 1999 a Barcelona 2002 tuvo en el movimiento anarquista a un actor seguramente minoritario pero, aun así, notorio, con perfiles propios y de primerísimo orden agitativo.

En este *racconto* seguramente merece una mención especial la manifestación propiamente anarquista celebrada en Bruselas el 15 de diciembre de 2001, en el marco de la Cumbre de

³⁰ La intención sólo consiste en presentar muy someramente las movilizaciones más resonantes del llamado movimiento antiglobalizador celebradas en paralelo con las reuniones de los organismos “globalizadores” más significativos. Obviamente, este breve listado no pretende ser exhaustivo ni es posible dar cuenta –en el marco de los objetivos definidos para este trabajo– de las decenas de movilizaciones del mismo signo acontecidas durante el bienio 2000-2001.

Jefes de Estado de la Unión Europea. Allí, 10.000 anarquistas básicamente procedentes de distintas partes de Europa –pero, también, según se afirma, contando en sus filas con militantes libertarios latinoamericanos– recorrieron las calles de la ciudad y difundieron su propia visión del proceso “globalizador”. Las experiencias, las fuerzas y las decisiones acumuladas en los dos años previos permitían, por primera vez en mucho tiempo, que una coordinación animada exclusivamente por nucleamientos anarquistas ganara las calles de una ciudad en la que estaban concentrados algunos de los hombres más poderosos del Viejo Continente. Las calles volvieron a hablar el lenguaje de la autogestión y a confrontar la vacuidad de las representaciones parlamentarias y estatistas con el encendido reclamo de una democracia directa y de un federalismo que permitieran recuperar la capacidad de decisión de la gente sobre su propia historia. El lema fue por sí mismo largamente explicativo y no dejó demasiado margen para las dudas y las lecturas vacilantes: “Una gran manifestación por el poder de gestionar nuestra vida, por la gestión y la propiedad colectiva de todas las riquezas del mundo, por una sociedad sin dominación ni explotación, por la globalización de la solidaridad, por una enseñanza que apueste por la autonomía y la libertad del individuo, por la mundialización del desarme”. Nunca, como hasta ese momento, las concentraciones del movimiento antiglobalizador habían albergado una expresión tan definida y tan contundente de la presencia en él de contingentes anarquistas dispuestos a bregar por su específica y revolucionaria visión del asunto.

Al tiempo que el movimiento antiglobalizador brindaba su propia versión del recalentamiento planetario, el movimiento anarquista, animado por ese contexto, se enriquecía con el surgimiento de nuevas agrupaciones de composición básicamente joven y con el redoblado accionar de aquellas surgidas en lo previo y a la luz de otras luchas. *Una vez más, el flujo movilizativo actuaba como catalizador de apetitos en suspenso y rabias contenidas.* Las nuevas agrupaciones pasaban a constituirse tanto en torno de formas locales y temáticamente acotadas de actuación como alrededor de su inclusión episódica en las diferentes redes agitativas que comenzaban a abrazar el mundo

con la extraordinaria densidad de sus tejidos descentralizados, diseminados y dispersos aquí y allá. Las tareas puntuales coexistían fluidamente, por regla general, con proyecciones considerablemente más ambiciosas o intentos orientados en tal sentido. Además, el fenómeno no se limitó a un país determinado y a sus inmediatas zonas de influencia sino que pareció y parece expresarse todavía de formas aproximadamente similares en lugares tan disímiles como pueden serlo París y Cochabamba, Nueva York y João Pessoa. El movimiento anarquista volvía a generar nuevos canales de comunicación y de ingreso, conmoviendo así estructuras que el tiempo había ido volviendo excesivamente pesadas y que no mostraban ni facetas suficientes ni ritmos apropiados que pudieran resultar enteramente atractivos para esta nueva escalada sediciosa.³¹ *Los dibujos básicos del movimiento dejan atrás los trazos apacibles, previsibles y cansados del período inmediatamente previo: nuestro “vasto cuadro de época” vuelve a poner en el orden del día la tarea inmensa de una renovación que se ajuste en forma plena con una constelación de exigencias e incitaciones que ya no son iguales que las de ayer ni pueden dejar de concebirse en su singularidad radical.*

De momento, se imponían no obstante algunas certezas que seguramente cualquier tiempo habrá de rubricar, y el

³¹ Es imposible reseñar exhaustivamente el fenómeno: de todos modos, aunque sea sólo a modo de ejemplo y como demostración de que no estamos inventando nada ni dejándonos llevar por un entusiasmo desmedido, cabe mencionar aquí distintos procesos fundacionales que tienen lugar en los últimos años y en puntos extraordinariamente alejados entre sí. La Red de Enlaces Anarquistas de Bolivia se forma en marzo de 2001; el Congreso de Unificación Anarco Comunista de Chile lo hace en noviembre de 1999; la Federación Cabocla, en la localidad de Pará en Brasil, se origina en enero de 2001; distintos grupos se conforman y convergen en Turquía, también durante el año 2001; e, incluso en una España de hondas tradiciones libertarias y organizaciones largamente asentadas, habrá que mencionar la constitución de una Red de Afinidad Anarquista en mayo de 2000 y de la Red Libertaria Apoyo Mutuo apenas un año y un mes después. En un orden distinto de cosas, quizá correspondería mencionar aquí también ese fenómeno nuevo, inasible pero ubicuo, que ha demostrado ser el llamado Black Block, particularmente notorio en las grandes concentraciones del movimiento antiglobalizador. Es altamente significativo, además, que nada de esto responda a una decisión concertada y conspirativa, adoptada por algún misterioso organismo centralizador de ubicación desconocida, sino a una contagiosa onda expansiva que encuentra su elemento detonador en las profundas incitaciones de época.

movimiento anarquista se lanza una vez más a la recuperación de viejos y nuevos espacios de influencia social. Los procesos de concentración del capital y las consiguientes reestructuras productivas volvían a dejar de manifiesto un alto costo que, como de costumbre, se les cobraba a los trabajadores, básicamente en forma de altas tasas de desocupación y en retribuciones eventualmente descendentes en términos reales. Frente a ello, las centrales sindicales altamente institucionalizadas –las de vieja impronta comunista o las perseverantemente socialdemócratas o las socialcristianas– sólo ofrecían y ofrecen el trillado camino de negociaciones y pactos sin horizonte. Es así que las distintas formaciones anarcosindicalistas o las prácticas libertarias promovidas en nucleamientos clasistas no programáticos comenzaron a ser visualizadas nuevamente como una atendible opción de resistencia; y no sólo en lugares tan frecuentados por tales cosas como España sino también en sitios tan hipotéticamente hostiles e impenetrables como los cubiertos por la Confederación Siberiana del Trabajo (SKT). Algo similar –con las variaciones y particularidades que correspondan según el país de que se trate– comienza a ocurrir en los medios estudiantiles en particular o juveniles en general, cuyas organizaciones de todo tipo cumplen un rol agitativo fundamental en las convocatorias del movimiento anti-globalizador. En distintos lugares se registra la formación de ateneos y el movimiento de ocupación de viviendas adquiere una proyección mayor, constituyéndose ambas variantes como puntos de irradiación de acciones sociales solidarias y convocatorias de lucha de amplificados vozarrones. Algo parecido ocurre en el seno de grupos ecologistas, feministas, antimilitaristas, etc., que reciben ahora un nuevo impulso y que abren con mayor amplitud todavía un abanico de receptividades y expectativas hacia los discursos y las propuestas de cuño libertario. Tal vez, el movimiento anarquista no constituya claros contingentes mayoritarios en ninguno de esos campos, pero no hay duda alguna en cuanto a que todos ellos se reciclan como cajas de resonancia de un nuevo diálogo en el que nuestras estridencias vuelven a encontrar un espacio coral.

Nuestro viejo vicio por sembrar mensajes en negro sobre blanco vuelve a recrudecer: otra vez, ríos de tinta se tornan en un curso de navegación acogedor para el vocerío anárquico.

Publicaciones de periodicidades varias o ninguna, revistas más pensadas o fugaces fanzines se distribuyen en la vecindad inmediata al tiempo que también recorren el orbe por la vía de archivos necesitados de ampliar sus estanterías, de intercambios múltiples y de curiosidades afinitarias. En los relevamientos más o menos regulares realizados por la venezolana Comisión de Relaciones Anarquistas es posible, por ejemplo, tomarle el pulso a las altas, bajas y permanencias a las publicaciones más estables en castellano: en abril de 2000, la lista incluía 34 publicaciones, que en abril de 2002 habían ascendido ya a 49, abarcando la Argentina, Chile, Uruguay, Bolivia, Venezuela, México y, por supuesto, España.³² Pero, ahora, los medios también pueden ser distintos y los nucleamientos o los simples militantes individuales anarquistas han podido servirse de los recursos de alta tecnología actualmente disponibles: en tal sentido, la misma Comisión venezolana nos informa en su último reporte al respecto que es posible acceder a través de Internet a la friolera de 177 páginas web solamente en lo que se refiere al espacio latinoamericano.³³ En una y otra variante, el crecimiento parece ser exuberante y seguramente expresa a su modo el actual reverdecimiento libertario y la ampliación de sus nucleamientos, su militancia y sus circuitos de actividad. La circulación de libros, mientras tanto, es más lenta y más costosa, pero también en este plano habrá que anotar la reactivación de nuevas y viejas editoriales anarquistas que, en los últimos años, asisten también a posibilidades de difusión que se encontraban relativamente adormecidas, así como dejar constancia de casas editoriales de naturaleza comercial que ya han comenzado a percatarse del renovado interés de las producciones libertarias.

³² Para aquilatar estas cifras debe tenerse en cuenta que la lista incluye sólo a aquellas publicaciones que editaron por lo menos 5 números en el período 1998-2002 y que registran alguna aparición reciente. Además, es obvio, que existen imposibilidades materiales muy reales para incluir el aluvión de fanzines ocasionales, por lo cual el registro de éstos ha quedado fuera de la lista. Por lo tanto, aun reconociendo enjundiosamente el excelente trabajo de relevamiento realizado por los compañeros venezolanos, es preciso aceptar que el mismo debe reflejar muy por debajo la presencia anarquista en los medios gráficos. La difusión más reciente de la lista de publicaciones puede encontrarse en la dirección web www.ainfos.ca/ca/, más particularmente en las informaciones recogidas el 1° de abril de 2002.

³³ La lista completa y actualizada puede solicitarse en la dirección electrónica habilitada a tales efectos: mendezn@camelot.rect.ucv.ve.

Otro destello del nuevo aliento anárquico y del cariz que están tomando las cosas en filas del movimiento es la sucesión de encuentros de alcance nacional, regional y aun intercontinental. En este plano, es necesario distinguir instancias de al menos tres tipos: *los encuentros formales y regulares de organizaciones nacionales o internacionales de prolongada actuación, las tentativas de aproximación e intercambio entre agrupaciones normalmente incipientes y las reflexiones abiertas en espacios no específicos y generalmente situados en instituciones de educación pública.* Los primeros son ya conocidos y no constituyen por sí mismos los elementos de novedad, aunque seguramente también a este nivel habrá que señalar los efectos de la actual oleada y, por consiguiente, la intención manifiesta de ensanchar sus fronteras.³⁴ Pero lo más resonante –y más expresivo del resurgimiento– son los encuentros “informales” que se celebran uno tras otro en diferentes lugares de Europa y de América. La velocidad de las comunicaciones y el seguimiento de una información al día darán cuenta, apenas durante el año 2001, que los anarquistas se encontraron en Dusseldorf (Alemania) del 20 al 22 de abril, en Lisboa (Portugal) del 22 al 29 de setiembre, en Teresina (Brasil) del 24 al 26 de diciembre, en Caracas (Venezuela) del 26 al 30 de noviembre, en Medellín (Colombia) el 24 y el 25 del mismo mes; y así sucesivamente y sin que estas menciones pretendan agotar una nómina que ya se ha hecho difícil de abarcar. En algún caso, además, llegarán a formarse redes solidarias de vasto alcance internacional como ocurriera con la reunión celebrada en Madrid los días 31 de marzo y 1º de abril de 2001.³⁵ Incluso las universidades, sea por razones de estudio o de hospitalidad han comenzado a albergar instancias de reflexión y algo más sobre el anarquismo y sus adyacencias;

³⁴ Un ejemplo de lo que decimos puede estar constituido por los encuentros sindicalistas revolucionarios que van más allá de los miembros regulares y reconocidos de la Asociación Internacional de Trabajadores. Con estas características, se libró una Conferencia Internacional de Solidaridad en junio de 1999 en San Francisco y está programada la realización de su continuación en agosto-setiembre de 2002 en la localidad alemana de Essen.

³⁵ Nos referimos aquí a la reunión en que fue creada Solidaridad Internacional Libertaria (SIL), que pretende constituirse en una red mundial amplia y abierta, entre organizaciones anárquicas pertenecientes a diferentes corrientes y con distintos campos de actuación. En la SIL conviven, por ejemplo, federaciones de raíz anarcosindicalista y organizaciones “plataformistas”.

como ocurriera, por ejemplo, en Toulouse, a fines de octubre de 1999 o en Florianópolis a principios de setiembre del 2000. Sea como sea, y a pesar de los temblorosos y todavía vacilantes primeros pasos, en dichas reuniones comienzan a producirse ya declaraciones, manifiestos, reflexiones varias y propuestas organizativas de todo tenor. No hay duda que el alboroto libertarizante ha llegado a un punto de inflexión respecto de los años previos y persiste en mantener sus bríos; guste o no y pese a quien le pese, el movimiento anarquista está vivo y activo, aun cuando solamente haya empezado recién a calentar sus motores.

Tan vivo y tan activo se encuentra el movimiento anarquista que la última de las líneas demostrativas que habremos de manejar aquí es nada menos que el infaltable azuzamiento represivo. Ya frente al flujo movilizador del movimiento anti-globalizador se plantearon consistentes elementos de prueba en tal sentido, que luego no han hecho más que incrementarse al calor de la “guerra contra el terrorismo” convocada por los Estados Unidos. Quizá la manifestación más prematura de la urticaria que habitualmente producen los procesos de agitación anarquizante –al menos con el grado de generalidad que habremos de ver– la proporcionó la Internacional policial europea (Europol) en su reunión de Madrid, celebrada entre el 29 de enero y el 2 de febrero de 2001. Allí y en esa instancia, los dirigidos por el comisario alemán Jürgen Storbeck definieron inequívocas tareas, aprestos y advertencias, al tiempo que enfocaban sus paranoicas miras telescópicas sobre el movimiento libertario.³⁶ En relación o no con tales arengas e instigaciones, en buena parte del mundo, ser anarquista se volvió nuevamente sinónimo de peligrosidad y de esencialidad antisocial. Así, pudimos constatar otra vez que el encierro carcelario es una de las contingencias probables para los derroteros libertarios así como también lo son las golpizas, los periódicos clausurados, las balaceras y los desalojos. El 7 de diciembre de 2000, Michelle Pontolillo inicia una huelga de hambre en el cruel centro de detención de Villabona (Asturias, España); en el mismo mes de diciembre, un militante de la CNT es asesinado en la estación Atocha de Madrid; Nikos Maziotis es procesado en Grecia en enero de 2001; el 23 de febrero del mismo año, en la Viena facistoide, es allanado

³⁶ Vid. Endika Zulueta; “Europol perseguirá anarquistas”, revista electrónica *Rebelión* (<http://www.eurosur.org/rebellion/>) del 24 de febrero de 2001.

un centro social, destruido su mobiliario y sus equipos y detenidos entre 40 y 50 militantes; en el mes de julio, es sabotado el auto en que viajaban tres miembros del Consejo Indígena Popular de Oaxaca-Ricardo Flores Magón, en México; en la noche del 17 al 18 de noviembre, también del 2001, tres militantes de la COB-AIT son baleados en un barrio periférico de San Pablo; el 1º de diciembre son detenidos 5 libertarios pertenecientes a Usak Anarsist Otonomu (Anarquistas Autónomos de Usak) en Turquía, por el “delito” de distribuir panfletos en el curso de una manifestación sindical; el 26 de diciembre, por último, muere en condiciones harto sospechosas el anarquista Horst Fantazzini en la cárcel de Bologna, en Italia.

Las evidencias –o, si se prefiere, las simples suposiciones– parecen ser, a esta altura, más que suficientes: las banderas negras y rojinegras retoman su orondo y orgulloso paseo por las calles de algunas de las principales y no tan principales ciudades del mundo; surgen nuevas agrupaciones y se amplían los radios de influencia del movimiento, al menos en términos de expectativas que no cesan de manifestarse como tales; se multiplican las publicaciones periódicas o aperiódicas, se editan libros viejos y recientes, se difunden páginas web; se suceden los encuentros, los debates, las conferencias; los órganos represivos vuelven a transformarnos en objetos de preocupación y persecución. *Considérense, entonces, aislada o conjuntamente estas múltiples sugerencias y ya no podrán quedar demasiadas dudas: se trata, nuevamente, ahora con extensión desconocida y fuerza quizás inusitada de unas cuantas décadas a esta parte, de los perros del amanecer.*

4.– Los bostezos y las somnolencias del movimiento

Una cosa es ver exultantemente y con esperanzada excitación cómo crecen los hongos después de la lluvia y otra muy distinta suponer que ello resuelve por sí sólo los grandes dilemas, las asignaturas pendientes y las inocultables limitaciones del movimiento anarquista. El “vasto cuadro de época” en el que hemos escenificado este nuevo despertar de la anarquía sigue ofreciendo –y quizás, en las circunstancias más próximas, duplicando– un conjunto de condiciones “favorables” sobre las cuales se apoya la efervescencia y el desarrollo del

movimiento y que se presentan ahora ante nuestra sorprendida y ansiosa mirada. Pero ello no resuelve por sí mismo otro conjunto de problemas y de carencias, ahora “internos”, que sigue siendo amenazante y que bien puede revertir la actual situación de un momento a otro, tal y como ya ocurriera en más de una ocasión y según lo que creemos haber demostrado a lo largo de estas páginas. Localizar, identificar, desmenuzar esos problemas y esas carencias –en todo aquello que esté efectivamente a nuestro alcance– se vuelve, entonces, una preocupación de primera prioridad y, por ende, una tarea que no puede postergarse demasiado tiempo más; repensarlos a la luz de las experiencias más cercanas y de las frustraciones más recientes es, en el tiempo inmediatamente sucesivo, el auxilio más obvio de nuestra empresa. Ahora bien: ¿cuáles son los grandes problemas y las grandes carencias a resolver? Lo más probable es, con relativa prescindencia de quién emprenda el escrutinio y del método que se siga, que el resultado sea una retahíla de lamentos y/o de recriminaciones más o menos largo, fatigoso y quizá sobrecargado de detalles que seguramente ejemplifican bien pero conceptualizan mal los problemas y las carencias que es preciso identificar. Hagamos, pues, un esfuerzo de evitación, dejemos a un lado algunas de nuestras arraigadas tentaciones y costumbres y busquemos esa necesaria síntesis que querría ser clarificadora. Antes aún, para sortear también malentendidos que siempre están al acecho, se impondrá una aclaración que desea ser interpretada como contextualizadora de las críticas que seguirán: *en líneas generales y en los últimos años, el movimiento anarquista ha demostrado capacidad de respuesta, inventiva y arrojo; ha afirmado sus valores básicos, su coherencia y sus viscerales compromisos levantiscos; ha impulsado con convicción y con fuerza el flujo movilizador y lo ha dotado, dentro de sus posibilidades reducidas y minoritarias, de energía y de intransigencia.* Nada de ello es poca cosa, avala y fundamenta los reconocimientos de unos y los temores de otros y se trata de un patrimonio que no puede despreciarse y que habrá que cuidar, cultivar, mantener y desarrollar de aquí en más.

Salvados ya nuestro eventuales cargos de conciencia y balanceados con una elogiosa contraparte las críticas que vendrán,

abordemos éstas de una vez por todas. En primer lugar, es preciso decir que *el movimiento anarquista carece de un paradigma revolucionario reconocible que llene el vacío dejado por el anarcosindicalismo y que no ha sido cubierto satisfactoriamente en ningún momento y en ningún país desde 1939 a la fecha*,³⁷ dicho esto sin perjuicio del aliento, las intenciones y las prácticas que por doquier han signado la existencia real de un movimiento al que difícilmente se lo pueda acusar de prescindencia o de ausencia de compromisos con los dramas sociales e históricos que le ha tocado vivir. En segundo término, no es posible desconocer –en íntima relación con lo anterior– que el movimiento anarquista no ha resuelto todavía las debilidades de su desarrollo teórico; entre otras cosas, porque no existe una extendida conciencia de que una época distinta exige reapropiarse de una historicidad diferente y que ello no es posible sin romper con alguno de los moldes de materiales doctrinarios elaborados 130 y más años atrás. En un tercer momento, parece imperioso reconocer que ello tiene una traducción directa en el plano de la práctica política, de los métodos de acción y de las formas organizativas que el movimiento se va dando en forma más o menos espontánea y en lo cual se ponen de manifiesto insuficiencias sobre las que no nos podemos autoengañar a través de aplausos circulares y del falso convencimiento de que nuestros compro-

³⁷ Esta afirmación reclama una gran cantidad de explicaciones que no será posible dar en este momento. Limitémonos, por lo tanto, solamente a aquellas dos que entendemos como absolutamente esenciales. Digamos, en tal sentido, que el uso que le damos al concepto de paradigma es aproximadamente similar al que le diera Thomas Kuhn en sus dos libros clásicos sobre el tema –*La estructura de las revoluciones científicas*; Fondo de Cultura Económica, México, 1980 y *Segundos pensamientos sobre paradigmas*; Editorial Tecnos, Madrid, 1978–, en tanto modelo interpretativo de la realidad asumido explícita o implícitamente por una cierta comunidad de iguales que lo toma como referencia segura y eficaz y como marco de sus elaboraciones e indagaciones ulteriores. En cuanto al anarcosindicalismo, cabe sostener que, si bien para nosotros constituye un paradigma superado –entre otras razones, por la propia pérdida de centralidad del trabajo–, ello no está asociado, de nuestra parte, con una visión despreciativa y prescindente sobre el mismo. Antes bien, estamos persuadidos que hay que seguir siendo anarcosindicalistas o tender a ello en aquellos muy menguados lugares en que todavía es posible serlo o hacerlo; lo cual, no obstante, no debe confundirse con la recomendación de tomar *paradigmáticamente* al anarcosindicalismo: es decir, *en tanto modelo configurador del campo respectivo, taxativo, inapelable, sin alternativas y en cualquier circunstancia concebible.*

misos ya han dado todo de sí. En el cuarto turno, se nos exige una labor de sinceramiento por la cual se admita que formamos parte de un movimiento “escindido” y problemático hasta un grado difícilmente justificable en términos sociales e históricos; que ello da y seguirá dando lugar a la existencia de relaciones equívocas e innecesariamente tormentosas y que tales cosas han coartado la posibilidad de generar espacios reales –familiares e internos– de diálogo y de entendimiento. Por último, se hace absolutamente imprescindible percatarnos que, más allá de este rejuvenecimiento que nos hace rebosar de gozo, de alegría y de expectativa, nuestra situación actual no es ni siquiera medianamente comparable a la de aquella “edad de oro” del anarquismo en la que efectivamente podía decirse que el movimiento orientaba sin ningún lugar a dudas las luchas sociales en una cantidad importante de países. *En líneas generales, puede decirse que hoy el movimiento crece y ha recuperado su pujanza, pero todavía es enorme el camino que nos queda por recorrer para constituirnos en una alternativa revolucionaria incuestionable como tal y en la cual sectores sociales cada vez más vastos puedan encontrar su principal referencia de crítica, de enfrentamiento y de transformación.*

Que el movimiento anarquista carece de un paradigma revolucionario común *parece* demostrarse por sí mismo a la vista de la diversidad de corrientes –con sus correspondientes prácticas y formas de organización– que lo atraviesan de cabo a rabo y que se expresan de maneras aproximadamente parecidas en casi todas las latitudes. Aquí y allá encontraremos un movimiento “escindido” –quizá no formalmente, y no siempre ni en todas partes como consecuencia de rupturas orgánicas reales, pero sí en los hechos– en fracciones anarcosindicalistas, “especificistas” a la usanza clásica, “plataformistas”, anarco-punks, anarco-indianistas,³⁸

³⁸ El anarco-indianismo probablemente sea una sorpresa y una novedad que contradice algunas de las ortodoxas expectativas previas. Sobre el tema, conviene recurrir a las fuentes mismas de fundamentación: vid. el artículo “El anarco-indianismo: en busca del socialismo mágico”; ensayo presentado al VII Congreso de Antropología realizado en la Universidad de los Andes, en 1992 y en la ciudad de Bogotá (Colombia). El mismo se encuentra recogido en la compilación de Luis Alfonso Fajardo Sánchez, *Una historia del anarquismo en Colombia. Crónicas de utopía (Apuntes, momentos y páginas selectas para una historia del Movimiento Libertario Americano)* del

anarco-comunalistas,³⁹ anarco-municipalistas, anarco-primitivistas,⁴⁰ anarco-insurreccionalistas, ateneístas, “afinitarios”, propagandistas, “cotidianistas”, individualistas, espontaneístas, etc., etc.; sea en estado “puro”, sea también en las combinaciones más diversas y sin olvidar a quienes reconociéndose como anarquistas no forman parte de grupo alguno de esa condición y se involucran bajo la exclusiva responsabilidad de sus conciencias en prácticas feministas, ecologistas, cooperativistas, comunitarias, antimilitaristas, educacionales y los nuevos etcéteras a que haya lugar. Corrientes o expresiones que, en sus orígenes y según el lugar que sea, responden a tradiciones largamente asentadas, a elaboraciones prolijas y detenidas o a oportunidades y preferencias circunstanciales o meramente episódicas. Corrientes que, a su vez, están habitualmente muy lejos de presentar un frente unificado sino que han abierto en su propio espacio de actuación controversias que no pocas veces llegan a niveles de rivalidad y de encono difíciles de explicar.⁴¹

Colectivo Alas de Xue; coedición de la Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, Nossa y Jara Editores y Ediciones Colectivo Alas de Xue, Madrid, 2000. Sin duda, cabe aclarar que la propuesta no se limita a la realidad colombiana sino que extiende sus alcances al menos a buena parte de los países latinoamericanos.

³⁹ Bajo esta denominación ubicamos propuestas como la recogida en el libro de Sam Mbah e I. E. Igariwey; *Africa rebelde. Comunalismo y anarquismo en Nigeria*; Alikornio Ediciones, Barcelona, 2000. Para los autores es necesario y posible un espacio de convergencia ideológica entre el anarquismo y el sistema africano de aldeas tradicionales basadas en el apoyo mutuo y la ausencia de autoridad. Sin que nos pronunciemos sobre los contenidos sustantivos del asunto, hay que decir que esta elaboración nos parece un magnífico ejemplo de cómo apropiarse de los materiales históricos y sociales concretos y reorientarlos hacia una elaboración y una práctica de signo libertario.

⁴⁰ Se conoce como anarco-primitivista a la concepción defendida por John Zerzan, cuyo texto de referencia es *Futuro primitivo*. Una traducción al castellano de dicho texto puede encontrarse en el sitio www.cgt.es/biblioteca.

⁴¹ “Difíciles de explicar”, por lo pronto, desde una óptica que pretende construirse a través del desciframiento de un cierto código común de base –antepuesto y formado por consideraciones que carecen de fuerza escisionista– y que, a raíz de ello, puede permitirse el lujo de manifestar sus deseos unitarios. “Difíciles de explicar”, por ejemplo, serían las fracturas de la CNT y la CGT en España, de las tres CNT francesas o de las dos USI italianas, sin olvidar el caso de la SAC sueca que hace rato largo ha quedado al margen de la AIT; organizaciones todas ellas que se reclaman herederas de las tradiciones del viejo anarcosindicalismo. Además, si hacemos mención a estas escisiones, es porque las mismas podrían resultar relativa-

Diversidad, entonces, y diversidad por doquier: el movimiento anarquista tiene cien cabezas, cien rostros y cien manos y, por lo tanto, otras tantas formas de pensar la realidad, de presentarse orgánicamente frente a ella y de actuar para transformarla. Ahora bien, en las actuales circunstancias, ¿esta diversidad debe ser sufrida como si se tratara de una de las siete plagas de Egipto o explorada en tanto momento político inevitable –con raíces y motivaciones bien fundadas– y en cuanto posibilidad de futuro? ¿No será, tal vez, que esa fragmentación se explica a partir de las propias características de nuestro vasto cuadro de época y que ésa sea la mejor forma de expresarlo? ¿Será posible, acaso, que, lejos de intentar revertir esa dispersión, debamos quizás estimularla y limitarnos a tender puentes y caminos de entendimiento entre sus partes? ¿Será este último el porvenir inmediato de nuestro movimiento?

Seguramente es prematuro todavía –a esta altura de nuestra exposición– intentar una respuesta acabada a estos interrogantes; pero sí parece llegado el momento de situar el tema del paradigma revolucionario anarquista en el espeso nodo que le corresponde y como el origen posible, directo o indirecto, de nuestros restantes bostezos y somnolencias. Una comparación seguramente bastará para ubicar inicialmente el punto y es aquella que nos lleva a cotejar la actual situación del movimiento anarquista con la que el mismo atravesaba un siglo atrás. En aquel entonces, en tanto exuberante diferencia con nuestro actual panorama, no todo pero sí el grueso del movimiento contaba con un modelo reconocible en el cual abreviar sin mayores contratiempos ni desmesuradas conflictivas: el anarcosindicalismo. En tanto paradigma, el anarcosindicalismo histórico se apoyaba sobre una base teórico-ideológica que organizaba los elementos del mundo de determinada manera, confiriéndole un sentido relativamente preciso a los mismos y a sus comportamientos y, sobre todo, una razón de ser a las prácticas propias y a sus objetivos manifiestos. Estas operaciones conceptuales producen

mente comprensibles en sus respectivos contextos orgánicos y como parte de las correspondientes historias compartidas, pero la situación se vuelve considerablemente más compleja cuando se trata de explicar las escisiones existentes, nacionales o internacionales, a nivel de, y entre, las restantes corrientes mencionadas.

a su vez determinados efectos: en primer lugar, un efecto de “normalización” que separa lo regularmente admitido de lo “amistoso”, lo marginal y lo excluido, permitiendo así una socialización poco traumática de los nuevos adeptos y un recambio generacional escasamente problemático; en segundo término, un efecto de delimitación de las certezas y los “enigmas” por resolver, de las respuestas sin vacilación y de las preguntas que todavía permanecen en pie; por último, un efecto identitario por el cual quedan establecidas la respectiva “comunidad” militante, las filas del enemigo y los eventuales contingentes de indiferencia. La historia nos dice que un paradigma así constituido suele ser altamente resistente y tener asegurada una cierta longevidad; no obstante lo cual, la aparición súbita o gradual de algunas “anomalías” puede sumirlo en una situación de “crisis”, poner en entredicho su entereza y erosionar su capacidad, tanto la de mantener las lealtades de los antiguos adeptos como la de convencer con firmeza a los nuevos prosélitos. Esa situación sí suele ser traumática al interior de la “comunidad” de practicantes y casi nunca se resuelve en un vertiginoso acto de prestidigitación: para ello será necesaria la elaboración de un nuevo paradigma que garantice los mismos efectos producidos por aquel que se sustituye y que respecto del mismo demuestre sus ventajas en términos de actualidad, extensión y profundidad.⁴²

Veamos este asunto en los términos que lo expresan en nuestro propio movimiento. El paradigma anarcosindicalista resulta de un más o menos lento ritmo de maduración cuyas raíces más lejanas deben situarse en el proceso de organización de los trabajadores que encuentra en la 1ª Internacional un momento de confluencia especialmente relevante. Dicho paradigma no se impone

⁴² Como ya se ha anticipado, estamos siguiendo aproximadamente, y con las adaptaciones del caso, las elaboraciones y términos usados por Thomas Kuhn en su formulación clásica –por ej.: “normalización”, “enigmas”, “comunidad”, “anomalías” y “crisis”–. Sin embargo, vale aclarar que dicha formulación está pensada para el contexto propio a la historia de la ciencia y que su traslado a las “comunidades” ideológico-políticas no siempre es del todo afortunado. Para un intento en ese sentido, en que el traslado a este terreno se considera incluso más apropiado, cf. de Rafael Spósito: “La reconversión política de la izquierda uruguaya: una crisis de paradigmas” en *Cuadernos de Marcha* N° 39, Montevideo, enero de 1989.

en la “comunidad” anarquista de una vez y para siempre, sino que es confrontado con cuestionamientos, alternativas y variantes que surgen dentro del propio movimiento.⁴³ No obstante ello, el paradigma se instituye en tanto tal por cuanto demuestra ser capaz de explicar una mayor cantidad de situaciones y procesos de cambio y de hacerlo con mayores galanura y profundidad: más allá de las evidentes incertidumbres e impugnaciones, entre la última década del siglo XIX y la primera del XX, el movimiento anarquista internacional ya se encuentra prácticamente identificado con el anarcosindicalismo y redondea la instancia “normalizadora” de su proceso evolutivo. Por añadidura, este paradigma resulta ser un modelo seguro y eficaz en tanto efectivamente provoca el desarrollo del movimiento y garantiza su indisoluble conexión con las luchas sociales de su tiempo. Sin perjuicio de ello, los “enigmas” resultan ser demasiado gravitantes para la integridad paradigmática y las “anomalías” no demoran demasiado en hacer su aparición. De tal modo, no debería sorprender que la presencia anarquista en las revoluciones mexicana y rusa no se correspondiera exactamente con el modelo anarcosindicalista. En el caso de esta última, además, la dirigencia bolchevique acaba por ofrecer una imprevista representación universal del proletariado y de la lucha de clases que hará estragos por doquier en las filas libertarias, ubicando al paradigma prevalente en la antesala de su “crisis”; la que sólo se consumará en tanto tal con la derrota de las expectativas anarquistas que entre 1936-1939 se manifestarán en España en todo su esplendor.

Para ese entonces, el paradigma clásico anarcosindicalista había experimentado ya un enriquecimiento inocultable: en 1927, en Valencia, como respaldo y como apoyo de la CNT pero

⁴³ Puede encontrarse en Max Nettlau un intento de rastreo genealógico de la concepción anarco-sindicalista –sin hacer referencia al término pero sí a la idea– a partir del informe de César de Paepe presentado en el Congreso de la Asociación Internacional de Trabajadores celebrado en Basilea en 1869. Para Nettlau, la concepción anarcosindicalista va volviéndose exclusiva sólo con el correr del tiempo mientras que, en los tramos iniciales de la peripécia anarquista, coexiste sin mayores sobresaltos con diferentes opciones. Vid., Max Nettlau, *La anarquía a través de los tiempos*, pág. 102 y sgs., Ediciones Júcar, Madrid, 1978. Sobre la puesta en cuestión del sindicalismo librada por Errico Malatesta y Emma Goldman en el Congreso Anarquista celebrado en Amsterdam del 24 al 31 de agosto de 1907, vid. James Joll, *Los anarquistas*, pág. 190 y sgs.; Ediciones Grijalbo, Barcelona, 1968.

también como resguardo de su integridad ideológica, se había constituido la Federación Anarquista Ibérica.⁴⁴ Antes aún de esta instancia fundacional, un grupo de anarquistas rusos exiliados en París proponía en 1926 –en un texto conocido como *Plataforma Organizacional*– la creación de una Unión General de Anarquistas que resolviera los problemas de dispersión que, a su modo de ver, estaban en la raíz del fracaso libertario en el contexto de la revolución de octubre de 1917. Si a ello se une el reconocimiento de que la participación anarquista en la revolución mexicana se sustanció fundamentalmente a través del Partido Liberal, identificado con la figura y la trayectoria de Ricardo Flores Magón, se puede concluir fácilmente que tanto las inminencias como las desazones insurreccionales convocaban modelos de organización y acción que la prevalencia anarcosindicalista había ubicado lisa y llanamente en un segundo plano. En cierto modo, puede decirse que el paradigma clásico no estaba en condiciones de resistir la derrota de las ilusiones libertarias escenificadas en la revolución española de 1936-1939 y que ello ambienta su sustitución –gradual, morosa, exasperantemente lenta y de acuerdo con las características y posibilidades de cada país– por un modelo centrado ahora en las organizaciones específicas. Un modelo que contaba en sus alforjas con los satinados antecedentes doctrinarios de Bakunin y Malatesta, pero que hasta ese entonces había sido opacado por la apabullante prevalencia del anarcosindicalismo. Esa prevalencia, entonces, tendrá un giro identificable con posterioridad a la revolución española: ahora los contextos sociales e históricos no brindaban márgenes demasiado auspiciosos para las prácticas propias del sindicalismo revolucionario y el movimiento anarquista apela, a escala internacional, al soterrado recurso de las organizaciones específicas.

Más allá de esta constatación ineludible, parece evidente que el modelo de organización y acción anexo a la prevalencia de las organizaciones específicas no llega a sustituir realmente

⁴⁴ No obstante, cabe aclarar que la fundación de la FAI no contó con la anuencia universal de la militancia anarcosindicalista, sino que, antes bien, la misma fue sistemáticamente objetada –con mayor o menor virulencia según los casos y los momentos, con mayor o menor pertinencia según el hilo argumental de que se tratara, con justificación o sin ella– como un intento, por parte de una minoría, de controlar y de conducir a la enorme multitud de afiliados a la CNT.

al paradigma anarcosindicalista en su condición de tal.⁴⁵ Ello obedece a diferentes razones. En primer lugar, el modelo que hace descansar sus prioridades en las organizaciones específicas no construye un basamento teórico-ideológico propio y distintivo; no constituye, por lo tanto, un ordenamiento diferente del mundo adecuado a la historicidad que le es contemporánea y no aspira a suplir el paradigma anarcosindicalista con nuevos entendimientos y sentidos. En segundo lugar, el modelo resulta ser genéricamente “defensivo” e históricamente aparece como respuesta a situaciones de derrota o de repliegue: en términos políticos, las federaciones específicamente anarquistas que se crean durante el período cumplen el muy meritorio rol de administrar la supervivencia, la perdurabilidad y la presencia marginal del movimiento.⁴⁶ Por último, el modelo es casi una construcción por defecto, lo suficientemente vago e impreciso como para mantenerse con más “enigmas” que certezas y lo suficientemente polémico como para no generar consensos tan extendidos cual lo fueran los de su antecedente inmediato y admitir su resignada coexistencia con grietas y fisuras en torno de sus características y a su funcionalidad.⁴⁷ En líneas generales, a

⁴⁵ Nótese que aquí estamos estableciendo una distinción entre paradigma y modelo de organización y acción que convendrá tener presente en lo sucesivo. Si bien, en líneas generales, puede considerarse que todo paradigma es un modelo, nosotros hemos reservado el uso del término “paradigma” para la categoría incluyente y de la expresión “modelo de organización y acción” para la categoría incluída. Así –como es el caso que aquí planteamos–, los elementos generatrices del paradigma se mantienen en pie, pero algunos de sus “enigmas” pasan a resolverse de una manera distinta. Obviamente, esto se corresponde con una situación de “crisis” del paradigma, a la que inmediatamente nos referiremos como “anarquismo de transición”.

⁴⁶ Como es obvio, no pretendemos que esta afirmación se ajuste cabalmente a todas las realidades nacionales concebibles ni que refleje las intenciones expresas de las organizaciones concretas. Lo que aquí se intenta dar a entender es que, en una escala global, el período transcurre como marco de un retroceso libertario a nivel mundial. Ése es el clima general y ésa es la significación que las organizaciones específicas pretenden conjurar.

⁴⁷ Las polémicas a diestra y siniestra libradas por Malatesta son una demostración más que elocuente sobre el punto en cuanto tiene que ver con las características de la organización específica. En tal sentido, particularmente interesante es la que mantiene con dos de los más connotados redactores de la *Plataforma Organizacional*: Néstor Makhno y Piotr Arshinov. En lo que hace a la funcionalidad de las organizaciones específicas en períodos dados –pero sobre todo en períodos revolucionarios– cabe registrar una nebulosa

la luz de estas consideraciones, así como el anarcosindicalismo se corresponde con lo que hemos denominado anarquismo clásico, quizá quepa asimilar la prevalencia de las organizaciones específicas con un período histórico bien preciso y que delimita una suerte de anarquismo de transición.

Tal como se ha dado a entender largamente, esa transición debería haber encontrado su ceremonia de clausura en el “mayo francés” que, tanto por sí mismo como sobre todo por sus derivaciones e implicancias, invita a pensar en un anarquismo post-clásico capaz de ofrecer respuestas a la historicidad característica de nuestro vasto cuadro de época. Sin embargo, nada de ello ha ocurrido y el movimiento libertario, vivo y actuante hoy mismo, continúa arrastrando sus ausencias paradigmáticas sin haberse percatado cabalmente del asunto. Pero las circunstancias históricas no perdonan y los descuidos y omisiones devienen en escisiones y fracturas, en incomprensiones y cortocircuitos que tabican el campo libertario y ponen en tela de juicio los intentos más razonables y solidarios de comunicación. Así, la imprescindible tarea de reelaboración teórica queda desarticulada, ya sea de los contextos intelectuales que deberían nutrirla o bien de los compromisos adquiridos y de las prácticas sociales más notorias. De tal modo, el campo de la reflexión anarquista ve estrechar la luz de sus arterias, se oblitera, se quiebra y se impide a sí mismo afrontar globalmente la propia vastedad de sus proyectos. En esos casos, los problemas desembocan y se “resuelven” en el lecho de la tradición, como si las seguridades de lo sabido pudieran ser todavía el infalible algoritmo desde el cual brindar respuestas universales y tranquilizadoras. A su vez, en tanto la tradición se transforma fácil e inmediatamente en ortodoxia y en dogma, sólo queda esperar que la descalificación, la sospecha y el agravio ocupen prestamente el espacio reservado

permanente y nunca bien resuelta. Esto es así por cuanto la asimilación del anarcosindicalismo entre clase, sindicato y sujeto revolucionario no puede encontrar equivalentes ideológicamente consistentes en los términos del modelo “especificista”. Las elaboraciones “plataformistas” más recientes creen resolver el vacío invocando una transición revolucionaria necesaria a la que se tiende a distinguir como “poder popular”; pero, incluso así, es ostensible que no hay claridad alguna en lo que se refiere a cuáles serían las organizaciones protagónicas, cuáles sus atribuciones o sus límites y cuáles las características de las mismas.

a los intercambios “ideológicos”. Si, por el contrario, una cierta y prudente continencia discursiva dejara tales cosas de lado, la ignorancia recíproca y la indiferencia serán entonces los rasgos característicos de relaciones todavía carentes de vibración y de intimidad. Cada capilla se abocará a la celebración doméstica de sus aniversarios y de sus pequeños éxitos; haciéndolo, de preferencia, sin que los demás puedan sentirse ni compenetrados ni partícipes del clima festivo privativo de la secta tal o cual.

La posibilidad de construcción de un paradigma revolucionario renovado sólo se tonifica en una trama compleja, en un tejido multidimensional, irregular y variado en el que sea posible reunir fluida y armónicamente nuevos desarrollos teórico-ideológicos, espacios sociales contestatarios y prácticas libertarias sustentables en el contexto de nuestra presente historicidad; desde una actitud con vocación de futuro y para la cual el pasado es un conjunto de raíces y de lecciones a extraer pero nunca un ceremonial inviolable ni un sermón disciplinador y fuera de época. La triste constatación es que el movimiento anarquista no constituye todavía ese tejido y tanto su configuración básica como las relaciones que se libran en su interior parecen ser más una dificultad que un auspicio. En el contexto babélico e intraducible en que transcurre la vida del movimiento sólo parece esperar que cada nucleamiento genere identidades fuertes respecto de sus vecinos y amplifique hasta la desmesura sus minuciosas diferencias sin intentar siquiera recurrir a las bases comunes. Cuando efectivamente llegan a sobredimensionarse y perpetuarse algunos hallazgos con fuerza identitaria —que, en realidad, no hacen otra cosa que enmascarar las debilidades de fondo y los problemas compartidos sin resolver— el movimiento pierde virtualmente su unidad de sentido, y atribuírsela resulta ser más una ingenua manifestación de deseos que un síntoma de sensatez analítica. En los casos en que el movimiento adquiere ese tormentoso dibujo, las unificaciones circunstanciales —cuando efectivamente llegan— son apenas el resultado espasmódico y repentino de una fuerza exógena, pasajera y de protagonismo extraterritorial: una multitudinaria demostración callejera en la que reunir voces y banderas durante el lapso de algunas horas, una campaña de solidaridad con compañeros presos y muy poca cosa más.

Ninguno de los segmentos en que se divide y se subdivide el movimiento anarquista, tanto a nivel internacional como nacional y con las especificidades de cada caso, está en condiciones de abarcar, rodear y expresar el tiempo histórico que nos ha tocado vivir. No hay ninguna corriente, ninguna organización, ninguna práctica que pueda proclamar indolentemente su autosuficiencia, sea cual sea el nivel de agregación territorial, ocupacional o temática en que le haya tocado o haya elegido actuar y desarrollarse. Este reconocimiento elemental hace que las situaciones de rivalidad y competencia fraccional aparezcan como decididamente suicidas y como un regodeo inconsciente y sectario que sólo puede cifrar sus expectativas en la desaparición del “adversario” y en las mieles de un módico “reclutamiento” proselitista entre las filas de huérfanos y desamparados que resulten de ello. El camino del movimiento no parece ser, entonces, el de la “colonización” de los unos por los otros, en el muy hipotético caso de que en algún lugar hubiera condiciones para que se produzca un fenómeno tan extravagante. Por lo tanto, en la medida que se asuman las necesidades de construcción, implantación y desarrollo de un nuevo paradigma revolucionario, no es de recibo suponer que ello acontecerá a partir de un iluminado centro de gravedad y luego de la reducción a polvo y vestigios de aquellos cuerpos a los que se concibe como periféricos. Nada permite concluir, en estos momentos, que las formas tradicionales que históricamente asumió el movimiento –paradigmáticas y casi paradigmáticas; anarcosindicalismo y “especificismo” respectivamente– puedan hoy incorporar y absorber a la varipinta constelación de expresiones nuevas y heterodoxas que se han desarrollado en las últimas tres décadas.⁴⁸ Nada permite suponer, tampoco, que estructuras orgánicas largamente asentadas realicen un automático, vertiginoso y entusiasta acto de

⁴⁸ Nos referimos aquí al “especificismo” en cualquiera de sus dos variantes; tanto la clásica –de raíz más definitivamente malatestiana– como la que gira aproximadamente en el entorno “plataformista”. Esto no quiere decir, naturalmente, que una y otra no puedan dar cabida a nuevos centros de interés o a nuevas prácticas; apreciación que, en caso de existir, no sería más que un mayúsculo error histórico y de análisis. En todo caso, vale aquí para el “especificismo” y sus organizaciones lo mismo que ya se insinuó para el anarcosindicalismo y las suyas: no se trata ni de pronosticar ni de pregonar su desaparición sino de considerarlos como modelos históricamente incompletos e insuficientes.

conversión y reciclaje que las asimile sin más a las expectativas de los agrupamientos generacionales más recientes. *Todo lleva a presumir, entonces, que la posibilidad de fecundar y potenciar al movimiento, en tanto tal, se desarrolla en un escenario en el que las tormentosas relaciones actuales sean transmutadas en una decisión de coexistencia, de intercambio y de diálogo entre formas de organización y acción a las que sólo razones subalternas pueden presentar y concebir como recíprocamente divergentes.*

Ignorar la importancia y el papel de un paradigma revolucionario acorde con las presentes exigencias sociales e históricas es suponer que el movimiento puede constituirse comunitariamente y desarrollarse en forma sostenida incluso arrastrando una permanente situación de deriva y casualidad; dar por ya resueltos los problemas de construcción paradigmática es creer que el futuro volverá a presentar los conocidos dibujos del pasado o bien que el presente no tiene ya misterios por descifrar o preguntas interesantes que valga la pena responder; barruntar que dichas dificultades son procesables y acabables en la privacidad de la propia corriente, del propio nucleamiento o de la propia práctica es una mutilación a priori de diversidades y riquezas que no parece oportuno ni inteligente despilfarrar. *Esta escala de ingenuidades decrecientes parece ilustrar adecuadamente las tónicas predominantes al día de la fecha mientras los muy bienvenidos ímpetus de nuestro actual resurgimiento se encargan de oscurecer u ocultar las zonas visualmente más esquivas en la existencia y el quehacer del movimiento.* Quizás, incluso, hayamos sido ganados por un cierto y desmedido fervor que nos lleva a pensar que alcanzará con algún descuido empujón para reeditar sin más trámite nuestra ya lejana “edad de oro”. Sin embargo, no es claro siquiera que hayamos evaluado correctamente nuestras fuerzas, nuestra presencia y nuestra capacidad de incidencia socialmente calificada, como tampoco resulta demasiado arraigada la convicción de que estamos inmersos en un cuadro de época que abre un anchísimo campo de expectativas a nuestros valores y a nuestras propuestas pero también un sinfín de escollos y dificultades que seguramente no acabamos de aquilatar en su intransferible historicidad. *Si la situación pudiera resumirse y transmitirse en forma comprensible con una sola frase, seguramente habría que decir que el*

movimiento anarquista vuelve a encontrarse envuelto en uno de sus sediciosos despertares, pero que todavía está muy lejos de ser no sólo lo que puede ser sino incluso lo que alguna vez fue. Tal constatación, además, tendría que estar llamada a ser una de las piedras fundamentales de nuestra autoconciencia inmediata.

Observarnos profunda y críticamente y hacerlo en perspectiva histórica parece ser al menos una decisión razonable y sensata. *Experimentar la embriaguez de un movimiento que vuelve a explotar desde sus entrañas más queridas es sin lugar a dudas un momento expresivo necesario y vital; pero, evitar la resaca que sucede a las expansiones nocturnales y estar en condiciones de volver a los trabajos callados y anónimos que todavía nos aguardan es el gesto de voluntad colectiva imperecedera con el cual labrar el interminable futuro que tenemos por delante.* Tal como creemos haberlo ilustrado suficientemente, nuestro tiempo nos ha regalado ya ebriedades y regocijos abundantes, aquí, allá y acullá, pero también limitaciones y decepciones de las que no siempre es fácil reponerse y que no pueden ser explicadas con dedos acusadores ni superarse con una apelación desnuda a las inspiraciones “costumbristas”. El movimiento requiere todavía de un intenso trabajo sobre sí mismo y lo más probable, incluso, es que aún necesite constituirse “formalmente” como tal. Las ausencias y las demoras en ese acto comunitario elemental no pueden mediatizarse en el consuelo decididamente menor de avances sectoriales que seguramente serán efímeros toda vez que no se encuentren apoyados en un desarrollo armónico y que abarque todos nuestros campos de preocupaciones y desvelos. Esas ausencias y esas demoras son demasiado pronunciadas como para no apreciarlas íntegramente y planean sobre nuestras cabezas desde hace décadas; décadas en las cuales hemos vuelto una y otra vez a levantarnos y a marchar, décadas que han presenciado una y otra vez la aceleración de nuestros latidos y la vitalidad de nuestros reflejos, pero que no es claro todavía hayan redundado en un desarrollo notorio de nuestra masa encefálica y de nuestra musculatura. No por ello se trata –¡por cierto que no!– de sumirnos en un pesimismo enfermizo, ni tampoco de perseverar en el absurdo augurio de alguna inminente derrota que de ningún modo tiene por qué ser inevitable,

sino simplemente de sentirnos en estado de alerta y matizar o combinar cierto triunfalismo inconsciente que nos acompaña con la módica anotación de nuestras debilidades y con el trabajo que éstas demandan. Es claro que nos va la vida en el asunto: el mañana es un espectro abierto de posibilidades pero también puede depararnos los nubarrones de una nueva frustración y de un nuevo letargo sin destino.

5.– Una infusión para soñar despiertos

Café, té, manzanilla o mate; lo mismo da: toda infusión reclama que haya, previamente, ebullición y vapor; es decir, gente en movimiento y una cierta neblina que nos impide ver claramente más allá de ella. *Si hay dos convicciones que se han impuesto firmemente a lo largo de estas páginas ellas son, en primer lugar, que no hay ningún sedicioso despertar de la anarquía por encima, por delante o por fuera de las luchas sociales de un tiempo dado y, en segundo término, que ello acontece siempre en el marco de una historicidad litigiosa que, en cada caso, habrá que interpretar y disputar.* Verbos éstos cuyos sujetos, adverbios, tiempos, declinaciones y cualesquiera otros ornamentos gramaticales se presenten, jamás están resueltos de antemano por ninguna retórica política ni ninguna forma aritmética de cálculo conocidas o por conocer. Movimientos sociales y sus conflictos propios: he ahí la combinación alquímica en que es posible buscar y encontrar el punto en que la anarquía cambia su estado de existencia física y se transforma en un gas en expansión que ya no puede ser impunemente retenido, mediatizado y continentado por las ilegítimas “legalidades” del poder. Pero la infusión, desgraciadamente, no es el gas, no es el vapor, sino la combinación del agua todavía líquida, alborotada e insurgente que nos queda y los alcaloides con los que resolvamos mezclarla: he ahí la historicidad como límite a nuestros deseos pero también, afortunadamente, como su condición de posibilidad. Esa infusión que nos permitirá soñar despiertos, efectivamente, sólo puede sustanciarse en tiempo presente y no puede dejar de hacerlo a través del uso intensivo de los materiales de construcción que nuestra propia época nos ofrece; no puede dejar de hacerlo en cada sociedad concreta y en los remolinos dilemáticos de sus particulares procesos de cambio.

El desafío del movimiento anarquista para volver a construirse a sí mismo y construir, en su oportunidad, un paradigma revolucionario renovado consiste una vez más, como tantas otras veces en el pasado, en descifrar las infinitas claves de su tiempo, pero básicamente aquellas que se constituyen *en torno de las configuraciones sociales, políticas y económicas dominantes, a las formas de creación de presupuestos culturales y entendimientos y –fundamentalmente, como condición de implantación, crecimiento y despliegue– a las líneas de protesta y fuga que encarnan en grupos sociales reconocibles*. El anarquismo clásico fue una configuración concreta de pensamiento y acción que se conformó como un producto histórico singular y, en ese sentido, sólo puede ser entendido como *una configuración abierta y cambiante*; tanto como podía serlo la historicidad de la que formó parte y que constituyó su inevitable caldo de cultivo. Hoy, una vez más se nos reclama, entonces, reconstituírnos como un movimiento revolucionario con identidad y perfiles propios y como *una forma discernible, nueva y distinta de beligerar por los supuestos materiales, los símbolos y los derroteros de nuestra actual historicidad*.

Pero, en definitiva ¿qué cosa es esa historicidad a la que se ha apelado ya tantas veces sin haberla presentado formalmente en ningún momento? Obviamente, no es lo mismo que la historia a secas, aunque sin lugar a dudas no haya más alternativa que presuponerla. La toma de la Bastilla, el 14 de julio de 1789, es un acontecimiento histórico, pero su historicidad viene dada a partir de un determinado proceso –problemático, complejo, múltiple, intermitente, divisible, etc.– cuyas líneas de evolución y cuyos orígenes sociales confluyen en ese momento y precisamente en ese lugar. Más aún, no sólo la toma de la Bastilla como acontecimiento sino la propia Revolución Francesa como proceso sólo pudieron adquirir su viabilidad histórica en esas coordenadas de espacio y tiempo.⁴⁹ *La historicidad, entonces, es una propiedad*

⁴⁹ Anticipándonos a las “críticas” de algún humorista de poca monta, cabe decir que esto es así no porque la revolución fuera francesa sino porque fue revolución. En los hechos, según Castoriadis, esa fue la primera vez que se utilizó, por parte de La Rochefoucauld-Liancourt, el término “revolución”, en su acepción moderna; vid, *Figuras de lo pensable, op. cit.*, pág. 129. No hubo “revoluciones” antes de la francesa de 1789 y, en el contexto de nuestra discusión sobre la historicidad, bien cabría polemizar si las que le sucedieron en el tiempo lo fueron en el mismo sentido y si lo serán las que conjeturamos para nuestro propio futuro.

de los acontecimientos, de los sujetos que los protagonizan, de los cuadros de situación con que se articulan y de los procesos de que forman parte. Es, además, una propiedad multifacética, que ofrece al menos tres caras a nuestra mirada: *en primer lugar*, los elementos del análisis histórico son específicos y están impedidos de trasladarse fácilmente de un lugar a otro como si las mismas categorías pudieran aplicarse indistintamente en cualquier sociedad y en cualquier circunstancia; *en segundo término*, los elementos del análisis histórico tienen significación y son propios de un universo simbólico que se construye a partir de los entendimientos y las nociones básicas de una época dada;⁵⁰ *por último*, los elementos del análisis histórico no son unívocos sino que albergan diferentes grados de conflictividad interpretativa y sus correspondientes estrategias de enfrentamiento: *la historicidad, entonces, ubicada en su marco social intransferible, es una zona de disyuntivas y de contingencias y también una zona de disputas, de beligerancias y de luchas*. Pero no cualquier zona de disputas, de beligerancias y de luchas: no hay historicidad alguna en un hipotético levantamiento de los tracios contra el imperio romano –puesto que ya no hay ni tracios ni imperio romano– y el aliento cervantino sólo puede recuperar la suya en el siglo XXI si se enfrenta a las computadoras pero ya no a los molinos de viento; quizás incluso a horcajadas de un mullido sillón y ya no a lomos del enjuto Rocinante.⁵¹

⁵⁰ Esta afirmación, por supuesto, no pretende para sí ningún tipo de originalidad. Antes bien, los cambios de significación histórica de elementos formal y sustancialmente parecidos han sido ampliamente reconocidos en numerosos campos. Cf., v.g., con la siguiente frase de Maurice Debesse: “Se deforma la realidad histórica al anexionar las ideas y las prácticas pedagógicas antiguas, monopolizándolas para explicar, y sobre todo para justificar, unas ideas y unas prácticas nuevas; por ejemplo al hacer de la escuela alegra de Victorino de Feltre, esta viva imagen del *Quattrocento* italiano, el antepasado de nuestro movimiento de educación nueva, o de la celebrada *Institution des Enfants* de Montaigne, la guía venerada de la pedagogía francesa contemporánea. Equivale a condenarse a no comprender verdaderamente el Renacimiento ni nuestro tiempo”; en M. Debesse y G. Mialaret, *Historia de la pedagogía. Tomo I*, pág. 12; Oikos-Tau, Barcelona, 1973.

⁵¹ Del mismo modo, cuando algunos sectores del fundamentalismo islámico proclaman la reconquista de Al-Andalús, con absoluta prescindencia de los procesos reales que involucran a la población andaluza, no están haciendo más que recortar un campo de historicidad limitada que sólo puede tener significación real para uno de los actores pero no para todas las partes en disputa.

La historicidad, entonces, sólo puede ser reputada de implacable y no es posible zafar caprichosa y tozudamente de sus variables exigencias; las que ubican, desubican y reubican los diferentes elementos en presencia por dentro o por fuera de los juegos históricos concretos. Los propios objetos materiales cambian continuamente su espesor de significaciones: así, un teléfono podía ser considerado un símbolo de estatus hace unas cuantas décadas pero hoy no expresa más que una categoría de consumo doméstico que en ciertas zonas de algunos países es algo casi tan extendido como la luz y el agua; aunque siga siendo un artículo de lujo en aquellos países –los africanos, muy particularmente– en los que buena parte de su población no ha recibido jamás una llamada telefónica. Cuando los antiguos griegos hablaban de la psiquis se referían al alma o al espíritu mientras que un psicólogo de nuestros días lo hará en relación con el pensamiento, la mente, las imágenes, los significantes o las representaciones. La pedofilia era, en ese entonces y en ese lugar, un atributo de los héroes y de los poetas que cantaban sus hazañas, pero la misma se había vuelto ya una perversión incalificable en tiempos del marqués de Sade. Los escribas del antiguo Egipto no son estrictamente asimilables a los escribanos del período merovingio, aunque unos y otros se caracterizaran por dominar el arte de la escritura. Del mismo modo, pero ahora con mayor fuerza de aproximación a nuestro asunto, Bocaccio y el Arcipreste de Hita podían parecer audaces y hasta transgresores en el siglo XIV, pero difícilmente provocarían conmoción alguna si sus obras hubieran sido publicadas el mes pasado. Y, si trasladamos estas consideraciones a un terreno más próximo y más sensible, habría que concluir también que la significación política de las formaciones guerrilleras latinoamericanas no es la misma en este momento que en la década del 60 así como la obra pedagógica de Francisco Ferrer seguramente, al día de hoy, no generaría idénticas inquietudes a las que generó un siglo atrás ni habría acicateado tan fuertemente a los trogloditas que condujeron a su autor frente a los pelotones de fusilamiento de Montjuich. Por añadidura, cualquier historicidad ofrece sus propias técnicas, sus propios materiales de construcción y sus propios instrumentos: con toda probabilidad, la honda de David ya no podría volver a derrotar a Goliath aunque la astucia y la picardía de Ulises seguramente habrían de hacerlo de

nuevo con Polifemo. Y, si es así, podemos dejar tranquilamente los arcabuces de mecha, los mosquetes y los trabucos naranjeros en el museo pero precavernos siempre de que no hayamos dejado olvidada la inteligencia en ningún oscuro rincón.⁵²

Este modelo de razonamiento y estas convicciones deberían conducirnos sin trámites excesivos a conclusiones inmediatamente evidentes. Así, por ejemplo, las propuestas organizacionales de Bakunin deberían ser leídas y aprehendidas en el contexto histórico –y hasta personal– que les corresponde, y no pensar que se trata de fenómenos astrales capaces de independizarse olímpicamente de sus raíces sociales y de las circunstancias políticas concretas en que cobraron vida. Bakunin era poseedor de una personalidad conspirativa tempranamente modelada y llegó a urdir incluso intrigas familiares contra la autoridad paterna en su mocedad; un rasgo que acentuó luego, durante su estancia en Italia, habiendo ejercido sobre él una fascinación innegable la mística propia de las sociedades secretas, muy particularmente la masonería –de la que fue integrante– y la Società dei Carbonari.⁵³ Ahora bien ¿quiere esto decir que nosotros deberíamos repetir esa historia punto por punto –lo cual no sería más que una pretensión flagrantemente absurda y nos llevaría a afiliarnos al Gran Oriente en este preciso instante– o al menos reducir la significación de sus resultados a la modesta complejidad de una fórmula química que, según ciertas rutinas científicas, es, será y deberá seguir siendo siempre igual a sí misma? Antes que eso, la comprobación que parece imponerse es que nuestra historia no debería generar *tradiciones* con las cuales mantener un

⁵² Abandonamos en este preciso instante las consideraciones genéricas sobre el problema de la historicidad; advirtiendo, naturalmente, que un abordaje de mayor profundidad es algo imprescindible pero que desborda ahora los límites y los objetivos de este trabajo. Por lo tanto, nos hemos limitado aquí a una mera presentación del asunto que pueda articular con nuestros fines expositivos, pero sin haber mencionado siquiera la relevante cantidad de problemas que se desprenden de estas nociones motrices.

⁵³ La adhesión de Bakunin a la francmasonería se produce en Florencia entre 1863 y 1864 y a partir, aparentemente, de sus vinculaciones con Giuseppe Dolfi, a quien había sido recomendado por Garibaldi. Es particularmente significativo que tal cosa coincidiera plenamente con el intento de Bakunin por animar la primera de sus tantas sociedades secretas; la Fraternidad. Vid. de Arthur Lehning, *Conversaciones con Bakunin*, pág. 237 y ss.; Editorial Anagrama, Barcelona, 2000.

permanente estado de veneración sacramental sino *lecciones* de las cuales extraer el inequívoco mensaje de que en los esfuerzos militantes del anarquismo primigenio hubo siempre un intento intransigente por acoplarse con la historicidad de la que formaba parte. El conspirativismo bakuninista de los años 60 y 70 del siglo XIX no es más que un *dato histórico* irrefutable pero su traslado mecánico y automático a nuestro propio escenario no es más que una muestra ingenua y bastante torpe de obcecación totalmente privada de *historicidad*. Carecemos de manuales, de fórmulas y de algoritmos para enfrentarnos a nuestro tiempo y el único “catecismo” con el que podemos contar no es otro que el uso obstinado del pensamiento crítico y su capacidad de volverse corajudamente incluso contra sí mismo, si alguna vez fuera necesario apelar a ese recurso extremo.

Ahora bien, ¿cuál es el sentido inmediato, cuáles las consecuencias en términos de organización y acción, de todas estas disquisiciones sobre el problema de la historicidad? No se trata, por supuesto y tal como algún desprevenido pudiera sugerirlo, de acomodarse con ademanes de equilibrista a las modas de ocasión sino de trabajar en una época dada y con la caja de herramientas que ésta nos ofrece. Quizá las cosas se vuelvan inmediatamente comprensibles con un sencillo apotegma, y entonces habrá que decir que, *toda vez que el movimiento anarquista pretenda renovar su radicalismo político, habrá de encontrar las posibilidades y los rasgos de tal posicionamiento no en el pasado sino en el marco histórico propio a su presente y al futuro inmediato que éste delimita; no restaurando sus perfiles de 1872, de 1917, de 1936 o tan siquiera de 1968 sino inventando la silueta y el semblante todavía desconocidos y borrosos del 2002*. Por mucho que se pretenda lo contrario, el radicalismo político que se propone contar con bases sociales reales no es nunca una adquisición definitiva más que a través de un persistente esfuerzo de renovación y revalidación en escenarios históricos cambiantes y multiformes. Si el movimiento anarquista convoca todavía en torno suyo esa aureola y detrás de sí esa estela de peligrosidad y de inminencias subversivas, si aún es posible que la reacción agite aviesamente y con efectismos dignos de mejor causa la amenaza del “caos” y la “destrucción indiscriminada”, ello es así no porque exista temor

alguno a los fantasmas de Émile Henry, Buenaventura Durruti o Severino Di Giovanni, sino porque, a pesar de los pesares, los grupos y las prácticas de base libertaria se han recreado durante las últimas décadas y encontrado un campo fértil para plantearse el bosquejo incompleto de su reactualización y de sus avances eventuales.⁵⁴ Porque, en definitiva, la dispersión, la fragmentación, la segmentación del movimiento pueden representar un problema cierto si se las observa como una forma de relación cristalizada, traumática y sin modificación posible; pero no lo son si vemos en ello el fruto de un aprendizaje político incompleto y de una aproximación tentativa y necesaria a un cuadro histórico nuevo y, también, el reflejo de autonomías grupales que han llegado para quedarse por un buen tiempo más y en tanto expresión de subjetividades, singularidades e identidades en movimiento distintas de nuestra época.

Hemos llegado al momento, pues, en que no es posible prorrogar el planteo de un nuevo modelo organizativo, y deberemos hacerlo de tal modo que éste nos permita, simultáneamente, trabajar y avanzar en torno de tres ejes insoslayables: *la reconstrucción del movimiento anarquista formalmente como tal; la confirmación de su incrustación plena en nuestra época y en la disputa de sus historicidades; y, por último, la recreación de un paradigma revolucionario renovado*. Siendo así, cabe que nos planteemos ahora un primer borrador de ese nuevo modelo organizativo, procurando resistir la tentadora ilusión de que ello represente un mensaje programático, salvífico y finalista. Más allá de tales ingenuidades, creemos sí que ese modelo debería contar al menos con tres características apropiadas a nuestra circunstancia histórica: *en primer lugar, una indisoluble imbricación con la vasta, extendida y diversa trama de movimientos sociales y sus luchas; en segundo término, una vocación y una proyección internacionales que trascienda los marcos territoriales acotados y, finalmente, una configuración de redes provisionarias, superpuestas y de prioridades intercambiables*. Veamos ahora brevemente y en forma un poco más detenida cada uno de esos aspectos.

⁵⁴ ¿Será preciso aclarar una vez más que no hay aquí nada que se parezca a un desprecio y mucho menos a una crítica moralizante hacia el pasado sino un persistente intento por constituir en torno del mismo no *tradiciones* positivas o negativas inviolables sino *lecciones* a capitalizar?

Nuestro tiempo, al par que globalizado, nos ofrece hoy una imagen caleidoscópica: la de los movimientos sociales, cuyas figuras básicas procuraremos trazar. Sin embargo, corresponde decir aquí que ello no será más que una aproximación muy atrevida, puesto que, así como lo que tiene historia resiste tenazmente los intentos de su definición rigurosa, de arbitraria y “científica” limitación de sus contornos, toda clasificación es una variante ilusoria del control y del encierro.⁵⁵ El nuestro será, por lo menos, un “encierro” inofensivo, cuya exclusiva vanidad consistirá en acercarse sigilosamente a una idea ciertamente vaga e insuficiente de la variedad de movimientos sociales en presencia. En principio, daría la impresión que *un movimiento social puede constituirse sobre bases identitarias comunes o a partir de la proximidad territorial de sus miembros o según ciertas preferencias “temáticas”*.⁵⁶ Si convenimos en que esta clasificación delimita aproximadamente una pendiente de perdurabilidades, habrá que convenir también que el tipo de movimiento que se constituye en torno de bases identitarias comunes seguramente cargará sobre sus espaldas duraciones y experiencias más dilatadas y una mayor virtualidad configuradora. Las identidades de clase heredadas del siglo XIX, sin embargo, hoy están obligadas a sincronizarse de algún modo en un marco polifónico

⁵⁵ No deja de ser altamente sugestivo que los estadísticos profesionales llamen “celda” a esos perentorios cruces de caminos entre las columnas y las filas de un cuadro y los transformen en una estrategia privilegiada de conocimiento.

⁵⁶ Repárese que esta clasificación es notoriamente heterodoxa y no se conduce según los preceptos lógicos habituales: es decir; las categorías resultantes no pretenden ser recíprocamente excluyentes ni la unión de las mismas cubre exhaustivamente el campo aquí considerado, salvo quizás a partir de su numerabilidad finita. Como anotación al margen –que bajo ningún concepto podremos desarrollar en esta oportunidad–, cabe decir que esta característica es una de las puertas de entrada de las concepciones “caóticas” en el análisis sociopolítico; sin que esto pretenda aludir en momento alguno a analogías o metáforas físico-químicas de especie alguna. Nótese que el cuadro resultante es bien diferente al del clásico análisis de clases, donde el resultado clasificatorio sí establece categorías recíprocamente excluyentes y sí es o parece ser exhaustivo. Por lo tanto, habrá que considerar como bien diferente también la dinámica sociopolítica que este cuadro habilita. Sin embargo –para tranquilidad de los “tradicionalistas” más cerriles y frustración de los “postmodernistas” puros– hay que decir aquí que nada de ello disuelve definitivamente la lucha de clases sino que la inscribe en un cuadro distinto; un cuadro en el que, por lo menos, habrá de ser cuestionada su función organizadora intrínseca y definitiva.

que no siempre consigue ensamblar sus voces con condiciones emergentes que en aquel entonces se mantenían en un discreto segundo plano: la condición de mujer, de joven, de estudiante, de indígena, de minoría racial discriminada e incluso de emigrante, entre tantas otras posibles.⁵⁷ La dinámica de apropiación, “expropiación” y reapropiación de los espacios de convivencialidad –muy especialmente, los urbanos– da lugar a movimientos de base territorial que, desde composiciones variables, asumen para sí un conjunto de enfrentamientos que no son estrictamente reducibles a los anteriores. Por último, se opera también un proceso de emergencia y/o recuperación de “temas” y problemas que constituyen un nuevo cuerpo de excusas e incitaciones para la formación de los movimientos sociales correspondientes: la oposición al armamentismo, la resistencia al servicio militar, el deterioro del medio ambiente, la extensión de los “derechos humanos”, la defensa de los consumidores, la protección y promoción de espacios y expresiones “subculturales” y así hasta el infinito; sin que nuestra enumeración haya tenido que recurrir siquiera a algunas expresiones vueltas tradicionales entre anarquistas, como los ateneos, las radios libres y las viviendas ocupadas. Para colmo, *la “globalización” misma se ha transformado en el resumen temático por excelencia y nada nos impide considerar al movimiento antiglobalizador o altermundialista como un genuino movimiento de movimientos que expresa, en el máximo nivel de agregación concebible hasta el momento, las orientaciones y los perfiles de las luchas contra el poder: su negación contestataria en estado de asamblea permanente.*

Pero, además, esta proliferación exuberante tiene una justificación subyacente de particular importancia, más gravitante todavía que su referencia con la cultura de las grandes urbes y su innegable estímulo a la segmentación y la diversidad; una cultura que es absolutamente predominante en nuestro tiempo, en el que el desarrollo de las comunicaciones permite

⁵⁷ Nótese que la base constitutiva de este tipo de movimientos se corresponde con lo que alguien podría reconocer como categorías estadísticas más o menos fijas; lo cual, aparentemente, permitiría conferirles una mayor permanencia. Sin embargo, tal cosa no quiere decir que haya una inmediata relación de correspondencia entre la categoría como tal y el movimiento que la expresa, sino que ello se da en el marco de ciertas líneas de fuerza históricas que lo hacen posible precisamente a través del reconocimiento identitario.

imponerla incluso en espacios sociales insulares y apartados. *Esa justificación no es otra cosa que una vasta crisis de legitimidad y representación de las estructuras estatales, de las instituciones formales que articulan el disciplinamiento “ciudadano” y de los partidos políticos que realizan –generalmente en forma voluntaria pero muchas veces también a pesar de sus intenciones declaradas– permanentes giros orbitales en su propia esfera celeste.* La política misma, entendida en sus términos más convencionales, es hoy “suave” pero descaradamente opresiva y prescindente al tiempo que insustancial y lejana, trivial y tecnocrática; y sólo puede aparecerse ya no como una instancia pretenciosa en la que se agregan y sintetizan demandas societales sino en tanto espectáculo mediático y retablo en vías de extinción. La fragmentación movimientista, entonces, expresa la decisión manifiesta o tácita de ser y hacer a partir de esas identidades nucleares en estado de construcción y cambio, desde esas convivialidades imperiosamente buscadas y también sobre la base de temas y preocupaciones comunes; sin permitir, además, que todo ello se disuelva sin pena ni gloria en las máquinas trituradoras del Estado, las instituciones formales y los partidos políticos. Una fragmentación que quizá no esté dada solamente en las bases constitutivas sino también en el trazado de topografías y cronogramas que tal vez sean propios e innegociables. Los movimientos sociales, entonces, serían el espacio y la instancia de recuperación y modelado de las existencias y experiencias concretas, colectivizadas y ubicadas más acá y más allá de las abstracciones recurrentes de la jerga neoliberal: el “ciudadano”, el “cliente”, el “contribuyente”, etc. De tal modo, los niveles “superiores” se vuelven también externos y lejanos, pierden buena parte de su instrumentalidad y su simbolismo y ya no pueden representar, expresar ni traducir –sea en sus versiones “oficiales” como en las “opositoras”– las diversidades, las polícromías y las riquezas de ese magma calcinante.

Asumamos, también, que –en un mundo altamente integrado y aun “globalizado” como el nuestro– ninguna concepción ideológico-política cuenta con demasiadas perspectivas si no puede exhibirse como una corriente internacional expresiva de territorios, poblaciones, clases, movimientos, necesidades, intereses y cálculos estratégicos comunes, por lo menos a una

cantidad relevante de países regionalizados. *Si esto es así, parece obvio que la fortaleza o la debilidad de nuestro movimiento y las condiciones de posibilidad de su proyección y de su desarrollo dependen –más que de arrebatos cíclicos y de renaceres periódicos– de su capacidad o su incapacidad para construir un respaldo teórico, ideológico, político, organizativo y práctico capaz de encarnar y poner en acción, por lo menos en una dimensión regional, los principios y las sensibilidades que lo animan.* Cualquier mediatización de este axioma, cualquier conformismo que se regodee de sus logros particulares, cualquier experiencia local que se considere completa en sí misma, podrán ser cosas entrañablemente válidas como expresión de sentimientos, de deseos y de rebeldías, pero limitarán consciente o inconscientemente sus potencialidades subversivas y se expondrán al riesgo de una excentricidad sin consecuencias o a transformarse tarde o temprano en la flor exótica de un invernadero cuya historicidad no disputamos. Esta convicción no implica, ni mucho menos, desconocer la extraordinaria importancia del actual reverdecimiento libertario ni tampoco afirma que tenga algún sentido preocuparse por la dimensión internacional sin bases nacionales y locales de sustentación. Lo que sí implica esta convicción es que el reverdecimiento debe ser apoyado y fortalecido trabajando sobre nuestras asignaturas pendientes y que ello debe ser escenificado en radios de actuación progresiva o bruscamente ampliados. La “justificación” de nuestra existencia y de nuestros proyectos tiende a hacerse dual cada vez más y ello tanto en el espacio como en el tiempo: *nos legitimamos en nuestro espacio local pero lo haremos con más fuerza si nos sabemos conectar con la constelación de micropuntos resistentes de un mundo “globalizado”;* *podemos sentir que nuestra razón de ser se ubica a nivel de nuestras raíces históricas, pero esa razón de ser será tanto más inoxidable cuanto más pueda dar cuenta de que se fundamenta en los conflictos de nuestro tiempo y de los tiempos por venir.*

Finalmente: ¿qué cosas son esas redes de las que tanto se habla de un tiempo a esta parte? Digamos, en primera instancia, que constituyen *un inédito modelo de relaciones que no sólo se ha encargado de romper con las estructuras jerárquicas y autoritarias sino que amenaza o promete también diluir al máximo los riesgos de burocratizaciones impremeditadas, de participaciones*

recortadas y de indeseables concentraciones informativas. De tal modo, puede concluirse rápidamente y sin devanarse demasiado los sesos que un partido político pensado y construido para ejercer el gobierno, ahora o en cualquier momento, difícilmente pueda constituirse alguna vez en tanto red; por lo menos mientras no renuncie expresamente a esa inmanencia fundamental que lo vincula, interna y externamente, al ejercicio real o intuido del poder. Tampoco puede ser una red una institución de enseñanza concebida sobre la base de distribuciones asimétricas y estratificadas del saber que se reputan como permanentes. Mucho menos aún podría serlo una unidad productiva donde el derecho de decisión se funda en la propiedad accionaria o se delega a una elite gerencial especializada ni tampoco un cuerpo armado cuya existencia reposa sobre los criterios de mando y obediencia, disciplina y verticalidad. *Porque si algo instituyen las redes a punto de partida es la posibilidad efectiva y no mediatizada de realizar del modo que sea un cierto principio de igualdad comunicativa y de hacerlo en todas las direcciones que las fuentes emisoras de mensajes y de símbolos resuelvan explorar;*⁵⁸ sin que los mismos sean reputados a priori como verdades, como órdenes o tan siquiera como presiones morales frente a las cuales abdicar. Las redes se despliegan en el espacio y en el tiempo –tantos espacios y tantos tiempos como se desee–, son una trama de puntos y de líneas que se mueven en todos los sentidos concebibles, carecen de centros y apenas si admiten la formación de ciertos nodos episódicamente densos y constituidos alrededor de afinidades e intensidades perfectamente reversibles y modificables. Seguramente no hemos encontrado la piedra filosofal y no se trata, por cierto, de glorificar las redes ni de volverlas excluyentes ni de atribuirles propiedades mágicas que obviamente no poseen sino tan sólo de aprovecharlas como recursos privilegiados de participación y de evaporación o imposibilidad de toda autoridad central.

⁵⁸ Ésta es una de las principales características que Deleuze y Guattari atribuyen a los rizomas. Cabe decir que, en gran medida, este tramo de la exposición está influido por la elaboración de dichos autores sobre el tema. Vid. de Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*; Editorial Pre-textos, Valencia, 1988. Cf. también de Umberto Eco, “El antiporfirio”, recogido en la compilación de Gianni Vattimo y Pier Aldo Rovatti, *El pensamiento débil*; Ediciones Cátedra, Madrid, 1995.

Pero hemos hablado antes de *redes provisionarias, superpuestas y de prioridades intercambiables.* ¿Qué quiere decir exactamente esto? Las redes son proteiformes y pueden ser en algunas de sus densificaciones una asamblea, en otras una campaña, más acá una concentración urbana y en ciertas partes también una federación; simultánea y/o sucesivamente y luego de la aceptación indudable de que las transgresiones y las rupturas, al igual que la vida misma, renuncian al aliento de lo inmutable y de lo eterno. Las redes admiten y hacen posible que individuos y grupos puedan estar en más de un “lugar” a la vez, echar sólidas raíces en el terreno, engrosando el espesor de vínculos localizados, y al mismo tiempo conectarse, a través de sus identidades comunes o sus temáticas preferidas, con sus iguales del ancho mundo. Las redes son modulares y pueden adaptarse con mayor rapidez y flexibilidad que cualquier otra estructura a casi toda exigencia circunstancial. Dadas estas características, *las redes tienden a carecer de controles internos, de vetos, de censuras, de selecciones normalizadoras y de interrupciones circulatorias al tiempo que sus mallas experimentan un rechazo alérgico por las coordinaciones que rápidamente se vuelven vitalicias, por los productores monopólicos de ideologías y consignas, por los administradores de bendiciones y anatemas, por los caudillos o por los centros de gravedad que prestamente se sirven de la concentración informativa de que hayan conseguido proveerse.* Como ya lo hemos insinuado, las redes rompen también con las formas tradicionales de manejo del espacio y del tiempo y, así, ponen en cuestión y en estado de impugnación inmediata las estrategias de dominación que sólo saben operar luego de haber instituido una disposición convencional de los mismos. La conspiración de clarividentes auto-proclamados como tales ya lo sabe: las primeras manifestaciones de rechazo al nuevo “orden mundial”, las primeras repulsas y los primeros frenos no fueron mandatos emanados de ningún Comité Central sino una circulación de sentidos, de informaciones y de ideas –a la vez silenciosos y estridentes– a través de las anastomosis capilares de este nuevo tejido subversivo; un tejido sin personería jurídica, sin gerenciamiento técnico especializado y sin derechos de autor; un tejido que es vocacionalmente ilegal y clandestino y que, toda vez que consiga constituirse a sí mismo según estas pautas, habrá conseguido ganar su primera batalla de contrapoder.

Un nuevo modelo organizativo, entonces, asentado en redes provisionarias, superpuestas y de prioridades intercambiables; en una proyección que se reclama a sí misma, simultáneamente, tanto en los planos locales como en los internacionales y en su imbricación con los movimientos sociales y sus luchas. Un modelo, además, que tanto por su forma como por sus menesteres se reclama como garantía –quizá la única garantía– de unidad del movimiento y no necesita de ni se enriquece con vanguardias internas ni centros iluminados ni columnas vertebrales. Si ésta es una de las condiciones que nos impone nuestra presente historicidad –como creemos que efectivamente lo es– habrá que decir, entonces, enfáticamente, que *los modelos de organización y acción propios del anarquismo clásico y del anarquismo de transición ya no se ajustan enteramente a las demandas de nuestro tiempo y ya no pueden aspirar razonablemente a expresar esa exuberante fauna de movimientos sociales y de luchas ni cuentan con el grado de “globalización” requerida ni pueden funcionar estrictamente en tanto redes*. Esto es así en la misma medida que uno y otro fueron elaboraciones y respuestas apropiadas a escenarios históricamente concretos y a problemáticas que ya no se presentan bajo la misma forma sino que han sido objeto de alguna que otra modificación sustancial. Por lo pronto, parece evidente que, a diferencia de lo que ocurrió en otros periodos, ninguna federación sindical y ninguna federación específica en los sentidos tradicionales de estos términos puede siquiera, al día de hoy, aproximarse con fuerza y virtualidades de incidencia a ese tropel de identidades y ebulliciones en movimiento; así como tampoco puede resumir y conjuntar en ningún país ni tan sólo a la mayoría de la militancia que expresamente se siente formando parte de una corriente cualquiera de pensamientos y prácticas anarquistas. *La conclusión provisoria que es posible extraer ahora mismo cae por su propio peso y es que la fusión completa del movimiento anarquista con las luchas sociales de un lugar dado y en nuestro contexto específico de historicidad sólo es procesable a través de formas inéditas de organización y acción que se correspondan firmemente con tales cosas; formas que tal vez representen un cierto giro copernicano en nuestra trayectoria y que todavía no nos hemos sabido dar*. Flagrante perogrullada quizá, pero también constatación removedora y

quizás irritante, que choca contra costumbres bien asentadas a las que seguramente no es fácil desterrar con meros chispazos de inspiración y buena voluntad.

Que el anarcosindicalismo ya no se corresponde con estas nuevas exigencias es una conclusión de por sí evidente, en tanto el mismo se concibe organizativamente como una respuesta centrada fundamental, si no exclusivamente, en torno de los problemas de explotación y dominación del trabajo. Las federaciones específicas, mientras tanto, presentan un grado de aproximación mayor con el modelo pero, aun así, no dan enteramente la nota. Por lo pronto, las mismas prevén modalidades de circulación que no son estrictamente reticulares sino que, según las expresiones clásicas, se dirigen de abajo hacia arriba o de la periferia al centro y no según un trazado multidimensional y “caótico”. A su vez, muchas de las identidades y temáticas que actúan como configuradoras de numerosos movimientos sociales no son incluidas como un momento teóricamente relevante y relativamente “autónomo” de elaboración sino que normalmente han sido reconocidas como “frentes” o como comisiones de trabajo. Ni qué hablar, además, de las dificultades que esas limitaciones presentan cuando se pretende trasladarlas sin soluciones locales de base al plano internacional; lo cual habitualmente no las resuelve sino que las amplifica.⁵⁹ Quizá todo esto no sea percibido más que como una intuición, una sospecha o una vaga sensación de malestar y de inconformismo con los logros reales de las organizaciones anarquistas clásicas; quizá, también, se intente contradecir o contrarrestar estas conclusiones con el inventario de siembras y cosechas parciales que sin duda habrá que acreditarles. Sin embargo, para nosotros, hace rato que ha llegado el momento de ir más allá todavía; hace rato que está planteada la apropiación plena de nuestro tiempo y la

⁵⁹ Nos hemos concentrado aquí en las federaciones específicas de cuño clásico, malatestiano o, como también se las ha denominado, “de síntesis”. Si pasamos por alto la consideración de las federaciones de estilo “plataformista” es precisamente porque las dificultades de asimilación del modelo reticular son todavía mayores en este caso, donde la exigencia de “unidad táctica” actúa como límite casi natural a su adopción cabal. De todos modos, vale la pena insistir, por última vez, que nada de esto supone extender una partida de defunción a los modelos anarcosindicalista y especificista –este último, en cualquiera de sus dos grandes variantes–, sino que los considera y subsume como territorios nodales y de mayor espesura en el contexto de las redes.

necesidad de explicar las crisis que hemos vivido en el pasado y de conjurar enérgicamente las que con toda probabilidad se nos presentarán en el futuro; hace rato que ha llegado el momento de un anarquismo postclásico, que ahora mismo habrá que reconocer y fundar.

Afortunadamente, no se carece de antecedentes, de insinuaciones y de promesas que puedan ser interpretables en esa dirección: habría que mencionar, por ejemplo y en primerísimo término, la formación de una red libertaria amplia y sin exclusiones en Bolivia, en la cual confluyen –sin traumas, rivalidades ni disputas– diversas corrientes, prácticas y prioridades; en segundo lugar, hay que tener en cuenta el auspicioso proceso de convergencia unitaria que recientemente se ha detonado en Francia y que ha recogido ya el respaldo de grupos e individualidades pertenecientes a los distintos agrupamientos existentes;⁶⁰ por último –y sin que esto pretenda agotar la lista de rescates– hay que recordar también las amplias coordinaciones habidas en Italia con miras a la articulación de la presencia del movimiento libertario en las jornadas de julio de 2001 en las movilizaciones de Génova. Se trata todavía de experimentaciones y de ensayos; pero, aun así, daría la impresión que los mismos son augurales y no parece casual que tengan lugar precisamente en las actuales circunstancias. *Quizás hasta quepa alentarse la expectativa de que esos movimientos expresan, en su actual nivel de posibilidades y de realizaciones, la extensión de una conciencia capaz de registrar que estamos frente a un punto histórico de inflexión y frente a un momento fundacional.* Como en toda otra ocasión que hemos estado en la cresta de una ola, *la consigna urgida y acuciante que se impone es que los pasos y los avances deben comenzar ahora y volverse tangibles en muchas partes a la vez.* Por lo pronto –y no es poco– ya hemos averiguado suficientemente que tales cosas dependen de nosotros mismos y que no es posible confiarlas a la fortuna, el destino o la casualidad.

⁶⁰ Nos referimos en este caso a la convocatoria realizada bajo el título de “*Appel pour un mouvement libertaire-Le chemin se trace en marchant!*”, inicialmente suscrito por Roger Noël y Jean Marc Raynaud, que rápidamente recogiera centenares de adhesiones y diera lugar a la realización de un primer encuentro de intercambios en octubre de 2001 en la localidad francesa de Niort.

Supongamos, por último, que en un futuro no demasiado lejano podamos contemplar orgullosos nuestros nuevos logros y viajar a lo largo y a lo ancho de nuestro nuevo tejido subversivo: ¿querrá eso decir que en ese preciso instante deberemos dar por resueltos los problemas inherentes a la recreación de un paradigma revolucionario? Evidentemente no, y en modo alguno podremos dejarnos ganar por esa ilusión. El modelo que se deduce de nuestra participación profunda en la densa trama de movimientos sociales y de sus luchas, así como el establecimiento de una conectividad irrenunciable a través de una multitud de redes locales, nacionales e internacionales, sin entenados ni parias ni proscritos, *no es otra cosa que una condición orgánica a través de la cual multiplicar nuestros lazos, nuestras reflexiones y nuestras posibilidades:* no se trata de declarar autárquicamente que finalmente se han resuelto todas nuestras carencias sino de celebrar *ese momento fundacional en el que, de una vez por todas, acaban de disponerse las fuerzas de nuestro campo de afinidades y, mejor todavía, haciéndolo en el sentido que hará efectivamente viable el planteo inicial y la asunción colectiva de nuestros problemas, nuestras responsabilidades y nuestros compromisos.* Porque, en definitiva, la elaboración de un paradigma revolucionario renovado y la atención de sus variables exigencias no es una travesía de gabinete ni un proceso de pensamiento puro sino –tal cual lo fuera la lenta y paciente tarea de construcción del viejo anarcosindicalismo– un recorrido de trabajos y de afanes que sólo puede librarse en el contexto del propio movimiento histórico y como parte indisoluble y natural del mismo. En el mejor de los casos, podrá decirse que, entonces sí, dispondremos de las herramientas imprescindibles para recrear y plasmar nuevos conocimientos, nuevos proyectos y nuevas luchas; entonces sí habremos dejado atrás nuestra irredenta, simpática y pintoresca condición de mito y de ave Fénix. Ya no nos plantearemos resurrecciones inesperadas ni sorpresivos despertares; no estaremos desperezándonos ni seguiremos durmiendo; nuestros aullidos simultáneamente guturales y articulados podrán oírse a toda hora, sin bostezos ni somnolencias: simplemente, estaremos soñando una vez más y lo haremos indefinidamente bien despiertos.

INTERLUDIO REITERATIVO EL ANARQUISMO HOY: ¿MODA O TENDENCIA?

La sangre sigue queriendo descifrar
aquel sueño increíble de vivir.

Lalo Barrubia

1.– Caetes es, respecto de los grandes centros superpoblados, un distante y humildísimo distrito en el nordeste pernambucano de Brasil cuya visibilidad nacional e internacional obedece exclusivamente al sencillo hecho de que allí fuera el lugar de nacimiento de Luiz Inacio da Silva –Lula, para los íntimos y para quienes no lo son–; el mismo que fuera primero vendedor de maníes, luego lustrabotas y acto seguido agitador en las fábricas metalúrgicas del cordón industrial de San Pablo para, finalmente y luego de varios intentos fallidos, acabar ocupando nada menos que la presidencia de ese gigantesco país. En Caetes, donde muchos desplazamientos siguen haciéndose en carretas tiradas por bueyes, Corina Guilermine da Silva, de 75 años y tía de Lula, vive todavía en un ambiente habitado por cinematográficas paradojas: mientras ella carga leña por caminos de tierra, en su granja de sobrevivencia la aguarda el cloquear de las gallinas, frijoles secándose en las paredes y un disco de antena satelital. Guilermine resolvió en tiempos inmemoriales que, si en Caetes había nacido, en Caetes habría de morir. Su acostumbrada y cansina resignación no parece haber contagiado a Heraldo Ferreira, un primo segundo de Lula, dado a la práctica política y que en las elecciones del pasado 3 de octubre compareció como candidato a concejal por el Partido de los Trabajadores en Garanhuns, una de las ciudades más grandes de la zona. Ni tampoco ha hecho mella en José Moura de Mello, otro primo segundo del presidente norteño, que se manifiesta preocupado porque los esquemas para la reducción de la pobreza, burocracia mediante, no han ofrecido resultados ni funcionan correctamente. Más optimista es la maestra Maciani Justina do Santos, quien declara apreciar ya mismo los cambios habidos y

también que los libros hoy disponibles en su escuela del propio Caetes eran inexistentes en aquellos lejanos tiempos en que la madre de Lula marchó con él y sus siete hermanos, en camión y rumbo al sur, en busca de un futuro mejor. Mientras tanto, la miseria secular continúa y seguramente continuará asediando ésa y tantas otras regiones de Brasil; tal como lo hace y seguirá haciéndolo en una innumerable constelación de puntos de una América Latina sufriente todavía. Quizá con otros rasgos, probablemente con distintas gravedades, estas pinceladas sobre el Caetes de Lula podrían replicarse sobre el telón de fondo de la Sabaneta de Hugo Chávez o el más familiar barrio de La Teja de Tabaré Vázquez.

El fracaso estrepitoso y notorio de las políticas bien o mal llamadas neoliberales, y el consiguiente giro a la izquierda que parece estar operándose en el continente, vuelve a ubicar en el primer renglón de la agenda ese tema mayor que es la pobreza y lo que ésta representa en términos absolutos y relativos: es decir; por un lado, una deficiente calidad de vida y, por el otro, una insultante distancia social. La pobreza, entonces, instalada en el centro de múltiples preocupaciones y asumida como realidad propia e intransferible desde la resignación, el conformismo, la apatía, la desconfianza, el optimismo o el pragmatismo político. Según lo visto y sabido, además, es precisamente el pragmatismo político el que luego la baraja y la ordena como parte de un menú restringido de opciones contradictorias. Lula y los suyos –en Caetes o fuera de él– ya saben, luego de sus dos años inaugurales de gobierno, que el plan Hambre Cero y su intención de que 46 millones de brasileños pudieran comer decentemente todos los días ha de instalarse en un espacio de otros marcos teóricos, de otras tensiones, de otras prioridades y de otros bagajes propositivos donde también juegan las preferencias de distintas bancadas parlamentarias, las inercias estatales, la necesidad de fondos para atender la deuda pública o el imperativo de preservar la disciplina fiscal. Las reacciones subsiguientes oscilan entre la renovación de la esperanza y los nuevos semblantes de la decepción. Así, en su primera competencia electoral desde el gobierno, el partido de Lula se encuentra perdido en San Pablo y Porto Alegre –dos ciudades en las que fue tradicionalmente fuerte–, al tiempo que los 46 millones de brasileños continúan esperando.

Como continúan esperando –cifras aterradoras si las hay– los 220 millones de personas que en Latinoamérica y el Caribe son considerados pobres o los 840 millones de “malvivientes” en todo el mundo que padecen desnutrición crónica o los 1.200 millones de seres humanos que sobreviven con menos de un dólar por día.⁶¹ Según parece, en torno del asunto se configura un vacío de respuestas cabales y de enérgicos cursos de acción que, hasta ahora, parece imposible de llenar.

2.– Tiempos hubo en que problemas de éste y otros tipos se encontraron recogidos en recipientes políticamente arriesgados pero intelectualmente acogedores y rebosantes de certezas. El pensamiento dominante entre la izquierda latinoamericana de los años 60 y 70, por ejemplo, se fundamentaba en una concepción evolucionista de la historia según la cual la sociedad socialista era no sólo necesaria sino también inexorable y, además, se apoyaba en ciertos análisis de situación según los cuales esa misma configuración societal también estaba a la orden del día. La pobreza bien podía ser interpretada como la extrapolación dramática del crecimiento de las fuerzas productivas en lo que a población y mano de obra respecta; un crecimiento que –se sabía entonces con firmeza– tarde o temprano formalizaría su inevitable conflagración con las relaciones de producción. Las dictaduras militares de los 70, entonces, pudieron ser interpretadas como el manotón de ahogado que ponía entre paréntesis a sangre y fuego esas convicciones sobre el futuro; pero, mientras tanto, el sentido de la historia no podía dejar de manifestarse en todo su esplendor en exóticos paisajes africanos y asiáticos. El avance del “socialismo” se materializaba en Angola, en Etiopía, en Camboya o en el Yemen; los Estados Unidos veían resentirse su influencia en Irán

⁶¹ Las cifras están tomadas de informes de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y de las Naciones Unidas. Como dato curioso y a recordar cabe traer a colación que entre los Objetivos del Milenio de la organización ecuménica se plantea la reducción a la mitad de la pobreza planetaria para el año 2015; lo cual tendría un costo anual de 50.000 millones de dólares. Para aquilatar la factibilidad de realización de tal meta, y al solo efecto de buscar alguna pista más o menos similar, ténganse en cuenta los exiguos resultados obtenidos por emprendimientos anteriores como el de “Salud para Todos en el año 2000” o la reducción en la emisión de gases tóxicos o los frenos a la carrera armamentista.

como antes en Indochina; y, para colmo, ya sobre el final de la década, la revolución nicaragüense de 1979 reactualizaba el tema en idioma castellano y le devolvía su vigencia en nuestras propias tierras. Los sacrificios, los errores y hasta los horrores se encontraban alineados y justificados por una visión mecanicista del “progreso” y, sobre todo, del porvenir: un porvenir que, sin embargo, no era pronóstico ni adivinación sino apenas –con fundamentos “científicos”, naturalmente– una ecografía de la realidad.

Pero el porvenir no sólo demoró su advenimiento sino que puso sobre el tapete su inesperada reversibilidad. Entre 1985 y 1991 –desde el lanzamiento de la *perestroika* de Gorbachov hasta la desaparición de la Unión Soviética como tal– el otrora poderoso “socialismo realmente existente” se desmoronó piedra sobre piedra: un piano de cola se estrelló sobre la cabeza de los más devotos al tiempo que, como símbolo insustituible, un astronauta de la vieja URSS aguardaba en la cósmica inmensidad que algún país se dignara devolverlo a tierra firme. De allí en más, aquellos Estados “socialistas” que no experimentaron entonces las mismas convulsiones institucionales emprendieron o confirmaron sendos destinos inmediatos de reconversión capitalista y se incorporaron –cada cual a su modo y con sus propios matices– al nuevo des-orden mundial.⁶² Culminaba así el más vasto y ambicioso proyecto de ingeniería social de que pueda dar cuenta la historia; un proceso que en algún momento se identificó con la vieja promesa de una sociedad de seres libres, iguales y solidarios. A lo largo y a lo ancho del planeta, en los países que habían sido “socialistas” y en los que nunca lo fueron, millones de personas con profunda vocación de cambio sintieron que sólo quedaba un cráter ideológico de considerables proporciones: otro vacío que, hasta ahora, también parece imposible de llenar.

⁶² Una incorporación que se da básicamente mediante la prestación de lo que Giovanni Arrighi denomina como “fuerza de trabajo frugal y laboriosa”, cuyo cometido es la reducción de costes en aquellos sectores productivos con uso intensivo de mano de obra. Ésa ha sido, en líneas generales y entre otras condiciones, la razón que permitió a países como China, Vietnam y Cuba atraer inversiones extranjeras directas de distintas procedencias e integrarse a las redes “globales” de circulación del capital.

3.– A derecha e izquierda, con mayor fuerza luego de la debacle “socialista”, la *realpolitik* recuperó sus fueros y el espacio en el que teóricamente se dirimen las cosas públicas fue cubierto por un telón de indiferencia, impotencia y desencanto. Cada vez más las decisiones efectivamente gravitantes se adoptan en claustros impermeables al control ciudadano y los ejercicios connaturales a la democracia representativa inciden en el rumbo y el ritmo del mundo cada vez menos. Por un lado, el hacer y el no hacer de un país cualquiera –excepción hecha de los Estados centrales– se discuten previa y exclusivamente con técnicos omnipotentes, de comprobada incompetencia⁶³ y externos a los ámbitos definidos de eso que alguna vez se conoció como “soberanía”; técnicos de los cuales algunas veces se desconocen hasta sus nombres, aunque siempre hayan de contar con el sacrosanto aval de los organismos internacionales de crédito. Por otra parte, se eligen presidentes, senadores, diputados o alcaldes pero no parece haber lugar alguno del planeta en que la gente pueda elegir su propia vida. Se dice genéricamente que “se puede” o que “otro mundo es posible” y, acto seguido, que tales y cuales cosas no son siquiera pensables más acá del reino de la utopía; se dice que hay que festejar ahora mismo e, inmediatamente después –luego del repaso y la rúbrica de los compromisos financieros y de las múltiples limitaciones “globales”–, que no hay demasiado lugar para el regocijo. La práctica política convencional se vuelve una calistenia sin sustancia y la escenografía que la alberga empieza a ser percibida como un retablo en ruinas. La política estatal clásica, glorificada con medida alguna vez como el arte de lo posible, se ve reducida a la ominosa condición de farragoso juego de palabras, irresoluble anagrama, ridícula sopa de letras e irrelevante cotarro. Mientras tanto, detrás del primer plano de la mediocridad, el horizonte sólo parece admitir una línea de fuga todavía borrosa e imprecisa.

Realmente, la llamada “globalización” acentúa la declinación de las funciones instrumentales y simbólicas del Estado en la enorme mayoría de los países del orbe. En ellos, el Estado

⁶³ Quienes piensen que esta afirmación es una exageración gratuita deberían tener presentes las opiniones al respecto de Joseph Stiglitz –Premio Nobel de Economía y ex funcionario de alto rango del Banco Mundial–, quien ha hecho una crítica demoledora sobre el *modus operandi* de los “consejeros” económicos internacionales.

deja de ser el medio institucional y orgánico a través del cual procesar la obtención de determinados fines y tampoco es ya –si es que alguna vez lo fue– la instancia en la cual se condensan ciertas, aunque muy vagas, identidades colectivas. La vida de millones de personas es instantáneamente afectada por operaciones sustraídas al juego de las instituciones estatales democráticas; operaciones que les son drástica y enteramente ajenas. En un mundo relativamente “integrado” y “global” como el nuestro, un flujo financiero ocasional, una evaluación negativa de las calificadoras de riesgo, una decisión de la Reserva Federal norteamericana sobre las tasas de interés son, entre otros ejemplos, movimientos que pueden dejar detrás de sí un tendal de damnificados, sin que exista sobre ellos la menor posibilidad de incidencia. Muchas de las decisiones de mayor peso son adoptadas por organizaciones interestatales, paraestatales, supraestatales o extraestatales –ya se trate del G7, de la OMC o del Foro de Davos– y, lo que es conceptualmente más importante, al margen de lo que, en términos históricos, ha sido la construcción consuetudinaria de la *polis*; y, por lo tanto, al margen también de cualquier posibilidad real, simulada o tan siquiera ficticia de participación. La esfera política –supuestamente autónoma y soberana– es, entonces, casi un decorado refractado y apócrifo del poder al que sólo parece reservársele la ignominiosa faena de prestarle su oprobiosa legitimación. No es extraño, por ende, que la misma haya dejado de ejercer encantamiento alguno y que en ese entorno territorial se consume un nuevo vacío; un vacío que, otra vez, fatigosamente, también parece imposible de llenar.

4.– Un vacío, dos vacíos, tres vacíos, muchos vacíos que parecen imposibles de llenar y en los que ahora no es prudente abundar, pero que, sin duda alguna, se constituyen en la tónica de nuestro tiempo; algo así como su grifa en el orillo.⁶⁴ Mientras tanto, en los intersticios de tantas oquedades, han fermentado las condiciones de posibilidad de un movimiento radical neanarquista, capaz de reconocer sus antecedentes históricos más lejanos pero también de diseñarse a sí mismo y de

⁶⁴ No en vano algunos autores califican nuestra época exactamente de ese modo. Vid, por ejemplo, Gilles Lipovetsky, *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*; Editorial Anagrama, Barcelona, 1986.

perfilarse a partir de la historicidad específica que lo marca de cabo a rabo. Ese movimiento fue madurando lentamente durante los años '80 y '90 del siglo pasado y acabó “oficializando” su despampanante irrupción en las jornadas de diciembre de 1999 en la ciudad de Seattle; ruidoso hito de un silencioso proceso del que la gran prensa internacional parecía no haberse percatado. Allí, los “primitivistas” de Oregon, a quienes se imputó la aproximada condición de discípulos de John Zerzan, se contaron entre los principales impulsores de aquella multitudinaria movilización que, sin que los más avezados analistas políticos lo esperaran, dio al traste con la ampulosamente denominada Ronda del Milenio de la Organización Mundial del Comercio. Los vecinos de los alrededores de Seattle, sin embargo, se enteraron un tiempo antes que las academias y los grandes medios de comunicación. En las semanas previas a tan monumental encuentro, se preparó la llegada de militantes de las más diversas procedencias, anunciando la pacífica intención de montar un campamento gigantesco; al estilo de Woodstock pero ahora con un relieve claramente antagonista. Con su proverbial desfachatez, estos nuevos incordios aleccionaron a los pobladores del lugar con una consigna un tanto extraña para los patrones habituales de medida pero de impacto real: “¡Adopte un anarquista!”. Según parece, a estar por lo que luego difundieron las agencias noticiosas de mayor calibre, la ciudad de Seattle terminó siendo efectivamente la cuna provisoria y simbólica de uno de los movimientos juveniles más característicos del momento histórico que nos ha tocado vivir.

Las escenas de entonces volvieron a repetirse, con algún tipo de similitud, una y otra vez, en cada una de las instancias subsiguientes de movilización contra las nuevas instituciones “globales”: en Praga, en Sidney, en Génova, en Gotemburgo, en Bruselas, en Tesalónica o en Varsovia. ¿Fenómeno propio de las sociedades opulentas, por lo tanto, y de su periferia inmediata? Quizás así lo parezca en un *travelling* apresurado y superficial, no obstante lo cual un análisis más fino habrá de revelarnos algunas aristas diferentes. Por lo pronto, puede admitirse que en dichas sociedades tal vez el fenómeno haya tenido una anticipación cierta y tenga todavía una mayor intensidad, así como es constatable que allí radicaron y radican los principales focos

de irradiación. Sin embargo, los ecos del asunto parecen seguir un curso que contradice la impresión inicial. Con las adaptaciones a que cada cultura o cada país dé lugar, el impulso neoanarquista parece recorrer hoy una geografía bastante más irregular y accidentada que aquella de la que puede tomarse nota con el sencillo expediente de un *Eurailpass*. Núcleos de difusión o de agitación anarquista pueden encontrarse hoy en lugares que fueran tradicionalmente inhóspitos o inaccesibles; muchas veces detrás de concepciones que eran inimaginables veinte años atrás. La *Awareness League* de Nigeria, por ejemplo, entiende que el anarquismo resulta ser algo así como la proyección natural del comunitarismo tribal; el grupo *Anarchist against the wall* consolida en una misma práctica transgresora a israelíes y palestinos en la franja de Gaza; en Estados Unidos se reúnen negros y pieles rojas para sostener que las concepciones libertarias son las que mejor se adaptan a la reivindicación de las identidades originarias; en Nueva Zelanda serán los maoríes quienes intentarán hacer otro tanto y así sucesivamente.⁶⁵ Sin olvidarnos, por supuesto, de desarrollos menos exóticos y más previsibles que aparecen aquí y allá; que también se manifiestan en América Latina –siempre en el tono de minorías activas y en expansión– y que adquieren mayor fuerza en lugares como Brasil, México, la Argentina o Chile.⁶⁶

5.– ¿Moda o tendencia, entonces? En principio, parecería que en un mundo de muchos vacíos y muy pocos sueños al anarquismo le estuviera reservada la apelación a la desmesura,

⁶⁵ Vid. *África Rebelde. Comunalismo y anarquismo en Nigeria* de Sam Mbah e I. E. Igariwey; AliKornio Ediciones, Barcelona, 2000. Información sobre la agrupación palestino-israelí puede encontrarse, por ejemplo, en www.squat.net/antiwall/. Una conferencia de autodenominados “anarquistas de color” se realizó en Detroit en agosto de 2003 y la información puede verificarse en <http://espanol.infoshop.org>. La información sobre los maoríes, mientras tanto, está referida a la organización Tino Rangatiratanga y fue recogida con fecha 5 de enero del corriente año 2005 en la página web canadiense www.ainfos.ca/ca/.

⁶⁶ La mejor fuente para constatarlo es la versión más reciente del Directorio Anarquista Latinoamericano, sistematizado en Venezuela y con registros que son naturalmente incompletos. Este Directorio permite localizar un total de 175 nucleamientos libertarios en el subcontinente; la mayoría de los cuales se ha gestado en los últimos 5 años.

la frotación de las llagas y la intransigencia libertaria. Si, por ejemplo, los realistas proclaman que son preocupantes los programas nucleares que quizá podrían desarrollar Irán o Corea del Norte, los anarquistas replicarán que más preocupantes todavía son los programas, ya desarrollados y de eventual continuación, que Estados Unidos y demás miembros del Club Nuclear han tenido y tienen entre manos. Si, por poner otro caso, los negociadores de profesión estudian intrincadas fórmulas para poner fin a la guerra en Irak, los anarquistas defenderán la idea de que es preciso acabar no sólo con ésa sino con todas las guerras, empezando ahora mismo por terminar con las instituciones militares que las alimentan. Y digamos que –sólo para cerrar este tramo y no precisamente porque no haya muchos más ejemplos a los que recurrir–, si a sesudos calculistas se les ocurre que un moderadísimo impuesto a las transacciones bancarias podría financiar un proyecto universal de reducción de la pobreza, los anarquistas contestarán que poco y nada se conseguirá con eso y que los grandes flujos financieros son en sí mismos expresiones y gérmenes de desigualdad. En líneas generales: en un mundo en el que se ha producido una formidable concentración adicional del poder y de los privilegios y frente al cual los timoratos sólo son capaces de elucubrar zurcidos y remiendos que rápidamente desnudan su inocuidad, el pensamiento y las prácticas anarquistas insisten tercamente en recordar la necesidad de un nuevo curso de corte y confección. No es raro, entonces, que presenciemos acercamientos emblemáticos de personas formadas al calor de otras certezas y que hoy sienten en carne viva la fuerza del desengaño: así, el viejo comunista José Saramago afirma que sigue siéndolo pero que ahora se ha percatado que sólo es posible ser “comunista libertario” al tiempo que el joven Canek Sánchez Guevara –el nieto del Che, a pesar de que a él le moleste hacer uso de esta referencia parental– proclama, desde una experiencia de vida y unos códigos más propios de su edad, siguiendo un verso de los Sex Pistols, “I am an anarchist”.⁶⁷

⁶⁷ La nueva definición adoptada por José Saramago consta en la entrevista que le realizara pocos meses atrás la periodista Adriana Herrera para la revista mexicana *Poder*. Las afirmaciones de Canek Sánchez, mientras tanto, han sido múltiples reproducidas en distintas páginas web, de las que, a título indicativo, ofrecemos la siguiente: http://www.lacasaazul.org/Canek_Che_Guevara.html.

Una vez más: ¿moda o tendencia? Supongamos que las sociedades humanas no pueden sobrevivir dignamente si al menos una parte de ellas no se siente animada por el temblor inquietante de la utopía; por ese entrañable estremecimiento de exaltación, de búsqueda y de realización de nuevas relaciones de convivencia; por esa erupción que no quiere reconocer sus límites y que se orienta siempre más allá de los mismos.⁶⁸ Supongamos también que el ejercicio implacable de la crítica radical es una necesidad imperiosa de la inteligencia y que no es posible cultivarla, ni tan siquiera oxigenarla, sino a través de un movimiento de interrogación, puesta en suspenso y depuración hasta del aire viciado que nos rodea. Supongamos, por último, que el aliento de la rebeldía y los apetitos libertarios son por lo menos casi tan fuertes como el desaliento de la “servidumbre voluntaria” de la que hablaba Étienne de la Boétie varios siglos atrás y que, para los más ariscos y *enragés*, no hay vida que valga la pena ser vivida si no es afirmando su singularidad frente al poder. Si todo esto fuera así, entonces el neoanarquismo que hoy parece estar despuntando no debería ser percibido de otra forma que como la respuesta preliminar pero segura a las decepciones que han quedado por el camino y, sobre todo, a los muchos vacíos que todavía existen por delante y a los que habrá que enfrentar. La contestación antagónica del vacío no es otra que la plenitud y este neoanarquismo que hoy despunta ofrece –por añadidura, en un mismo “set”– nada menos que la plenitud de la utopía, la plenitud de la crítica y la plenitud de una interminable rebelión. No hay moda de este modo; y, por lo tanto, al menos como tendencia, habrá que ir acostumbrándose –por fas o por nefas, con un rictus de amargura o con una inconfundible, irreverente e irónica mueca de placer– a que los convidados de piedra que marchan bajo esas banderas sean, cada día que pasa, cada vez más.

⁶⁸ Sobre la permanencia de las formulaciones utópicas puede ser útil consultar, entre multitud de textos al respecto, *Necesidad de la utopía* de Fernando Aínsa, Editorial Nordan, Montevideo, 1990. Por su parte, un buen ejemplo de interpretación de la historia como sucesión de topías y utopías se encontrará en *La revolución*, del malogrado pensador alemán Gustav Landauer; Editorial Proyección, Buenos Aires, 1961.

CAPÍTULO 2 EL MAPA DEL DESPERTAR EN AMÉRICA LATINA⁶⁹. LISTADO DE NUCLEAMIENTOS, PRESENCIAS Y ACTIVIDADES ANARQUISTAS

A Sergio Terenzi (Urubú) de la Argentina, a Claudia López Benaiges de Chile, a Nicolás Neira de Colombia, a los muchachos presos ayer en Guadalajara y hoy en Oaxaca y a aquella sangre joven todavía en grado de ebullición sobre la cual se edifica el movimiento anarquista latinoamericano de nuestros días y de los días por venir. Y a Bradley Will, por supuesto, porque “anarchy” quiere decir “anarquía” y “libertad” también puede pronunciarse “freedom”.

Un objetivo, un deseo o quizás un anhelo básico, apremiante, de urgida palpitación y que tiende a volverse obsesivo, ha animado la confección del listado y de las reflexiones que aquí se presentarán: ofrecer el sustrato informativo y conceptual mínimo e imprescindible para el establecimiento de redes de relación libertarias en América Latina; una tarea que, en algún futuro impreciso y sin embargo preferiblemente próximo nos gustaría extender a aquellos países del continente cuyas lenguas oficiales o extraoficiales no son de origen latino, pero cuentan en cambio con una proximidad geográfica que los vuelve tentadores compañeros de ruta. Si bien no podremos extendernos demasiado aquí sobre el punto cabe decir,

⁶⁹ El actual dibujo del “mapa” constituye su versión segunda y corregida pero siempre provisoria, presentada aquí como borrador imperfecto que quiere ser capítulo más pensado y fundamentación de un despertar. Más allá de este deseo, *esta versión seguramente también adolece de cierta desprolijidad residual y también está condenada a una desactualización permanente*: es –al igual que su predecesora– candidata a sufrir de inmedida una indefinida cantidad de impugnaciones y alberga numerosos y eventualmente gruesos errores que ni siquiera hemos sido capaces de localizar totalmente. No obstante, *sus conclusiones generales, en forma de comentarios finales, aparecen como sospechosamente pertinentes y en tanto corolario que estamos dispuestos a desarrollar y defender*. Sin perjuicio de esto último, la versión que aquí presentamos está voluntariamente destinada a que cualquiera pueda realizar en ella los añadidos, las tachaduras, los borrones y las correcciones que mejor se avengan con sus propios entendimientos del asunto y con sus intransferibles objetivos. Esperamos que así ocurra, puesto que lo que ahora se ofrecerá no es una obra acabada sino una herramienta de trabajo.

a modo de aperitivo, que *esa promesa, esa posibilidad, ese anuncio de redes anarquistas latinoamericanas sería, en su eventual materialización, algo así como la expresión contemporánea de lo que en sus respectivos momentos fueran la Asociación Continental Americana de Trabajadores (ACAT/AIT) y la Comisión Continental de Relaciones Anarquistas (CCRA)*; realizaciones regionales, una y otra, de las dos configuraciones básicas de organización y acción que el anarquismo, en tanto movimiento de raigambre histórica, ha presentado hasta el momento: el anarcosindicalismo y el “especificismo”. Estamos ahora frente a un tiempo nuevo y ya considerablemente lejano de los escenarios históricos que dieron lugar y justificación a esas concreciones orgánicas: un tiempo que no parece recomendar la repetición textual de nuestros viejos diagramas o modelos de organización y acción sino que exige de nosotros un enorme esfuerzo de reelaboración en el campo de la teoría y de la práctica. Un tiempo también en el que, afortunadamente y sin ningún lugar a dudas, nos vemos colocados ante un nuevo despertar de las tensiones, inquietudes y algaradas libertarias al que América Latina no ha sido ajena; y que, por esa misma razón, se nos presenta como especialmente propicio para afrontar nuestras asignaturas pendientes, nuestras materias sin rendir y nuestras tareas postergadas. Y ubicarlas, por cierto, en el contexto que ahora les corresponde sin confusión posible. *Este listado, entonces, puede y debe ser leído e interpretado como el mapa regional, seguramente incompleto, tentativo y algo más que provisorio, de ese despertar; y también como la guía actualmente disponible de aquellas referencias básicas a través de las cuales esa exigencia de renovación y puesta a punto busca los soportes de carne y hueso, individuales y colectivos, que le den respuesta y satisfacción.*

Digámoslo nuevamente; ahora desde un punto de vista complementario. En *Los sediciosos despertares de la anarquía* nos manejamos con una convicción básica: el anarquismo como propuesta revolucionaria radical experimenta un resurgimiento fuerte que fue incubándose de diferentes modos a lo largo de la década de los 90 y que “oficializa” ese espontáneo e inesperado auge, a los ojos del mundo y del propio movimiento que lo encarna, fundamentalmente a partir de las grandes movilizaciones de Seattle, a fines de 1999 y en ocasión de la reunión de la Organización Mundial de Comercio; algo que tal vez encuentre su

equivalencia latinoamericana en el entrañable grito de “¡que se vayan todos!” que distinguió al levantamiento popular argentino de diciembre de 2001. Sin embargo, la percepción de este nuevo repunte, de este sedicioso despertar, no debería agotarse en su mera constatación triunfalista sino que reclama distinguir y destacar algunos elementos que es necesario atender.

En primer lugar, este resurgimiento dista de ser homogéneo y no se presenta con la misma fuerza ni los mismos rasgos en las distintas regiones del mundo; el fenómeno no se expresa de idéntica forma en Europa continental, en los países anglosajones, en América Latina o en África y Asia –lugares, estos dos últimos, donde parece, por razones casi obvias, ser considerablemente más débil o presentar, en algún país, el carácter de novedad histórica absoluta–. *En segundo término*, nuestro despertar se manifiesta a través de múltiples ejes y no todos los agrupamientos surgen y evolucionan a partir de entendimientos comunes sino que, antes bien, parecen adoptar siluetas diversas luego de haber afirmado su lejano origen compartido. *Por último*, la propia configuración de este nuevo florecimiento está planteando implícitamente una ardua labor de comprensión y acercamiento que permita reelaborar el sustento teórico-ideológico que lo justifica y que, a su vez, habilite darle al mismo desarrollo y profundidad. *El establecimiento de un denso tejido conectivo, de múltiples redes provisorias, superpuestas y de prioridades intercambiables, que potencien y amplifiquen nuestras posibilidades, que liberen las capacidades de diálogo y entendimiento, que abran espacios de actuación conjunta, parece ser la herramienta más apropiada a nuestro escenario histórico.* El objetivo de este trabajo, entonces, será también producir una primera o segunda aproximación a las condiciones materiales de esa posibilidad, de esa necesidad y de esa urgencia, ciñéndonos estrictamente a los mensajes que ya es factible descifrar en el espacio latinoamericano.

En tanto ésta es la idea básica, nos hemos permitido aprovecharnos, a nuestro modo y según nuestras propias intenciones, de un esfuerzo, de unos años de indagación empírica y de unos resultados que no nos pertenecen y que son un mérito exclusivo de los compañeros venezolanos de la Comisión de Relaciones Anarquistas (CRA); especialmente de Nelson Méndez y Alfredo Vallota,

que ya ofrecieran valiosos anticipos parciales en la misma dirección contenidos en las sucesivas versiones de su *Bitácora de la Utopía*, en la posterior lista de *Enlaces web anarquistas y afines en castellano* emprendida por Méndez en solitario y de cuya persistencia y reorientación surgió luego un fermental directorio anarquista latinoamericano constituido ahora en material de referencia imprescindible sobre el tópico. Más allá del presente trabajo, dicho directorio sigue y seguirá siendo, por supuesto, una herramienta insustituible para cualquiera que pretenda dedicarse con los fines que sea a investigar la presencia anarquista en lenguas castellana y portuguesa. De nuestra parte, hemos hecho ciertas supresiones y también ciertos agregados; pero, sobre todo, lo hemos ordenado y adecuado a nuestros propios propósitos de reflexión.

El directorio original de la CRA –en su versión de enero de 2005, que es la que nosotros habremos de manejar⁷⁰ consta de un minucioso listado de direcciones referidas al anarquismo latinoamericano; localizadas en los países correspondientes pero también en Estados Unidos, Canadá, España, Francia, Reino Unido y Alemania; y, finalmente, compuesto por todos aquellos nucleamientos que *voluntariamente* resolvieron integrarlo. Cuando decimos que la confección de dicha lista es un “mérito exclusivo” de los compañeros venezolanos, no se nos escapa que seguramente los mismos recibieron múltiples respaldos informativos a su esfuerzo de recopilación, pero ello no puede ir en desmedro de una tarea y de unos logros monumentales que –hasta donde llega nuestro conocimiento– no cuentan con antecedentes de ese porte ni equivalentes en otros ámbitos lingüístico-territoriales. Pero, a nuestros efectos, no podemos menos que distorsionarla en grado extremo y acomodarla a fines que seguramente son coincidentes pero que adoptan otro formato de presentación.

Siendo así, las amputaciones sufridas por el directorio original han sido drásticas y caudalosas. Por lo pronto, evitando sobrecargar innecesariamente el texto, no manejaremos aquí las direcciones electrónicas y/o convencionales⁷¹ sino que nos interesará dejar

⁷⁰ Dicha versión se encuentra radicada en la página web de El Libertario de Venezuela: <http://www.nodo50.org/llibertario/DirectorioA-5-2005.txt>.

⁷¹ De todos modos, tanto en ésta como en cualquier otra necesidad emergente, nunca dejará de ser altamente recomendable recurrir al listado original de la CRA, en el entendido de que la tendencia hacia una información más acabada sobre cada uno de los nucleamientos quedará allí plenamente preservada.

constancia de las presencias en sí, al tiempo que suprimimos todas las referencias localizadas fuera del espacio territorial latinoamericano; aun cuando el castellano o el portugués fueran su lengua fundamental y originarios de estas tierras sean sus autores o sus temáticas.⁷² Por añadidura, y ahora no por razones territoriales, hemos purgado ocasionalmente la lista también de buena parte de aquellas referencias –verificables en el listado original a través de las correspondientes páginas web y direcciones electrónicas– que pueden ser entendidas como afines o familiares a nuestras posiciones pero que no participan enteramente de ellas. Esa “exclusión”, obviamente, no está alentada por el sectarismo ni por el cultivo de una ortodoxia estricta en la que no creemos. En su lugar, en tanto entendemos que el manejo de nuestra propia lista debería orientarse a un intercambio más estrecho y más acotado y, eventualmente, a la producción de algún tipo de consecuencia organizativa específicamente anarquista, parece preferible que tales cosas queden reservadas –al menos inicialmente– a círculos de mayor intimidad y de acuerdo con los trazados más definidos que cada cual quiera darles. Otros cambios operados en nuestra lista con respecto de la original de la CRA han consistido en dar de baja también a aquellas referencias cuyas direcciones hemos constatado no se mantienen, ya sea por cambios en los servidores utilizados ya por la mera desaparición de esa presencia particular.⁷³ Nada de ello

⁷² Así lo hemos hecho en todos los casos, salvo en uno: Cuba. La excepción se justifica sobradamente por cuanto en el caso cubano sólo ha sido posible encontrar presencia libertaria organizada en el exilio y no dentro del territorio nacional respectivo; lo cual reduce considerable y lamentablemente las posibilidades de actuación sobre el mismo. Esa presencia se localizó *en el pasado* fundamentalmente en Miami; algo que podría resultar extraño en cualquier otro caso, pero que, cuando de cubanos se trata, es una tradición que se remonta por lo menos a los tiempos de José Martí. El mismo criterio hubiera sido aplicado en todas aquellas situaciones en las que los obstáculos de actuación o las persecuciones dentro de un país dado redujeran las presencias –o la visibilidad de las mismas– a los exilios correspondientes.

⁷³ Aprovechamos para decir aquí que no hemos cotejado, una por una, las direcciones de la lista original; aunque sí hemos podido constatar que algunas de ellas no se mantienen dentro de los parámetros de ubicación mencionados en el listado de la CRA. Por tal motivo –más allá de que, en términos intencionales, entendiéramos conveniente, tal como acabamos de decirlo, no presentar las referencias no específicas, aunque ideológicamente próximas– no podemos ofrecer garantías de haberlo conseguido totalmente y es harto probable que siga habiendo en nuestro listado una indefinida cantidad de ellas. En cierto modo, *quizá valga la pena realizar ahora una advertencia genérica sobre la*

debería ser extraño si sabemos que tenemos frente nuestro un atlas de los anarquistas y que, por lo tanto, no habrá de parecerse a una inmutable cartografía de ríos y montañas: en nuestros mapas, los cursos de agua estarán siempre buscando los lechos que les resulten más apropiados y las elevaciones pueden transformarse en eruptivos volcanes que cambian su propio aspecto e incendian su alrededor. *Debe quedar claro, no obstante, que nuestra intención no es ni cuenta con los medios para ser competitiva con el directorio de la CRA* y que el trabajo de los compañeros venezolanos seguirá siendo holgadamente una cuidada labor de orfebres y de pioneros de la que todos pudimos servirnos y seguiremos haciéndolo.

Entonces, lo que hemos manejado es un criterio de incorporación “compulsiva” a nuestro listado de forma que ahora pueda considerarse también a aquellos que por decisión o por omisión no se encuentran incluidos en el directorio de la CRA; razón por la cual las amputaciones mencionadas serán provechosamente compensadas con un importante caudal de agrupaciones. Ese trabajo empírico de localización de nuestra parte hubiera querido contar con la paciencia y los conocimientos de que sí dispone la CRA para aportar referencias imprescindibles, como sin duda lo son las procedentes de Haití, de las Guayanas o de los países caribeños de lengua inglesa, de las que aquí no intentaremos hacer ni siquiera una muy pálida reseña; unas ausencias que, momentáneamente, ni disimularemos ni dejaremos de lamentar. Esta mención, que ya se ubica decididamente fuera del campo de las lenguas latinas, puede ser especialmente útil para recordar, reformular y reafirmar el quimérico objetivo del presente listado: *el planteo de una guía básica de referencias para la construcción de redes anarquistas en esta región del mundo.*

En el contexto de trabajo que nos hemos definido, entonces, cabe decir también que el tendido de redes se plantea en diferentes planos; planos que se superponen y se imbrican entre sí. Los criterios de presentación del listado, por lo tanto, deberían ser múltiples y hemos intentado conducirnos según ese principio. Sin embargo, la tarea de presentar tantos listados como dimensiones imaginables haya nos resulta abrumadora y, por ello, hemos

alta falibilidad de nuestro reordenamiento, aplicable a cualquiera de los criterios que nos hemos definido. En el mejor de los casos, lo único que podrá disculparnos es el carácter provisorio que hemos querido darle y mantenerle a nuestro trabajo.

elegido tres ejes que, sin ser los únicos, seguramente revistan entre los más importantes. *El primer eje se explica por sí mismo y sólo intenta reunir las distintas referencias según el país que las acoge; el segundo podría concebirse como el que se corresponde con el perfil, el formato o el porte organizativo en presencia; y el tercero, mientras tanto, será una muy incompleta aproximación a las eventuales afinidades de concepción o temáticas que actualmente pueden rastrearse.* Tales cosas permitirán tener –así lo esperamos– una idea panorámica sobre la situación del movimiento anarquista en América Latina y su desarrollo presente desde diferentes ángulos de observación. Al mismo tiempo, esta triple presentación pretende insinuar también, subrepticamente y no tanto, un supuesto que mucho nos gustaría acaudalar y es el de que *no sólo puede formarse una red latinoamericana sino tantas como sean necesarias y según criterios superpuestos cuyas discriminación y prioridad respondan a diferentes cálculos de oportunidad, de posibilidad y de deseo;* algo que, en los hechos, ya ha comenzado a insinuarse de ese modo. Pero, pasemos de una buena vez a cada una de esas clasificaciones y dejemos la aclaración de los criterios sucesivos y complementarios a los momentos en que ello resulte específicamente oportuno.

1.– El despertar anarquista: país por país⁷⁴

Los problemas clasificatorios con los que luego habremos de enfrentarnos no hacen aquí acto de presencia ni generan las desavenencias que más tarde tendremos que discutir. El primer criterio clasificatorio es largamente obvio y sólo nos exige presentar el mapa libertario latinoamericano según el país en

⁷⁴ En esta primera sección de nuestro trabajo de relevamiento habrán de ser mencionados todos los grupos anarquistas efectivamente localizados y la misma representa la enumeración más exhaustiva que hemos conseguido construir. Las secciones 2 y 3, por lo tanto, no incluirán novedades en ese sentido pero sí consideraciones varias sobre los formatos organizativos adoptados y también sobre las corrientes, espacios de actividad y conexiones transnacionales de que forman parte tales grupos. Sin perjuicio de tales consideraciones, se recomienda a los impacientes o a quienes no deseen reparar en el detalle comentado de los nucleamientos existentes saltar las secciones mencionadas y pasar directamente a las reflexiones finales, contenidas en la sección 4 de este trabajo.

que desarrolla predominantemente su actuación cada uno de los nucleamientos.⁷⁵ En la medida en que los problemas clasificatorios han sido considerablemente menores, el listado podrá asistir en este mismo instante a un ensanchamiento que luego no podremos mantener. Inmediatamente tendremos frente nuestro bastante más de 300 presencias o espacios de actividad libertarios efectivamente registrados, por distintas vías, en el subcontinente en el que nos ha tocado vivir.⁷⁶ Como ya se ha dicho –y tal cual ahora se habrá de insistir– este listado no puede dejar de ser un dibujo imperfecto, parcial y severamente incompleto. Ello es así por cuanto nada nos permitirá suponer, ni siquiera ahora en que las dudas clasificatorias todavía no nos atormentan, que estamos siendo enteramente justos con la floración real de nucleamientos anarquistas que tiene lugar en la región latinoamericana. No obstante, tendremos sí la posibilidad de aquilatar, aproximadamente y país por país, el grado y el ritmo en que se desarrolla este nuevo y sedicioso despertar de la anarquía; apreciar, además, las diversidades, los rasgos y las eventuales prevalencias de organización y acción que puedan estar planteándose en diversos rincones de América Latina; anticipar, quizá, los problemas, las necesidades y los desarrollos virtuales que plantea cada situación particular; *soñar, también, con el trazado de caminos, de itinerarios, de recorridos que vayan y vengán para volver a reunirse y dirigirse hacia un horizonte común.*

⁷⁵ Éste es por tanto el tramo más claramente deudor del Directorio de la CRA, pues ése es, precisamente su criterio de agrupamiento.

⁷⁶ Debería ser innecesario aclarar que la cifra es solamente indicativa; entre otras razones porque nos resulta imposible asegurar que hemos evitado totalmente las presencias duplicadas. Puede ocurrir, por ejemplo, que se deje constancia de un nucleamiento y también de su medio de expresión o de una coordinadora y de algún grupo que la integra. Con todo, podemos sí afirmar que ésa será la excepción y no la regla. Por otra parte, es probable que no estemos frente a una exageración sino a una cifra que se queda corta; sobre todo si se piensa que la *world wide web* ha sido nuestro recurso informativo y ella no tiene por qué contener un registro exhaustivo. De cualquier manera, no se trata de hacer aquí un insustancial análisis aritmético sino de dar cuenta de los mucho más importantes aspectos cualitativos del asunto.

1.1.– La Argentina⁷⁷

La Argentina es, sin duda, el mejor espejo de los derroteros seguidos, en líneas generales, por el movimiento anarquista en tierras latinoamericanas. Éste fue el país del continente en que se desarrolló la más vigorosa de sus federaciones anarcosindicalistas⁷⁸; y también, con posterioridad, a la hora de la declinación del modelo anterior, una organización específica de alcance nacional que se constituyó en referencia cierta para los movimientos de los países vecinos: la Federación Obrera Regional Argentina (FORA) y la Federación Anarco Comunista Argentina (FACA), respectivamente.⁷⁹,⁸⁰ Siguiendo devenires y ritmos que fueron propios del movimiento anarquista internacional y comunes a casi todas sus

⁷⁷ En la enumeración que sigue nos manejaremos según el orden alfabético convencional y rutinario de países. Evidentemente, el mismo impide una jerarquización de situaciones y el mero ordenamiento de desarrollos diferenciales de país a país. No obstante, esperamos resolver esa carencia cuando llegue el turno de los comentarios finales. Además, corresponde acotar aquí, en el comienzo de nuestro listado, que sobrecargaremos de notas a pie de página la exposición de la situación argentina a efectos de aclarar por su intermedio los distintos criterios que manejamos y que habremos de ir incorporando uno a uno.

⁷⁸ Es ampliamente conocido el hecho de que la federación obrera argentina no se consideraba a sí misma como anarcosindicalista. No obstante, es obvio que su modelo organizativo –haciendo abstracción del nombre: sociedades de resistencia en lugar de sindicatos– se corresponde perfectamente con el del anarcosindicalismo y también lo es que la FORA actuó a su vez como irradiación tácita del modelo en la región latinoamericana.

⁷⁹ Para un abordaje de tipo histórico de las mismas, es útil consultar el libro clásico de Diego Abad de Santillán –*La FORA: ideología y trayectoria*; que cuenta con una edición reciente en la colección Utopía Libertaria de Libros de Anarres– y *Vidas en rojo y negro* de Fernando López Trujillo a cargo de la Editorial Letra Libre. Para el período formativo de la FACA también es útil consultar, de Pablo M. Pérez, *El movimiento anarquista y los orígenes de la Federación Libertaria Argentina*; disponible en <http://www.nodo50.org/bpji/fla.doc>.

⁸⁰ Cabe señalar aquí que no es nuestra intención –ni muchísimo menos– la de cubrir los aspectos históricos de cada país, aunque sí haremos brevísimas menciones introductorias como forma **esquemática** y **sin pretensiones** que permita comparar apenas aproximadamente dos extremos temporales y el recorrido que hay entre los mismos. Por otra parte, es de destacar que en los últimos años hay un intento persistente y encomiable por reconstruir las distintas historias “nacionales” del movimiento anarquista y a ello están abocados algunos militantes libertarios de cada país. A los productos de ese esfuerzo habrá que recurrir, al margen de nuestro trabajo y antes que a él, todas las veces que sea necesario.

expresiones locales, el anarquismo argentino también comenzó a perder posiciones gradualmente a partir de la Revolución Rusa; con divisiones primero y un retroceso después que luego sería reforzado en su caso por el populismo peronista, que acabó por sustituirlo en el movimiento obrero y pareció redondear así el camino de su extinción. El sindicalismo programático y maximalista de la FORA es puesto en cuestión desde dentro de la organización misma y acaba abriendo espacios para la constitución de la Unión Sindical Argentina, que ya basa su afiliación en la pertenencia de clase y en un perfil más definidamente reivindicativo que ideológico. Claro que los agoreros frustrados que pronosticaron entonces una muerte genérica y sin resurrección posible se equivocaron una vez más puesto que despertares y empujes libertarios hubo, con el paradigmático antecedente de las agitaciones sesentistas, en las “restauraciones democráticas” de los años 70 y 80 del siglo pasado. Una expresión no única pero sí propia de los años 70 fue, por ejemplo, la organización Resistencia Libertaria, de actuación básicamente clandestina aunque centrada en los núcleos sindicales más combativos; organización finalmente diezmada por la cruenta represión desatada por la dictadura militar. Ninguno de esos empujes, sin embargo, tuvo la fuerza y la extensión del actual; ahora con el detonante del levantamiento popular de diciembre de 2001 y de las interpretaciones teórico-ideológicas y los cursos de acción subsiguientes.

El sindicalismo burocrático, tradicionalmente anexo a la estructura y a la gestión del Estado desde los años 40 del siglo pasado, debilitado respecto de sus mejores momentos pero todavía poseedor de una implantación considerable en la sociedad argentina, no constituye un escenario precisamente alentador para las prácticas anarcosindicalistas. No obstante, la vieja Federación Obrera Regional Argentina, desde sus modestas posibilidades actuales, reemprendió por enésima vez el ascenso de Sísifo. Consiguió recrear cuatro Sociedades de Resistencia –en Capital, Morón, Bahía Blanca y Mendoza⁸¹ y denota un esfuerzo importante de seguimiento de los conflictos laborales de la Argentina de nuestros días. Se sabe también de un intento de

⁸¹ El núcleo forista de Mendoza constituye un caso especial; no era inicialmente una sociedad de oficios varios y resulta de la transformación reciente del grupo Acción Anarquista de dicha localidad y de la concomitante adhesión a la FORA.

organización de un sindicato gastronómico de clara orientación anarcosindicalista en Buenos Aires pero nada podemos decir del mismo en este momento, aunque sí certificar su existencia fehaciente hasta muy poco tiempo atrás.

Mayor fuerza parece tener el empuje de los agrupamientos “especificistas”.⁸² Por un lado, la decana de las organizaciones específicas, la Federación Libertaria Argentina,⁸³ mantiene actividades en Buenos Aires y Rosario así como reconoce la incorporación reciente de los grupos jóvenes Aprender de Trenque Lauquen y Bandera Negra de la propia Capital Federal. Junto a ella conviven las agrupaciones “plataformistas”,⁸⁴ cuya conformación en el período más reciente se remonta a fines de los años 90. Originada en el Grupo Caín, la de actuación más estable es la Organización Socialista Libertaria, radicada originalmente en Buenos Aires y reforzada luego con la incorporación de la Organización Libertaria de Paraná. Una vida paralela ha tenido la hoy desaparecida Auca Socialismo Libertario de La Plata y a esta franja del espectro libertario se han integrado más recientemente la Organización Revolucionaria Anarquista, el Colectivo

⁸² Convencionalmente, le asignaremos de aquí en más tal carácter a aquellos nucleamientos que, por su denominación y su formato, están pensados para ser, al menos potencialmente, organizaciones de cobertura nacional. Sin perjuicio de ello, debe tenerse en cuenta que su acción real discurre por el momento en ámbitos locales o a lo sumo regionales. Por otra parte, la denominación de “especificistas” es, de nuestra parte, un tributo a la costumbre que germinara como tal en el período formativo puesto que, desde el punto de vista conceptual, todo nucleamiento pensado para y compuesto por anarquistas debería ser calificado del mismo modo.

⁸³ La FLA es la continuación orgánica de la ya mencionada FACA, habiendo adoptado su denominación actual en 1955.

⁸⁴ La denominación de “plataformista” seguramente no es aceptada en su totalidad por estos agrupamientos –ni en la Argentina ni en el resto de los países– pero no hemos encontrado mejor forma de establecer concisamente la necesaria distinción con las llamadas “federaciones de síntesis”. Tales agrupamientos suelen reconocerse como “comunistas libertarios”, “comunistas anárquicos” o “anarco-comunistas”, cuando no como expresiones del “anarquismo organizado”; pero es obvio que tales adjetivaciones no son exclusivas y aclaran bastante menos de lo que su uso reiterado y persistente supone. En todo caso, tal vez quepa decir que la línea divisoria podría trazarse –en términos organizativos– en el hecho de que los nucleamientos “plataformistas” hacen énfasis en la “unidad táctica” mientras que las “federaciones de síntesis” giran más fuertemente en torno de la autonomía de los grupos que las componen.

Comunista Libertario y Rojo y Negro Comunismo Libertario. Finalmente, en un registro aparentemente distinto al de la FLA y al de los núcleos “plataformistas”, se ubican nucleamientos como la Red Libertaria en Buenos Aires o el Movimiento Anarquista Libertario, con presencia en el Chaco y en Corrientes.

Como “informales” podríamos clasificar a una serie de grupos que responden a constantes ideológicas y prácticas propias de la agitación anarquista clásica y que han renunciado a ceñirse a un formato organizativo determinado.⁸⁵ Entre ellos cabe mencionar al Grupo Anarquista Libertad, Anarquistas de Rosario, la Cruz Negra Anarquista de Buenos Aires, la Coordinación Anticarcelaria del Río de la Plata, el Ateneo Anarquista Ángela Fortunato, Anarquistas Autónomos Autoconvocados, Mariposas del Caos o la revista *La Anarquía* en el contexto más amplio de las Ediciones Insumisos.

En un espacio de actividad infaltable deberíamos agrupar ahora a editoriales, bibliotecas, centros de estudio, agencias y nodos informativos. Ha llegado el turno de presentar, por lo tanto, a la vieja Biblioteca Popular José Ingenieros, a la Biblioteca Alberto Ghirardo, a la Biblioteca Alternativa Tilo Wenner y a la Biblioteca Popular Juventud Moderna de Mar del Plata.⁸⁶ Y editoriales, claro, como el Colectivo Editorial Letra Libre o la colección Utopía Libertaria de Libros de Anarres. O verdaderos nodos en formato web que se encargan tanto de ediciones electrónicas como de una fecunda labor de difusión de informaciones y noticias: tal es el caso de Barricada Libertaria, Glóbulo Negro, Anarquía.org, En torno de la anarquía, Espadas y serpiente77es y algunos otros que seguramente se nos escapan.

Con un impulso y una autonomía mayor que en otros tiempos es importante identificar hoy un espacio de actividad con

⁸⁵ El calificativo de “informal” –que usaremos de aquí en más– es también harto discutible. No obstante, en tanto el eje de agrupamiento y reflexión que estamos siguiendo es de tipo organizativo, lo hemos preferido a otros que aluden a un contenido teórico-ideológico más fuerte y que no necesariamente es suscrito por los grupos respectivos; como, por ejemplo, el calificativo de “insurreccionalista”.

⁸⁶ La Biblioteca Archivo de Estudios Libertarios (BAEL) de la FLA se cuenta seguramente entre las más importantes de América Latina. Sin embargo, hemos preferido reservar su mención a una nota al pie a efectos de evitar –en la medida de lo posible– referencias duplicadas; *algo que, según ya lo hemos advertido, seguramente no podremos lograr.*

perfiles propios: el de los grupos contraculturales, musicales, teatrales y de índole similar. Aquí encontraremos al Colectivo Anarkopunk de Buenos Aires, Punks Unidos de Córdoba, Anarkopunks en Lucha, Dekadencia Humana, Resistencia Anarkopunk de Rosario, Farsa Realidad, K-Gate Records, Matakarneros, Kamenish, Vitamina A, Kome Mierda/A.L.A., Kolectivo Libertario Germinal de Mar del Plata, Resistencia Activa, La fuerza de los de abajo zine y Okupación en LaFe de la localidad de Laferrere. En una relación de proximidad con los anteriores, *al menos en cuanto a la esencia contracultural de sus prédicas y sus prácticas*, tal vez quepa situar a un par de grupos de actuación en el campo ecologista y de liberación animal: Tu libertad zine y la Agrupación de Ideas Libertarias de Entre Ríos; y también, ahora en la cuerda feminista, a Mujeres Libres de Buenos Aires.

Mientras tanto, designaremos de aquí en más como “autónomos” –aunque sea con las reservas del caso– a aquellos grupos a los que no hayamos podido ubicar en ninguna de las categorías ya reseñadas⁸⁷, y entonces habrá que mencionar a la Unión de Anarquistas Zona Oeste, la Organización de La Plata, Organización Anarquista de Córdoba, el Colectivo Anarquista Apoyo Mutuo de Córdoba, el Colectivo Anarquista Pensamiento y Acción de Rosario, Tambuinti Posta Komunitaria de La Rioja, Evolución Libertaria de 25 de mayo, Organización Libertaria de Chascomús, el Colectivo Autónomo de Humanidades de Mar del Plata, la Agrupación Germinal de Tandil, el Colectivo Judas de la Universidad de Buenos Aires, el Colectivo Sin Uniforme, Your Emotions, Mentes Precoces-Futuros Prósperos, Novae Libertatum, el Espacio Social y Libre Hormiguero Negro de Neuquén, la Organización Neuquina Antonio Soto, el Colectivo Tierra y Libertad de Río Negro, Ensamble Libertario de Neuquén, la Coordinadora Libertaria de Córdoba y la Okupación Centro Social de la misma ciudad.

⁸⁷ El término “autónomo” es, en este contexto, enteramente arbitrario y arduamente discutible. Entre otras cosas, cualquiera de los nucleamientos libertarios podría ser calificado como tal. De nuestra parte no queremos aludir a otra cosa que a la imposibilidad momentánea de utilizar alguna de las otras categorías clasificatorias y nos ha parecido que ésta es la forma más respetuosa de designación. Aun así, queremos dejar constancia de que nos parece una conceptualización imperfecta y de bajo nivel explicativo; algo sobre lo cual nos daremos más adelante la oportunidad de volver.

Esta reseña sería incompleta si no redondeáramos la misma dejando constancia de la pertinaz existencia propia de *La Protesta*; una de las publicaciones anarquistas más antiguas del planeta y que a lo largo de su recorrido clásico estuvo fuertemente asociada con la FORA, de la cual fue durante décadas su órgano extraoficial.⁸⁸ Ahora sí tenemos un panorama que abarca buena parte de la geografía argentina, cubriendo por capilaridad localidades que quedaron fuera de los despertares libertarios de los años 70 y 80 e irrumpiendo con fuerza en diversos planos de actuación que no tienen por qué repelerse recíprocamente. Es evidente, además, que se trata, en la abrumadora mayoría de los casos, de nucleamientos jóvenes, que no responden a una deliberada tarea de proyección y socialización definida desde los focos tradicionales del movimiento anarquista y que sí representan la respuesta proteica y probablemente provisoria de las generaciones libertarias más recientes a las interrogantes de nuestro tiempo: una constante que habremos de encontrar en todos los países que nos quedan por delante y en la que ya no valdrá la pena insistir en cada una de las ocasiones que se nos presentarán de aquí en más.

1.2.– Bolivia

Bolivia sigue aproximadamente y con rasgos propios las pulsaciones del movimiento anarquista internacional. También allí hubo núcleos anarcosindicalistas a principios del siglo xx, los que luego decantarían su impronta en la Federación Obrera Local, hacia los años 20 de la centuria, y una década después en la Federación Agraria Departamental.⁸⁹ Esa influencia se diluye hacia los años 40 en la Central Obrera Boliviana; en la que, no obstante, nunca dejó de haber una cierta cultura libertarizante de sólido arraigo en el comunitarismo propio de los pueblos originarios andinos. Anarquistas fueron, por ejemplo, Víctor López y Líber Forti, secretario general y secretario cultural respectivamente de la Central Obrera Boliviana hasta principios de los muy próximos años 90. Pero, a

⁸⁸ Aprovechemos la oportunidad para decir que hemos prescindido de mencionar las publicaciones de cada uno de los nucleamientos y que *La Protesta* –que no es patrimonio de ninguno de los grupos en particular– no es más que una merecida excepción.

⁸⁹ Vid., para un rastreo histórico, de Zulema Lehm y Silvia Rivera, *Los artesanos libertarios y la ética del trabajo*; Taller de Historia Oral Andina, La Paz, 1988.

nuestros actuales efectos, lo que interesa destacar es la nueva asociación establecida entre las posiciones anarquistas y los sucesivos levantamientos populares: entre los cuales, la llamada Guerra del Agua, librada en el valle de Cochabamba en abril del 2000, opera a modo de pila bautismal; y luego, la Guerra del Gas, dirimida sobre todo en El Alto y en La Paz, en octubre del 2003, que juega a modo de confirmación ya rotundamente antigubernamental.⁹⁰

Actualmente, en Bolivia se cuenta con una instancia de relacionamiento entre los grupos: la Coordinadora Libertaria, formada en el encuentro realizado en octubre del año 2004 en la localidad de Paukarpata. A diferencia de la Argentina, el mapa libertario boliviano es considerablemente simple y se plasma a través de grupos de implantación básicamente regional: el Grupo de Apoyo a los Movimientos Sociales en Cochabamba, Combate en La Paz y El Alto, Acción Anarquista Quepus⁹¹ en Sucre, Quilombo Libertario e Infrarrojo en Santa Cruz y el Colectivo Libertario Gritos en Tarija. Asignándole pretensiones de alcance nacional y una perspectiva más pro-libertaria que propiamente anarquista, es necesario reconocer la formación de una Organización del Poder Popular Libertario. En un tono más burlón, intimista y provocativo cabe situar al Colectivo Inexistente, también de la ciudad de Cochabamba y fuertemente influido por el anarquismo ontológico de Hakim Bey. Con mayores repercusión e impacto a lo largo y a lo ancho de la geografía boliviana habrá que mencionar, por su parte, a Mujeres Creando; un grupo, obviamente feminista, de prolongada actuación. Más difícil resulta la ubicación de grupos aparentemente efímeros y de previsible reciclaje en otras instancias como el Movimiento Anarco Punk, la Tojpa Anarca⁹², Kolectividad Libertaria, Acción Rebelde o Resistencia Anti-Estatal. Por último, como elemento atípico y del que no se ha encontrado símil alguno en el resto de los países, señalemos la existencia de la comunidad virtual Cristianismo Libertario.

⁹⁰ Vid., para el primer caso, Carmen Peredo, Carlos Crespo y Omar Fernández; *Los regantes de Cochabamba en la Guerra del Agua*; Memoria Editores, Cochabamba, 2004. Y, para el segundo, Juan Perelman Fajardo; *Las mil mesetas de la Guerra del Gas*; Ediciones Combate, La Paz, 2004.

⁹¹ Quepus quiere decir “espinas” en la lengua indígena local.

⁹² El sentido aproximado de la palabra “tojpa” en la lengua indígena original es equivalente al de “patota” o “barra” en el Río de la Plata y al de “peña” en España.

1.3.– Brasil

La presencia anarquista en Brasil es también de larga data; desde aquellos lejanos tiempos en que Manuel de Mendonça y Fabio Luz encontraran en revueltos anaqueles algunos textos de Kropotkin o desde la llegada de Giovanni Rossi a Paraná para fundar la Colonia Cecilia. Rápidamente, aquellos tiempos pioneros se confundieron con los del anarcosindicalismo y dieron lugar, en 1906, a la formación de la Confederación Obrera Brasileira.⁹³ Los anarquistas fueron, en las dos primeras décadas del siglo xx, los principales animadores de la agitación social de la época, hasta que la confluencia de la represión, las expectativas generadas por la Revolución Rusa y luego la imposición de un sindicalismo estatal redujeran su influencia a una expresión virtualmente testimonial. Recluidos en archivos y centros de estudio, permanecen en la oscuridad por lo menos hasta la aparición en 1979 de la emblemática publicación *O Inimigo do Rei*, de la ciudad de Bahía. A la salida de la dictadura militar, ya en los años 80, se produce un florecimiento que asume perfiles anarcosindicalistas hasta que éste ingresa en su fase conflictiva. Ese conflicto ideológico y organizativo está muy lejos de haberse superado, pero ello no impidió, desde la segunda mitad de los años 90 en adelante, la multiplicación de los espacios de actividad libertaria hasta configurar el actual arcoiris.

De aquel intento de reorganización anarcosindicalista de los años 80 del siglo pasado, persisten dos nucleamientos: la pro-Federación Obrera de Río Grande do Sul y la pro-Federación Obrera de San Pablo; relacionados ambos en el intento de recreación de la vieja COB. En paralelo con dichos núcleos, se reconoce también la existencia de sus expresiones “especificistas”: el Colectivo Libertario de San Pablo y la Federación Anarkista de Río Grande do Sul.

Pero es claro que éstos no son los únicos nucleamientos específicos que habremos de encontrar. Allí están, para demostrar lo contrario, la Federación Anarquista de Río de Janeiro y, en el más acotado registro “plataformista”, la Federación Anarquista Gaúcha, la Federación Anarquista Cabocla, la Federación

⁹³ Cf., en Jaime Cubero, José Carlos Orsi Morel, Julio Zacouteguy y Leonardo Morelli; *El sindicalismo revolucionario en el Brasil*; Editora Académica, San Pablo, 1988.

Anarquista Insurrección –también de Río de Janeiro–, el Comité pro Lucha Popular de Bahía (COMLUT), la Rede Libertaria da Baixada Santista y la União Popular Anarquista. Además, con las dificultades propias de un país de dimensiones continentales, se ha constituido también –básicamente a impulsos de la Federación Gaúcha-⁹⁴ el llamado Forum del Anarquismo Organizado (FAO), el que concita expectativas y compromisos en núcleos de San Pablo, Porto Alegre, Bahía, Belém, San Luis, Maceió, Goiás y Macapá.

En Brasil se cubre también esa área de actividad que hemos delimitado en torno de centros de estudio, bibliotecas, editoriales, agencias y nodos informativos. Es así que encontramos a la Agencia de Noticias Anarquistas⁹⁵, el Centro de Contra-Información y Material Anarquista, la Biblioteca Social Fabio Luz de Río de Janeiro, el Centro de Cultura Libertaria Fabio Luz de Bahía, el Laboratorio de Estudios Libertarios, el Colectivo de Estudios Anarquistas Domingos Passos, el Centro de Cultura Terra Livre, el Núcleo de Sociabilidad Libertaria, el Archivo de Historia Social Edgar Rodrigues, la Asociación Cultural Quilombo Cecilia, Index Librorum Prohibitorum, el Círculo de Estudios Libertarios Ideal Peres y el Grupo de Estudios Babilonia.

Entre los grupos de acción contracultural hemos conseguido localizar a la Banda RHC, Batukação, Conspiração Anti-cultural Universidade Invisível, Detritozine, Evolução, Execradores, el Grupo Motim de Teatro, la Organização Anarco Punk y la Unión Libertaria de Maranhão. Sin demasiadas dificultades, podría inscribirse también en esta categoría al Colectivo Anarquista Brancalone y las experiencias de somaterapia que promueve en diferentes ciudades de Brasil. Y, como ya lo hicimos

⁹⁴ Es oportuno aclarar en este momento que, en líneas generales y salvo rarísimas excepciones que procuraremos explicitar y de las que será fácil percatarse, no es nuestra intención privilegiar a unos agrupamientos sobre otros. Por esa razón, conviene dejar claro aquí que esta afirmación no nos pertenece por entero ni en exclusividad sino que se basa en lo sostenido expresamente en el suplemento de la edición digital del *Rojos y Negros* de la CGT española que puede ubicarse fácilmente en la siguiente dirección web: http://www.rojoynegro.info/2004/article.php?id_article=12398.

⁹⁵ Permítasenos realizar aquí un reconocimiento especial en torno de la tesonera y persistente labor de Moesio Rebouças en el sostenimiento de dicha Agencia; una labor que también nos ha sido fundamental e incitadora, inmediatamente después de la que ya atribuyéramos repetidamente a la CRA.

en el caso argentino, inscribiremos aquí a dos grupos ecologistas –Colectivo Ambientalista Revolucionario Autónomo de Manaus y Movimiento Ambiental Revolucionario– así como a dos expresiones feministas –el Colectivo Lua de la ciudad de Fortaleza y el Grupo Anarco-Feminista Dandara. Sin perjuicio de lo que se ha señalado, estamos enteramente persuadidos que en este caso nuestra labor de relevamiento ni siquiera llega a ser mediocre y que es más que probable que los nucleamientos de acción contracultural distribuidos en la vasta geografía brasilera excedan con creces nuestros registros.

Finalmente, ubicamos ahora como “autónomos” a la Cruz Negra Anarquista de San Pablo, al Frente Anarquista de Organización Solidaria, al Colectivo Canto Libertario, al Colectivo de Resistencia Libertaria, al Colectivo Ruptura de Fortaleza, al Frente de Ação Libertária, a la Juventude Organizada com Ideais Anarquistas (JOIA) y a Bandera Negra de Bahía. Mientras tanto, nos han resultado inubicables algunos grupos registrados con anterioridad: Coletivo Acrático Proposta, Autonomía, Luta Libertaria, Núcleo de Propaganda Anarquista, Comunidade Mocambo de Recife, Grupo de Estudios Anarquistas de Piauí, Unión Libertaria de Poesía Ávida de Teresina, Núcleo AnarcoPunk de Aracajú, Unión Libertaria Activista de Manaus, Tranca-Rua y la Red de Divulgación Libertaria de Camboriú.

1.4.– Colombia

Con cierto rezago respecto de otros países de la región, también en Colombia hubo una reconocible influencia sindical libertaria en las primeras décadas del siglo xx. Algunos episodios destacan la misma con contornos más marcados, como la gran manifestación del 15 de mayo de 1916 en Bogotá –con cientos de detenidos y varios trabajadores muertos– o la huelga de obreros portuarios en Cartagena, en 1920.⁹⁶ El movimiento colombiano acompañó en décadas posteriores el extendido declive de las prácticas anarcosindicalistas y habrá que esperar hasta las décadas más recientes –excepción hecha de apariciones aisladas y de baja conexión recíproca– para encontrar algunas instancias

⁹⁶ Cf. de Víctor Alba, *Historia del movimiento obrero en América Latina*, pág. 401; Libreros Mexicanos Unidos, México, 1964.

de reanimación.⁹⁷ Las mismas continúan en lo que va del siglo y ya cuentan con su propio tributo de dolor y de sangre: la muerte de Nicolás Neira, un adolescente de 15 años, fallecido el 7 de mayo de 2005 a consecuencia de la brutal golpiza recibida en las demostraciones del 1° de mayo inmediatamente anterior.

El actual panorama del movimiento anarquista en Colombia se define a partir de un conjunto de agrupaciones existentes en Bogotá, Cali y Medellín. Entre ellas, se identifica un activo Centro de Cultura Libertaria, la Cruz Negra Anarquista de Bogotá, Individu@s Kolectiv@s de Cali, el Colectivo Gritos de Rabia de Medellín y el Colectivo El Horizontal; expresiones musicales contestatarias como el Colectivo Contracultura, el sello Persistencia Records y la banda Rechazo; la agencia de contra-información Anakaona Prensa Libre o grupos feministas como Isachishacta (Mujeres Libres) y Polikarpa y sus viciosas.

Aparentemente, no logró consolidarse el esfuerzo de construcción de una red de alcance estatal; esfuerzo encarnado en su momento por la Coordinadora Libertaria Banderas Negras. También aparece al menos como reducida la actividad del grupo Alas de Xue, que en algún momento constituyó la sección colombiana en calidad de Amigos de la AIT. Por último, no hemos podido contar con información actualizada del Movimiento Social Anarquista, de la banda punk Anomia o del fanzine Lo Ke Keda.

1.5.– Costa Rica

Tal como ocurriera en otros lugares de América Latina aunque siempre en relación con las condiciones de posibilidad y los ritmos propios de cada país, el anarquismo costarricense nace al influjo de la labor de trabajadores inmigrantes procedentes de España y de Italia, quienes se encargarán de dar forma a las primeras sociedades de socorro mutuo y también, ya en 1909, a una Sociedad Federal de Trabajadores de Costa Rica.⁹⁸ En 1913, a instancias de algunos nucleamientos

⁹⁷ Para los años más recientes, véase la compilación del Colectivo Alas de Xue realizada por Luis Alfonso Fajardo Sánchez, *Una historia del anarquismo en Colombia*; coedición de Alas de Xue, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo y Nossa y Jara Editores, Madrid, 2000.

⁹⁸ Vid. los apuntes iniciales de Jorge Castillo Arias, disponibles en la dirección <http://www.ainfos.ca/05/aug/ainfos00074.html>.

obreros y del activo Centro de Estudios Sociales Germinal, tendrá lugar por primera vez la celebración del 1º de mayo. En 1921, una importante huelga general convocada por la Confederación de Trabajadores de Costa Rica obtendrá importantes conquistas y, en su desarrollo, sabrá albergar también algunas prácticas de acción directa. Naturalmente, la influencia libertaria decae en los años subsiguientes, pero ello no impedirá que en los años 60 y 70 del siglo pasado se mantenga todavía una presencia lúcida a través de los periódicos *El Sol* y *La Opinión*; siempre al calor de los impulsos de José Néstor Mourelo, una presencia que se extenderá también en las décadas subsiguientes.

El despertar reciente, mientras tanto, ha visto el surgimiento más o menos rápido, en los pocos años del corriente siglo, de una serie de agrupamientos: el Colectivo Anarquista Libertad y Solidaridad, la Organización Resistencia Libertaria, la Organización Anarquista Comunista y su Centro de Estudios Germinal, el Colectivo Unión y Resistencia de Cartago, el Colectivo Unión Ácrata en Lucha también de Cartago, el Colectivo Anarquista Puntarenas, las revistas *Acracia* y *Vía Libre*, el anarcosindicalista Grupo Solidario y la banda Manifiesto Ácrata.

En el fermental panorama costarricense parece haber lugar para cruzamientos más que interesantes entre las agrupaciones existentes. Cruzamientos que seguramente deben considerarse como tentativos, experimentales y quizá provisorios, pero que ya mismo pueden dar cuenta o insinuación de un envidiable clima de fraternidades y entendimientos que otros países de América Latina ya querrían para sí. Así, el Colectivo Anarquista Libertad y Solidaridad y la Organización Anarquista Comunista participan en conjunto de la Cruz Negra Anarquista mientras que el primero de los grupos mencionados y la Organización Resistencia Libertaria publicaron en común el periódico *Inquietudes*. Siendo así, no es extraño que ya se hayan editado los primeros tres números de *La Libertad*; publicación que, aparentemente, responde al esfuerzo conjunto de miembros pertenecientes a distintos nucleamientos y que hacen suya la invocación de una Federación Anarquista Costarricense.

1.6.– Cuba

La actual situación del movimiento anarquista en Cuba no permite establecer analogías con ningún otro país latinoamericano. No obstante, los tramos iniciales de su existencia se aproximan, con cierta demora y luego de la consabida fase formativa, con los del período anarcosindicalista y se funden con el movimiento obrero de la isla caribeña; fundamentalmente a partir del gremio de los tabaqueros y de la actividad de difusión orientada por Enrique Roig San Martín. Sin perjuicio de esto, y dado el prolongado carácter colonial de Cuba, el anarquismo isleño también es sacudido por la guerra de independencia de fines del siglo XIX, sin por ello abandonar su vocación básica por la organización autónoma de clase. Con esa impronta es que se formará, en los años 20 del siglo pasado, la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOC). La influencia libertaria sobre el movimiento obrero cubano comienza a mostrar luego signos de agotamiento bajo la dictadura de Gerardo Machado y su peso en la CNOC se reduce prácticamente de inmediato gracias a los servicios de la represión. El anarquismo cubano continuó su actuación a través de sus organizaciones “especificistas” y mantuvo también influencia sindical en ciertos sectores: gastronomía, transportes, construcción, plantas eléctricas, etc. Es sobre la base de esta arquitectura que participará con rasgos propios en los acontecimientos revolucionarios de los años 50. Sin embargo, su compromiso revolucionario –unido, obviamente, a las características libertarias del mismo– también se convertirá en una molestia para el gobierno encabezado por Fidel Castro. Una vez más, ahora bajo la coartada de la “construcción socialista” y las realidades mucho más crudas propias de un proceso de centralización de poder, los anarquistas cubanos deberán enfrentarse a la cárcel, al exilio o la muerte.⁹⁹

Es así que en 1961, bajo el imperio de dichas circunstancias, acaba formándose el Movimiento Libertario Cubano en el Exilio; el que, luego de una prolongada andadura y de la inevitable renovación generacional, acaba recreándose como Movimiento Libertario Cubano a secas. En los años más recientes, el MLC

⁹⁹ Para los aspectos históricos, debe consultarse, de Frank Fernández, *El anarquismo en Cuba*; Fundación Anselmo Lorenzo, Madrid, 2000.

continúa siendo un agrupamiento del exilio, no obstante lo cual ha multiplicado sus pronunciamientos sobre diversos temas –cubanos en particular y latinoamericanos en general– así como sus contactos y respaldos internacionales. Entre los mismos cabe destacar la creación del Grupo de Apoyo a los Libertarios y Sindicalistas Independientes en Cuba (GALSIC), cuya conformación representó la respuesta orgánica de un llamado abierto suscrito por libertarios de distintos países. A pesar de estos movimientos propios del exilio, es poco lo que se sabe del interior de la isla. Distintas versiones insisten en sostener que existe un embrión de presencia libertaria entre los grupos contraculturales juveniles y es prácticamente seguro que ello esté dando lugar a un proceso lento y riesgoso de reconocimientos recíprocos que eventualmente podrían tender hacia alguna forma de expresión colectiva. Sin embargo, el hermetismo oficial y las dificultades comunicativas mantienen por ahora estas cosas en el terreno de las hipótesis.¹⁰⁰

1.7.– Chile

Se presume que se remontan a 1897 los primeros registros de una presencia anarquista de invocación expresa y colectivamente organizada en Chile, luego de un período formativo de influencia mutualista y tolstoiana. Es al calor de aquellas primeras publicaciones que irá produciéndose en los medios obreros un desplazamiento desde el mutualismo a las prácticas de resistencia. Los anarquistas chilenos aparecen consustanciados con grandes movimientos huelguísticos a principios de siglo: en 1903, en Valparaíso; en la Semana Roja de 1905 o en la tragedia de Santa María de Iquique, a finales de 1907. Luego, en setiembre de 1919, se funda la Federación Obrera de Chile, en cuyo seno se expresarán minoritariamente sectores libertarios, los que se agruparán sobre todo, apenas unos meses después, como sección local de los Industrial Workers of the World. Más tarde, en 1925, la IWW sufre una escisión de sus sindicatos

¹⁰⁰ Cf., a pesar de estas limitaciones y como módica ilustración de lo que sostenemos, la página <http://www.pornopararicardo.com/>. Allí se relata, con la prudencia que exige la exposición pública ante una represión siempre activa, parte de las dificultades de la banda de punk-rock más controvertida de Cuba, cuyo vocalista –Gorki Águila– conoció ya los rigores del presidio.

más fuertes y dan lugar a la formación de la Federación Obrera Regional Chilena. En 1931, languideciendo ya la influencia anarcosindicalista, fuertemente golpeada por la represión del régimen militar de Ibáñez, se constituye la Confederación General de Trabajadores; la que, a diferencia de su predecesora, opta por una organización de base regional antes que por las federaciones de industria características de la IWW.¹⁰¹ Con posterioridad a esta fecha, se mantiene en Chile una presencia atenuada y de baja organicidad pero real de todos modos.¹⁰² Una presencia que va acrecentándose en los tramos finales de la lucha contra la dictadura pinochetista hasta la actual situación de exuberante despertar; una situación de la cual seguramente su mejor emblema es la joven compañera Claudia López Benaiges, asesinada por los cuerpos represivos el 11 de setiembre de 1998.¹⁰³

Entre los actuales nucleamientos anarcosindicalistas podemos ubicar a Solidaridad Obrera de Concepción, vinculado con la AIT, y al Grupo Anarquista Germinal, de la localidad de Penco.

Mayor desarrollo parecen tener los grupos “especificistas”: la Organización Comunista Libertaria, el Colectivo Agitación Libertaria de Arica, el Movimiento Libertario Joaquín Murietta de Temuco, el Frente de Estudiantes Libertarios y la revista *Hombre y Sociedad*.¹⁰⁴ En principio, a falta de mayor información, estaríamos dispuestos a suponer que la orientación de tales

¹⁰¹ Vid., de Luis Heredia, *El anarquismo en Chile (1897-1931)*; Ediciones Antorcha, México, 1981. Hay muy ligeras disparidades entre este texto y el de Ángel Cappelletti que luego habremos de mencionar, pero hemos preferido seguir a Heredia por cuanto constituye la referencia básica del segundo trabajo. Cf., también, Víctor Alba, *op. cit.*

¹⁰² Oscar Ortiz, *Crónica anarquista de la subversión olvidada*; Ediciones Espíritu Libertario, Santiago de Chile, 2002.

¹⁰³ Héctor Pavelic S., *Historia ácrata desde el 1980-1995* en el blog del Centro Social Anarquista Claudia López (<http://centrosocialanarquista.blogspot.com/>). Cf. también el artículo “La resurrección de los grupos anarquistas y libertarios” en el periódico chileno *La Nación* del 7 de mayo de 2006. Allí mismo se da cuenta del libro *Anarquistas: presencia libertaria, 1970-2000* de Andrés Pérez y Felipe del Solar; libro que, desgraciadamente, todavía no ha llegado a nuestras manos.

¹⁰⁴ En los dos últimos casos nos hemos manejado más con lo que parece ser la vocación expresa de los agrupamientos que en su realidad organizativa misma. En el caso de la revista *Hombre y Sociedad*, se trata de un remanente de lo que fuera el Congreso de Unificación Anarco Comunista, aparentemente desaparecido como tal.

nucleamientos se halla en casi todos los casos más próxima a las posiciones que hemos caracterizado como “plataformistas” que a las propias de las federaciones “de síntesis”.

Mientras tanto, también encontramos en Chile algunos espacios que encajan perfectamente en la categoría correspondiente a aquellos grupos cuya naturaleza se define básicamente por el atesoramiento, la reproducción y la difusión de materiales formativos e informativos: el Instituto de Estudios Anarquistas, la Editorial Espíritu Libertario, la página web Anarquía.cl, el Colectivo Anticopyright y el Centro Social Anarquista Claudia López. Seguramente, aunque el colectivo en sí no tiene una definición propiamente anarquista, también deberíamos incluir aquí a los libertarios que forman parte del Colectivo Autónomo de Contrainformación Hommodolars.

Una vez más, también en el caso chileno encontraremos que la categoría más nutrida es la de aquellos grupos de acción contracultural: la distribuidora y sello Desobediencia, las Ediciones DSOBDC, el fanzine Acción Direkta, el Kolectivo Anarco Punk en Lucha de Valparaíso, la banda Malgobierno, los también punks de Terapia Radial, la Orgánica Anarquista La Idea, el Colectivo Libertario Maldita Cruz, Intoxicación, Ruido Libertario de Copiapó, Ñuñoa Rebelde y Libertaria, Anarquía y una rosa, Bomber, Colectivo Proyecto Urbano Anarquista de Antofagasta, el zine Nuevo Extremo y la web Subversión. Tal como lo hemos hecho en otros casos, agruparemos también aquí a dos colectivos feministas: Mujeres Creativas y Amazonas al Choke.

En el plano de actuación propio de aquellos nucleamientos cuyo principal centro de interés está constituido por las instituciones específicamente represivas del Estado mencionaremos a los grupos antimilitaristas GOKE y Ni Casco ni Uniforme así como al grupo de prisioneros políticos Kamina Libre.

Por su parte, entre los grupos “autónomos”, hemos conseguido relevar al menos los siguientes: Colectivo Esperanza Libertaria de la Comuna de Puente Alto, Bandera Negra de Santiago, Senda Libertaria de La Serena, Organización Libertaria ¡J@!, Coordinadora de Jóvenes Libertarios, Kolectivo de Acción Antifascista, Red Anarquista del Sur y Corriente Revolución Anarquista.

Finalmente, a diferencia del relevamiento anterior, no hemos podido constatar actividad actualizada del grupo feminista Las Clorindas, de la Coordinadora de Acción Libertaria Rizoma, del colectivo Zoociedad Anarkista y de los zines Nueva Era y La Otra Visión.

1.8.– Dominicana

No disponemos de información respecto de algún tipo de presencia anarquista en la historia dominicana. En el período clásico del anarcosindicalismo, donde dicha presencia hubiera sido de esperar, República Dominicana sólo llegó a contar con débiles sindicatos artesanales circunscritos a la ciudad de Santo Domingo. Más tarde, en 1929, se forma una Confederación Dominicana del Trabajo que rápidamente quedó sometida a los designios de Rafael Trujillo y sólo muy penosamente logra atravesar la larga noche de su dictadura personal. En estos momentos, abocados a la esforzada tarea de arraigar las ideas y las prácticas anarquistas al quehacer social quisqueyano encontramos a la Cruz Negra Anarquista del país. Aparentemente, la misma se encuentra asociada –tal como lo encontramos repetidamente en otros países– con la escena anarco-punk; quizás una constante del período formativo de un movimiento anarquista en aquellos lugares en los que no ha habido tradiciones libertarias importantes ni agrupamientos que aseguraran un mínimo de continuidad.¹⁰⁵

1.9.– Ecuador

Las informaciones disponibles nos dicen que hacia los años 20 del siglo pasado se formó en Ecuador una Federación de Trabajadores Regional Ecuatoriana, de inspiración anarquista. En 1922, se embarcaron en una gran huelga ferroviaria, seguida de una feroz represión y del desmantelamiento de las organizaciones involucradas. Los libertarios respondieron conformando una federación específica: la Federación de Grupos Anarquistas Miguel Bakunin. Pero ni aun así fue posible eludir la acción represiva y muchos libertarios hubieron de marchar al exilio

¹⁰⁵ Véase, al respecto, la página www.punkdominicano.com, en la que se da cuenta de un concierto reciente denominado “No a la autoridad”.

forzado en las Islas Galápagos. Durante décadas, el anarquismo quedó confinado a pequeños círculos intelectuales, vinculados con sus pares del exterior pero sin una incidencia social real. Entre quienes mantuvieron encendida la llama en los años más recientes y lo hicieron con encomiable perseverancia hasta el día de hoy, habrá que destacar aquí la convencida prédica del músico Jaime Guevara.¹⁰⁶ Finalmente, las ideas y las prácticas libertarias comienzan a resurgir en los años 90: ésa es ya la historia del presente del anarquismo ecuatoriano.

El nodo vinculante del movimiento libertario en Ecuador es una coordinadora en torno de la cual gravitan núcleos e individualidades de Quito, Guayaquil, Riobamba y Ambato.¹⁰⁷ En Quito encontramos al Colectivo Autónomo Reincidiendo por la Libertad, al Ateneo Libertario, a Productores Autónomos, a Hijas de Eva, a Generika, a Libres entre Rejas, a la Comuna Estudiantil Universitaria, al grupo insurreccionalista Miliciano Urbano, a La Libre, al AntiTaurino, a PFN, a Radio (A) y también –como no podía ser de otra manera– la presencia señera del siempre activo Jaime Guevara. En Guayaquil encontramos grupos básicamente contraculturales: la Coordinaria Libertaria Difundista, Resistencia Records, Demencia Extrema y Ruido de Odio. En Riobamba tenemos en solitario a los también contraculturales de Kriminológica y, finalmente, en Ambato, dos contactos de filiación punk unidos con la Coordinadora aparentemente en forma individual.

A los mencionados, habría que agregar otros espacios de actividad contracultural: Am-Necia, Bandera Negra de Guayaquil, Kontestatorio Zine de Riobamba, Deconstrucción, La Resistencia Está En Tu Cabeza, Lasergrind Trading, Rebelión Disidente, Wanchaka Record, X.P.E.rimentar zine y el G.R.A. también de Guayaquil.

En líneas generales, la situación del movimiento anarquista ecuatoriano se corresponde bastante bien con algunas características de época, quizá circunstanciales pero seguramente significativas. Esto es así en cuanto se trata de un movimiento abrumadoramente juvenil, compuesto por grupos autónomos con diversos centros de interés, sin tradiciones fuertes a las que atribuir su origen y de expresión básicamente contracultural.

¹⁰⁶ Vid. <http://ar.geocities.com/barricadalibertariaweb/paises/ecuador.htm>.

¹⁰⁷ Vid. <http://www.geocities.com/libertarixs/>.

1.10.– El Salvador

El Salvador no parece contar con una tradición libertaria reconocible y nada nos dicen las investigaciones clásicas respecto de una presencia anarquista en el período de implantación y desarrollo del sindicalismo revolucionario. Es de señalar, sin embargo, que en 1914 se formó en este país centroamericano una Confederación de Obreros y bien puede sostenerse, al menos como hipótesis a confirmar o no por investigaciones más detalladas en tal sentido, que es probable haya habido en ella –así sea como reflejo tenue o como contagio de lo que ocurría en otros países latinoamericanos– algún germen de práctica social libertaria.¹⁰⁸ En nuestros días se destaca la presencia del Movimiento Anarquista Salvadoreño/Célula de Liberación Animal, de orientación anarcovegana con las características propias de dicha corriente de surgimiento reciente y del que información fragmentaria permite suponer su participación en algunas instancias recientes de agitación social.

1.11.– Guatemala

Tampoco Guatemala cuenta con una tradición anarquista importante. De todos modos, no falta algún estudio clásico que reconozca la existencia de una fracción libertaria en el seno de la Confederación Guatemalteca de Trabajadores, fundada en 1944; algo que también queda sujeto a estudios más detenidos que no estamos en condiciones de ofrecer ahora.¹⁰⁹ En la actualidad podemos encontrar a la Brigada Antifascista del Centro; la que, como dato especialmente interesante, se encarga entre otras cosas de la distribución de fanzines guatemaltecos (Kaos Koherente, Desadaptados y Luchando desde Hoy), salvadoreños (Rechazzo social) y costarricenses (Grito de Alerta). Este solo hecho es especialmente significativo por cuanto estaría dando a entender una cierta circulación de materiales entre grupos juveniles contraculturales de la región centroamericana.

¹⁰⁸ Mario Salazar Valiente, por ejemplo, se refiere a la circulación, en los años 20, de literatura anarquista y marxista-leninista “sumamente elemental”. Vid., del autor, “El Salvador: crisis, dictadura, lucha (1920-1980)” en *América Latina: historia de medio siglo. Tomo 2 – México, Centroamérica y el Caribe*, pág. 89; Siglo XXI Editores e Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, México, 1981.

¹⁰⁹ Cf. Víctor Alba; *op. cit.*, pág. 415.

1.12.– México

La historia del movimiento anarquista mexicano es una de las más ricas y variadas del continente; no sólo por la reconocible gravitación demográfica de las comunidades indígenas –rasgo compartido aproximadamente en el mismo grado por Perú, Bolivia y Guatemala– sino también por la perdurable influencia de la agitación revolucionaria que ganó al país durante el bienio 1910-1911. Surgido tempranamente, ya en 1868 vio el surgimiento del grupo La Social, animado por Plotino Rhodakanaty y sus secuaces, los cuales dejaron una profunda huella inspiradora en los movimientos agrario y obrero del país. Puede decirse que, al igual que en otras partes, ese primer período se movió bajo un signo mutualista y proudhoniano; el que, inmediatamente da paso a los que serían los primeros brotes de tipo anarcosindicalista y sus características sociedades de resistencia unidas a los infaltables ateneos y bibliotecas. Es así que, el 5 de marzo de 1876 se reúne el primer Congreso General Obrero de la República Mexicana. Paralelamente, las ideas anarquistas van adquiriendo también carta de ciudadanía en la intensa agitación agraria mexicana y el anarquista Francisco Zalacosta será el principal animador en la creación del Gran Comité Central Comunero; el que, sin demasiados preámbulos, se aboca de inmediato a la preparación de una revolución campesina. Para entonces, México vivía ya bajo el interminable porfiriato y, por supuesto, la represión contra la agitación anarquista no se hace esperar ni se expresará con demasiadas delicadezas. Abreviando groseramente las cosas podemos decir que ésa fue la tónica de las décadas siguientes, hasta la creación, a principios del siglo xx, del Partido Liberal Mexicano; el que, más allá de su denominación y de su origen, se transformará, en menos que canta un gallo y bajo el influjo de los hermanos Flores Magón, en un nucleamiento anarquista insurreccional “con todas las de la ley”. Será en el círculo “magonista” que germinarán las prácticas orientadas a darle a la revolución mexicana de 1910 un claro cariz libertario: la emancipación de los trabajadores, la expropiación de la tierra, la colectivización de todos los medios de producción y el rechazo a que todo ello fuera absorbido y mediatizado por un nuevo gobierno. Mientras tanto, en 1912, se funda la Casa del Obrero Mundial, como expresión anarcosindicalista propiamente dicha.

La influencia libertaria se canalizará más tarde en la Confederación General de Trabajadores, fundada en 1921, hasta que, hacia 1930, la misma comienza a declinar, como ya había ocurrido en la mayor parte de América Latina. No obstante, los anarquistas encuentran la forma de manifestarse socialmente en los años 40 y también, desde 1941, a través de la Asociación Mexicana del Trabajo y de la Federación Anarquista Mexicana, cuya existencia llega hasta los años 70.¹¹⁰ Por último, ya en los años 80 y 90, nos toparemos con la combativa presencia de la Federación Anarquista Amor y Rabia, que en algún momento agrupó también a militantes de Estados Unidos y Canadá. Sin descuidar la mención, por cierto, de la presencia sindical anarquista que en algún momento se expresó a través del Frente Auténtico del Trabajo.

En la actualidad, en cuanto a lo que serían las formas de expresión más tradicionales, encontramos en México una agrupación específica que se reclama a sí misma como anarcosindicalista; la Organización de Propaganda Sindical Revolucionaria Mártires de Cananea. Y también un núcleo “especificista” de claro perfil “plataformista”: la Alianza Comunista Libertaria.

En un renglón distinto corresponde ubicar al emprendimiento de software libre Baselespora.org, a la Cooperativa Libertaria Cultura Libre y a la Agencia Akrata Press; la cual resulta de la fusión de La Rosa Negra, Infoycaos, Resistencia Global Press y Murphy Doom. Sin olvidar, por supuesto, a dos espacios de larga y continuada actuación: la Biblioteca Social Reconstruir y Ediciones Antorcha.

Entre los grupos “autónomos” cabe mencionar al Colectivo Autónomo Magonista (CAMA) –el que, a su vez, participa en la Alianza Magonista Zapatista y activa el Centro Social Libertario Ricardo Flores Magón– al Colectivo Autogestivo de la Protesta a la Resistencia, a Hijos del Pueblo, a Caravana Libertaria Carlo Giuliani, al Colectivo Media Luna Negra Anarquista, a la Coordinadora Apoyo Mutuo de Monterrey y al Grupo de Acción y Propaganda Anarquista de Mexicali.

¹¹⁰ Vid., en general, <http://ar.geocities.com/barricadalibertariaweb/paises/mexico.htm>. Para el magonismo en particular, es útil complementar en Juan Carlos Beas y Manuel Ballesteros, *Movimiento indígena y magonismo en México*; Ediciones Antorcha, México, 1987. Un estudio temporalmente acotado, más reciente y minucioso, se encontrará en Rubén Trejo, *Magonismo: utopía y revolución (1910-1913)*; Cultura Libre, México, 2005.

Como no podía ser de otra manera, existe también una constelación de grupos contraculturales, preferentemente ubicados en el espectro anarco-punk: Colectivo Anarko Punk Aktitud y Lucha, Estoiko/Filibuster Distro, Colectivo Jugo Gástrico de San Luís Potosí, No Mientras Vivamos, R.I.V.A.L., Rockultura de Chiapas, Fallas del Sistema, Juventud Antiautoritaria Revolucionaria, Movimiento Social Lucha Libertaria de Nuevo León, Kolectivo Libertario Anti-Todo de Morelos y Chiapas, Oveja negra y su distribuidora Estajanovismo records y Bebe y Lucha de Guadalajara. En el espacio contracultural, pero en un ámbito más definido de actuación, se puede incluir también a los anarquistas que actúan dentro del grupo ecologista Sonora Earth First.

No falta en México tampoco la rama local de la Cruz Negra Anarquista; la que, entre otros núcleos, recibe el respaldo del Grupo Libertad. Pero lo más significativo y propio está constituido por agrupaciones cuyo ámbito de actuación son las comunidades indígenas como es el caso del Consejo Indígena Popular de Oaxaca Ricardo Flores Magón y Organizaciones Indias por los Derechos Humanos de Oaxaca; las que, sin ser propiamente anarquistas en el sentido restringido del término, reciben una inequívoca influencia de las ideas y las prácticas libertarias.

Al no contar con información suficiente, hemos renunciado a clasificar al Colectivo Nogales –grupo que trabaja sobre los problemas de la región fronteriza con Estados Unidos– y a Marcha al Norte. Asimismo, no pudimos recabar datos actuales de una serie de grupos activos hasta hace poco tiempo atrás: Colectivo Cambio Radical, Subversiv@s, Stress, Uno Menos, ADIXION e-zine, DICIDENCIA – zine, Resistencia, EskiZofré-NikO ParAnóicO zine, La Página Libertaria, Radio Kehuelga, Radio Sublevarte, Revolución Organizada Basada en la Anarquía, Colectividades contra la globalización, Cos@ Nostr@ y la Biblioteca de Crítica y Alternativas Radicales. En líneas generales, dadas las dimensiones del país y la diversidad de realidades regionales no estrictamente equiparables estamos enteramente persuadidos que nuestra reseña sobre el panorama libertario mexicano es un reflejo extraordinariamente pobre de una escena rica y compleja que la desborda ampliamente; algo que –lo sospechamos firmemente– repite lo que ya habíamos afrontado en el caso de Brasil.

1.13.– Panamá

En 1905, George Davis, gobernador estadounidense de la Zona del Canal de Panamá, tuvo por divisa la no contratación de anarquistas en las obras de construcción. Ni eso ni la ley 72 que prohibía el ingreso de anarquistas al país pudieron evitar la conformación de núcleos anarcosindicalistas; protagonistas de monta en los movimientos huelguísticos de 1907 y 1925 y también participantes de primera línea en la formación del Sindicato General de Trabajadores.¹¹¹ Como en tantas otras partes, esas historias desaparecieron de la vida política panameña y quedaron alojadas luego sólo en los rincones de la memoria. Según algunas crónicas, vuelve a haber anarquistas en Panamá desde fines de los años 80 en adelante y hoy los caminos de reincorporación de prácticas libertarias tienen lugar en una activa escena contracultural, integrada por grupos como Los Ramiros, PHB, Caras de Hambre, Conspiración Piromaníaca, Los Tímidos, Libertad Perdida, Capitán Ponche, Calibre 57, Los Rajuelas, No hay día... en mi provincia, Chiriquí, Arroz Kon Poroto, Tío Patata, Los de Raquel, Los Hijos del Maltrato y Emphyzema.¹¹² No sería de extrañar, tal como ya ha sucedido en otros países latinoamericanos, que ese nutrido escenario juvenil vaya adquiriendo paulatina o bruscamente perfiles y formas de actuación que desborden las características exclusivamente expresivas que ha asumido hasta el momento.

1.14.– Paraguay

La historia del anarquismo paraguayo no debió tener comienzo más bello que el que supo darle a través de su pluma la sensibilidad entrañable de Rafael Barrett, relatando en frases desgarradoras la realidad del trabajo esclavo en los yerbatales del país. No obstante, no puede olvidarse que algunos años antes, Asunción fue uno de los puntos que tocó el itinerante anarquista italiano Pietro Gori, quien en 1901 pronunció una serie

¹¹¹ Cf., de Ángel Cappelletti, *Hechos y figuras del anarquismo hispanoamericano*, pág. 41 y ss.; Ediciones Madre Tierra, Madrid, 1990.

¹¹² Vid. la entrevista a Yipsy Valdés realizada por Moesio Rebouças y publicada el 18 de agosto de 2005 en <http://www.ainfos.ca/05/aug/ainfos00206.html>.

de conferencias y colaboró en la formación del Sindicato de Albañiles, entre otros antecedentes dignos de igual destaque. El punto orgánico de inflexión puede situarse en abril de 1906, momento en el que tiene lugar la formación de la Federación Obrera Regional Paraguaya, de inspiración anarcosindicalista y replicación del conocido modelo argentino. Pero, como ha ocurrido aproximadamente en el resto de los casos, también aquel añoje sindicalismo paraguay –combativo, intransigente y de acción directa– va perdiendo fuerza y gravitación social a expensas de sus variantes conciliadoras. Aun así, la decadencia de la FORP es sucedida por la creación del Centro Obrero Regional Paraguay; el que, en calidad de tal, llega a formar parte del esfuerzo fundacional de la Asociación Continental Americana de Trabajadores, perdiéndose luego todo rastro de influencia libertaria de cierta repercusión.¹¹³ Actualmente, inclinados al esfuerzo de reimplantación libertaria, encontramos a la página Bandera Negra –dedicada durante años a una interesante tarea de difusión ideológica pero abocada actualmente a promover un foro de debate– y al grupo contracultural Diatriba, vinculado fundamentalmente con el apoyo de grupos similares y con la edición de una publicación con artículos de crítica política, social y cultural.

1.15.– Perú

En el Perú, como en otras partes, la historia del viejo movimiento anarquista se funde y confunde con la historia del movimiento obrero, al menos desde el momento en que las ideas libertarias pasan a ser las de mayor predicamento en la Confederación de Artesanos Unión Universal, que existía desde 1884. Fueron libertarios, por ejemplo, los orientadores de la primera huelga significativa declarada en Lima en 1904 y se dice que el mismísimo Víctor Raúl Haya de la Torre concurría a la biblioteca de un centro anarquista. A la notoria influencia sindical se unirá también la que ejercía en el plano intelectual el escritor Manuel González Prada, procedente de la clase alta limeña –su apelativo completo fue José Manuel de los Reyes Gonzáles de Prada y Ulloa– y cuyo nombre fue el de un importante Centro de Estudios Sociales tanto como el de las Universidades Populares en las que colaborarán los anarquistas.

¹¹³ Vid., Ángel Cappelletti, *op. cit.*, pág. 71 y ss.

En julio de 1919 se funda la Federación Obrera Regional Peruana, de implantación básicamente centrada en la ciudad capital y con escasa incidencia entre el importante campesinado de origen indígena. La FORP sigue el mismo recorrido que ya hemos visto reiteradamente, debiendo los anarquistas compartir su influencia con la de los comunistas y los seguidores de Haya de la Torre y ya en 1926 las tres corrientes dan lugar a la formación de la Confederación General de Trabajadores.¹¹⁴ La influencia libertaria va diluyéndose con el correr del tiempo y el anarcosindicalismo deja paso a la formación de una Federación Anarquista Peruana, que existió hasta los años 60. Más adelante, se dejará sentir alguna influencia en las experiencias autogestionarias habidas durante la presidencia de Velasco Alvarado. Por último, ya en los años 80 y 90, comenzará a plantearse el presente despertar, fundamentalmente a partir de grupos de acción contracultural.¹¹⁵

Actualmente, podemos encontrar en Perú un nucleamiento “especificista” de orientación “plataformista”: Qhispiqay Llaqta¹¹⁶, continuador del colectivo Estrella Negra. Se cuenta también con algunos grupos de los que hemos denominado “autónomos”: el Grupo Anarquista La Protesta, el Colectivo Arteria Libertaria, el Colectivo Autónomo Yacta Runa y el Colectivo Minoría Activa de Arequipa. Más nutridas parecen las filas contraculturales, con expresiones tales como las del Centro Social Anarkopunk, Resistencia anarkopunk, Kolectivo Anarkopunk Jóvenes en Pie de Lucha de Tacna, la banda Asteroides 500. mg, Axióon Anarkopunk y su banda Generación Perdida, Autonomía, Feria Libertaria Kallejera y Hombres y Mujeres en Nuestra LuchAnarquista. Hasta hace un tiempo existían también la revista *Invasión Ácrata*, Kontesta Editores, la Coordinadora Libertaria y Barricada zine, sin que hayamos tenido la ocasión ahora de confirmar sus actividades en tiempo presente pero sin que esto signifique prueba alguna de su extinción. Tal como ha ocurrido en otros países, también en Perú nos acompaña la sensación de que el panorama libertario es más rico y fermental que el que podemos describir y presentar con nuestros pobres recursos informativos.

¹¹⁴ Vid., Víctor Alba, *op. cit.*, pág. 394 y ss.

¹¹⁵ Para los años más recientes, véase <http://ar.geocities.com/barricadalibertaria/web/paises/peru.htm>.

¹¹⁶ La expresión significa “libertad del pueblo” en la lengua indígena local.

1.16.– Puerto Rico

Los estudios sistemáticos sobre la historia del anarquismo en Puerto Rico nos son desconocidos. No obstante, sí es posible encontrarse con relatos que nos dan noticias al menos fragmentarias de una presencia libertaria directa o lateral inequívoca. Sabemos, por ejemplo, de las relaciones entre el patriota puertorriqueño Ramón Emeterio Betances y el anarquista Michele Angiolillo, compinches inesperados en el magnicidio de Cánovas del Castillo, sustanciado en 1897.¹¹⁷ Sabemos también que, diez años después, hubo importantes huelgas agrícolas en Arecibo –ciudad puerto que, como tal, acogió el consabido trasiego de ideas libertarias– a través de la vida emblemática de Luisa Capetillo; una adelantada del feminismo libertario en las primeras décadas del siglo xx.¹¹⁸ Por su parte, Ángel Cappelletti señala que en Puerto Rico, a diferencia de la mayor parte de los países latinoamericanos, la influencia se dio más entre literatos y poetas ubicados en los irreverentes márgenes de la cultura oficial que en el movimiento obrero propiamente dicho.¹¹⁹

En la actualidad, el espectro libertario puertorriqueño se expresa fundamentalmente en el espacio contracultural a través del grupo Cojoba y su Anaconda Records; de Desintegrados, que simultáneamente activa la Cruz Negra Anarquista; de Entre Barrotes y su Puerto Rico Hardcore E-zine; de la página La Barba de Bakunin; y de los zines Dispositivo Alteración Mental y La cuestión social. En cambio, no existen noticias recientes de un Kolectivo de Alternativa Libertaria, que en su momento fue el producto de la migración teórico-práctica de un grupo marxista de tendencias nacionalistas.

¹¹⁷ Cf., Frank Fernández, *La sangre de Santa Águeda: Angiolillo, Betances y Cánovas*; Ediciones Universal, Miami, 1994.

¹¹⁸ Vid., de Norma Valle, “Una adelantada a su tiempo”, disponible actualmente en la siguiente dirección web: <http://promujeres.cayey.upr.edu/luisacapetillo.htm>. De la misma autora, puede consultarse también *Luisa Capetillo: historia de una mujer proscrita*; Editorial Cultural, 1998.

¹¹⁹ Cf. tales afirmaciones en <http://www.spunk.org/texts/places/latinam/sp001324.txt>.

1.17.– Uruguay

El movimiento anarquista uruguayo siguió, en los primeros tramos de su peripecia, el ritmo de su similar argentino. En ese especial canon a dos voces da lugar, en 1905, a la formación de la Federación Obrera Regional Uruguaya; claramente mayoritaria en el movimiento obrero del país durante las primeras dos décadas del siglo xx. La Revolución Rusa producirá luego el consabido cimbronazo y la FORU acabará escindiéndose para abrirle paso a la Unión Sindical Uruguaya, reflejando así una problemática aproximadamente igual a la argentina. En los años 20 hubo una Federación Anarquista Uruguaya que aglutinó a los grupos específicos de la época, pero la misma resultó tener escaso suceso y breve duración. Más perdurable fue la influencia de las Juventudes Libertarias, creadas en 1938. Es de su labor continuada, junto a la del periódico *Voluntad* y a la del Ateneo Libre de los barrios obreros del Cerro y La Teja en Montevideo así como de la presencia paralela de un sindicalismo autónomo y de acción directa durante los años 40 y 50, que se generarán las condiciones para la formación de una nueva Federación Anarquista Uruguaya en el año 1956. Dicha Federación se escinde a su vez en 1963 como consecuencia de diferencias insalvables en torno de la interpretación de la revolución cubana y de sus derivaciones. Sin perjuicio de lo que esta división representó en términos de debilitamiento inmediato, lo cierto es que las fracciones que compusieron en su momento la Federación mantuvieron y desarrollaron sus espacios de actividad. No obstante esta afirmación, fue el segmento que continuó actuando como FAU el que obtuvo mayor resonancia en su actuación, fundamentalmente a partir de sus bases sindicales y de la creación de un aparato pensado para la ejecución de acciones de guerrilla urbana.¹²⁰ La repercusión estrictamente libertaria de la FAU, sin embargo, se vio sensiblemente atenuada por la adopción de posiciones que implicaron un acercamiento o una “síntesis” con cierto marxismo revolucionario y heterodoxo. El resultado fue la creación del Partido por la Victoria del Pueblo en 1975; partido que, luego de la feroz represión sufrida en 1976,

¹²⁰ Para el seguimiento de este período, debe verse, de Juan Carlos Mechoso, *Acción directa anarquista. Una historia de FAU*; tomos I, II y III; Ediciones Recortes, Montevideo, 2002, 2005 y 2006.

acaba adoptando un año después, en un encuentro en el exilio realizado en París, una definición estrictamente marxista. De tal modo, ya en plena dictadura militar, la presencia anarquista quedó limitada a pequeños grupos clandestinos y en el exilio que emprendieron la larga marcha de recreación de una organización específica. Finalmente, luego de la “restauración democrática”, en 1986, acaba constituyéndose una nueva Federación Anarquista Uruguaya, la que a diferencia de su predecesora, no conseguirá abarcar ahora a la mayoría de las expresiones libertarias existentes en el país.

Actualmente existen tres espacios de actividad de larga data que, de un modo o de otro, remiten a las expresiones libertarias que dieron lugar a la FAU de 1956: la mencionada Federación Anarquista Uruguaya, la Comunidad del Sur y el Grupo de Estudio y Acción Libertaria (GEAL). De acuerdo con nuestros criterios clasificatorios, la FAU debería ser considerada como un nucleamiento “plataformista”.¹²¹ La Comunidad del Sur, mientras tanto, está planteada desde su formación en 1955 como una experiencia integral de vida según pautas libertarias que conoció los altibajos propios de una exigencia de esa naturaleza, pero también desarrolló una prolongada actividad editorial que en la actualidad se manifiesta a través de Nordan. El GEAL, por su parte, tiene su principal eje de actuación en torno de la Biblioteca Luce Fabbrì, la que seguramente se cuenta entre los principales centros de documentación del continente.

“Especificistas” en la acepción “plataformista” del término son también la Organización Libertaria Cimarrón, la Federación Libertaria y el grupo Bandera Negra; todos ellos de composición básicamente juvenil y de conformación relativamente reciente.

¹²¹ Seguramente, la organización a la que menos se aplica el concepto de “plataformista” en sentido estricto es precisamente la FAU. En realidad, la vieja FAU realizó entre los años 1963-1973 su propia evolución, inspirada en su propia experiencia y con absoluta prescindencia de la Plataforma Organizacional propiamente dicha. Incluso, bien puede decirse que sus conclusiones fueron bastante más allá de la Plataforma misma, hasta el punto de plantearse ya no una “unidad táctica” sino la constitución de un “centro político”. No obstante, a efectos de continuar con el manejo de una nomenclatura internacionalmente comprensible, persistiremos en el uso del concepto, dejando asentada la importante salvedad de que la peripecia de la FAU entre 1963-1973 es, tanto o más que la Plataforma, una de las referencias básicas del “plataformismo” en los países de la región.

Como “autónomos” respecto de las concepciones más tradicionales cabría clasificar al Taller Anarquista –partícipe en el Ateneo Heber Nieto, en la revista *Alter* y en la distribuidora Gato Negro– a Bisagra, a Hijos del Estado y a Santabarbara. Entre los “informales” probablemente quepa incluir a la Biblioteca Anarquista del Cerro y el Ateneo Anarquista de Villa Española, ambos vinculados con la Cruz Negra local y en relación de empatía con la ya mencionada Coordinadora Anticarceraria del Río de la Plata. Finalmente, entre los grupos contraculturales es del caso mencionar a Apátridas del departamento de Canelones y Rebelión Animal de Maldonado. El listado sería incompleto si, por último, no mencionáramos también la clara influencia libertaria presente en el grupo feminista Las Decidoras.

Asimismo, resulta auspicioso que el movimiento anarquista uruguayo haya limado buena parte de las rispideces del pasado y habilite actualmente espacios de actuación conjunta; quizá débiles si se los observa desde un grado máximo de exigencia pero promisorios si se los mira desde una perspectiva histórica. En el año 2003 se realizó un encuentro general en el que participó todo aquel que quiso hacerlo. Y en el año 2006 se constituyó una coordinadora cuya finalidad puntual fue la realización de eventos comunes conmemorativos del 70º aniversario de la Revolución Española; coordinadora que continuó actuando luego de esas fechas y que aparentemente, tendería a estabilizar su funcionamiento como tal. Es de señalar, no obstante, que dicha coordinadora no incluye a todos los nucleamientos puesto que, por diferentes razones, algunos grupos se mantuvieron al margen. En contrapartida, la misma habilita también la participación de militantes a título individual.

1.18.– Venezuela

Pocos o ninguno de los países latinoamericanos sintió tanto como Venezuela –desde el punto de vista de las oportunidades para la emergencia de organizaciones populares autónomas– la nefasta influencia de los regímenes militares; un rasgo del que no carecieron la mayoría de los demás, pero que en el caso venezolano alcanza niveles de exageración. La cooptación estatal llegaba a tal punto y la sujeción a tal extremo que, en agosto

de 1922, el llamado Decano de la Confederación de Obreros y Artesanos del Distrito Federal homenajea con una medalla al dictador Juan Vicente Gómez.¹²² No obstante este sombrío panorama el mismo no impidió la circulación de ideas libertarias, ya sea en forma directa a través de sus militantes definidos y convencidos como tales, ya indirectamente y en hilachas por intermedio de algunos pensadores venezolanos de avanzada. Es así que pueden rastrearse desde fines de la segunda década del siglo xx formas incipientes de prácticas sindicales anarquistas a través de emigrantes españoles en Caracas o de italianos en Yaracuy, Puerto Cabello y Barquisimeto. En la década de los 20, se hace sentir también en las explotaciones petroleras del Zulia la influencia anarcosindicalista de trabajadores guatemaltecos y nicaragüenses imbuidos de las ideas de los IWW. Luego de ese período, la presencia anarquista es absorbida fundamentalmente por el Partido Comunista y Acción Democrática hasta el comienzo de las actividades recientes, ya en los años 90 del siglo pasado.¹²³

Actualmente, el anarquismo venezolano se expresa fundamentalmente a través de un conjunto de grupos “autónomos”; el más estable y activo de los cuales resulta ser la Comisión de Relaciones Anarquistas, que edita *El Libertario* –ya con casi 50 ediciones a cuestas– y mantiene un Centro de Estudios Sociales Libertarios, oficiando a su vez como elemento de conexión entre los restantes nucleamientos. En las proximidades del mismo destaca también la existencia de la Cruz Negra Anarquista de Venezuela y Náufrago de Ítaca. Una más que interesante y esforzada actividad realiza La Libertaria, en la apartada localidad de Biscucuy. Asimismo, hay que mencionar también el ciberactivismo de Despierta Transmite en la ciudad de Valencia y el proyecto radiofónico Utopácrata de la Comunidad de P.A.Z. –Proyecto anarquista Zanjar– de Mérida.

Más absorbidos por la acción contracultural propiamente dicha aparecen las banda Apatía No, Doña Maldad de Maracaibo, Los Dólares, Los Residuos de San Cristóbal y las distribuidoras Deskontento, Repudio, Siempre Rebelde, Noseke Records y la Columna Insurreccionalista de Payasos Anarquistas.

¹²² Cf., Víctor Alba, *op. cit.* pág. 403.

¹²³ Vid. <http://ar.geocities.com/barricadalibertariaweb/paises/venezuela.htm>.

El listado sería incompleto si no mencionáramos ahora a Amantes del Ruido, Grito de Resistencia Animal y Colectivo Herencia Verde de Barquisimeto, al Colectivo Resistencia Activa de Falcón así como a Unidad Autónoma Libertaria y Perdida la Confianza de Maracay.¹²⁴

2.– El despertar anarquista: los formatos organizativos

Ordenar este listado según lo que hemos llamado formato, perfil o porte organizativo se nos aparece como una necesidad, pero en modo alguno resulta ser algo automáticamente evidente sino que requiere de cierta fundamentación. Por lo pronto, parece claro que el grado de incidencia de las propuestas anarquistas debe guardar algún tipo de relación con el ámbito de actuación que definen para sí los agrupamientos libertarios propiamente dichos. Primariamente, y sin perjuicio de otras consideraciones que en algún momento habrá que hacer, podemos suponer que la incidencia será tanto mayor cuanto mayor o más abarcativo sea el nivel de actuación que el agrupamiento en cuestión haya definido como de su incumbencia. Por esa razón, entendimos oportuno conducirnos según un cierto *degradé* que fuera desde aquellas organizaciones que se extienden efectivamente a lo largo de un territorio nacional dado, o tienen la intención de hacerlo, hasta esa forma mínima de organización que es todo individuo dispuesto a realizar al menos una labor de difusión

¹²⁴ A lo largo de este trabajo hemos manejado rigurosamente el criterio de incluir a todos aquellos que se reconocieran a sí mismos como libertarios, sin permitir que intervinieran en lo más mínimo nuestras propias preferencias. Casualmente, en el momento de concluir la reseña por países, debemos realizar una excepción que no disfrutamos y señalar que en Venezuela hay tres nucleamientos que invocan las ideas libertarias –Tesseracto Bolivariano Anarquista Salom Mesa, Frente de Acciones Libertarias y Proyecto Acracia– pero que preferimos mantener al margen de nuestra enumeración. La opción obedece a que tales grupos se consideran anarcochavistas, lo cual no puede ser reputado más que como una *contradictio in terminis*, una mixtura de términos irreconciliables. Por cierto, no se trata de cuestionar su preocupación por arraigar en las organizaciones de base y sería maravilloso que dichos grupos consiguieran su objetivo declarado de “anarquizar” el “proceso bolivariano”, pero tanto su propio recorrido como toda la experiencia histórica disponible señalan que en realidad el resultado será –ya es– la “chavistización” de sus inconexos jirones libertarios.

inmediata de las concepciones libertarias. Así encontraremos, en un extremo, organizaciones con pretensiones de alcance nacional mientras que, en el otro, habremos de toparnos con páginas web unipersonales; adquisición ésta absolutamente actual, que la tecnología moderna ha puesto a disposición de los más voluntariosos y de los más creativos en el manejo de este medio en particular.¹²⁵ *Más allá de cada uno de esos límites veremos abrirse unos espacios todavía nebulosos pero insinuantes:* por “encima” de las organizaciones de alcance nacional parece configurarse un terreno de encuentros, jornadas, seminarios, canales de discusión y redes en los que furtivamente se reúnen libertarios de un mismo país o de varios –o, al menos, se abrió y se abre la posibilidad para que así sea– y por “debajo” de las páginas web individuales veremos cómo algunos anarquistas o simplemente simpatizantes y curiosos realizan una provechosa labor de irradiación y rescate con gestos unitarios que satisfacen algunas necesidades nucleares de información y divulgación.¹²⁶

No obstante, es de tener presente que, si los extremos funcionan bastante bien en el plano conceptual, lo hacen considerablemente menos en el plano de sus materializaciones concretas. Del mismo modo, las situaciones intermedias no pueden dejar

¹²⁵ Está muy lejos de nuestro ánimo –y de la realidad por sí misma– el creer que la única forma de expresión individual es a través de páginas web. No obstante, dadas las características de este trabajo en cuanto a tomar la *world wide web* como espacio de relevamiento, en la primera versión recurrimos a la misma para identificar expresiones tangibles y comprobables de actividad libertaria. Aclaración ésta que, por supuesto, tiene un carácter general y extensible al resto de los formatos organizativos.

¹²⁶ La primera versión de este trabajo estuvo fechada en el año 2003 y contenía una lista de algunas decenas de artículos de corte anarquista recogidos en diferentes páginas webs. En ese momento, pareció importante dar cuenta de los mismos a efectos de ilustrar el interés creciente por textos de procedencia libertaria. En esta ocasión, la cifra de reproducciones hace prácticamente imposible su recolección o inútil y tediosa su larga enumeración por lo cual nos limitaremos a dejar constancia de que éste es un reflejo más del presente despertar anarquista y del renovado interés en torno de nuestra problemática. Del mismo modo, habiendo jerarquizado más definidamente ahora las fusiones colectivas que las peripecias individuales, hemos resuelto también prescindir de la enumeración de páginas web unipersonales; lo cual no quiere ir en desmedro de sus méritos ni implica desconocer su entrañable existencia. Pasaremos por alto además, aunque por razones distintas, la enumeración separada de las publicaciones. Todo ello nos merecerá más adelante algún comentario adicional.

de plantear sobresaltos e incongruencias que nos resultaron insalvables; como ocurre casi toda vez que *se intenta presentar en forma simplificada y fácilmente comprensible una realidad que resulta ser infinitamente más compleja*. Algunos ejemplos tal vez permitirían ahora ilustrar en forma más acabada las dificultades de construcción y ordenamiento del listado, pero preferimos ir haciendo las aclaraciones que correspondan en el momento de enfrentarnos con cada nivel de actuación. De ese modo, esperamos justificar la pertinencia de este ordenamiento y ofrecer una visión panorámica cuyas derivaciones habremos de comentar sobre el final de este trabajo.

2.1.– Coordinaciones, redes, encuentros, agencias de noticias, listas de correo

Las pulsiones y compulsiones epistolares de Bakunin seguramente son un lejano antecedente de este territorio de fusiones libertarias. Las errabundas existencias de Líber Forti y de Víctor García, tejiendo telarañas compañeras por los caminos de América, son también un ascendiente entrañable; ahora más familiar, más próximo y con latidos que todavía podemos sentir. La quimera de la conspiración universal –es decir, el deseo de respirar juntos, acompasadamente y entre iguales– encuentra aquí su lugar natural de despliegue. Pero, además, nuestro tiempo ha querido que las cosas no se limiten ya a correos que demoran meses en llegar o emisarios que tardan otros tantos en volver. Ahora, las posibilidades se han multiplicado, los espacios se han reducido y el tiempo se ha vuelto un ejercicio de simultaneidad. Este territorio de proteica plasticidad probablemente sea una de las principales vertientes expresivas de este nuevo despertar anarquista y en él se incuban, con toda certeza, algunas de nuestras mejores y más ambiciosas apuestas de futuro. Si es que en alguna parte existe con mayor fuerza o capacidad de insinuación la posibilidad de redes libertarias latinoamericanas, ello seguramente acontece a este nivel. Sin embargo, el carácter declaradamente incompleto de nuestra indagación no nos permitirá ahora más que una lista brevísima de menciones que seguramente habrá de estar muy por debajo de la cantidad de acontecimientos o de logros organizativos que aquélla querría resumir.

Si en este período las comunicaciones han sido uno de los elementos fundamentales de contagio, no puede dejar de destacarse a punto de partida la labor cumplida por A-Infos. Nacida a principios de los años 90 como una red de correos convencionales a la que cada núcleo local volcaba las informaciones de su propio entorno, produjo un avance sustancial a partir de 1995 en la versión web que se mantiene hasta el día de hoy en varios idiomas, constituyéndose en una de las principales fuentes de información sobre el acontecer y los quehaceres del movimiento anarquista del mundo entero; y, por supuesto, también de América Latina. Con menos recursos, pero con un entusiasmo que no le va en zaga, han surgido otras agencias más o menos inspiradas expresa o tácitamente en la experiencia de A-Infos –como es el caso de las ya mencionadas Agencia de Noticias Anarquistas y Akrata Press– ocupando nichos informativos que habitualmente no son volcados a ese medio. Por otra parte, bien puede decirse que este campo de actuación es especialmente propicio en cuanto a favorecer confluencias que vayan más allá de las corrientes establecidas y seguramente es mucho todavía lo que se puede avanzar en él.

Las listas de correo constituyen un espacio más restringido pero más fecundo de intercambios por cuanto permiten entablar discusiones y elaboraciones comunes entre todos aquellos interesados en ciertas áreas temáticas más o menos amplias o más o menos acotadas, según los casos y las circunstancias. Dichas listas van desde aquellas que nuclean unas pocas decenas de adherentes hasta las que se aproximan o incluso superan el millar de suscriptores. Tal vez la primera en ser creada y la más variada en cuanto a su composición sea Anarqlat, administrada desde el año 1997 en Venezuela y compuesta actualmente por anarquistas de una veintena larga de países. Asimismo, las agrupaciones más estables y con mayores pretensiones se sirven en forma regular de este novedoso mecanismo de distribución a través del cual dan a conocer sus posiciones y preocupaciones: así lo hacen desde los “plataformistas” más estrictos hasta quienes han optado por pautas organizativas “informales”, como es el caso de la lista de la Coordinadora Informal Anarquista.

Los encuentros también son, por supuesto, una destacada instancia de reconocimientos recíprocos y de búsquedas, cuando no instancias más formales de definición y de presentación

pública de las mismas. Probablemente, el primero del período más reciente haya sido el celebrado en Montevideo, en 1996, en ocasión del 40° aniversario de la Federación Anarquista Uruguaya. Con composiciones variables, pero generalmente limitadas a las organizaciones afines a la FAU y a la Federación Anarquista Gaúcha, dichos encuentros han continuado realizándose y se orientan de hecho a la formación de una Coordinación Anarquista Latino Americana (CALA); planteada aproximadamente como expresiva de la corriente “plataformista” en la región y más propiamente en el Cono Sur de la misma.¹²⁷ No han faltado, por cierto, los encuentros estrictamente anarco-punks, de los cuales se han realizado cinco hasta el momento: desde Uruguay en 1998 hasta Perú en el 2006, pasando bianualmente por México, Brasil y la Argentina.¹²⁸ A nivel de combinaciones distintas, que apuntan más a las proximidades regionales, es oportuno citar las Jornadas Libertarias Internacionales celebradas en Caracas en el año 2001 de la cual resultó una red provisoria entre agrupaciones de Venezuela, Colombia y Ecuador o los encuentros habidos entre nucleamientos del sur peruano y el norte chileno. Ninguna de esas instancias, sin embargo, tuvo la amplitud “geográfica” alcanzada por el evento realizado en Caracas en enero de 2006, el que reunió, una vez finalizado el Foro Social Alternativo, a anarquistas de 18 países.

Por último, es de señalar que en los últimos años vienen procesándose lentamente algunas instancias de coordinación “nacional”. La Coordinadora Libertaria boliviana, formada en el 2004, es un buen ejemplo de ello y en Ecuador parece que estamos en presencia de un fenómeno similar. En Uruguay comenzó a funcionar una coordinación en el 2006, y, aunque no reúne a todos los nucleamientos existentes, ha conseguido poner en común algunas relevantes cuestiones de orden práctico que todavía no han dado todo de sí. Con intenciones más limitadas al espectro “plataformista”, el Forum del Anarquismo Organizado en Brasil apunta también más allá de las actuales realidades orgánicas. En México se ha realizado también una convocatoria recientísima a la formación de una red que abarque a

¹²⁷ Vid. información al respecto en <http://www.nodo50.org/fau/revista/lucha4-04/13.htm> y en el artículo ya citado en nota 25 del Rojo y Negro Digital.

¹²⁸ Cf., para datos ampliatorios, <http://espora.org/iapl/>.

todo el Estado.¹²⁹ Finalmente, en la Argentina, desde hace unos años está planteado el funcionamiento de la Red de Enlaces del Movimiento Anarquista, pero la misma no parece haber estado en condiciones de reunir en su seno la explosiva floración de agrupaciones que tuvo lugar desde el levantamiento popular de diciembre del 2001. Más allá de las marchas y contramarchas que puedan registrarse en este plano, lo cierto es que el mismo parece ser un camino cierto de reconocimientos recíprocos, de admisión de la diversidad de opciones y de imprescindible colaboración en torno de las necesidades comunes y de las prioridades compartidas.

2.2.– Organizaciones de alcance o de pretensión nacional

En principio, no nos ha sido posible en todos los casos calibrar realmente el alcance nacional de un agrupamiento dado, razón por la cual adoptamos como criterio alternativo el de su denominación, *entendiendo que la misma delata, aproximadamente, una cierta vocación implícita por el ámbito de actuación*. Por tal motivo, salvo que el conocimiento existente revelara lo contrario, hemos optado por considerar como agrupamientos de alcance nacional o con intención de tal a aquellos que en su denominación incorporan los vocablos “federación”, “organización”, “movimiento” o equivalentes por el estilo; siempre y cuando no estén acotados por una referencia regional o local expresa. El criterio es, por supuesto, hartó discutible y puede provocar más de una sorpresa: así, quizá sea posible encontrar agrupamientos con vocación de alcance nacional que tengan menos militantes e incidencia social que otros no tan ambiciosos pero más activos y fecundos en el mismo país. Sin embargo, creemos que de esta forma es posible ofrecer una idea sobre la autopercepción que un agrupamiento dado tiene de sí mismo y sobre el carácter acabado o provisorio que se ha autoconferido a punto de partida.

Aun así, nada de ello nos habilitará a ser optimistas en cuanto a la unidad real de los anarquistas de un país dado. Más allá de las denominaciones elegidas y del ámbito de actuación que pueda haberse definido, es un hecho perfectamente constatable

¹²⁹ Vid. <http://www.ainfos.ca/07/jan/ainfos00298.html>.

que ninguna de las organizaciones que aquí se mencionarán puede considerarse como ampliamente representativa de las diferentes corrientes existentes en ese lugar y generalmente tampoco de la concepción particular a la que pertenecen. Antes bien, como principio de percepción será necesario tener presente que en ningún país latinoamericano parece haberse procesado todavía una unidad completa,¹³⁰ cualquiera sea la forma orgánica que ella adopte o la concepción particular de la cual se nutra. *Esta ausencia de instancias comunes estables y reconocidas consensualmente como vitales es, precisamente, una de las carencias en las que más cabe insistir, uno de los tantos indicios que delatan nuestras insuficiencias de elaboración y también la excusa mayor en la cual se apoya el planteo de construcción de redes nacionales e internacionales amplias y sin exclusiones.*

Entre los nucleamientos de pretensión nacional tenemos, entonces, a la FORA, la FLA, la Organización Socialista Libertaria, la Organización Revolucionaria Anarquista y Rojo y Negro Comunismo Libertario en Argentina;¹³¹ a la União Popular Anarquista en Brasil; a la Organización Resistencia Libertaria y la Organización Anarquista Comunista en Costa Rica; al Movimiento Libertario Cubano en lo que a Cuba respecta;¹³² a la Organización Comunista Libertaria en Chile; a la Organización de Propaganda Sindical Revolucionaria Mártires de Cananea y a la Alianza de los Comunistas Libertarios en México;¹³³ a Qhispiqay Llaqta en Perú; a la Federación Anarquista Uruguaya, la

¹³⁰ O al menos no una unidad capaz de asumir un cuerpo reconocible y a través de la cual puedan sentirse plenamente expresadas las instancias orgánicas menores que potencialmente deberían formar parte de ella.

¹³¹ Al solo efecto de ilustrar cómo estamos aplicando el criterio clasificatorio digamos aquí que hemos excluido de esta categoría al Colectivo Comunista Libertario, de expresa actuación en el partido de La Matanza de la provincia de Buenos Aires, y al Movimiento Anarquista Libertario, que circunscribe su actuación a las provincias del Chaco y de Corrientes.

¹³² Debe recordarse, en este caso, que no se trata de una organización de pretensión nacional dentro del territorio estatal respectivo sino en el exilio.

¹³³ Éste es un caso típico de aplicación del criterio según el cual se incluyen aquí las organizaciones de pretensión nacional, puesto que, si bien estamos en presencia de una agrupación de Monterrey, parece claro que su intención es la de abarcar todo el territorio mexicano. Por cierto, también es una demostración cabal de las debilidades del criterio que hemos definido.

Organización Libertaria Cimarrón, la Organización Bandera Negra y la Federación Libertaria en Uruguay y quizá también a la Comisión de Relaciones Anarquistas en Venezuela.¹³⁴

En cierto sentido, puede decirse también que hay otro tipo de organizaciones de alcance nacional, como pueden serlo el Frente de Estudiantes Libertarios en Chile, la Organización Anarco Punk en Brasil o Mujeres Creando en Bolivia. Sin embargo, es pertinente realizar una distinción con los nucleamientos mencionados anteriormente en el sentido de que ahora estamos frente a expresiones sectoriales que por su propia naturaleza –dicho esto sin pretensiones de emitir un juicio de valor– no están pensadas para albergar en su seno a cualquier individuo de un territorio estatal dado sino que se limitan a agrupar a estudiantes, a quienes han realizado una cierta opción contracultural y a mujeres, respectivamente. Sin perjuicio del reconocimiento de estas “restricciones”, parece clara la importancia de prestar atención a este tipo de organizaciones por cuanto el mismo puede quizás estar expresando la tendencia al agrupamiento a partir de identidades menos abarcativas que las clásicas pero igualmente susceptibles de adquirir una extensión a lo largo y a lo ancho de un cierto territorio estatal.

2.3.– Organizaciones de alcance regional

En este caso, hemos reunido en la categoría a aquellos nucleamientos que, en su denominación, incorporan una referencia regional restringida y también a quienes, sin hacerla, circunscriben de hecho su espacio de actuación a un ámbito subestatal. Hemos interpretado que tal cosa está insinuando su vocación y sus eventuales trabajos en torno de la constitución de una realidad orgánica que tarde o temprano acabe por integrarlos; aproximadamente en el mismo sentido en que la Federación Anarquista Milanesa forma parte de la Federación Anarquista Italiana. Al mismo tiempo, los hemos ubicado por encima de las agrupaciones de base bajo el supuesto de que, en general,

¹³⁴ En este caso, ni el nombre del nucleamiento (“Comisión”) ni sus intenciones, parecen corresponderse con las de una organización de pretensión nacional, pero de hecho la CRA tiene ese ámbito de actuación y una red de respaldo de alcance estatal, por lo cual hemos resuelto incluirla en este apartado con las reservas del caso.

habrán de contar con un radio de actuación más amplio y más ambicioso así como por el hecho de reunir a dos o más de ellas. Es de tener en cuenta, como ya lo dijéramos, que la aplicación de nuestro criterio de ordenamiento de mayor a menor sólo da cuenta de las articulaciones posibles y del grado de completitud o no que un nucleamiento libertario se confiere a sí mismo. En los hechos, es probable que uno o varios de estos nucleamientos de alcance regional cuenten con mayores caudales militantes e incidencia social que alguna de las organizaciones que tienen asignado un alcance nacional expreso. Del mismo modo, es probable también que varias de las agrupaciones de base cuenten con un porte real que esté por encima del que asignaremos en nuestra escala a estos agrupamientos regionales.

Con estas salvedades, podemos entender que son nucleamientos regionales *por lo menos* el Colectivo Comunista Libertario de La Matanza, la Organización de La Plata, la Organización Anarquista de Córdoba, la Unión de Anarquistas Zona Oeste y el Movimiento Anarquista Libertario de Chaco y Corrientes en la Argentina; las agrupaciones de base local en Bolivia (Cochabamba, Santa Cruz, Sucre, Tarija y La Paz-El Alto); los núcleos Pro-FORGS y Pro-FOSP junto a la Federación Anarkista de Río Grande do Sul y el Colectivo Libertario de San Pablo, la Federación Anarquista Gaúcha, la Federación Anarquista Cabocla, la Federación Anarquista Insurrección, la Federación Anarquista de Río de Janeiro, el Comité Pro-Lucha Popular de Bahía y la Federación Anarquista da Baixada Santista en Brasil; los anarcosindicalistas de Concepción, el Colectivo de Agitación Libertaria de Arica, la Red Anarquista del Sur y el Movimiento Libertario Joaquín Murieta de Temuco en Chile; y, por último, la Coordinadora Apoyo Mutuo de Monterrey, el Consejo Indígena Popular de Oaxaca y las Organizaciones Indias por los Derechos Humanos de Oaxaca en México.

2.4.– Agrupaciones varias

Mientras tanto, cuando la denominación no delata ninguna restricción geográfica pero resulta evocar otro tipo de portes organizativos –como lo harían, por ejemplo, los términos “agrupación”, “grupo”, “núcleo”, “banda” o simplemente “colectivo”– nos hemos limitado a colocar al agrupamiento en cuestión

en un nivel “inferior”. No obstante, estamos lejos todavía de haber resuelto los problemas que el criterio clasificatorio habrá de seguir planteándonos. Por lo pronto, es discutible también que una agrupación cualquiera tenga siempre un porte organizativo “superior” que el de un centro de estudios o el de una publicación, siendo que bien podemos encontrarnos realmente con situaciones que rompan esa “lógica”. De todas maneras, una vez más hemos entendido que, cuando un agrupamiento se auto-percibe a sí mismo como algo más que su biblioteca y el órgano de prensa que lo expresa, está reflejando implícitamente una vocación en cuanto a sus campos de actuación que va más allá de tales cosas: concretamente, *una práctica colectiva orientada expresamente a producir algún tipo de efecto en la realidad social circundante*. Sin embargo, hemos ubicado a este nivel a las bandas de rock, por entender que no constituyen exactamente el equivalente musical de un medio gráfico sino que habitualmente están rodeadas de un entorno más amplio que el de sus componentes en sentido estricto y cuentan con un tipo de irradiación que las vuelve más próximas a las agrupaciones que a las publicaciones y efectivamente lo son. No obstante ello, no se nos escapa que este criterio también ofrece un margen cierto para la objeción y la polémica.

Sea como sea, lo cierto es que, en esta etapa del despertar anarquista que estamos intentando “graficar”, la forma organizativa holgadamente prevalente es precisamente la de la agrupación; entendiendo por tal la propia de un grupo primario, de relaciones directas y cara a cara; apta para una práctica forjada en régimen de asamblea permanente, desde afinidades básicas, intensamente afectiva y facilitadora de la expresividad individual. En este caso, dado lo extenuante y engorroso que sería, nos permitiremos la licencia de no repetir el nombre de las agrupaciones existentes en cada país; sabiendo que, para la localización de quienes se han dado esta forma organizativa, bastará con volver a reunir nuevamente a casi todos los grupos que hemos considerado antes como “autónomos”, “informales” o contraculturales y también a aquellos que desarrollan tareas circunscritas en el campo ecologista, feminista, antimilitarista y de apoyo a presos. Incluso, es hartamente probable que algunos de los grupos a los que hemos atribuido un alcance regional, funcionen realmente bajo este perfil organizativo y el formato de presentación que le hemos atribuido

esté revelando más una intención de futuro que su configuración real. Por otra parte, si comparamos los resultados de este relevamiento con los que obtuviéramos en nuestra versión anterior del mismo, notaremos que es a este nivel que se ponen largamente de manifiesto la mayor cantidad de “apariciones” y “desapariciones”, por lo cual cabe asignarle a la forma agrupacional una adaptabilidad y una plasticidad más fuertes que las encontradas en el resto de los casos. Es por ello, también, que la simple repetición que acabamos de recomendar –confeccionando un listado de agrupaciones sobre la base de las que ya hemos mencionado país por país– sea bastante imprecisa y limitada: es seguro que su número y su gravitación esté por encima de la que nosotros estamos en condiciones de reflejar.

2.5.– Centros de estudios, editoriales, bibliotecas, etcétera

Es discutible también que hayamos colocado por “debajo” de las agrupaciones a los centros de estudio, las editoriales y las bibliotecas. Sin embargo, preferimos hacerlo así para mantener la coherencia relativa del criterio y los objetivos de este trabajo en su conjunto. Si se recuerda, entonces, que ese objetivo consiste en presentar un panorama de las realizaciones organizativas anarquistas en el continente latinoamericano y en estudiar la posibilidad de tender redes entre las mismas será lícito que nos manejemos en este caso con un “prejuicio”. Ese “prejuicio”, entonces, consiste en el supuesto de que las agrupaciones medianamente estables están generalmente pensadas para el desarrollo de una práctica de proyección hacia el medio más abarcativa que las de un centro de estudio, una editorial o una biblioteca. Por ello, *lo que intentamos circunscribir aquí es aquel tipo de instancia organizativa específicamente abocada al atesoramiento, el ordenamiento, la “manipulación” y la circulación de materiales formativos libertarios*. Es innecesario señalar que dicha tarea resulta absolutamente imprescindible y que –más allá de ese “límite” arbitrario que define a estas instancias organizativas y que nos lleva a ubicarlas por “debajo” de las agrupaciones– no deja de ser obvio que muchas veces las mismas requieren para su puesta en funcionamiento de recursos y complejidades que casi siempre habrán de estar por encima de éstas.

Seguramente algo de eso debe haber pensado Eugen Relgis –conmovido por el espectáculo europeo del fascismo y la cavernícola quema de libros a la que ya se habían abocado los nazis– cuando se transformó en promotor de la Biblioteca Archivo Internacional Anarquista (BAIA); la que, a su entender, debía estar ubicada en el país más “liberal”, más “neutral” y menos expuesto a pérdidas drásticas y sumarias de toda América: Uruguay. Así se hizo y allí se instaló, con materiales de diversas procedencias la BAIA americana, en simetría con su similar suiza. Lo que Relgis no pudo imaginar a punto de partida fue que también Uruguay experimentaría años después de la instalación del proyecto un proceso de radicalización de las luchas sociales y el consiguiente desborde represivo estatal que dejaría solamente trizas y cenizas del que fuera en su momento el más importante archivo documental y bibliográfico del continente.

La pérdida es, con entera certeza, todavía irreparable; pero ahí están para demostrar que aún perduran acervos documentales importantes la Biblioteca Archivo de Estudios Libertarios de la FLA en Argentina, la Biblioteca Social Reconstruir en México y la Biblioteca Luce Fabbri en Uruguay. En este rubro tenemos además a la Biblioteca Popular José Ingenieros, a la Biblioteca Alberto Ghirardo, a la Biblioteca Alternativa Tilo Wenner y a la Biblioteca Popular Juventud Moderna de Mar del Plata junto con editoriales como Letra Libre y la colección Utopía Libertaria o grupos de investigación como el Centro de Estudios Miguel Bakunin¹³⁵ en la Argentina; la Biblioteca Social Fabio Luz de Río de Janeiro, el Centro de Cultura Libertaria Fabio Luz de Bahía, el Laboratorio de Estudios Libertarios, el Colectivo de Estudios Anarquistas Domingos Passos, el Centro de Cultura Terra Livre, el Núcleo de Sociabilidad Libertaria, el Archivo de Historia Social Edgar Rodrigues, la Asociación Cultural Quilombo Cecilia, Index Librorum Prohibitorum, el Círculo de Estudios Libertarios Ideal Peres y el Grupo de Estudios Babilonia en Brasil; el Centro de Cultura Libertaria en Colombia; el Centro de Estudios Germinal en Costa Rica; el Instituto de Estudios Anarquistas, la Editorial Espíritu Libertario, el Colectivo Anticopyright y el Centro Social Anarquista Claudia López

¹³⁵ Este Centro de Estudios no fue listado e incluido en nuestro criterio clasificatorio anterior por cuanto sí se mencionó la agrupación de la cual depende: la Organización Revolucionaria Anarquista.

en Chile; el Centro Social Libertario Ricardo Flores Magón, la Biblioteca Social Reconstruir, la Cooperativa Libertaria Cultura Libre y Ediciones Antorcha en México; las editoriales Nordan y Recortes¹³⁶ así como la Distribuidora Gato Negro en Uruguay; y, por último el Centro de Estudios Sociales Libertarios de la Comisión de Relaciones Anarquistas en Venezuela.

2.6.– Otras variantes

¿Alguien puede dudar que la primera idea que surge de una reunión inicial de dos o más anarquistas es la de poner en la calle una publicación escrita cuya periodicidad habrá de quedar permanentemente en suspenso? Siendo así, no es extraño que una publicación centenaria como *La Protesta* renueve su vigencia y que una pléyade de nuevos intentos inunden de papel y tinta –negro sobre blanco, inacabables verborragias libertarias– las áridas selvas de cemento latinoamericanas. Una constelación inabarcable de recientísimas publicaciones se encarga una vez más de transmitir palabras de inconformismo y rebeldía. A ellas se agregan ahora algunos medios que no eran tan frecuentados o no estaban tan disponibles en las décadas pasadas: las páginas web, las radios piratas, los discos, los videos, etc.¹³⁷ Ni siquiera intentaremos presentar una lista al respecto, pues la misma sería, con absoluta certeza, un reflejo pobrísimo de todo lo que los anarquistas puedan estar haciendo en estos momentos a lo largo y a lo ancho de América Latina. Baste decir, a efectos de brindar una imagen aproximada, que la gran mayoría de los nucleamientos mencionados en nuestra clasificación por países cuenta por lo menos con un medio de difusión. Además, debe

¹³⁶ La Editorial Recortes tampoco se incluyó en el criterio de clasificación por país por cuanto sí lo fue la organización que la anima: la Federación Anarquista Uruguaya.

¹³⁷ Experiencias libertarias en torno de emisiones de radio no pueden considerarse, en sentido estricto, como una completa novedad, pues de ello hay algunos ejemplos significativos de muchas décadas a esta parte. Sin embargo, lo que aquí queremos dar a entender son las nuevas posibilidades que se han abierto en torno del recurso, la nueva significación que ahora hay que asignarle y la nueva metodología comunicativa a la cual responden. Consideraciones similares hemos hecho en torno de otros medios no tradicionales –como la música y el cine, por ejemplo–, que sin ser enteramente nuevos sí admiten decir que responden a una nueva articulación.

recordarse que el listado original se basa en un rastreo realizado básicamente a partir de las páginas web existentes; razón por la cual no registra la muy probable constelación de fanzines improvisados y episódicos o relativamente regulares y de cuidada elaboración que deben estar editándose en este momento. Por lo tanto: ¿será una exageración sostener que la cantidad de publicaciones y otros medios circulantes de divulgación supera con creces los tres centenares largos de espacios de actividad anarquista que hemos conseguido listar y que los mismos expresan sólo una parte de las protestas libertarias escritas, cantadas o simplemente habladas que circulan en nuestro continente?

Las páginas web unipersonales, mientras tanto, no parecen ofrecer mayores problemas interpretativos y no habrá inconveniente alguno en situarlas en este nivel de realización. Como ya se ha dicho: en tanto hemos privilegiado lo colectivo, no realizaremos una enumeración de dichas páginas, pero ello no conspirará, por supuesto, contra el elemental reconocimiento que se impone a quienes, con los recursos tecnológicos disponibles y con la fuerza individual que se requiere para transitar una ruta permanentemente condenable desde el poder, han liado sus bártulos para emprender en solitario el iracundo viaje de la anarquía y marcar con su sello personal los obstáculos, los goces y los placeres de tan singular derrotero.

Llegamos al final del recorrido, entonces, en lo que respecta al segundo criterio clasificatorio que nos definiéramos. En este último peldaño de *la escala que nos ha permitido constatar empíricamente el reciente despertar anarquista* estamos por “debajo” de cualquier logro organizativo medianamente estable. Hay, en cambio, voces y mensajes que portan memorias y proyectos; hay discursos y elaboraciones a través de las cuales se rescata el pasado y también se recupera actualidad. El anarquismo deja de ser un asunto lejano y olvidable; incluso aunque buena parte de los artículos que recorren el continente latinoamericano esté enfocado desde un punto de vista histórico. Ahora, hay un magma subterráneo de quimeras, de propuestas, de reflexiones, de acontecimientos, de personas que se vuelven inmediatamente visibles. ¿Alguien puede dudar que también a través de la mayor o menor densidad de esa algarabía de proclamas estruendosas, de análisis más serenos y de

confidencias silenciosas pero irreprimibles es posible explicar que un pensamiento repetidamente condenado a la sepultura sea capaz de recuperar periódicamente sus latencias?¹³⁸

3.– El despertar anarquista: corrientes, espacios y tareas

El tercer y último criterio clasificatorio que hemos manejado presenta también algunos problemas propios de su naturaleza y que, en modo alguno, queremos ocultar. Para empezar, no nos ha sido posible construir una escala exhaustiva, situada en una única dimensión comprensible y relevante y de la cual resulten categorías bien delimitadas, no superpuestas y no sujetas a las dudas que efectivamente tendremos; razón por la cual un agrupamiento cualquiera bien podría incorporarse pertinentemente a dos o más de ellas. En segundo término, la ubicación de cada nucleamiento en las categorías finalmente definidas no deja de ser un tema altamente opinable, por cuanto muchas veces ello no resultará de una expresa inscripción propia en una concepción dada o de una fuerte adhesión identitaria sino de nuestra propia interpretación. Por último, esta misma interpretación tiene al día de la fecha la insalvable limitación de no poder apoyarse en un conocimiento directo y acabado de cada uno de los nucleamientos y, probablemente, en una estimable cantidad de casos no vaya mucho más allá de una primera impresión. Frente a estas dificultades, y ante la necesidad de contar con este instrumento informativo a la mayor brevedad, hemos optado por dejar librada a la intuición la ubicación de muchos de los nucleamientos, reservando incluso para el futuro inmediato la colocación de algunos de ellos en la categoría que les resulte más apropiada.

Existe, sin embargo, una convicción plena que queremos poner enteramente de manifiesto ahora y es que la corriente más caudalosa de este nuevo despertar anarquista no discurre como

¹³⁸ La primera versión de este trabajo contenía un listado de 60 artículos de estirpe anárquica publicados en páginas web no libertarias a modo de testimonio del interés que retomaba el tema en los comienzos del siglo XXI. Es obvio –y para corroborarlo alcanza con cualquier recorrido superficial por los buscadores de la web– que esa cifra es hoy abrumadoramente superior. Por ese motivo, consideramos innecesario –y fuera de nuestro alcance– realizar tan siquiera una mínima insinuación de registro en tal sentido.

la mera reproducción de las formas tradicionales que adoptara nuestro movimiento en términos históricos ni es el producto de la acción deliberada de sus viejas expresiones orgánicas. Antes bien –y sobre esto habremos de insistir en los comentarios finales– *el nuevo despertar anarquista se produce en un punto de cruce entre ciertas condiciones históricas intransferibles, la defección de los proyectos revolucionarios de mayores circulación y arraigo hasta hace apenas dos décadas y la necesidad de inaugurar un intenso proceso de experimentaciones y de búsquedas en el seno del cual las ideas libertarias recuperan su viejo y perdido lugar.* Por tales motivos, creemos desde ya que las dificultades de ubicación de buena parte de los nucleamientos libertarios y su no adscripción a un modelo de organización y acción bien preciso responde a la ausencia de paradigmas renovados y de contornos nítidos o, mejor todavía, a un indefinido y borroso proceso de elaboración de los mismos. Esta clasificación, entonces, pretenderá reflejar esa situación, e intentará destacar a los nucleamientos que, de un modo o de otro, se ubican más definidamente en esas coordenadas de experimentación y de búsqueda; algo que no impedirá destacar también a aquellos nucleamientos que efectivamente poseen un modelo de organización y acción fundamentado en alguna de las corrientes libertarias de más larga y nutrida trayectoria histórica.

Más allá de esto, se impone una última aclaración. Tal como ya lo precisáramos, nuestra lista ha purgado del listado original de la CRA, hasta donde nos fue posible detectarlo, las referencias no específicamente anarquistas y, por ello, casi no habrán de aparecer aquí nucleamientos que de todos modos dejan sentir una reconocible influencia libertaria en diversos campos –movimientos okupas, ecologistas, antimilitaristas, antiglobalización, juveniles, de comunicación alternativa, etc.– en los cuales seguramente se apoya algo del componente más innovador de la militancia y las preocupaciones anarquistas en América Latina. Será oportuno, entonces, tener especialmente presente que en dichos terrenos se ubica también buena parte de ese proceso de experimentaciones y de búsquedas al que recién hicieramos mención y que las características definidas para nuestro listado vuelven imposible recoger y expresar aquí muchas de sus mayores y mejores potencialidades. Por esta razón y por las dadas

anteriormente, también ahora deberemos contentarnos con lo que no pretende ser más que una aproximación y, *una vez más, intentaremos excusarnos y escudarnos en el carácter de borrador, altamente falible y provisorio, que desde un principio hemos querido darle a este trabajo.*

3.1.– Anarcosindicalistas

Estamos aquí en presencia de lo que, en *Los sediciosos despertares de la anarquía*, hemos conceptualizado como anarquismo clásico. Los nucleamientos que ahora se listarán encuentran sus modelos de organización y acción más remotos en lo que bien podríamos considerar como la “edad de oro” del anarquismo; la que, a nuestro modo de ver, se extiende o se prorroga hasta el momento de la derrota de la gesta revolucionaria española. La enorme mayoría de las organizaciones que fueran la columna vertebral de las luchas anarquistas hasta las décadas del 30, del 40 o del 50 del siglo xx, según los casos, se extinguieron en la larga noche de los tiempos bajo el imperio de circunstancias históricas que les llevaron a perder no sólo actualidad sino también existencia; salvo la FORA, que nunca desapareció formalmente pero que sólo tuvo –desde el ascenso peronista hasta nuestro días– una sobrevivencia pertinaz y entrañable aunque sólo letárgica y testimonial.¹³⁹ Ello no significó, por cierto, la desaparición, la desertión o la ausencia de militantes sindicales anarquistas que, en distintos países latinoamericanos, continuaron ejerciendo su influencia y ejercitando su vocación revolucionaria desde el seno de las organizaciones obreras. Pero es claro sí que tales cosas se inscribieron ya en un marco bien diferente, donde el trastorno de las estructuras productivas, los cambios en la composición de la clase trabajadora, las insinuaciones de Estados “benefactores” que ofrecían marcos nuevos a la negociación laboral y a la “integración” social, el creciente predominio ideológico de las corrientes comunista, socialdemócrata y socialcristiana, etc., fueron confinando las prácticas anarcosindicalistas clásicas en un espacio reducido y de baja intensidad.

¹³⁹ Debe recordarse, como ya lo señaláramos en la nota 9, que la FORA no se consideraba a sí misma como anarcosindicalista; pero que, sin perjuicio de esa precisión, operó como el modelo real de organización y acción de dicha corriente en América Latina.

El reciente despertar anarquista, mientras tanto, reactualiza el interés histórico por el período en que las organizaciones anarcosindicalistas marcaran con su impronta las luchas obreras del continente y, junto con la crisis de las organizaciones sindicales hegemónicas en los últimos 50 o 60 años, ofrece también un marco a la posible reconsideración de aquellas propuestas. Sin embargo, no es seguro que ello represente la posibilidad automática de que nuevas organizaciones asimiladas a aquel viejo esquema puedan contar con un florecimiento inmediato y una proyección cierta que les permita tener los protagonismos de antaño; aunque parece obvio de todos modos que también el viejo anarcosindicalismo ha recogido los frutos del resurgimiento libertario y participa del mismo en un espacio que, de momento, plantea más interrogantes que certezas. Sea como sea, a nuestros efectos, es imprescindible considerar de pleno derecho a las organizaciones anarcosindicalistas como una de las concepciones en presencia; la que, por añadidura, será la que cuente en su haber con el más nutrido y lustroso de los patrimonios históricos.

Entre esas organizaciones, actualmente en proceso de recreación y de irradiación limitada, encontraremos a la ya reiteradamente mencionada FORA en la Argentina, a los núcleos pro-COB de Rio Grande do Sul y San Pablo en Brasil, al Grupo Solidario en Costa Rica, a Solidaridad Obrera y el Grupo Anarquista Germinal en Chile y a la Organización de Propaganda Sindical Revolucionaria Mártires de Cananea en México. Con mayor o menor contundencia, las mencionadas agrupaciones reclaman su adhesión a la AIT o —cuando esto no es tan meridiano— al menos sus simpatías con la misma.¹⁴⁰ No obstante, este tipo de adscripción a ciertas “casas matrices” internacionales debe ser tomado con las debidas precauciones. Por lo pronto, en este caso, es evidente que la escasa cantidad de adhesiones que recoge la AIT en la región no debería ser considerado como una demostración de indiferencia y mucho menos de rechazo, sino como la expresión de una dificultad insalvable para articular las prácticas correspondientes en el actual contexto sindical latinoamericano.

¹⁴⁰ Tal vez deberíamos incluir aquí a la Comisión de Relaciones Anarquistas de Venezuela por cuanto tiene asignada la calidad de Amigos de la AIT en dicha organización. Sin embargo, habida cuenta de que no se trata en realidad de un nucleamiento sindical, preferimos reservar su inclusión en una categoría distinta.

3.2.— “Especificistas”

La denominación de “especificista”, tal como ya lo insinuáramos en su momento, se presta a algunas confusiones que quizá sea preciso aclarar a punto de partida. Desde el ángulo estrictamente léxico habría que considerar como “especificista” a todo grupo que se identificara a sí mismo como anarquista, puesto que, precisamente, ésa es la “especie” teórico-ideológica que se trata de definir. Sin embargo, *la convención generalmente admitida en filas libertarias reconoce y adjetiva como tales a aquellos nucleamientos que, en términos históricos, se han planteado como paralelos a la corriente anarcosindicalista o como alternativos a la misma; sea porque los militantes de la organización específica formaban parte también del sindicato libertario correspondiente y apoyaban de distintos modos su accionar —complementándolo y fortaleciéndolo— o bien porque se mantenían al margen del mismo, respectivamente.*¹⁴¹ Además, es frecuente que los nucleamientos que se inscriben dentro de esta concepción busquen diferenciarse de sus similares reconociéndose como exponentes del “anarquismo organizado”, cuando en realidad no se trata más que de una cierta concepción de la organización anarquista que, en modo alguno, puede ser considerada como la única posible. Esta última inflexión responde a una polémica que ya no parece ser enteramente actual ni adoptar las mismas características y que, en su momento, enfrentó ideológicamente a los “especificistas” con aquellas variantes del anarquismo efectivamente contrarias a la organización y a las que genéricamente cabría reconocer como individualistas.¹⁴²

¹⁴¹ La Federación Anarquista Ibérica, plenamente consustanciada con la Confederación Nacional del Trabajo, es seguramente el mejor ejemplo del primer tipo de relación, mientras que la Federación Anarquista Uruguaya o la Federación Anarco Comunista Argentina, que no tuvieron compromisos mayores con la FORU y la FORA, respectivamente, son casos notorios de la segunda articulación.

¹⁴² Obviamente, hacemos aquí también nuevas concesiones a la costumbre, puesto que uno de los principales sostenedores de las posiciones “organicistas” en el marco de aquellas viejas polémicas, Errico Malatesta, nunca dejó de defender los principios de la libertad individual y de la autonomía grupal en el marco de la organización “específica”. Cabe aclarar, además, que, cuando decimos que la polémica ha perdido parte de su actualidad, estamos ciñéndonos básicamente a los rasgos que parecen estar adoptándose

Incluso, las consideraciones son más complicadas todavía si tenemos en cuenta que bajo el rótulo de “especificistas” se han inscrito, de un modo o de otro, tanto las llamadas federaciones “de síntesis” como aquellas inspiradas en las posiciones “plataformistas”; entre las cuales, el eje polémico fundamental se sitúa en torno de los problemas de la autonomía y de la unidad táctica. A nuestros efectos, bastará de momento que incluyamos a ambos tipos dentro del sublistado correspondiente, pero aclarando desde ya que tanto éste como los restantes problemas de conceptualización del espacio distan mucho todavía de considerarse como plenamente resueltos.

Como especificismo “de síntesis” debe considerarse a la Federación Libertaria Argentina, a la Federación Anarkista de Rio Grande do Sul y al Colectivo Libertario de San Pablo en Brasil y, aparentemente, también a la Federación Anarquista de Río de Janeiro y a la Federación Anarquista Costarricense, actualmente en etapa de construcción. La FLA es miembro pleno de la Internacional de Federaciones Anarquistas y quizá pueda decirse también que los restantes nucleamientos entablan aproximadamente en esa dirección sus afinidades inmediatas y sus correspondientes respaldos extrarregionales.

La situación del especificismo “plataformista”¹⁴³ es considerablemente más variada y compleja. Ya vimos en su oportuno

en América Latina pero no así en Europa y los países anglosajones, donde ahora es la corriente insurreccionalista la que impugna más severamente los supuestos de una organización formal de los anarquistas; algo que, en la región, apenas comienza a insinuarse.

¹⁴³ Corresponde ahora hacer algunas aclaraciones adicionales a lo que ya dijéramos en su momento sobre el “plataformismo”. El término alude a la *Plataforma Organizacional*, redactada en 1926 en París por un grupo de exiliados rusos, entre los cuales se encontraban Néstor Makhno, Piotr Arshinoff, Ida Mett, etc. La *Plataforma* proponía, en alguno de sus aspectos sustanciales y distintivos, un cambio significativo respecto de las formas habituales de organización: es decir, la creación de una Unión General de Anarquistas, la adopción de un único programa de transformaciones y la aceptación de los principios de la responsabilidad colectiva y la unidad táctica. Inicialmente, sus planteos fueron muy discutidos por los que hasta ese entonces se reconocían como “especificistas” y “organicistas” –Malatesta, Fabbri, Faure, etc.– y no jugó un papel demasiado relevante hasta que en los años 50 se comenzó a rescatar sus bases por parte de algunos nucleamientos franceses e italianos. En los países de habla hispana fue prácticamente ignorada hasta bien avanzada la década de los 90.

momento que como tales debía considerarse a la Organización Socialista Libertaria, Rojo y Negro Comunismo Libertario, la Organización Revolucionaria Anarquista y el Colectivo Comunista Libertario en la Argentina; a la Organización del Poder Popular Libertario en Bolivia; a los nucleamientos que giran alrededor del Forum del Anarquismo Organizado y a la União Popular Anarquista en Brasil; a la Organización Comunista Libertaria, el Colectivo de Agitación Libertaria y el Movimiento Libertario Joaquín Murieta en Chile; a la Alianza Comunista Libertaria en México; a Qhispikay Llaqta en Perú y, por último, a la Federación Anarquista Uruguaya, la Organización Libertaria Cimarrón, la Federación Libertaria y Bandera Negra en Uruguay.

Cabe añadir ahora que esta constelación de agrupaciones ha dado lugar a diferentes círculos de mayor afinidad; algo que, en cierto modo, pone en evidencia las dificultades para arribar a un proyecto compartido entre todas sus expresiones y cuestiona severamente, por lo tanto, la propia lógica constitutiva del “plataformismo” en tanto tal. Por un lado, se mantiene en una versión reducida la Coordinación Anarquista Latino Americana (CALA); compuesta actualmente por la Federación Anarquista Uruguaya, la Federación Anarquista Gaúcha y el Forum del Anarquismo Organizado de Brasil. Paralelamente, la Organización Socialista Libertaria de la Argentina y la Organización Comunista Libertaria de Chile parecen guardar entre sí mayor afinidad que con el resto de los emprendimientos “plataformistas”; incluso aunque todos ellos reconozcan una pertenencia internacional más inclusiva en Solidaridad Internacional Libertaria.¹⁴⁴ Por último, se perfila también una coordinación separada entre la Alianza Comunista Libertaria de México, la Organización Revolucionaria Anarquista de la Argentina y la União Popular Anarquista de Brasil; las que ya han producido algunos llamamientos y comunicados conjuntos.¹⁴⁵

¹⁴⁴ A efectos ampliatorios, debe consultarse nuevamente el material citado en nota 25 y también la página web de Solidaridad Internacional Libertaria: <http://www.ils-sil.org/cas/index.htm>.

¹⁴⁵ Véase, por ejemplo, la declaración realizada por las tres organizaciones en ocasión del último 1° de Mayo en http://www.kaosenlared.net/noticia.php?id_noticia=34592.

3.3.– “Informales”

La corriente que en términos de modelo organizativo hemos caracterizado como “informal” resulta ser tanto una réplica actual de los esquemas prevalentes en el anarquismo histórico como un rescate teórico-ideológico consistente y enérgico de las prácticas insurreccionales clásicas. Su incorporación al espectro de corrientes libertarias en Latinoamérica es relativamente reciente y quizá quepa considerarla potencialmente –si no en todos, al menos sí en buena parte de los casos– como una asíntota de lo que en Europa se entiende por insurreccionalismo; una concepción fecunda y abierta que frecuentemente es reducida en términos espectaculares a sus expresiones violentas y que, en esa medida, termina siendo tan vilipendiada como desconocida por propios y ajenos.¹⁴⁶ Su aparición en el tiempo, entonces, impide todavía una visualización clara y por ello es preferible hablar antes de “informalismo” organizativo que de un insurreccionalismo plenamente constituido como tal. En ese sentido limitado podrá decirse, por lo tanto, que en algunos países latinoamericanos –la Argentina, Uruguay, México y quizá también, por indicios parciales, en Chile, Ecuador y Venezuela– comienza a abrirse paso con fuerza variable una corriente impugnadora de los modelos organizativos tradicionales. Incluso, es muy probable que la propia naturaleza mercurialmente inasible de tales grupos encubra una incidencia mucho mayor de la que está en condiciones de detectar un trabajo de relevamiento con las características del presente. Es factible, por ejemplo, que ésta sea la concepción prevalente a nivel de las diferentes expresiones “nacionales” de la Cruz Negra Anarquista.

¹⁴⁶ Sobre el insurreccionalismo es oportuno consultar, entre otros textos, *Algunas notas sobre anarquismo insurreccional* de Killing King Abacus y, sobre todo, de Alfredo Bonanno, *La tensión anarquista y Cuestiones de organización. 31 tesis insurreccionalistas*.

3.4.– Anarco-punks¹⁴⁷

Los grupos anarco-punks parecen ser –en América Latina al menos– una de las principales vertientes a través de las cuales se expresa el reciente despertar anarquista. Nacidos en forma virtualmente espontánea, productos de un contagio no deliberado, resultados de una cultura en la que se fusionan la desesperación existencial, el desencanto político, la rebeldía generacional y el repudio radical a las instituciones, *los grupos anarco-punks se han transformado en uno de los vectores especialmente fértiles para la circulación y multiplicación de propuestas libertarias*. Sus formas comunicativas son heterodoxas y se manifiestan habitualmente como contraseña generacional más que como un lenguaje susceptible de traducirse en forma inmediata a los códigos políticos del momento. Han establecido ya encuentros y redes propias, con identificaciones dispares respecto del movimiento más inclusivo del que naturalmente forman parte y con una impronta subcultural distintiva, fuerte y de contornos bien dibujados. Sus agrupamientos parecen ser altamente provisorios, extraordinariamente plásticos y con cierta tendencia a la renovación de los elencos que les dan vida y animación. Quizá se trate menos de una concepción redonda y abarcativa que de una vía de acceso y de una forma expresiva diferente y bien reconocible; razón por la cual no se trataría de una corriente en el mismo sentido en que lo son las mencionadas anteriormente y con el mismo margen de completitud. En algunos casos, además, los grupos anarco-punks han experimentado un proceso de transformación interna y dado lugar a nucleamientos basados en otro tipo de identificaciones. Por estos motivos y algunos otros, intentar un listado de sus nucleamientos y sopesar su gravitación real es bastante más difícil que en el caso de las corrientes tradicionales. Incluso, es de tener en cuenta que su presentación no es uniforme y en muchas ocasiones adopta el aspecto de una banda de rock pero en otros casos también la forma de una distribuidora, un fanzine, un grupo promotor de la alimentación vegana, etcétera.

¹⁴⁷ Dado el elevado número de grupos que revistan en esta categoría, una vez más prescindiremos de su enumeración; la que, de todos modos, puede ser realizada por todo aquel que tenga interés en hacerlo, bastando para ello la simple agregación de los nucleamientos que hemos clasificado de tal forma, bajo el rótulo de contraculturales, en nuestra reseña país por país.

Sin perjuicio de las características reseñadas, es imprescindible señalar que varias agrupaciones anarco-punks apuntan a trascender los ámbitos locales, afinan sus definiciones ideológicas y también se dan formas organizativas más complejas que las de meros grupos locales de estirpe básicamente expresiva. Así, la Internacional Anarco Punk acepta ciertos ámbitos restringidos de manifestación: “Tenemos la música, el teatro, la indumentaria, la poesía, la alimentación, las comunidades, los espacios libertarios, como formas de luchas relativas a la contracultura punk, que está al margen de la sociedad capitalista”. Pero ello no impide la adopción de formulaciones que se expliquen en un mayor nivel de abstracción: “Las características ideológico-culturales de la I.A.P. son, en resumen, las mismas que las de la pluralidad de la filosofía anarco punk; es decir: diversidad sexual y de etnias, anti-autoridad, anti-sexismo, anti-militarismo, anti-capitalismo, anti-fascismo, anti-homofobia, anti-especismo, apoyo mutuo,... además de en contra de cualquier imposición dogmática, manipulación o superioridad religiosa: somos anarquistas”. La propia I.A.P. ha realizado encuentros bianuales en forma regular y afirma contar con adherentes en la Argentina, Brasil, Colombia, Chile, Perú y México además de sus grupos europeos y estadounidenses.¹⁴⁸

3.5.– Identitarios y temáticos

Corresponde hacer hincapié ahora en una serie de grupos cuyo eje de actuación está centrado en conflictos sociales de mayor parcialización, aunque no por ello menos importantes. No se trata, por cierto, de considerar que todas estas áreas de preocupación sean enteramente nuevas pero sí lo es el hecho de que las mismas dan lugar ahora a nucleamientos que se consideran virtualmente “completos” y “autosuficientes” en sí mismos y no, como fue tradicional en el pasado, en tanto secretarías o comisiones de una organización anarcosindicalista o una federación específica: una situación para nada despreciable y sobre la que habrá que volver en nuestras reflexiones finales.

¹⁴⁸ Para lo relacionado con definiciones y adhesiones de la Internacional Anarco Punk, consúltese la página <http://espora.org/iap/>.

El primer tipo de grupos en el que habremos de reparar cuenta con un prolongadísimo y justificado linaje en tiendas libertarias: el de quienes se ocupan prioritariamente del apresamiento de anarquistas en particular o de la situación carcelaria en general. El resurgimiento anarquista también está asociado, por supuesto, con una nueva oleada represiva que, en distintos puntos, deja ya sentir sus efectos y, muchas veces también, su saña y su crueldad. En muchos lugares del mundo ha comenzado a retomarse, entonces, esa vieja práctica libertaria: la creación de comités de solidaridad con compañeros presos; de forma tal que sea posible reducir las operaciones de secuestro y aislamiento estatal. Ello se inscribe fundamentalmente en el marco de las redes internacionales de la Cruz Negra Anarquista, la que auspicia la creación de grupos locales, generalmente autónomos, no totalmente comprometidos con ninguna de las expresiones particulares del movimiento libertario y que, por lo tanto, pueden llegar a proponerse como una instancia de acción conjunta en torno de un tema que es especialmente sentido, en el que se atenúan las diferencias y en el que se hacen inmediatamente viables las prácticas de solidaridad. En América Latina, existen ya colectivos con esas características y es de suponerse que las circunstancias y algunos efectos de arrastre favorezcan también su inminente multiplicación, tal como parece estar ocurriendo. De momento, se ha podido localizar secciones de la Cruz Negra Anarquista en la Argentina, en Brasil, en Colombia, en Costa Rica, en Dominicana, en México, en Uruguay y en Venezuela. Dentro de la misma categoría, aunque con ciertas especificidades, hay que reconocer además la existencia del grupo de prisioneros políticos Kamina Libre en Chile y de la Coordinadora Anti-carcelaria del Río de la Plata.

En íntima relación con los anteriores y abocados también al enfrentamiento práctico de otra de las instituciones represivas clave del Estado –nada menos que las fuerzas armadas– es de importancia destacar la existencia de grupos antimilitaristas y contrarios a la institucionalización compulsiva del servicio militar. Naturalmente, el surgimiento de tales grupos depende fuertemente de que tal o cual país cuente efectivamente con un servicio militar obligatorio y que éste sea a su vez objeto de un repudio extendido entre la población juvenil que oficia como víctima involuntaria del mismo.

Esa problemática sólo parece reunir tales condiciones en Chile y allí encontraremos a los grupos GOKE y Ni casco ni uniforme. Pero la suya no es, afortunadamente, una acción aislada y desconectada del resto de los países latinoamericanos. Tanto es así que en mayo del año 2004 se celebró en Chile –en coordinación con la Internacional de Resistentes a la Guerra– un Encuentro Internacional sobre Antimilitarismo y Objeción de Conciencia que contó con participantes de varios países de la región y de España.

Más extendida es la presencia de grupos feministas, los que tienen frente suyo un vasto campo de actuación. En este rubro encontraremos a Mujeres Libres de Buenos Aires en la Argentina, a Mujeres Creando en Bolivia, al Colectivo Lua y el Grupo Anarco-Feminista Dandara en Brasil, a Ishachishacta y Polikarpa y sus viciosas en Colombia, a Mujeres Creativas y Amazonas al Choke en Chile, a Hijas de Eva en Ecuador, a un innominado grupo de reflexión sobre la condición femenina en el espacio del Centro Social Libertario Ricardo Flores Magón en México y a Las Decidoras en Uruguay. Se nos ocurre además que, tal como ya lo hemos dicho en otras ocasiones, esta reseña no puede ser más que un tímido reflejo de una situación real en la que seguramente tienen cabida actividades libertarias bastante más prolíficas que aquellas de las que nuestro relevamiento está en condiciones de dar cuenta.

Más tentativa es la actuación de grupos a los que podríamos calificar tal vez impropriamente de “indigenistas”. En sentido estricto solamente hemos encontrado dos grupos mexicanos que se reconocen expresamente como tales desde su misma denominación: el Consejo Indígena Popular de Oaxaca Ricardo Flores Magón (CIPO-RFM) y las Organizaciones Indias por los Derechos Humanos de Oaxaca; los que, si bien no se reivindicán enteramente como anarquistas en sentido estricto, sí lo son en un sentido ideológico amplio, en sus conexiones orgánicas con grupos y redes específicas tanto como en sus prácticas autónomas y de acción directa. Asimismo, se conocen actividades de apoyo a las comunidades originarias por lo menos en Bolivia, en Chile, en Perú y en Venezuela; países en los que existe una gravitación real del problema indígena y una movilización social reconocible en tal sentido.

Por último, también debemos incluir aquí a grupos reclinados hacia la acción ecologista: la Agrupación de Ideas Libertarias de Entre Ríos y el zine Tu libertad en la Argentina; el Colectivo

Ambientalista Revolucionario Autónomo de Manaus y el Movimiento Ambiental Revolucionario en Brasil; Sonora Earth First en México; y, finalmente, el Colectivo Herencia Verde en Venezuela. Es probable, a su vez, que no estemos forzando excesivamente el criterio si incluyéramos también a la Comunidad del Sur, de Uruguay, la que si bien responde a un proyecto de mayor amplitud, ha concentrado desde hace una buena cantidad de años quizá la mayor parte de sus trabajos precisamente en este campo.

Más allá de esta módica enumeración, cabe conjeturar que la militancia libertaria en estos terrenos muy probablemente no se distinga por la creación de grupos específicos sino por su dilución en el seno de movimientos más amplios. Un caso del mismo signo pero más notorio todavía es el del movimiento okupa, en el que no hemos podido localizar ningún grupo que se considere a sí mismo como estrictamente anarquista pero en el que es más que sabido existe una fuerte presencia y animación libertarias. Seguramente esto es así por cuanto la propia impronta de todos estos movimientos ya contiene una proximidad cierta con propuestas y valores libertarios o al menos admite constituirse como un campo especialmente propicio de oportunidades y de elaboraciones normalmente huidizas para lo que ha sido tradicional en las tendencias de la izquierda convencional, tanto la parlamentarista como aquella que se reclama de intención revolucionaria.

3.6.– “Autónomos”

En forma enteramente arbitraria y ante la falta de una denominación sintética mejor, llamaremos “autónomos” a *todos aquellos nucleamientos que no participan enteramente de ninguno de los paradigmas históricos fuertes del anarquismo militante y tampoco limitan su accionar en torno de alguno de los movimientos sociales o ejes temáticos que se han ido volviendo más o menos clásicos en el correr de los años.*¹⁴⁹ El campo de experimentaciones y de búsquedas, de construcción más o menos urgente de nuevos modelos de organización y acción, encuentra a este nivel una de

¹⁴⁹ Como se pondrá rápidamente en evidencia, la definición de los grupos “autónomos” que estamos dando ahora es ligeramente más restrictiva de la que manejamos en la sección 1 de este trabajo. Ello es así por cuanto en esta ocasión es necesario realizar un énfasis mayor en ciertas orientaciones generales que tenían un peso menor cuando hicimos la enumeración de grupos país por país.

sus expresiones más rotundas;¹⁵⁰ *aunque de ningún modo pueda decirse que ello será una prerrogativa exclusiva y excluyente de estos grupos*. Es obvio que ese proceso de recreación es asumido también por buena parte de los nucleamientos que ya hemos integrado en las categorías anteriores, pero ahora queremos distinguir a aquellos que, dentro de esa corriente de cambios, tienen un anclaje tradicional menor y que, simultáneamente, parecen querer asumir no sólo algunos aspectos parciales sino todas o la mayor parte de las exigencias y en su mayor grado de abstracción. En este nivel, además, quizá nos hubiéramos dejado llevar por la tentación de listar, lisa y llanamente, a todos aquellos nucleamientos no incluidos en ninguna de las categorías anteriores; aun aceptando que ello no deja de ser un ejercicio optimista de conocimientos que no poseemos y que no están momentáneamente a nuestro alcance. Una segunda tentación tal vez nos incitaría a dejarnos llevar por la denominación e incorporar también aquí a los nucleamientos que se han dado a sí mismos un nombre provocativo y poco convencional; pero es seguro que así estaríamos violentando, con alta probabilidad, las intenciones reales de los grupos y guiándonos por una impresión subjetiva que puede no guardar una asociación estricta con la significación que queremos marcar. Ante estas dificultades, tal como ya lo hemos hecho en la clasificación país por país hemos optado por reducir al mínimo este tramo del listado, incluyendo provisoriamente sólo a quienes ofrecen algunas lecturas insinuantes que probablemente contengan en esbozo el aludido esfuerzo de recreación y concibiendo el resultado apenas como un recipiente abierto que esperamos, entusiastamente, ir colmando en el futuro inmediato. No quedan dudas, por otra parte, que a este nivel habrá de producirse más de una irritación que *no es nuestra voluntad provocar*: seguramente no habrán de estar todos aquellos que querrían reconocerse a este nivel –sin que ello implique, desde el lugar en que nos ubicamos,

¹⁵⁰ No se nos oculta a nosotros ni queremos ocultarlo a los demás que, muy probablemente, estemos dejando entrever con esta apreciación más nuestros deseos –y quizá también nuestras simpatías y afinidades– que las intenciones expresas de los nucleamientos que habremos de incluir en esta categoría. Sin embargo, es probable que no nos equivoquemos demasiado si con el concepto abarcamos ya no sólo a quienes han emprendido una deliberada tarea de renovación teórico-ideológica sino también a quienes tienen la intuición de esa necesidad y sus pasos –sean firmes o vacilantes– son interpretables y adquieren sentido en esa dirección.

intención alguna de marginación– y, probablemente, habremos de incurrir también, en ciertos casos, en el error de ubicar a quienes preferirían gozar de una caracterización diferente. Sea como sea, en ningún otro lugar nuestro intento clasificatorio correrá mayores riesgos ni cometerá más equivocaciones que ahora y *no podremos hacer otra cosa que apelar nuevamente a la reiterada disculpa de sostener que el tiempo y los conocimientos disponibles no nos han permitido una mayor precisión y que, de todos modos, no creemos estar realizando mucho más que una segunda pero todavía provisoria aproximación al mapa del despertar anarquista latinoamericano*.

Hechas estas salvedades y asumiendo deliberadamente un carácter más que tentativo, consideraremos ahora claramente como “autónomos” *al menos* a la mayoría de los nucleamientos argentinos que ya describimos como tales, agregando también en este momento a quienes hemos clasificado como “informales”; al Grupo de Apoyo a los Movimientos Sociales, a Combate y a Quilombo Libertario en Bolivia; a los grupos ya integrados de este modo en Brasil; al Colectivo Anarquista Libertad y Solidaridad de Costa Rica; a Bandera Negra, Red Anarquista del Sur y Corriente Revolución Anarquista de Chile; a Reincidiendo por la Libertad y Miliciano Urbano en Ecuador; al Colectivo Autónomo Magonista, Hijos del Pueblo y seguramente alguno más que se nos escapa en esta oportunidad, en México; a Yacta Runa y Minoría Activa de Perú; al Taller Anarquista, Bisagra, la Biblioteca Anarquista del Cerro y el Ateneo Anarquista de Villa Española en Uruguay; y, por último, a la Comisión de Relaciones Anarquistas y los grupos que le son afines en Venezuela.

4.– El despertar anarquista: (in) conclusiones e interrogantes

Hemos llegado al final del recorrido que nos hemos impuesto y ahora tenemos frente nuestro el mapa del despertar anarquista latinoamericano según los tres criterios que definiéramos en lo previo. Algunas opacidades, mayores y menores, grandes y pequeñas, habrán de subsistir todavía y seguramente se renovarán durante un buen tiempo más; pero, de todos modos, creemos estar en condiciones de realizar ciertas interpretaciones que nos parecen ajustadas y pertinentes. Sabemos desde ya que

estas interpretaciones –algunas de las cuales fueron anticipadas en los desarrollos precedentes– no serán universalmente gratas y *no podremos ni queremos ocultar nuestras preferencias y las orientaciones que, desde nuestro punto de vista, será imperioso defender*. No habrá aquí, por lo tanto, opiniones con vocación de unanimidad sino polémicas y discrepancias en ciernes. Sin embargo, hay una convicción absolutamente firme y sin atisbo alguno de demagogia o zalamería que debe quedar enteramente clara a punto de partida: luego de haber listado –incompletamente, de lejos y con dudosa aproximación– más de trescientos espacios de actividad específicamente libertarios en América Latina *no descubrimos en parte alguna enemigos, adversarios o rivales así como tampoco traidores o descarriados*. Habrá, por supuesto, formas distintas de concebir la militancia anarquista que tal vez no se reconozcan como recíprocamente familiares; habrá también concepciones y tendencias que quizá no se encuentren en condiciones de producir una convergencia inmediata convincente y perdurable; *pero –al menos desde nuestro punto de vista– también hay una caótica, dispersa y entrañable nube de puntos que sólo podemos concebir como el espacio fraternal e insustituible del compañerismo*. Nuestro movimiento podrá ser abrumadoramente pobre o reconocidamente marginal y jamás imputará como suyos otros recursos que los que hayan de derivarse sin duda alguna de su propio trabajo, de su propio esfuerzo o de su propia osadía; pero siempre habrá de recurrir –espontáneamente, en forma natural y poco problemática o por deliberada recuperación– con esa riqueza intangible que ningún libro de contabilidad tendrá la capacidad de registrar y que no es otra cosa que la desmesura, la exageración y hasta el paroxismo de la solidaridad y la empatía con nuestros iguales del ancho mundo. *En el momento de la reflexión en profundidad y de las (in)conclusiones –por muy discutibles que éstas puedan ser– ésa será la apuesta de la que no queremos abdicar*.

1.– Lo primero que creemos necesario responder y fundamentar es la caracterización misma de nuestro trabajo: ¿existen realmente fuertes elementos de prueba empírica que nos permitan hablar, sin ilusión alguna de nuestra parte, de un despertar anarquista latinoamericano, de un escenario histórico en el que

un renovado flujo libertario deja oír sus voces de protesta y de creación con fuerza y convicción mayores de las que sentimos, por ejemplo, cinco, diez o quince años atrás? La respuesta a esta pregunta clave es, sin duda alguna, fuertemente afirmativa.¹⁵¹ Si hubiéramos intentado trazar el mapa del anarquismo latinoamericano en todos o en cualquiera de los quince o veinte años anteriores, seguramente nos habríamos encontrado –como tendencia, obviamente– con una presencia cada vez más raleada a medida que nos alejábamos del momento actual. Naturalmente, hay grupos que aparecen y desaparecen y también organizaciones más firmemente constituidas que pueden acreditar una presencia regular prolongada; pero *la corriente que tenemos frente nuestro parece manifestarse más claramente en el sentido de una presencia con buscados elementos de novedad, asumiendo dimensiones progresivamente crecientes y con ribetes cada vez más audaces y confiados en sí mismos*, aunque esta afirmación, lógicamente, está más de acuerdo con el panorama continental en su conjunto que con lo que pueda haber ocurrido y estar ocurriendo en algún país en particular. Si tomáramos, por ejemplo, el momento de surgimiento de las diferentes presencias que hemos encontrado –o, para ser más formales, la fecha de fundación de los agrupamientos– la conclusión a la que habría que arribar es que *sólo un pequeñísimo puñado de ellos puede reclamar un origen anterior a los años 80, un conjunto algo más amplio vio por primera vez la luz en el transcurso de esos diez almanaques y una apreciable mayoría de los núcleos libertarios ha hecho su ingreso a la escena política latinoamericana en la última década o, quizás, incluso en el último lustro*. Para aquilatarlo quizás alcance con señalar que en el presente relevamiento hemos registrado *el doble de agrupamientos* que en la versión anterior del mismo, realizada cuatro años atrás. Precisamente de esta concentración reciente de alumbramientos y presencias, de esta densificación mayor de expectativas e ilusiones, de esta recurrencia casi simultánea en un horizonte

¹⁵¹ Resultará inmediatamente obvio que tanto esta reflexión como las siguientes no están basadas exclusivamente en el listado que acabamos de brindar sino que, además del mismo, será necesario añadir el conocimiento parcial adquirido sobre muchos de los agrupamientos, el conocimiento panorámico sobre la situación de cada país y también un cierto componente de especulaciones y conjeturas que no nos parece oportuno ni honesto ocultar.

que se creía perdido, apagado y anecdótico; *precisamente de eso estamos hablando cuando hacemos referencia al despertar anarquista latinoamericano.*

Ahora bien: ¿es esto casual? La respuesta a esta nueva pregunta no puede menos que ser, ya mismo, rotundamente negativa. Las razones de este despertar no pueden ser graciosamente simplificadas, operan en múltiples dimensiones y tienen rasgos propios en cada país; pero no tendría que haber demasiado lugar para la discusión si sostenemos que todas ellas deberían ser contextualizadas y rastreadas en el escenario histórico en que tienen lugar y en el que se dibujan sus condiciones de posibilidad. Este nuevo despertar anarquista latinoamericano no es –no podría ser– el resultado aluvional y curiosamente coincidente de una lejana decisión histórica adoptada por organizaciones ya desaparecidas o el previsible producto de una épica centenaria sin solución de continuidad que alguna vez tendría que ofrecer sus esperados frutos. Nada de ello parece ser una explicación satisfactoria y suficiente: tanto el pasado remoto como el más próximo representan un incuestionable flujo de aportes, de enseñanzas y hasta de ejemplaridades éticas de las que no estamos dispuestos a renegar; *pero este despertar sólo puede ser entendido si se lo inscribe en un campo más vasto de consideraciones y complejidades, si se lo ubica en el escenario histórico que le corresponde y si se lo concibe como un momento fundacional y distinto, con sus propias claves y con sus propias exigencias; las que ya no habrán de ser –ni tendrán la posibilidad de ser– una copia fiel de sus lejanas matrices sino que están urgiendo, ahora y desde hace un buen tiempo, a transitar en forma colectiva, expresa y deliberada un proceso de reinención anarquista.*

La topografía misma de nuestro despertar está revelando en este preciso instante que éste no circula prevalentemente por los senderos tradicionales e históricamente paradigmáticos sino que sus avenidas más anchas se sustentan sobre un humus de experimentaciones y de búsquedas; las que, a su vez, se encuentran fuertemente condicionadas por el devenir de los nuevos movimientos sociales. En líneas generales, esto se corresponde con un período histórico al que hemos considerado como propio de un cierto anarquismo postclásico que todavía no ha definido algunos de sus rasgos distintivos ni tampoco todos sus principios

teóricos articuladores. No obstante ello, lo que sí es definitivamente claro es que este anarquismo postclásico necesita responder a las mismas pautas de formación que sus antecedentes: una crítica radical de toda forma de poder de unos hombres sobre otros y una ética intransigente de la libertad. Y que, por lo tanto, no puede menos que constituirse como una reelaboración creativa de los mismos y de la historicidad en la cual se inscribe.¹⁵² Por ello, la canalización necesaria de este nuevo despertar libertario es también un esfuerzo de transformación y construcción que habrá de apoyarse más sobre la interpretación y el desciframiento de un tiempo nuevo y de sus acuciantes demandas que en la repetición y la prolongación genéticamente pura de su pasado. Una vez más, como en los tiempos de Bakunin o en los de la Unión Anarquista Italiana de sus peripecias iniciales, habrá que producir una síntesis inédita en la cual reverberen el contexto cultural e ideológico de la época, las condiciones sociales, políticas y económicas particulares de cada región y de cada país en que tal acontecimiento teórico-ideológico tenga lugar y, por último pero muy especialmente, la experiencia, las vibraciones y el impulso recogidos en las luchas populares que allí representan su propio drama a través de los movimientos sociales que realmente las encarnan.

Ésta parece ser, en resumidas cuentas la principal clave interpretativa del despertar anarquista en América Latina. Lentamente, en dosis homeopáticas e inicialmente imperceptibles, *desde los años 80 pero sobre todo desde la década del 90 del siglo pasado fue acumulándose un cierto bagaje de oportunidades y una cantidad de gestos militantes que apuntaron a abrazarse con ellas y a extraerles el mayor partido posible.* El campo de las

¹⁵² La fundamentación subyacente de esta afirmación está contenida, con cierto desarrollo, en el cuerpo central de nuestro trabajo *Los sediciosos despertares de la anarquía*. En líneas generales, allí intentamos situar un esbozo de la evolución histórica del movimiento anarquista –sin que ése fuera el objetivo central del trabajo ni constituyera tampoco su principal eje expositivo– según ciertos modelos prevalentes de organización y acción que se corresponden con períodos relativamente precisos. A nuestro modo de ver, esa evolución pasa por un período “clásico” y prevalentemente anarco-sindicalista, se continúa en un período “de transición” que será predominantemente “especificista” y desembocaría contemporáneamente en un período “postclásico” cuyo perfil práctico-organizativo básico se constituiría alrededor de los nuevos movimientos sociales y se distinguiría por la formación de redes.

oportunidades fue ensanchándose con premura en algunos casos y con exasperante lentitud en otros. El estrepitoso derrumbe del mal llamado “socialismo real” reactualizó casi a velocidad de vértigo algunas tesis que se creyeron ya arrumbadas y herumbreadas en tiempos del ascenso bolchevique y a las cuales se extendió luego un nuevo pasaporte sepulcral en los tiempos más próximos de la frustrada Revolución Española. Casi inmediatamente, el *revival* capitalista y democrático, bajo su nuevo ropaje neoliberal, se presentó en los primeros años 90 dispuesto a hacer su agosto y a tomarse su cruel revancha de las crisis, las vacilaciones y los temores padecidos durante las décadas anteriores; y, sin embargo, se precipitó en el fin de siglo con una deblacle de estremecimientos varios que todavía está muy lejos de haber llegado a su punto de conclusión. Fue precisamente en ese cruce de opciones políticas en bancarrota que el pensamiento libertario comenzó a recuperar, una vez más, su vieja y belicosa vitalidad. Contaba en esos primeros años 90 con un cuerpo razonablemente importante de propuestas y de experiencias en distintos campos y se apoyaba, además, en una cierta cultura política radical, minoritaria pero remozada, en los emergentes márgenes del *establishment*, donde se había generado ya una cierta orfandad de ideas nuevas y se afirmaba una cierta pérdida de credibilidad en las alternativas revolucionarias hegemónicas durante los años 60 y 70. Algunas ideas que nos eran familiares y hasta distintivas –acción directa, autonomía, autogestión– comienzan a ganar terreno y a incorporarse como recursos doctrinarios inmediatos al intenso proceso de experimentaciones y de búsquedas de los nuevos movimientos sociales. En esa atmósfera, las filas anarquistas –con sus viejos y también con sus recientes antecedentes de intransigencia y de lucha– aparecían por enésima vez con las manos llenas de entregas generosas y limpias de toda contaminación en las proximidades del poder: sólo faltaba ponerlas a trabajar y así ocurrió, fundamentalmente en torno de las nuevas luchas, los nuevos enfrentamientos y las nuevas rebeliones de nuestro tiempo.

2.– El análisis país por país del mapa anarquista latinoamericano no nos permite todavía, al menos en el actual estado de nuestra exploración, extraer mucho más que algunas sugerencias. En principio, resulta notorio que existen disparidades bastante

pronunciadas y que el movimiento presenta desarrollos muy diferentes según el país de que se trate. *Esos desarrollos parecen estar asociados con varios factores simultáneamente: las dimensiones del país, su grado de urbanización, sus posibilidades de acceso a las producciones culturales contemporáneas, su densidad comunicacional, su dinámica política más reciente y también la existencia o no de actividades libertarias continuadas a lo largo del tiempo*, entre otros. Todo ello resulta en un mosaico de singularidades y de combinaciones variables que difícilmente den lugar a una explicación genérica y, mucho menos, a previsiones medianamente ajustadas sobre el futuro inmediato. No obstante, quizá sea posible sostener desde ya que el desarrollo relativo del movimiento y la proliferación de grupos parece ser mayor en países como la Argentina, Brasil, Chile, México y Uruguay;¹⁵³ presenta una situación intermedia en lugares como Bolivia, Costa Rica, Perú y Venezuela; cuenta ya con un cierto recorrido en Colombia y Ecuador, es incipiente en Dominicana, El Salvador, Guatemala, Panamá, Paraguay y Puerto Rico; y, por último, demora todavía en manifestarse en el resto de la América Central y el Caribe.¹⁵⁴ Curiosamente y no tanto, tal vez sea posible afirmar también que precisamente en aquellos países en que se ha dado un mayor desarrollo relativo es donde el movimiento presenta una geografía más diversificada y problemática. Es en ellos donde se evidencia más intensamente la variedad de tendencias y corrientes y, probablemente, también una existencia exageradamente polémica, quizá conflictiva y atravesada por reyertas intestinas que, en lo sustancial, están seguramente fuera de época.

Esta constatación no puede dejar de merecer la mayor atención. Ello es así por cuanto la dinámica propia de un despertar, de un rejuvenecimiento, de una renovación de expectativas como la actual, no se mantiene indefinidamente en el tiempo

¹⁵³ Debería ser innecesario explicar que por “desarrollo relativo” no estamos aludiendo a otra cosa que a la diferencia de proyección libertaria entre unos países y otros. Y es claro que no estamos refiriéndonos más que a un movimiento que no es de multitudes sino minoritario y marginal **en todos los casos**. La distinción, entonces, apunta a situar apenas una cierta graduación en lo que no puede considerarse más que como un punto de arranque.

¹⁵⁴ Nótese que hemos excluido a Cuba de estas apreciaciones. Ello obedece a que las tendencias que podemos observar en el resto de los países aquí se encuentran contenidas y encauzadas por las proscipciones y los controles estatales.

sino que tiende a agotarse como tal en un lapso no excesivamente prolongado.¹⁵⁵ *Más allá de esos períodos primaverales, las exigencias que puedan depositarse sobre el movimiento anarquista serán de naturaleza muy diferente y seguramente expresarán la demanda de una práctica continuada –coherente con las expectativas iniciales– y de una responsabilidad más activa y de mayor peso en relación con los procesos sociopolíticos.* Generar la capacidad colectiva para responder satisfactoriamente a tales exigencias es, entonces, un desafío distinto al que suelen plantear resurgimientos relativamente bruscos como el presente. Sin perjuicio de esta convicción, es necesario decir que la intensidad, el ritmo y las características del despertar se dibujan siempre sobre el telón de fondo de las especificidades de cada país e incluso –al menos en aquellos de grandes dimensiones, como la Argentina, Brasil y México– de su propia diversidad regional. Por ello, la clausura satisfactoria del período correspondiente al despertar y los saldos que de él puedan extraerse son globalmente imprevisibles y altamente dependientes de las condiciones de posibilidad que ofrezca cada país en su articulación con las orientaciones que cada movimiento libertario local haya sabido darse. Es muy probable, por ejemplo, que en un país de desarrollo libertario intermedio pero de baja conflictividad interna y extraordinarias posibilidades de irradiación inmediata, como Bolivia, se cierre el período en mejores condiciones que en Uruguay, aun cuando éste cuente con una presencia anarquista más continuada a lo largo del tiempo y ésta sea hoy circunstancialmente más fuerte.

De cualquier manera, lo que interesa retener ahora, como una de las tantas conclusiones que hemos intentado hilvanar, es que, en términos continentales, *estamos frente a un despertar anarquista que se nos ha presentado, país por país, en su exuberante variedad de intensidades y de formas; que esta etapa de desarrollo difícilmente pueda conservar sus virginales características indefinidamente; y que, por último, su desembocadura y su futuro dependen en grado extremo de lo que cada movimiento anarquista local esté en condiciones y en disposición de realizar, por sí mismo y en relación con los demás.* A esto último tendremos que darle una atención especial en el remate de este análisis.

¹⁵⁵ Ésta es, precisamente, una de las advertencias fundamentales que hemos realizado en *Los sediciosos despertares de la anarquía*, con ejemplos y argumentaciones que no es del caso repetir aquí y a los cuales remitimos.

3.– *Una de las cosas que nuestro listado parece dejar rotundamente clara es la diversidad de respuestas organizativas adoptadas por el movimiento anarquista en América Latina en el actual escenario histórico.* Ello es así no sólo en lo que tiene que ver con las concepciones o modelos asumidos en forma más o menos expresa sino también en relación con el porte organizativo que se ha sido capaz de asumir. A diferencia de lo que ocurría en tiempos del anarcosindicalismo histórico o en las épocas más próximas del “especificismo”, prácticamente no existen, en país alguno, federaciones nacionales que puedan reclamar para sí una representación amplia y genuina de la totalidad del movimiento anarquista o, al menos, del grueso de sus huestes. Lo normal es encontrar que, en aquellos países donde existen organizaciones con vocación de alcance nacional, se establecen también agrupaciones regionales y de base, agrupaciones contraculturales, identitarias y temáticas o simplemente publicaciones que reivindican implícitamente formas autónomas de actuación. Más aún, *casi estaríamos tentados de afirmar que, embriológicamente, tal como lo demuestran los países de desarrollo libertario incipiente, los recorridos comienzan a partir de alguna modesta y silvestre agrupación de composición juvenil y de orientación básicamente contracultural que se multiplicará por irradiación o no y que adoptará o no formas más ambiciosas y complejas de actividad en su inevitable devenir.*

De acuerdo con lo que hemos venido sosteniendo consistentemente, ello es así, entre otras cosas, en virtud de la ausencia de modelos de organización y acción capaces de suscitar en torno suyo una aceptación amplia y sin fisuras. Pero también es así por el hecho de que uno de los criterios que se ha implantado con más fuerza entre los nuevos movimientos antagonistas es precisamente el de la autonomía; la cual, a su vez, *no puede interpretarse más que como el resultado bastante obvio de una cierta proliferación social de identidades en construcción y en movimiento.* El movimiento anarquista, entonces, tampoco escapa a las estribaciones periféricas de la crisis de representación política y encuentra dificultades propias para ensamblar organizaciones de amplio espectro y que puedan reclamar sin impugnaciones un alcance nacional. *La dispersión del movimiento anarquista, por lo tanto, debe ser interpretada como*

una consecuencia de nuestro circunstancial vacío paradigmático pero siempre en íntima e indisoluble relación con procesos de segmentación y fragmentación sociocultural que nos desbordan holgadamente.

El despertar anarquista latinoamericano, entonces, parece sustanciarse sin pausas pero también sin prisas; verificándose sobre todo en la multiplicación de agrupaciones y publicaciones y, seguramente, también en la presencia incrementada en aquellos movimientos que hoy expresan más contundentemente el nuevo flujo movilizativo a nivel continental. *Una cierta impaciencia revolucionaria y orientada a una incidencia política inmediata podría, por tanto, cuestionar severamente los dibujos concretos que adopta nuestra geografía; pero, a nuestro modo de ver, esos trazados quizá sean más una muestra de sabiduría y un augurio de novedades necesarias que unas desgracias por subsanar.* De un modo o de otro, en un inacabable surtido de ensayos y de errores, los anarquistas latinoamericanos parecen estar buscando los caminos de desarrollo del movimiento y cubriendo los espacios abiertos por las actuales condiciones de posibilidad. En este terreno, las nuevas oportunidades comunicativas parecen jugar un papel vital y desactualizan repentinamente algunos de los problemas clásicos del movimiento anarquista en materia organizativa. En efecto, ¿qué sentido puede tener hoy una ardorosa polémica respecto de la composición y de la orientación de un órgano de prensa que refleje con ubicuidad y ponderación las opiniones consensuales o mayoritarias cuando múltiples nucleamientos pueden, aun con escasos recursos, desarrollar simultáneamente sus propias andanadas expresivas, volcarse plenamente en ellas y multiplicar por capilaridad las posibilidades de irradiación ideológica y agitativa? Por otra parte, ¿cuál sería el cometido de un comité relacionador que concentrara y distribuyera informaciones y propuestas en un momento en que tales cosas se están volviendo progresivamente innecesarias por cuanto la circulación de mensajes en red tiende a generalizarse cada vez más y a marcar con sus características y sus ritmos la cultura de las comunicaciones militantes?

Pero esto, por supuesto, no resuelve algunos otros problemas bastante obvios. Por lo pronto, se hace preciso distinguir entre las condiciones de circulación de mensajes y el contenido

de los mismos y concluir que, así como aquéllas admiten ser parcialmente resueltas en términos tecnológicos, la materia misma de las comunicaciones no puede dejar de ser una operación de pensamiento que dista mucho todavía de su resolución. Es cierto que la dispersión del movimiento tiene raíces culturales y políticas muy sólidas y es cierto además que esa dispersión permite reforzar identidades y generar capacidades expresivas que, de otro modo, tal vez no afloraran con la misma fuerza. *Pero también parece claro que nuestra dispersión responde muchas veces a una existencia internamente conflictiva, a una ausencia de entendimientos básicos y a una cierta negligencia en el trazado de vínculos no excluyentes. Y todo ello, a su vez, se sustenta en la falta de convicción para asumir un proceso de reelaboración teórico-ideológica que no termina de consolidarse; sobre todo, en lo que respecta a cuáles deberían ser sus orientaciones fundamentales.* Si se analizaran someramente los contenidos de las publicaciones libertarias, los ciclos de cine o la propia lista de artículos anarquistas que fuera posible rastrear, se notará que allí se está delatando en forma más o menos nítida una cierta preferencia por la reivindicación de la historia remota del movimiento anarquista.¹⁵⁶ Esto tiene, sin dudas, fundamentos muy sólidos y también atiende necesidades reales; pero, incluso así, una actividad tan sesgada en esa dirección tal vez esté expresando una demora en la reelaboración teórico-ideológica y una cierta debilidad en ese plano que es imprescindible situar y revertir.

De todos modos, una observación sensata del mapa anarquista latinoamericano y de su evolución reciente nos permite concluir que, tanto en cuanto guarda relación con la distribución de corrientes y tendencias como en lo que hace al porte organizativo de sus nucleamientos, el movimiento ha ido cubriendo con velocidades variables las zonas de actuación que era posible y necesario abarcar. Quizá todo ello parezca, no obstante, momentáneamente insuficiente; sin embargo, *es evidente*

¹⁵⁶ Debemos insistir aquí que hemos estado muy lejos de apropiarnos enteramente de los contenidos de la multitud de publicaciones libertarias del continente. Sin embargo, el rasgo que ahora señalamos parece desprenderse claramente de aquellas páginas web a las que hemos tenido acceso y bien puede tomarse como estadísticamente representativo. Demás está decir que ésa no es la tónica de todas las páginas ni mucho menos pero sí que parece insinuarse, en una visión panorámica, como una tendencia bastante pronunciada.

que una situación de despertar y rejuvenecimiento como la que actualmente vivimos no puede dejar de ser transicional ni de albergar tendencias que apunten a la superación de las realizaciones organizativas que presenta el actual panorama. En tal sentido, queremos creer que la formación de redes que hoy por hoy se insinúan, tanto a nivel nacional como internacional, es una concreción por demás auspiciosa y un sendero a engrosar, a promover y a consolidar.

4.– Sea como sea, el reciente despertar anarquista afecta favorablemente a cualquiera de las tendencias en que se subdivide el movimiento, mientras que los estigmas de época se imprimen solamente en lo que hace a la intensidad diferencial a través de la cual el fenómeno se verifica. Si comparamos la situación actual de la corriente anarcosindicalista o de la reconocida como “especificista”, encontraremos también que ambas nos muestran un desarrollo cierto con respecto al panorama que podían presentar, por ejemplo, diez años atrás; un desarrollo que, a su vez, puede ser contrastado en diversos planos: formación de nucleamientos recientes, renovación generacional de los elencos militantes, nuevos impulsos propagandísticos y agitativos, etc. Pero, aun así, parecería que lo más sustancial, distintivo y nutrido del resurgimiento libertario discurre, como ya lo anotáramos por caminos diversos. Ello tal vez sea así por cuanto los modelos tradicionales de organización y acción han sufrido un cierto desgaste histórico pero también porque no parecen estar ya en condiciones de dar respuesta a todas las exigencias y demandas de nuestro tiempo.

El anarcosindicalismo, por ejemplo, no puede operar de la misma forma en que lo hacía un siglo atrás porque las condiciones han cambiado sustancialmente y ya no se parecen a lo que fueron en su momento de auge. En aquel entonces, el anarcosindicalismo era una propuesta con toda la fuerza y el empuje de una buena y esperanzada nueva, pero un siglo más que largo de experiencias sindicales no pasan en vano y no puede pretenderse ya contar con la misma frescura de los tiempos pioneros. Pero no sólo esto se constituye como un límite que es muy difícil sortear sino que habrá de considerarse también la situación real por la cual atraviesan las organizaciones sindicales existentes en

cada país de América Latina, las nuevas condiciones productivas, el perfil de las relaciones laborales, el cambiante rol del Estado, etc., etc. Nada de lo cual debería ser leído, por supuesto, como una incitación a la prescindencia, pues buena parte de las perspectivas libertarias sigue jugándose en torno de su capacidad para arraigar nuevamente en el seno de las organizaciones de la clase trabajadora e imbuir a las mismas de su impronta radical. En todo caso, las condiciones reales y presentes en las que podría operar un sindicalismo de orientación revolucionaria en América Latina deben ser entendidas sí como una incitación a la renovación y a la búsqueda de los modelos de organización y acción que efectivamente demuestren su capacidad para ser asumidos nuevamente por las organizaciones de clase del continente y por sus propias experiencias de lucha.

5.– La situación del “especificismo” es diferente, pues, por su propia naturaleza, éste resulta ser menos dependiente de algunas de las condiciones de su entorno. Pero ello no quiere decir, por supuesto, que pueda independizar completamente tanto su derrotero como su futuro –sean sus logros o sus decepciones– del contexto real en el cual opera. Antes de observar concretamente este aspecto, conviene puntualizar primero las características más salientes del campo “especificista”. Si analizamos la lista que hemos dado de estos nucleamientos, podremos apreciar allí que existe sólo una federación “de síntesis”, en el sentido clásico: la Federación Libertaria Argentina; la que, incluso, como rúbrica de su condición, es la única organización latinoamericana adherida de pleno derecho a la Internacional de Federaciones Anarquistas.¹⁵⁷ Mientras tanto, la Federación Anarquista Uruguaya se encuentra en una situación intermedia y cuenta con una historia que así lo refleja: en sus orígenes más lejanos, durante la segunda mitad de la década de los 50 era también una federación “de síntesis”, pero luego de experimentar una severa escisión a principios de los años 60 y posteriormente, en un contexto de actuación clandestina, se orientará hacia formas organizativas ya no basadas

¹⁵⁷ En su momento, también incluimos en esta categoría a los agrupamientos específicos vinculados con la pro-FORGs y la pro-FOSP así como al proyecto de Federación costarricense. Sin embargo, ello no fue más que tentativo y por omisión más que por definiciones expresas en este sentido.

en acuerdos revocables y no vinculantes sino en la construcción de un “centro político”. Ya en los años 70, esa federación desaparecerá en tanto tal y habrá que esperar hasta 1986 para que se constituya una organización que ocupará su lugar y que, luego de un breve período de indefiniciones, reclamará para sí la continuidad histórica completa de la vieja FAU pero con un énfasis muy claro en el período 64-73. Es en torno de esa historia –y, sobre todo, al último tramo mencionado– que abrevan las elaboraciones doctrinarias de la mayoría de los nucleamientos “especificistas” que existen actualmente en el continente y es a través de la influencia, directa o indirecta, de la organización irlandesa Workers Solidarity Movement que empalman las mismas con la vieja reflexión “plataformista”. En líneas generales, entonces, puede decirse que la característica predominante adoptada actualmente por el “especificismo” en América Latina es de corte prevalentemente “plataformista” y, como tal, es uno de los ejes reconocibles de desarrollo del movimiento en un radio de influencia que abarca a la Argentina, Brasil, Chile, México y Uruguay, y en menor medida, también a Bolivia y Perú; casualmente aquellos países donde el movimiento anarquista presenta mayores trazas de desarrollo o se encuentra en una situación intermedia.

El problema planteado por este giro organizativo-práctico es que el grueso de los elementos detonantes de su reflexión no se sitúa a nivel de las demandas y exigencias reales de un cierto contexto social concreto y de su correspondiente historicidad sino que se articula básicamente con polémicas internas al movimiento anarquista; fundamentalmente como una impugnación o puesta en tela de juicio de su muy dudosa eficacia política en circunstancias históricas concretas. Ese tema, por supuesto, no es un invento de medianoche ni una circunstancia episódica y, como tal, debe prestársele la atención que se merece. En cambio, *lo que no parece acertado es desligar las soluciones al dilema del contexto histórico en el cual éste se inscribe actualmente y, en su lugar, vincularlas con algunos principios abstractos extraídos de la evaluación crítica de una derrota revolucionaria ocurrida en Rusia y en 1921*. En los hechos, tal como ha quedado bastante demostrado en el recorrido reciente del “plataformismo” latinoamericano y tal como lo evidencia nuestro propio mapa,

la unión general de los anarquistas no ha podido ni podrá ir mucho más allá de la unión parcial de algunos anarquistas. Al mismo tiempo, no deja de ser ambiguo en su propio formato de presentación: *el “plataformismo” se presenta en América Latina como una corriente renovadora y que apunta a resolver los problemas político-prácticos a los que se ha enfrentado el movimiento anarquista, pero, al mismo tiempo, lo hace sobre la base de un respaldo doctrinario que sólo puede encontrar su justificación y su sustento en un escenario histórico que, definitivamente, ya no es el nuestro*.

Pero el problema es mayor todavía. La principal limitación al desarrollo de los nucleamientos “plataformistas” en espacios más amplios que el de la familia libertaria se configura en un cierto nudo de contradicciones e incongruencias donde no parece posible compatibilizar en lo inmediato la prioridad conferida a las formas políticas de presentación y representación con las exuberantes tendencias a la descentralización, a la autonomización y a la coordinación por transversalidad y diseños reticulares de los movimientos sociales. En efecto, *las formas político-partidarias de presentación y representación se incorporan rápidamente, en forma involuntaria y por la propia lógica interna de tales cosas, a un mosaico de ofertas alternativas cuya hegemonía se condensa y se dirige habitualmente –dentro del marco de distribución de poder y legitimidad en que vivimos– en la órbita del Estado*. Mientras tanto, las formas sociales de presentación y representación que están ganando terreno se constituyen hoy en torno de modalidades autogestionarias de base que no siempre admiten sin escozores o beligerancias ser expresadas en un mayor nivel de abstracción en el que, inevitablemente, habrán de perder su perfil y sus rasgos básicos. En ese contexto, la unidad táctica no puede ni podrá resolver jamás los variados y arrítmicos problemas que se plantean en la base de los movimientos sociales y deviene necesariamente, en lo que a la organización “específica” respecta, en una práctica regulada desde comités que pasan a constituirse en la administración cotidiana e institucionalizada de los acuerdos generales de trabajo político en el mismo momento en que sus militantes en el seno de esos movimientos tienen o deberían tener una vida de relaciones e intercambios abiertos y signada por una pluralidad, una diversidad y

una singularidad intransferibles e innegociables que sólo pueden transcurrir libremente y expandirse en el vértigo caótico y sublime de las asambleas. Casi necesariamente, la lógica “plataformista” desemboca en la elaboración de programas políticos y, por lo tanto, se ubica a pocos pasos del espacio de competencia de los partidos estatales: mientras tanto y por el contrario, *uno de los grandes problemas de la práctica anarquista consiste en cómo resolver eficazmente su enérgica oposición a los unos y a los otros.*¹⁵⁸

Sin embargo, y sin perjuicio de estas anticipadas objeciones, es de hacer notar también que la corriente “plataformista” incorpora insistentemente –y probablemente sea la que lo hace con convicción y energía mayores– una propuesta a la que es preciso prestar el máximo de atención. *Esa propuesta gira básicamente en torno de la necesidad de lo que, en su vocabulario corriente, se conoce como “inserción social” y se verifica también en términos de lo que sería su expresión inversa: la necesidad de evitar que el movimiento anarquista se convierta en un blanco poco escurridizo y aislado de la corriente principal de luchas populares, sin nexos ni raíces con las agitaciones realmente existentes en cada tiempo y en cada lugar.* Es harto probable que esta orientación básica de actuación no siempre sea desarrollada con tino y, en ocasiones, parece confundirse simplemente con una presentación social distinta de algo que no es mucho más que la propia organización “específica”; *no obstante lo cual la preocupación como tal deberá seguir teniendo la consideración que se merece.* Seguramente, además, no es ésta una contribución original y su realización más acabada, en términos históricos, habrá que buscarla y encontrarla entre las

¹⁵⁸ Es probable que el antecedente más lejano de la cultura política radical de nuestra época se remonte al “mayo francés”. Siendo así, parece oportuno recordar que los jóvenes rebeldes de aquel entonces se ufanan con desenfado de que el poder no hubiera podido reapropiarse de la vitalidad del movimiento ni contara con la posibilidad de cooptarlo, por cuanto éste no había elaborado programas que pudieran ser respondidos, transados y negociados en las esferas institucionalizadas de dominación. Compárense, entonces, esas evaluaciones y orgullos con el desatino presentado por alguno de los nucleamientos “plataformistas” latinoamericanos, que llegó a elaborar incluso un programa de gobierno, como fue el caso de Auca en Argentina. No puede resultar extraño, entonces, que dicha organización haya ingresado en una fase de crisis irreversible hasta acabar en su propia disolución.

viejas organizaciones anarcosindicalistas; pero, aun así, tampoco es posible desentenderse fácilmente de una requisitoria cuya pertinencia no podrá ser puesta en duda con demasiada fuerza ni con un bagaje argumental demasiado vigoroso.

6.– Mientras tanto, el esquema actualmente prevalente de agrupaciones autónomas enfrenta problemas propios y diferentes. Dichas agrupaciones son, en términos de su realidad nuclear, el equivalente de los clásicos grupos de afinidad; y la novedad entonces no está constituida por su existencia en sí sino por el hecho de no encontrarse federados ni tener demasiada prisa en hacerlo. Tal como ya dijéramos en su oportunidad se trata básicamente de grupos primarios, de relaciones directas y cara a cara; lo cual les permite encarar su práctica distintiva –sea cual sea ésta– en régimen de asamblea permanente, desde afinidades básicas ampliamente compartidas, en un marco de confianzas e intensidades afectivas y en un contexto facilitador de la expresividad individual. Unámosle a ello el hecho de que *su propia condición –sin la densidad de relaciones y procedimientos característicos de las organizaciones complejas; en un régimen de máxima “movilidad” y adaptabilidad– les permite concentrar su tiempo en la tarea que han elegido, desarrollar una sabiduría específica en torno de la misma y dedicarse con más fuerza a la formación colectiva y a la más amplia socialización de su experiencia de luchas.* Sin embargo, el esquema tiene también sus desventajas más o menos obvias: básicamente, limitación de los “recursos” materiales y simbólicos; un radio de acción reducido; y, por último, una incidencia social amortiguada, en desacuerdo con sus potencialidades y muchas veces también con sus deseos. Por añadidura, un régimen de intercambios deliberadamente disminuido en sus posibilidades puede ser también el camino para construir un mundo cerrado, que no se coteja con realidades “extrañas” y que se dirige sin percatarse a su empobrecimiento, su pérdida de vitalidad y su rutinización.

Pero nada de esto puede ser observado e interpretado correctamente si no es a partir de la adopción previa de una perspectiva histórica. Desde este ángulo, bien cabe concluir que el esquema actualmente prevalente de agrupaciones autónomas está cumpliendo el encomiable papel de reintegrar –con fuerzas

y velocidades variables– una modalidad libertaria para el encare de al menos *algunos* de los antagonismos de nuestro tiempo. En tal sentido, dicho esquema ha permitido generar espacios que –discúlpenos la insistencia– no existían hasta unos pocos años atrás y cuya emergencia mal puede ser atribuida a un centro político visionario y rector; espacios que, por lo tanto, no existen ahora por obra y gracia de la ocurrencia o del capricho sino que responden a necesidades sociales limitadas pero reales. No obstante, una perspectiva histórica exige no sólo reparar en el momento y en sus antecedentes sino también en los horizontes y en el recorrido por venir. Frente a este desafío: *¿el actual esquema de agrupaciones autónomas constituye el modelo de organización y acción que permita afrontar no sólo algunos de los antagonismos sino todos; haciéndolo además no como si se tratara de una instantánea circunstancial sino en su desenvolvimiento histórico?*

7.– Hemos hablado desde un principio, repetida y cansadoramente, de un modelo de organización y acción renovado para el movimiento anarquista y ahora corresponde afirmar –ya sobre el final– que el mismo bien puede o quizá debería ser un anti-modelo: es decir; no un dibujo replicable con papel de calco sino apenas un conjunto de procedimientos de construcción que no necesariamente conducen a una figura geométrica determinada. Tanto el anarcosindicalismo como el “especificismo” contaron y todavía cuentan con un diagrama de organización y acción perfectamente ubicable; el cual se sustancia a partir de un cierto cuerpo de nociones sobre la sociedad, del correspondiente proyecto revolucionario y, por tanto, de una prefiguración de la historia subsiguiente; sin que nada de ello pierda su unicidad interpretativa ni admita visiones alternativas o complementarias. En el marco de ese esquema, la organización hace su aparición en escena como una matriz de la sociedad futura, como una herramienta y como una necesidad. Pero ¿qué ocurre cuando no hay una representación de la sociedad sino varias, elaboradas desde lugares y recorridos diferentes que no aceptan ser ordenados y conjugados más que por transversalidad?; ¿qué ocurre cuando no existe una dominación y una resistencia sino que éstas se multiplican y se vuelven plurales?; ¿qué ocurre cuando

el poder no es una institución ni un edificio a derribar?; ¿qué ocurre cuando la revolución no es el absoluto comienzo ni el absoluto final sino apenas el resquicio por el cual podrían filtrarse las revoluciones por venir?; ¿qué ocurre cuando no hay una Historia sino historias? *En ese caso, si se nos permite el juego de palabras, no puede plantearse la necesidad de la organización sino la organización de la necesidad; caso en el cual sólo puede hablarse de una organización-proceso, modular y cambiante, en condiciones de resolver necesidades múltiples, que no pueden reunirse verticalmente ni se acomodan a una explicación central, que se escabullen y adoptan formas diversas de un lugar a otro y de un momento al siguiente.* Tal vez ése y no otro sea el modelo de organización y acción que se está desplegando ante nuestros ojos en América Latina y lo que percibe nuestra mirada no constituya más que el jalón de un proceso que se ajusta a posibilidades todavía muy magras pero de indudable despliegue. Tal vez sea por eso que los telares libertarios se abocan implícitamente al tejido de redes todavía vacilantes, que se forman y se transforman a través de hilos delgados y de sinuosas trayectorias. Dicho esto, parece llegada la hora de sintetizar nuestras (in)conclusiones a modo de final abierto.

8.– La pérdida de centralidad cultural del trabajo y la severa puesta en cuestión de la política suponen otras tantas condiciones limitantes para el desarrollo del anarcosindicalismo y del “especificismo” en sus traducciones clásicas. Los lugares conceptuales vacantes están siendo ocupados ahora y desde hace un buen tiempo por las nociones de poder y de dominación; las que no sustituyen ni pueden sustituir totalmente pero sí abarcan, subsumen y reubican en un contexto teórico-ideológico familiar pero distinto a los conceptos de explotación y alienación del trabajo por un lado y de gobierno, Estado, autoridad, etc. por el otro. *Los modelos de organización y acción de los anarquistas, entonces, buscan una configuración y un lugar remozados en un nuevo contexto, que ahora reclama reunir de un modo diferente un vasto arco de problemas que vaya desde las prácticas nucleares e indivisibles de resistencia y de construcción de sí mismo hasta los proyectos emancipatorios de mayor alcance y más largo aliento.* Un proceso de experimentaciones y de búsquedas

parece haberse abierto, aunque el mismo sea todavía objeto de percepciones y dedicaciones de intensidad dispar, cuente con desniveles bastante obvios y, aparentemente, esté lejos aún de concitar adhesiones indudables y orientaciones explícitas firmes y ampliamente extendidas. Además, ese proceso de experimentaciones y de búsquedas tampoco puede apoyarse exclusiva o predominantemente en ninguna de sus variantes particulares: ni los conflictos juveniles ni la contestación cultural ni la problemática de género ni los dramas ecológicos ni los antagonismos étnicos ni ninguna otra práctica que se constituya aisladamente en torno de un eje alternativo puede aspirar por sí misma a sustituir con dignidad teórica y ventaja a los viejos núcleos paradigmáticos. No obstante ello, la incontestabilidad de los acontecimientos históricos y las tendencias subyacentes pero relativamente desveladas de nuestro tiempo ejercen condicionamientos que se nos presentan como irreversibles: *la trayectoria secular del movimiento anarquista sólo podrá ser un patrimonio entrañable al que no resultará oportuno renunciar pero ya no contará con la posibilidad razonable de constituirse en una tradición irrevocable o en un recetario prescrito cuya vigencia se sustraiga permanentemente de la discusión, de la duda y del esfuerzo compartido de reinención.*

Esfuerzo compartido de reinención: he aquí la consigna, el tema de fondo y la tarea inmediata. Ese esfuerzo de reinención no levita en el vacío ni parte de la nada y admite intuir ahora mismo algunos de sus rasgos básicos. En primer lugar –si es que las sociedades no aceptan ya ser explicadas, interpretadas, subvertidas y recreadas a partir del control demiúrgico sobre algún misterioso mecanismo central determinante–, la ubicación y la orientación práctica fundamentales de los anarquistas no pueden sustanciarse de otro modo que como una constelación inacabable y abierta de enfrentamientos contra el poder que vayan bastante más allá de aquellas dos viejas condensaciones que todo lo cifraban en la socialización de los medios productivos y en la destrucción del Estado. En segundo término, parece obvio que dichos enfrentamientos, si es que apuntan a una gravitación real, sólo podrán ser expresados por una diversidad de movimientos sociales históricamente condicionados y que, de acuerdo con las características de nuestro tiempo, habrán de legitimarse y de

fortalecerse mediante la afirmación de su identidad básica, de su autonomía, de su descentralización, de su capacidad de autogestión y de su coordinación por transversalidad. Por último, y seguramente como corolario de lo dicho anteriormente, *el modelo de organización y acción que hoy despunta en el horizonte de visibilidad del movimiento anarquista no es otro que el que se corresponde con la formación de múltiples redes provisionarias, superpuestas y de prioridades intercambiables;* en el que, de todos modos, los aportes del viejo anarcosindicalismo y del “especificismo” tienen todavía un destacado lugar.

Nada de esto es un delirio: las condiciones materiales para la formación de tales redes en América Latina están dadas y, en los hechos, ya se ha avanzado lentamente en esa dirección. Los núcleos anarcosindicalistas, feministas y anarco-punks mantienen un tejido que los relaciona con sus iguales y los potencia internamente con resultados variables; las agrupaciones “especificistas” han realizado también algunos intentos de aproximación; las comunicaciones intralibertarias a secas y en cadena se han multiplicado y densificado; en algunos países, la idea de formar una red amplia, abierta y sin exclusiones ha sobrevivido, con los altibajos y las vacilaciones del caso; en alguna región, inclusive, se ha instaurado una conexión entre los agrupamientos existentes, tal como ocurrió en Venezuela, Colombia y Ecuador o en los encuentros del sur peruano y el norte chileno. He aquí, entonces, en forma embrionaria, esa trama de redes provisionarias, superpuestas y de prioridades intercambiables. Entonces: *¿qué es lo que detiene su desarrollo?; ¿qué razón ha impedido que se adopte abiertamente y sin proscripciones un esquema de relaciones que permite la permanencia imperturbable de las plásticas y variables identidades originales?; ¿por qué no pensar, ahora mismo, en la constitución de redes nacionales en cada país?; ¿por qué no aventurar, además, la idea de que una red continental es inmediatamente posible?* Es probable que las respuestas sean ingratas y haya que buscarlas en nuestro propio arsenal de limitaciones y de temores: entonces, habremos de encontrar algunos exclusivismos anacrónicos, algunas desconfianzas seculares y algunos sectarismos sin futuro; incluso aunque exista ya un abundante caudal de experiencias que vuelven irreal y mítica la idea de dilatar todo acercamiento hasta el momento en que

sea posible reconocer en el otro el reflejo textual de la propia imagen o plasmar en una nueva suma teológica libertaria la absoluta semejanza de los puntos y las comas.

Quizás algunas razones haya que buscarlas también en esa tensión implícitamente planteada entre la tradición y la renovación; entre el peso de un pasado cargado de glorias que opera como un manto de certezas y las promesas de un futuro que no acaba de definir su silueta ni su épica fundacional. Habida cuenta de que la mayor parte de los agrupamientos no reclaman para sí una historia demasiado prolongada ni fundamentan su existencia en tradiciones organizativas más o menos arraigadas y continuas, parece obvio que el resurgimiento libertario en América Latina no se da a partir de una línea recta que se apoye íntegra o exclusivamente en los presupuestos teórico-dogmáticos y en las prácticas del anarquismo clásico; aun cuando, lógica y afortunadamente, ello se dé siempre o casi siempre en un contexto de memorización y rescate de nuestro propio pasado. Así sea por intuición o por la propia fuerza de los contextos en que actúan los nuevos agrupamientos, parece claro que la geografía libertaria latinoamericana está expresando desde ya una tendencia a la renovación que quizá quepa volver más explícita todavía. Es en ese terreno de paciente reelaboración teórico-ideológica, y en la perseverante contrastación de la misma con las luchas reales de los movimientos sociales que bullen en el continente, donde seguramente habrá que buscar la resolución de muchas de nuestras actuales carencias. Unas carencias que han sido ensombrecidas por el regodeo que provoca todo despertar pero que, tarde o temprano, habrán de manifestarse nuevamente en todo su esplendor y en toda su crudeza.

Toda empresa de renovación genera incertidumbres, corre el riesgo de transformarse en un esfuerzo fallido y desconoce su desembocadura; por lo cual, ocasionalmente, también provoca celos, suspicacias y resistencias. Las demoras en aceptar un nuevo modelo de organización y acción seguramente se fundamentan en ese espacio; el que se une tranquila y cómodamente a aquel otro en el que el predominio de ciertas inflexiones ideológico-políticas se justifica en la tradición y en la lealtad al pasado. Sin embargo, no puede dejar de señalarse la existencia, detrás de todo ello, de un par de confusiones. En primer lugar,

es necesario reconocer que una orientación revolucionaria no necesita rendirle imperiosamente culto a sus orígenes ni vivir pendiente de su conmemoración o de su réplica sino que, antes bien, está compelida a preservar a todo precio su futuro. En segundo término, es preciso y vital entender que el anarquismo como movimiento histórico sobrevivirá y se desarrollará en la medida que sepa ofrecerse en cuanto respuesta a las opresiones, los sojuzgamientos y las miserias no de cualquier tiempo sino del nuestro y que ello es un condicionamiento insalvable antes que un acto autárquico de voluntad de parte nuestra. *De ambas confusiones es posible emerger sabiendo que no elegimos la propia época ni su configuración ni sus características ni sus nociones básicas sino que ellas nos son dadas; y sabiendo también, sin embargo, que sí podemos elegir en las mismas nuestros proyectos, nuestras formas definitivas y nuestras prácticas de resistencia y emancipación.* Unos proyectos, unas formas definitivas y unas prácticas que, en América Latina como en cualquier otra parte, sólo pueden florecer, vivir y realizarse como expresión de sus sucesivos porvenires inmediatos. Otra vez, entonces, estamos obligados a elegir y otra vez habrá que hacerlo, como tantas veces a lo largo de nuestra historia colectiva, entre la seguridad de la estructura y el riesgo de imaginar.

INTERLUDIO REITERATIVO EL MOVIMIENTO ANARQUISTA LATINOAME- RICANO DE NUESTROS DÍAS: REALIDADES Y TAREAS

Entre los meses de mayo y julio del presente año tuvimos ocasión de leer, en la página web española *A las barricadas* –una de las mejores publicaciones electrónicas libertarias en lengua castellana, dicho sea de paso–, un extraño foro cuyo eje polémico se centró en la situación del movimiento anarquista latinoamericano. Allí se llegó a sostener contra viento y marea, por parte de un solitario y exótico “observador” –autodesignado moderador del foro, evidentemente sesgado en sus conclusiones pero reconociblemente infatigable en el pregón de las mismas–, que “el anarquismo no tiene vida en América Latina”: una lapidaria y prejuiciosa sentencia ésta que no guarda relación alguna con la efervescencia que ha ganado a nuestro movimiento desde hace unos pocos años a esta parte. Es muy probable que esa prédica no respondiera a intenciones demasiado cristalinas y que ella no merezca más respuesta que una juiciosa y significativa indiferencia; pero también es probable que la repetición incansable de dislates de ese tenor induzca a más de una confusión en nuestras propias filas y en sus adyacencias. La sola suposición de que pueda ocurrir algo de este tipo nos empuja ahora a un sereno repaso y a las reflexiones consiguientes.

1.– La primera conclusión que se hace imprescindible marcar, y la llave de paso de cualquiera de las elucubraciones posteriores en lo que a la ubicación de nuestro actual escenario histórico respecta, es que el movimiento anarquista latinoamericano ha cobrado de un tiempo a esta parte una enérgica e intensa vida. Esta afirmación es perfectamente demostrable y no puede tomársela como un espejismo, como una ilusión o como una mera expresión de deseos. Si por movimiento anarquista entendemos a una corriente de pensamiento y de acción perfectamente distinguible y animada por nucleamientos y militantes individuales que parten de bases teórico-ideológicas aproximadamente comunes; que se reconocen y se eligen a sí mismos a partir de lo que dicen ser y que se remiten en su discurso expreso y en

sus prácticas a un horizonte libertario compartido; *entonces, no cabe ninguna duda que ese movimiento ha crecido significativamente en América Latina en los últimos cinco años*; y, con mayor razón todavía, si extendemos el período considerado a diez, quince, veinte o veinticinco años atrás. Puede y debe decirse que ese crecimiento es por ahora exiguo en relación con nuestras expectativas, que no llega a tener todavía una influencia definitiva entre las multitudes oprimidas de nuestro continente y que estamos muy lejos aún de reconstruir los momentos de mayor actividad del movimiento; *pero, ubicado el mismo en perspectiva histórica, no hay asomo de incertidumbre en cuanto a que representa un despertar cierto y bullicioso que debe estar en el foco principal de cualquier consideración sobre el tema.*

Es posible que la demostración más terminante parezca sólo cuantitativa, parcial y cuestionable; pero, al fin y al cabo, no deja de ser una demostración. Esa demostración sería más o menos así: tómese un indicador cualquiera –cantidad de grupos, de militantes, de publicaciones, de encuentros y hasta de noticias del campo libertario tal como lo hemos delimitado–, selecciónese un período de tiempo en el último cuarto de siglo y elíjase cualquier país de América Latina o, mejor aún, el continente en su conjunto; y entonces se verá, sin ningún lugar a dudas, que el movimiento anarquista latinoamericano ha crecido notoriamente en el lapso que se esté considerando; y se verá también que ese crecimiento se ha concentrado muy especialmente en el último lustro o, a lo sumo, en los últimos diez años. Esto no es una ocurrencia conformista sino que cualquier compañero que haya seguido con cierto detenimiento la evolución reciente del movimiento podrá perfectamente dejar constancia de esa misma convicción; una convicción que en ninguna parte se encuentra mejor abonada y documentada que a través del minucioso seguimiento que desde hace unos años ha venido realizando la Comisión de Relaciones Anarquistas de Venezuela. Por lo tanto, muy a pesar de todos los detractores, de todos los confusionistas, de todos los intrigantes y de sus correspondientes dichos, eso es vida y vida renovada.

Tanto es así que bien puede decirse que el actual movimiento anarquista latinoamericano es básicamente juvenil en sus orígenes, en sus motivaciones y en su composición. La abrumadora mayoría de los grupos que se ha podido localizar y relevar no

llega a contar todavía con diez años de vida y “tradición”: algunos de ellos tienen sus raíces a fines de los años 90 del siglo pasado y muchos son una novedad absoluta de este siglo XXI recién llegado. Son, en buena parte de los casos, grupos diversos de los clásicos; grupos experimentales, particularistas y propios de una vasta búsqueda colectiva generacional. Allí encontraremos “plataformistas” y anarco-punks, y también anarcosindicalistas, insurreccionalistas, anarcoindigenistas, ecologistas, feministas, antimilitaristas y demás colores del arcoiris libertario de nuestro tiempo. Por lo tanto, una vez más, muy a pesar de detractores, confusionistas e intrigantes y de sus consabidos dichos, eso también es vida y vida renovada; una vida que no quiere reducirse a una faceta conmemorativa sino que aspira a articularse con la problemática propia de su tiempo.

Aun así, hagamos una modesta puesta a prueba de nuestras afirmaciones. Supongamos, junto a ciertos confusionistas más o menos visibles aquí y allá, que el movimiento anarquista no es ni quiere ser otra cosa que una capilla o una secta con su respectivo conjunto de dogmas codificados e inviolables; tal como cada una de esas cosas habría quedado configurada en tiempos históricos ya bastante lejanos a nuestra peripecia contemporánea. Entonces, si así fuera, encontraríamos que las expresiones propias de ese anarquismo clásico –cualesquiera fueran ellas y hasta un punto en el que bien podríamos cederle a los intrigantes de todo pelo la elección de su más íntima preferencia– también han crecido en los últimos tiempos y también muestran a su modo los síntomas propios de una salud primaveral y la exuberante renovación de sus caudales militantes.

La primera conclusión, entonces, es que el anarquismo latinoamericano cuenta actualmente –dentro de su todavía reducido radio de incidencia, obviamente– con una vida rebosante, impetuosa, pujante e innovadora. Lejos, muy lejos, por lo tanto, de esas estructuras calcinadas y de esos estancados remansos en los que –según se nos quiere hacer creer– sobreviviríamos sin pena ni gloria. Es cierto, por supuesto, que el movimiento anarquista padeció de prolongados períodos de languidez y hasta de letargo; pero no es ésa la situación que hoy se nos presenta a nuestra mirada. Hoy tenemos frente nuestro una efervescencia exultante y un rejuvenecimiento que nos conmueve a los que ya

cargamos sobre nuestras espaldas alguna que otra década de militancia libertaria. Esa efervescencia y ese rejuvenecimiento cuentan con razones extraordinariamente hondas frente a las que poco pueden hacer los afanes represivos –siempre al acecho y siempre descarnados– y las muy poco ingeniosas y espasmódicas operaciones de contrainteligencia que desde ya podemos distinguir en nuestras inmediaciones. A esas razones, precisamente, habrá que dedicarles ahora alguna mínima reflexión de nuestra parte.

2.– El movimiento anarquista ha sido siempre, lo es todavía hoy y lo será mañana, bastante más que la expresión orgánica de una idea abstracta y sin nexos sociales; muchísimo más que el despliegue immaculado y la huella colectiva de una entequeia autosuficiente; tanto en América Latina como en cualquier otra parte. Por sobre todas las cosas, *el movimiento anarquista es sencillamente incomprensible si no se lo concibe como un inequívoco producto histórico, complejo y de raíces múltiples*. Aquí y ahora –pero también allá y acullá, antes y después–, el movimiento anarquista se sustancia en un punto de cruce en el que reverberan ciertas configuraciones políticas y económicas más o menos expuestas a una impugnación en profundidad; ciertos modos de pensar, de sentir y de actuar propios de una época y unas sociedades dadas; y también, más importante aún, ciertas luchas encarnadas por movimientos sociales concretos, históricamente pertinentes y en actitud beligerante. Todo lo cual podrá favorecer o no –con alcances variables, naturalmente– una crítica, una postura y una práctica de signo decididamente libertario. Obsérvese el movimiento anarquista que emerge en 1872 luego de la escisión en el Congreso de La Haya de la 1ª Internacional; obsérvese el movimiento anarquista del período clásico anarcosindicalista de las primeras décadas del siglo xx; obsérvese el movimiento anarquista inmediatamente posterior a la derrota de la Revolución Española; y en todos los casos se verá que el mismo se corresponde aproximadamente con las condiciones de posibilidad que habrán de pautar, según los casos, su amplio o su limitado radio de acción. Y ¿qué duda cabe? el actual movimiento anarquista sólo puede ser entendido y descifrado si nos conducimos con el mismo criterio teórico-metodológico y no con esos interesados absurdos

de ocasión que, insidiosa y obsesivamente, tienden a verlo como un subproducto radicalizado pero aberrante y bastardo del más rancio liberalismo.

*El movimiento anarquista de nuestros días, por lo tanto, encuentra su fundamento, sus bases, su justificación y su razón de ser en ese espacio de preocupaciones y luchas sociales en el que, dicho muy esquemáticamente, confluyen el fracaso del proyecto de reestructuración conservadora del orden mundial, el estruendoso derrumbe de sus pretendidas alternativas “socializantes” o “progresistas” y la emergencia protagónica de una floración de movimientos sociales que, vistos en sus efectos de conjunto, se presentan como una amplia contestación militante de todas las relaciones de dominación habidas y por haber. ¿Cómo explicar, si no, que simultáneamente se hayan producido aproximaciones al movimiento anarquista –por ahora tenues, pero aproximaciones al fin– en lugares tan diversos y tan distantes como Pakistán, Israel, Sudáfrica, Filipinas y Nigeria? ¿Y cómo explicar que el mismo fenómeno, en su vertiente latinoamericana, que es la que más nos interesa en este momento, esté apenas anunciándose o directamente produciéndose también en Guatemala, Ecuador, Panamá, Paraguay o República Dominicana; países que ni siquiera tienen fronteras comunes y tampoco contaban hasta nuestros días con un lugar de irradiación libertaria más o menos reconocible? ¿Se tratará acaso, según las “imaginaciones” más febriles, de una intriga procedente de los inexistentes excedentes financieros de la Asociación Internacional de Trabajadores o de la Federación Anarquista Ibérica? ¿Será tal vez la proyección inesperada y mutante del liberalismo en el preciso momento en que esta ideología ingresa nuevamente a una situación de crisis exuberante y ampulosa? ¡No, por supuesto que no! ¡Ni una cosa ni la otra! El humus sobre el que se asienta este resurgimiento anarquista no consiste en conspiración alguna ni tampoco en erráticas derivaciones doctrinarias. Las respuestas son mucho más sencillas, son visibles a plena luz del día y sólo pueden encontrarse en ese complejo caleidoscopio de época al que acabamos de hacer referencia: *es la búsqueda afanosa de orientaciones revolucionarias por parte de las nuevas generaciones militantes –en el momento mismo en que se produce un**

vaciamiento de los horizontes, los caminos, los sujetos y las prácticas hegemónicas en la segunda mitad del siglo XX— lo que reactualiza aquella perspectiva libertaria a la que, una y otra vez, imprudentemente, se tuvo en más de un momento por definitivamente muerta y enterrada.

Lo que hoy se presenta a nuestra mirada es un hiperespacio creciente en el que confluyen las inagotables tensiones utópicas de las sociedades humanas, la posibilidad y la pertinencia de una crítica radical y, también, el ejercicio de una ilimitada rebeldía. Es en el centro y en los confines de ese irregular territorio, en los momentos y en los procesos que ya no pueden ser interpretados ni protagonizados por un “menú” de ofertas ideológico-políticas perimidas, que el movimiento anarquista encuentra el sustrato íntimo y profundo de su actual impulso y de su regocijante ebullición. Ya no es posible pensar radicalmente la crisis de nuestro tiempo ni enfrentarla con ánimo levantisco ni volver a soñar con un mundo nuevo prescindiendo con indulgencia del enorme caudal de insinuaciones que el movimiento anarquista ha encarnado históricamente y hoy persiste en seguir levantando con renovado empuje. Dicho en términos abstractos pero comprensibles, entonces, ésta y no otra es la razón en la que se asienta nuestro actual despertar y es allí donde residen las condiciones de nuestro desarrollo inmediato.

3.— Esas bases sociales e históricas, esas renovadas condiciones de posibilidad para el desarrollo del movimiento anarquista, no son precisamente episódicas ni habrán de desaparecer de un día para el otro: son raíces profundas; las que podrán presentar diferencias ciertas en cuanto a la intensidad de sus efectos —de un período a otro, de un país a su vecino inmediato, etc.—, pero que, así y todo, habrán de acompañarnos durante un buen tiempo de aquí en más. Sin embargo, ello no debería hacernos suponer que el mantenimiento del actual despliegue habrá de ser un producto automático y espontáneo de esas mismas condiciones de posibilidad ni tampoco debería llevarnos a creer que la situación está exenta de interrogantes y de problemas a resolver: *el reconocimiento de nuestras limitaciones y el trabajo perseverante en torno de ellas se ha vuelto hoy, quizá más que nunca, en una de nuestras urgencias más acuciantes*; algo que deberemos anteponer a la

celebración más o menos displicente de este reciente y sedicioso despertar de la anarquía. Vale la pena, entonces, que también le dediquemos ahora a este asunto en particular una mínima parte del tiempo y del espacio que se merece.

El reconocimiento básico del cual tenemos que partir es que el movimiento anarquista es débil todavía y que estamos muy lejos aún de hacer sonar nuestras trompetas frente a las murallas de Jericó. Las posibilidades de una práctica revolucionaria sólo podrán sustanciarse y multiplicarse en la medida que la militancia libertaria cuente con un arraigo cierto entre los movimientos sociales reales, sea capaz de impregnar los mismos con su propio estilo y participe protagónicamente de sus luchas. Si bien esto es básico y se constituye en el elemento vinculante por excelencia del movimiento anarquista con la historicidad de la que forma parte, no puede decirse que sea suficiente por sí mismo. Esta intención y este esfuerzo de arraigo social incrementado que nos exige la actual situación no pueden desligarse de un replanteo de las prácticas revolucionarias a poner sobre el tapete de la historia por venir. No hay, naturalmente, fórmulas mágicas ni fáciles recetarios ni invenciones que puedan resolver nuestros problemas de la noche a la mañana, pero tampoco es posible ya subsanar las dificultades de construcción de novedades o considerar agotado y completo el arsenal de recursos libertarios simplemente apelando a la tradición y a las prácticas que nuestra historia ha cristalizado. He aquí, entonces, un par de senderos a continuar transitando.

Pero no son los únicos que se nos presentan como inevitables. La situación interna del movimiento anarquista está pidiendo a gritos también un conjunto de operaciones que se vuelven cada vez más necesarias en la medida misma en que aumentan las expectativas sobre nuestra actuación y las responsabilidades que nos habrá de demandar cualquier proceso de cambios. Por lo pronto, parece claro que la floración de grupos y la diversidad de los mismos ha funcionado hasta ahora como un elemento de riqueza, como una respuesta cierta a problemas variados y como demostración de pertinencia puntual, pero ello no debería convertirse en un culto a la centrifugación ni en un deleite inconducente por acentuar nuestras propias diferencias ni en la afirmación de una vocación suicida por el desencuentro.

El tiempo por venir y sus previsibles demandas habrán de reclamar esfuerzos de confluencia cada vez mayores; y no para que los nucleamientos actuales sacrifiquen las identidades que han atesorado sino para que *una extendida trama de solidaridades en red permita multiplicar las posibilidades y el vigor del movimiento en su conjunto.*

Hay aún, adicionalmente, un flanco que no siempre ha merecido la atención debida. El movimiento anarquista latinoamericano reciente ha demostrado una encomiable capacidad de respuesta en el plano propiamente activista de su accionar, pero todavía no ha plasmado en niveles de suficiencia un proceso de renovación teórico-ideológica que se nos vuelve acuciante. Como ya lo hemos dicho, el pensamiento libertario ha recuperado su capacidad de fascinación en ese campo en el que se fusionan las tensiones utópicas, las posibilidades de una crítica radical y los impulsos rebeldes; pero ello no alcanza si se lo observa desde el punto de vista de las exigencias de una práctica revolucionaria continuada. Es en este plano que se hace preciso dar algo más de nosotros mismos y es a este nivel donde más se siente la necesidad de fortalecer nuestra producción teórico-ideológica. En definitiva: *es la fusión de esta producción teórico-ideológica renovada, de esas formas organizativas a plasmar, de esas prácticas ajustadas a los requerimientos de nuestro tiempo y de esa recuperación de protagonismo en los espacios sociales en lucha lo que constituye ese nuevo paradigma revolucionario que hoy estamos exigidos de construir.*

Las conclusiones son, entonces, más o menos obvias. El movimiento anarquista latinoamericano ha recuperado en los últimos años parte de su perdida fogosidad y ello es así a partir de una remozada y difícilmente objetable pertinencia histórica de nuestro pensamiento básico y de nuestras propuestas de acción; una pertinencia que reabre espacios de incidencia social en los cuales volver a sembrar nuestros mejores sueños. Es claro que esto no resuelve por sí solo los problemas y las exigencias de un proceso de cambios de signo libertario en América Latina y ello refuerza la necesidad de definir, con la mayor inclusividad posible, un proyecto de trabajo sobre nuestras propias debilidades. En tal sentido, puede decirse que es bastante ya el camino recorrido; pero lo importante –cada vez más importante de aquí

en más– no es el regodeo en los logros ni el mantenimiento conservador de nuestros frutos orgánicos sino sostener la vitalidad de los actuales impulsos. No hay ni puede haber satisfacciones definitivas en aquellas metas que estén más acá del mundo nuevo que queremos construir porque el nuevo mundo que llevamos en nuestros corazones nos ha dicho y continúa diciéndonos que lo sublime no es llegar sino seguir.

CAPÍTULO 3
HORIZONTES, CAMINOS, SUJETOS,
PRÁCTICAS Y PROBLEMAS
APUNTES PARA UN PROYECTO
REVOLUCIONARIO EN AMÉRICA LATINA¹⁵⁹

Poner pie en la playa virgen, agitar lo maravilloso que duerme, sentir el soplo de lo desconocido, el estremecimiento de una forma nueva: he aquí lo necesario. Más vale lo horrible que lo viejo. Más vale deformar que repetir. Antes destruir que copiar. Vengan los monstruos si son jóvenes. El mal es lo que vamos dejando a nuestras espaldas. La belleza es el misterio que nace.

Rafael Barrett

reniego de mi origen/ pero digo que seremos/ mucho más que lo sabido/ los factores de un comienzo.

Gabriel Celaya

Hacia principios de los años 90, los aburridos profetas del *statu quo*, del inmovilismo y de un mañana sin novedades decretaron, en forma optimista y desaprensiva, que había llegado el fin de la historia. Según ellos, no había entonces más incógnitas que descifrar ni sorpresas por esperar y las pautas básicas de organización del futuro se encontraban ya inscritas en forma indeleble en las experiencias de las sociedades humanas, aunque todavía no lo estuvieran en sus himnos y en sus banderas. Las utopías debían rendirse a

¹⁵⁹ El hecho de haber centrado nuestras reflexiones en América Latina no quiere corresponderse en absoluto con el “latinoamericanismo” característico de la izquierda de los años 60 y 70 sino, antes bien, con razones de proximidad, de conocimiento y de posibilidades de actuación. No creemos en un vago inmanentismo cultural latinoamericano ni en la “raza cósmica” ni en el “pueblo elegido” y tampoco partimos del supuesto de que en esta región del mundo habrán de realizarse las premisas propias de los procesos de “liberación nacional” ni de que ésta será, por designio histórico, la tumba del “imperialismo”. Hablamos de América Latina, entonces, con la misma propiedad con que un anarquista español hablaría de España o un italiano lo haría de la “bota” peninsular; desde una posición que, más allá de la legítima circunscripción geográfica, no deja de ser rabiosamente internacionalista.

las evidencias y ya no quedaba nada más o menos ambicioso que todavía fuera sensato discutir: el capitalismo sería la configuración culminante y definitiva, entre las muchas históricamente constatables o simplemente imaginables, de organizar la producción, la retribución, el intercambio, el consumo, la distribución, la acumulación, etc.; y, paralelamente, la democracia representativa, liberal y parlamentaria se confirmaría como su insustituible hermana siamesa en los términos políticos correspondientes. Los mercados “libres” territorialmente ampliados sustituirían muchas de las prerrogativas antiguamente asignadas a los Estados y los “derechos humanos” de primera generación habrían de constituirse en el *desideratum* superior irrebalsable de convivencia y de preservación de las garantías individuales. La “globalización” económica, política y cultural –tan irrefutable como deseada– se sugería, se insinuaba y comenzaba a mostrarse cual piedra de toque y contraseña del último empuje civilizatorio que fuera posible concebir.¹⁶⁰ Los EE.UU., por supuesto, y también los países europeos más “avanzados”, eran percibidos como la realización anticipada de ese futuro universal – a la vez presentado y ya presente– y sólo restaba aguardar la fuerza de su ejemplo y el recorrido entusiasta y convincente que las demás sociedades habrían de emprender en idéntica dirección. El recetario prescrito por el llamado Consenso de Washington¹⁶¹, debidamente administrado por los organismos multilaterales de crédito y comercio hegemónicos por los EE.UU., recomendaba a las sociedades “rezagadas” el ascenso de Sísifo, el camino del “ajuste estructural” perpetuo como estrategia infalible de desarrollo mientras los países de vanguardia –orientados por los principios de eficiencia, lucro y progreso– se ocuparían de una incesante innovación tecnológica capaz de multiplicar hasta el infinito la productividad, la disponibilidad de bienes, la excelencia de los servicios e incluso la “calidad

¹⁶⁰ En líneas generales, éstas son las premisas que distinguirían “el fin de la historia”, según la elaboración clásica de Francis Fukuyama. No obstante, es de señalar que Fukuyama no llega a desarrollar todavía el canto homérico a la “globalización” pues el énfasis doctrinario en la misma se plantea con mayor fuerza sólo en los años inmediatamente siguientes a la publicación de su *opera magna*.

¹⁶¹ La expresión “Consenso de Washington” le pertenece al economista inglés John Williamson y básicamente guarda referencia con las recomendaciones de ajuste estructural popularizadas durante la década de los 80 y predominantes en la de los 90 del siglo pasado como recomendaciones del Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo, etcétera.

de vida”. El Muro de Berlín –ese inefable tributo arquitectónico a la estupidez autoritaria– se había desmoronado piedra sobre piedra y, según los embaucadores y las pitonisas de turno, con él se derrumbaban y se sepultaban irremisiblemente, ¡confusión de confusiones!, también todas las promesas de emancipación sembradas a lo largo de los siglos por las distintas corrientes revolucionarias, libertarias y socialistas con sus correspondientes antecedentes.

Pero los tiempos que sucedieron a tanto y tan intenso extravío del pensamiento dieron un rotundo mentís a los augures de la nueva *pax romana* que se nos prometía. Los años que siguieron a la estrepitosa caída de esa soberbia ilusión que se acunó en el bloque soviético fueron cualquier cosa menos la satisfecha consagración del nuevo y definitivo orden mundial que se nos anunciaba. Y no se trata, obviamente, de hacer ahora una enumeración exhaustiva de los muchos desmentidos empíricos recogidos por la cansada fantasía liberal, pero bien vale la pena recordar algunos de los contrapuntos más notorios y revivir, junto al inconsciente y descuidado alborozo que significó la inauguración del Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos, Canadá y México, la irrupción zapatista en las “celebraciones” del mismo desde las entrañas de la Selva Lacandona; o las grandes huelgas que en Francia y Corea opusieron cerrada resistencia a reformas de signo “neoliberal” en el campo de la seguridad social y de los contratos laborales, respectivamente; o los levantamientos populares en Indonesia y Ecuador, que pusieron en jaque los equilibrios político-institucionales de ambos países; o, en fin, tantos otros susurros o clamorosos embriones que en un lado o en otro se encargaban de anunciar, soterradamente o a campo traviesa, la posibilidad de otro futuro a través de innumerables movimientos de crítica, de impugnación y de alzamiento.

Movimientos sociales aluvionales y vigorosos reclamaban aquí y allá la posibilidad irrenunciable de escribir su propia historia al tiempo que los cimientos financieros de ese mundo feliz y jubiloso comenzaba a mostrar los primeros temblores de su frágil peripecia. La Arcadia reconquistada de los “libres” mercados capitalistas, la democracia “representativa” y la “globalización” –siempre sazonada con la apropiación indiscriminada y comercial de la naturaleza– veía oscurecerse, a partir de su

propia lógica de desenvolvimiento, sus efímeros días de vino y rosas: la burbuja financiera colapsaba primero en México, en 1994, con su correspondiente “efecto tequila”; luego, dejaba un profuso tendal de damnificados en el sudeste asiático durante 1997; casi enseguida, en 1998, marcaría con sus huellas a Rusia y; por último, se instalaría con sus premuras y desquicios en Brasil, la Argentina y Uruguay, desde 1999 en adelante. Como confluencia y culminación provisoria de la nueva secuencia de agitación social y de la correspondiente a los problemas “internos” del mito “globalizador”, el siglo xx termina no sin antes haber testimoniado el fracaso de los intentos por avanzar hacia la conformación de un mercado mundial y, en el mismo acto, haber sumergido también en la pila bautismal al llamado, apropiada o impropriadamente, movimiento “antiglobalización”. En diciembre de 1999, en Seattle y en ocasión de la reunión de la Organización Mundial de Comercio, se replanteaba una vez más –ahora sin centro político alguno, afortunadamente– la emergencia de una oposición “global” al nuevo orden y la confirmación apabullante de que la historia no tiene final: una contestación radical y libertarizante comenzó a extenderse por doquier y a ofrecer un renovado aliento a la utopía.

Movimiento de multitudes y multitudes en movimiento también en América Latina y en tanto respuesta a las devastadoras consecuencias de casi tres décadas que, por doquier, se engalanaron de “ajustes estructurales” de signo neoliberal; impuestos los mismos primero a horcajadas de las dictaduras militares de los años 70 y sostenidos luego en forma imperturbable por sucesivas restauraciones “democráticas” hegemonizadas por los nuevos elencos tecnocráticos de los partidos políticos cuando no maceradas por una escandalosa corrupción. El tiempo de los Castelo Branco, de los Banzer, de los Videla y de los Pinochet es hoy un recuerdo pesadillesco cuya impronta no tuvo más significado que la de descuartizar por medio de la fuerza bruta y el crimen los niveles de organización y lucha alcanzados por los movimientos populares de base durante los años 60 y principios de los 70. Inmediatamente después, el tiempo de los Menem, los Salinas de Gortari, los Collor de Mello, los Sánchez de Lozada y los Fujimori, no hizo más que dejar tras de sí el sabor de la desolación. Acentuación de la desigualdad social y

de la pobreza, discriminación y marginación, precarización del trabajo, declinación de las funciones instrumentales y simbólicas del Estado, desequilibrios en las finanzas públicas, colosales endeudamientos, entrega de las riquezas, depredación del medio ambiente, etc., fueron y son sólo algunos de los efectos más notorios de una crisis de mayor hondura cuya comprensión final incita ahora mismo a la reanimación y la recreación de proyectos de transformación social profunda.¹⁶²

Las complejas y diversas razones que mediatizaron a los movimientos sociales –durante un período más o menos largo, pero que se sintió como interminable– parecen haber sido superadas una a una y el ánimo de la revuelta recorre una vez más estas tierras. Son las sociedades lúcidas y corajudamente movilizadas las que buscan nuevos derroteros para la protesta, superan las barreras de la represión y del miedo, pasan por encima de los breches y promesas de una izquierda burocratizada e integrada al sistema. Son las sociedades empeñosa y enérgicamente movilizadas las que una vez más asumen las condiciones que les permiten obstaculizar y frenar planes gubernamentales más regresivos todavía que los que ya tuvieron que soportar. Son las sociedades movilizadas, entonces, las que, finalmente y en el grado máximo de las tensiones alcanzadas hasta el momento, se permiten la sublime irreverencia de derribar al gobierno argentino en diciembre de 2001 y al gobierno boliviano en este octubre de 2003.¹⁶³ *Es en el seno de estas tierras latinoamericanas que renuevan sus posibilidades y apetencias transformadoras; en el seno de estas sociedades movilizadas y en ebullición;*

¹⁶² Es preciso aclarar el alcance de estas afirmaciones. Sin perjuicio de obvias características comunes y de rasgos que permiten rastrear la tónica de una época dada, no creemos que haya un principio de orden único y originario desde el cual aprehender las realidades de los países latinoamericanos. Seguir pensando que América Latina es una e indivisible, casi por mandato divino, no es más que continuar con una equívoca tradición inaugurada por una fracción de la intelectualidad criolla decimonónica; tradición que, curiosamente, es la que hace suya la izquierda latinoamericana de los años 60 y 70, asimilando erróneamente los procesos de cambio de aquel entonces con los que se vivían en África y Asia. Pero no fue ése el pensamiento de los primeros sindicalistas ni el de los pueblos originarios ni mucho menos el de los esclavos negros trasplantados a este continente.

¹⁶³ Como ya lo aclaráramos, la versión no anotada de este trabajo fue redactada en el año 2004. Ésa y no otra es la razón por la cual no se hace mención en el cuerpo central del texto a la caída del gobierno ecuatoriano en abril de 2005 y a la caída de un nuevo presidente boliviano en octubre del mismo año.

en el seno, entonces, de sus luchas concretas e inmediatas y de sus sueños de largo alcance en el que es posible y necesario replantearse una vez más los horizontes, los caminos, los sujetos, las prácticas y los problemas de un cambio social revolucionario.

El movimiento anarquista no sólo sigue teniendo mucho para decir y hacer al respecto sino que, además, emerge fortalecido y tonificado de sus aparentes cenizas. Ello ocurre en un punto de cruce históricamente ubicable y en el que, no exclusiva pero sí fundamentalmente, se combinan la implosión del bloque soviético, el fracaso de las inflexiones neoliberales en que terminó desembocando la reestructuración capitalista y el renovado empuje de los movimientos sociales de base como expresión de resistencia y de cambio. Este nuevo flujo movilizador a escala mundial es consciente, al menos en algunos de sus segmentos más significativos, de que, en su arsenal de opciones, ya no es posible el rescate sin más o la réplica acrítica de las alternativas revolucionarias hegemónicas durante los años 60 y 70 del siglo pasado, fuertemente emparentadas con las inflexiones estatistas, centralizadoras y militaristas de ese “socialismo” realmente inexistente que acaba de fenecer. Pero, al mismo tiempo, es un flujo movilizador que, por lo menos en buena medida, se desarrolla también a partir de algunas nociones básicas –acción directa, autonomía, autogestión– que nos son históricamente familiares y que incluso constituyen algunos de nuestros principales rasgos de identidad. Es un flujo movilizador que parece querer inaugurar una épica propia, más definida todavía por sus rechazos y repulsiones que por los caminos concretos que habrá de seguir; pero en el que, sin lugar a dudas, un movimiento anarquista remozado como el actual encuentra naturalmente un espacio de diálogos y de intercambios al que concurrir con su perturbadora y radical visión del futuro: incorporando sus propios recursos doctrinarios, su propia experiencia histórica y una trayectoria a la que podrán imputársele numerosos fracasos pero nunca una apatía de poder que lejos estuvo de aflorar alguna vez.

Sin embargo, esta época turbulenta y fermental, estos movimientos pujantes y arremetedores, nos encuentran en *una situación en la que el pensamiento y las prácticas anarquistas ya no pueden cifrarse ni alentar expectativas solamente en una*

repetición monótona de su pasado sino, antes bien, en un intenso proceso de reactualización y clarificación; el que, a su vez, reclama no esfuerzos aislados sino una asunción colectiva amplia, no la pereza de quedar librado a mágicas casualidades que todo lo resuelven en un místico acto de inspiración y de genio sino la laboriosa osadía de concebirse expresamente como tal. Ese proceso de reinención libertaria ha ofrecido ya múltiples y significativos empujes y ha permitido abrir espacios de experimentaciones y de búsquedas que no carecen de logros ciertos; pero que, incluso así, dista mucho de ofrecer todavía un producto coherente y capaz de ocupar el lugar vacante que alguna vez ostentaron el anarcosindicalismo y el “especificismo” como modelos sólidos y seguros de organización y acción.¹⁶⁴ En otras palabras: ese proceso de renovación que consideramos imprescindible –intuitivamente asumido como tal desde hace ya décadas– presenta altibajos notorios, no ha sido conscientemente adoptado por todo el movimiento con la misma intensidad y, por consiguiente, *no ha consumado todavía un cuerpo de ideas que pueda funcionar como paradigma revolucionario, como referente en el que encontrar un conjunto de respuestas básicas articuladas y también una matriz desde la que procesar los problemas sobrevinientes y las elaboraciones por venir.*

En el contexto de su renovación, nuestro movimiento ha dado lugar a una multitud de expresiones que a veces se nos aparece como inacabable y que exacerba hasta el infinito diferencias y matices a los que les cuesta encontrar las articulaciones y los nexos que serían de desear. El nuestro es, por lo tanto, también un tiempo en el que las crisis de orientación más generales y la fragmentación de la vida cotidiana se reflejan a su modo en la propia arquitectura interna del movimiento libertario; en sus expresiones múltiples y en la proliferación de prioridades muchas veces irreductibles entre sí. Esa diversidad y esa

¹⁶⁴ Esperamos que en nuestras breves pinceladas históricas a lo largo del texto haya quedado claro que el anarcosindicalismo y el “especificismo” fueron modelos “sólidos y seguros” de organización y acción en un sentido diferente: el primero se correspondió con el período de mayor empuje del movimiento anarquista mientras que el segundo se constituyó en modelo primero por complementariedad y luego por defecto, en consonancia con un período de repliegue y de pérdida de influencia en el movimiento obrero.

dispersión no tienen por qué acabar siendo vistas como una calamidad a dejar atrás cuanto antes, sino que bien pueden ser asumidas en tanto un recurso más de fecundidad toda vez que se sepa qué hacer con ellas y cómo servirse de sus potencialidades. Sin embargo, *los riesgos se vuelven mayores cuando las mismas reproducen en términos organizativos y prácticos una cierta e inocultable confusión, cuando delatan un desarrollo apenas incipiente de intercambios teórico-ideológicos que no acaban de encontrar sus cauces más provechosos y cuando ponen de manifiesto una cierta preferencia por la disipación entrópica de energía antes que por la reunión de nuestras fuerzas*. Es cierto que con diferencias reales de un país a otro y con desniveles reconocibles en cuanto al desarrollo de ese proceso de renovación; pero, así y todo, creemos no estar demasiado lejos de la realidad si afirmamos que ése es el panorama general sobre el cual debemos modelar el movimiento anarquista del futuro inmediato.

Esto parece ser particularmente tangible en América Latina donde, con evidentes pero muy escasas excepciones, nos encontramos con un movimiento abrumadoramente joven; y que, precisamente por eso, todavía está tentado de delinear sus perfiles básicos, su ubicación concreta en las luchas circundantes de las que forma parte y las orientaciones o prioridades que habrán de distinguirlo. La experiencia ya acumulada no es en absoluto despreciable y lo es menos todavía si incluimos en ella la larga y rica trayectoria del anarquismo histórico a la que siempre es posible y necesario apelar; pero no parece ser suficiente todavía frente a un mundo que se ha vuelto repentinamente más complejo y quizá más desconocido, delante de un paisaje cargado de incertidumbres y misterios en el que se esfuman y extravían los viejos itinerarios prefijados. Todo ello vuelve apremiante un repaso ordenado y conjunto de nuestro actual patrimonio doctrinario básico, de nuestras posibilidades y de nuestros problemas; *un repaso en el cual reconocernos y que, lejos de constituir un catecismo inapelable, sea percibido como una agenda, como un orden del día provisorio y discutible a partir del cual entablar una trama colectiva de diálogos y de enriquecimientos*. Ésa y no otra es la tarea impostergable a la que, con estos apuntes, se pretende contribuir.

Pero hay aún otro aspecto que no es de provecho descuidar. Este repaso, esta imprescindible puesta a punto de nuestro actual patrimonio doctrinario básico no sólo es una agenda de discusión interna al movimiento sino que también puede y debe transformarse en *una señal de identidad* y en *una carta de presentación* de nuestra especificidad ideológico-política en la ebullición social del continente. Y, lo que es tanto o más importante todavía: dadas algunas de las características de los movimientos sociales de nuevo tipo que nos son claramente familiares; dada también la ausencia de un paradigma revolucionario claramente hegemónico detrás del cual hacer confluir esperanzas y “disciplinas” militantes, como lo fuera en los años 60 y 70 del siglo pasado; dado además este manifiesto clima de experimentaciones y de búsquedas que parece sernos aproximada y tendencialmente favorable; dados, por añadidura, estos vacíos ostensibles de caminos seguros y probadamente eficaces; en virtud de todo esto, entonces, *ese mero repaso puede constituirse también en una referencia que vaya más allá e incluso bastante más allá de nuestras propias “fronteras” específicas como anarquistas de tomo y lomo*.¹⁶⁵ Y esto no es un invento ni una quimera sino una simple constatación: hoy mismo es posible encontrar, en distintos lugares de América Latina, espacios de recreación de prácticas sindicales no burocráticas, asamblearias y de base; instancias de organización territorial que se conducen según principios de apropiación “municipalista” de su vida cotidiana; grupos estudiantiles que pregonan afanosamente una concepción distinta de la educación; núcleos ecologistas, feministas o antimilitaristas que también se orientan consciente o implícitamente desde formulaciones libertarizantes o protoanarquistas. *Nutrirse de estas experiencias, asignarles un sentido común y vincularlas en una formulación ideológica compartida es también uno de los objetivos posibles para el punteo que inmediatamente se hará y para la discusión que a través suyo se*

¹⁶⁵ Obviamente, no nos hacemos demasiadas ilusiones respecto de este punto en cuanto a las posibilidades de *acuerdos en profundidad* con las corrientes revolucionarias que persisten en confirmar –a pesar de toda la experiencia histórica en sentido contrario– sus tendencias estatistas y vanguardistas; no obstante lo cual siempre será oportuno tentar con las mismas *acuerdos puntuales que no impliquen de parte del movimiento anarquista pérdida alguna de nuestro perfil ideológico*. Lo que sí entendemos como factible es el establecimiento de lazos más sólidos con las distintas variantes que hoy hacen fundamental hincapié en el protagonismo y en la autonomía de las organizaciones sociales de base.

pretende detonar. Ha llegado el momento, entonces, de abordar –en su declarada condición de apuntes iniciales– esos horizontes, esos caminos, esos sujetos, esas prácticas y esos problemas del cambio social revolucionario en América Latina.

1.– Horizontes: la inconfundible silueta de la utopía

1.– La tensión utópica de nuestros días es a la vez otra y la misma con respecto al largo aliento que la precede, que constituye su memoria y que le brinda raíces históricas profundas e imperecederas; es diferente en algunos de sus presupuestos valorativos, en buena parte de sus formulaciones teóricas y en muchas de sus manifestaciones, pero mantiene buena parte de sus viejas y enaltecidas señas de identidad. Un proyecto revolucionario rabiamente actual no puede ser exactamente igual a sus entrañables ascendientes del pasado pero tampoco puede dejar de recurrir a tensiones básicas que se expresan todavía aproximadamente del mismo modo. *El horizonte del cambio revolucionario, por lo tanto, sigue siendo la edificación de una sociedad en la cual cada uno de sus miembros pueda organizar o desorganizar su vida en la atmósfera irremplazable de la mayor libertad históricamente posible*. El horizonte del cambio revolucionario, entonces, sigue siendo la edificación de una sociedad pensada y orientada *contra toda forma de dominación institucionalizada o en vías de institucionalizarse*: la de quienes tienen el poder de decidir sobre aquellos que quedan reducidos a la condición de brazo ejecutor; la de los capitalistas sobre los asalariados, la de los hipotéticos sabihondos sobre aquellos que supuestamente no han sido bendecidos por ningún saber; la de los “sacerdotes” sobre los “fieles”, la de los viejos sobre los jóvenes, la de los hombres sobre las mujeres, la de las culturas supuestamente “superiores” sobre las hipotéticamente “inferiores” y así hasta el infinito e incluso de lo que pueda haber más allá de él. *Libertad como autonomía, como la capacidad irrenunciable de individuos y colectivos* –en sus respectivas esferas– *de fijar sus propias reglas de convivencia y devenir, sus necesidades, sus deseos y sus proyectos*; como una permanente guerra de conquista, de creación de sí mismos, de elucidación y afirmación de su voluntad, su dignidad y su responsabilidad frente a los demás.

2.– Esa libertad de que hablamos sólo puede definirse y realizarse en términos sociales e históricos concretos, no flota en el vacío y no puede menos que formar parte de un diseño complejo e integrado *entre seres iguales y recíprocamente solidarios*. Se trata de una igualdad que nada tiene que ver con la uniformización militar del rebaño ni con la aburrida clonación de un modelo insoportable en sus hipotéticas promesas de perfección sino de *aquella que se sustancia como la posibilidad socialmente reconocida de tomar parte activa en las decisiones de interés colectivo en los ámbitos que correspondan y de disfrutar de las riquezas generadas por el trabajo social*; y de hacerlo, en un caso y en el otro, a la par de cualquiera y sin privilegios de clase alguna. Se trata, también, de una solidaridad concebida no como el gesto de caridad compasiva con el desamparado sino de *aquella que se forma a partir del reconocimiento del otro, de la aceptación y el respeto de sus eventuales diversidades, y que desemboca en las responsabilidades compartidas en la entrañable faena de construir un mundo nuevo*. Igualdad y solidaridad de lo diverso, entonces, como elemento de la mayor importancia en tierras donde habrá que conjuntar y armonizar las tramas culturales de las poblaciones originarias –aymaras, quechuas, tobas, guaraníes, mapuches, cunas o caribes entre muchas otras– con las procedentes de las migraciones europeas y las de los descendientes de los viejos esclavos negros. Igualdad y solidaridad de lo diverso que nos permite reconocer ya mismo buena parte de nuestras raíces en el ayllu andino, en los quilombos negros y en las ideas y propuestas de organización sindical que llegaron desde el otro lado del océano Atlántico.

3.– Todo esto ha merecido tradicionalmente y seguirá mereciendo el nombre de *socialismo libertario*, a modo de pálido e insuficiente resumen léxico de esa radical, compleja y permanente apropiación del acontecer social por la sociedad misma, constituida entonces en dueña de sus destinos y quehaceres sin los insoportables privilegios y tutelas del Estado, de los propietarios de las riquezas, de las imposiciones externas a sí misma, de las grandes congregaciones religiosas, de los detentadores militares y/o policiales de la fuerza, de los poseedores del saber, etc., etc. El vasto movimiento histórico de construcción de una

sociedad pensada sobre estas pautas, entonces, no puede merecer otro nombre que el de *socialización*: socialización de todas las instancias de decisión, expresión y comunicación; socialización de los medios de producción y de las riquezas acumuladas; socialización del saber, etc.; y, sobre todo, socialización de la capacidad indeclinable que toda sociedad posee de crearse y recrearse a sí misma. *Movimiento de construcción éste que necesariamente se acompaña primero de una tensión destructora y luego de un permanente estado de alerta*: destrucción de los resortes de poder, del andamiaje jurídico-político y de los mecanismos de represión y coacción que vuelven posible e institucionalizan las sociedades de la dominación, la desigualdad y el privilegio; y alerta permanente respecto de los procesos que incuben o insinúan su eventual e indeseable restauración por vías directas o indirectas.

4.- Si éstos son los movimientos fundamentales, sólo cabe decir que *la autogestión, el federalismo y la democracia directa constituyen su “arquitectura” básica* o su expresión orgánica esencial.¹⁶⁶ *La autogestión* es, indudablemente, la célula organizativa insustituible de una sociedad socialista y libertaria, por cuanto verifica y define ese hecho raigal por el cual cada colectivo –sea cual sea su área de actuación– asume la posibilidad y la capacidad de administrar, sin delegación ni enajenación alguna, sus propios asuntos. *El federalismo*, mientras tanto, es el tipo de vínculo –horizontal y descentralizado– entre las unidades asociativas efectivamente idóneo para preservar el protagonismo de las mismas y evitar el surgimiento y la imposición de instancias decisorias superiores y centralizadoras que finalmente acaben “olvidando” –en aras de una mítica “voluntad general”– a las multitudes que dicen “representar”. Por último, *la democracia directa* –o, si se prefiere, la anarquía– es el efecto de conjunto por el cual los asuntos políticos en los que se dirime la vida de

¹⁶⁶ De hecho, éstas son las condiciones insoslayables de sustitución del Estado y de toda forma de poder político centralizado. No obstante, vale la pena aclarar que no constituyen una suerte de abracadabra ni la evaporación de cualquier dilema concebible ni el eufórico anuncio del final de los tiempos. En lugar de ello, debe entenderse que esta “arquitectura” resume y sintetiza los procedimientos de resolución de problemas pero de ningún modo expresan a la solución misma.

una comunidad, sean cuales sean sus dimensiones, son asumidos sin mediaciones de especie alguna por todos sus miembros. Es precisamente la correcta articulación entre estos dispositivos organizativos la que puede dar cabida realmente a esas relaciones de convivencia animadas desde la libertad entre individuos y grupos iguales y recíprocamente solidarios así como albergar *las dimensiones internacionalistas del cambio social*, sin menoscabo alguno de las prodigiosas diversidades regionales y culturales que distinguen a los pueblos latinoamericanos.

5.- En las últimas décadas, también, *el pensamiento revolucionario ha cobrado conciencia de los problemas ecológicos* y los ha incorporado al núcleo mismo de su reflexión. Hay ya no es posible sostener aquel planteo ramplón e ingenuamente productivista que hacía depender las posibilidades de realización socialista de una incesante acumulación de bienes y de un irracional desarrollo de la industria pesada. En nuestra época, las claves de la construcción socialista ya no reposan en aquella inocencia cuantitativista que todo lo basaba en el crecimiento de las “fuerzas productivas” sino que se ha vuelto absolutamente preciso sostener que *las llaves del misterio radican en la distribución de las riquezas y en la satisfacción de las necesidades humanas a través de su adecuada compaginación con los recursos naturales disponibles*. El desarrollo de las sociedades humanas y el incremento de su bienestar material es hoy insostenible si no se plantea como un diálogo respetuoso con los recursos naturales –la biosfera toda, en definitiva– y con sus correspondientes ciclos o irreversibilidades. El paradigma productivista, precisamente, no es más que la consecuencia lógica y la herencia maldita de una concepción que ve en el trabajo ajeno una fuente de ganancia, de rendimiento, de lucro y de acumulación. Una sociedad libertaria y socialista, por el contrario, no puede concebir la producción como un acto ciego e irracional que se justifica por sí mismo, sino que ha de estar apoyada en el trabajo en tanto una posibilidad humana más de creación aplicada a la satisfacción de las necesidades reales que sólo puedan ser atendidas y resueltas a través del mismo.

2.- Caminos: la larga marcha de la libertad

6.- La rica y variada experiencia histórica recogida nos dice que no todas las revoluciones consiguen modificar realmente las relaciones de poder de una configuración social dada y que ninguna de las que efectivamente lo ha hecho puede plantear demasiadas cosas más que enseñanzas negativas en lo que tiene que ver con la construcción de una sociedad auténticamente libertaria, igualitaria y solidaria.¹⁶⁷ El inconveniente mayor con el que se han enfrentado hasta ahora las revoluciones triunfantes es el de suponer que la construcción de una sociedad tal está más o menos garantizada o al menos abierta por una operación a la que, descuidadamente, se le atribuyen facultades mágicas: la toma del poder. En líneas generales, en esos casos, *el equívoco ha consistido en suponer que una vanguardia ilustrada puede resolver por sí misma los problemas ubicados en el mal llamado y mal reconocido “reino de la necesidad”, postergando, en sucesivas “transiciones”, la atención de aquellos que serían propios del “reino de la libertad”*. Sin embargo, quienes nos reconocemos como libertarios hemos intuido desde siempre, y lo sabemos ahora con entera certeza, que *la libertad no sólo es la meta sino también el camino*. Hoy sabemos que un marco social libertario jamás habrá de llegar si se parte de premisas que justifican el ejercicio “transitorio” del poder de unos individuos o de unos grupos sobre otros. Por ende, no hay ni puede haber transiciones reales que no prefiguren el horizonte hacia el cual se dirige el movimiento social revolucionario y que no se organicen a sí mismas como la indudable matriz del futuro: *una matriz que, para serlo, ha de sustentarse en tanto libertaria desde un primer momento*.

¹⁶⁷ Sea o no del agrado de eventuales contradictores, en términos históricos no pueden haber demasiadas dudas que esta afirmación se ampara en uno de los puntos teóricamente más fuertes del pensamiento libertario tal como se conformara en los tiempos de la 1ª Internacional. El habitual reproche que se le realiza al anarquismo de desconocer la “necesidad” y los “misterios” de un período de transición no es más que una mayúscula falacia puesto que, mirado el asunto en perspectiva, es seguro que nadie captó con mayor agudeza los dramas de esa “etapa intermedia” que aquellos viejos “bakunistas” de 1872.

7.- Ninguna “ley” histórica establece fatalmente el advenimiento de una sociedad libertaria y socialista y ninguna operación sostenida de ingeniería social desde las alturas puede garantizarlo. *Una sociedad libertaria y socialista sólo puede edificarse a partir de una cierta y ampliamente extendida conciencia colectiva y de la definición irrestricta de su autonomía como comunidad constituida*. Si en algún momento se creyó que había “condiciones objetivas” para la revolución y el socialismo hoy se hace necesario sustituir esa vieja convicción por otra bien distinta: *la revolución y el socialismo sólo son posibles en tanto madure una subjetividad comunitaria autónoma capaz de expresar la decisión de una sociedad de recrearse a sí misma*. Es obvio que esa conciencia, esa subjetividad colectiva, encuentra condiciones más favorables en unos casos que en otros, pero lo cierto es que sólo puede madurar como el producto de una larga y plural experiencia de antagonismos y de luchas. La asunción autonómica de sí mismos por parte de los pueblos es la única embriogénesis de una historia libertaria y socialista; y, por cierto, también la exclusiva posibilidad de realizar exitosamente los trabajos del parto. Las decisiones de una minoría, por muy inquebrantables y abnegadas que puedan resultar, no sustituyen la asunción autonómica, la conciencia colectiva y la subjetividad comunitaria sino que muchas veces *sólo consiguen suplantadas, postergadas y encubrir las condiciones históricas reales de su emergencia y su despliegue; es decir, la única garantía concebible de una extendida voluntad de construcción socialista*.

8.- *América Latina ha conocido al menos tres vías interpretadas en un momento o en otro* –por sus protagonistas, sus aliados o sus comentaristas, según los casos– *como avances hacia el socialismo*: el vanguardismo de corte guerrillero triunfante y devenido en gobierno como en Cuba y Nicaragua;¹⁶⁸ el populismo civil o militar al estilo de la Argentina del “joven” Perón, la Bolivia del primer Paz Estenssoro, el Perú de Velasco Alvarado o la actual Venezuela de Chávez; y, por último, el reformismo socialdemócrata del tipo practicado en el Chile de Allende o en

¹⁶⁸ Debería ser innecesario aclarar que nos estamos refiriendo a la Nicaragua de 1979 y no a la actual, puesto que el reciente retorno sandinista al gobierno no guarda con aquella situación ni el más remoto parecido.

el Brasil que hoy gobierna Lula da Silva.¹⁶⁹ Si bien la perdurabilidad de cada una de esas experiencias ha sido extraordinariamente variable y los formatos políticos respectivos no sean estrictamente asimilables ni mucho menos, *lo cierto es que todas ellas asumieron como intrínsecamente propio, y lo teorizaron de diferentes modos* –expresamente en algunos casos y elusivamente en otros–, *el papel protagónico, redentor y a veces excluyente del Estado*. Incluso Cuba, ejemplo mayor de supervivencia y de centralización política “progresistas”, nos plantea hoy una cruel paradoja y una triste ironía de la historia al tiempo que parece constituirse en una suerte de vía castrista al capitalismo con rasgos propios y muy caribeños de Estado benefactor. La conclusión que se impone es que –así como la libertad no es prorrogable ni subalterna, así como la conciencia de los pueblos y su autonomía no es sustituible por “leyes” históricas de tipo alguno ni tampoco por el más completo y prolijo diseño de ingeniería social– *la sociedad y no el Estado ha de ser el eje real y excluyente de la construcción socialista*.

9.– De tal modo, las recurridas propuestas de caminos jalonados por una multiplicidad de etapas intermedias *sólo conducen a la resolución parcial de los problemas inmediatos pero nunca a soluciones reales y perdurables de los dilemas más hondos*. Antiglobalización, antifascismo, anticolonialismo, antiimperialismo, antineoliberalismo y algunas otras sugerencias por el estilo pueden ser y efectivamente son orientaciones circunstanciales válidas, pero siempre y cuando no sofoquen las oposiciones de base –anticapitalismo, antiestatismo, antiautoritarismo– y no inhiban ni releguen ni posterguen indefinidamente el horizonte libertario y socialista y la formación de la conciencia, las decisiones y las organizaciones correspondientes. Cuando se creía que la historia era aproximadamente lineal y conducía a un destino inexorable, la política de acumulación de fuerzas en torno del mal llamado “enemigo principal” pudo parecer un camino de avance por sí mismo. Sin embargo, la experiencia recogida a lo largo de más de un siglo de luchas nos

¹⁶⁹ Nótese que, en cualquiera de las tres vías, la experiencia que hoy atraviesa América Latina no nos muestra más que versiones empalidecidas y hasta grotescas del original; muy a pesar del irreal optimismo que ha ganado a múltiples contingentes de la izquierda continental.

permite concluir sin demasiadas vacilaciones que *las “transiciones” y las “etapas intermedias” tienden a eternizarse y a generar en su seno estructuras de poder tan sólidas como las antiguas y no se conoce todavía ningún régimen concebido de esa manera que no haya constituido su propio escenario de privilegios y de injusticias ni dejado de legitimar e institucionalizar un nuevo cuadro de dominación*.¹⁷⁰

10.– *Los caminos principales del cambio social revolucionario, entonces y sin perjuicio de las diversas prácticas que los abonan, se recorren en la lucha contra las distintas estructuras de dominación establecidas, con un horizonte expreso de recreación social y precaviéndose de no alentar nuevamente la lógica del poder*. Las estructuras de dominación –pasadas, presentes o futuras y cualesquiera sean sus especificidades y el diseño en el que se concretan– se repelen punto por punto con el horizonte libertario y socialista, y ninguna ilusión puede llevar a la absurda creencia de que existe un sendero de negociación, de diálogo y de entendimiento entre opciones que se contradicen tan drásticamente. Los caminos de avance hacia el socialismo libertario, por lo tanto, no son ni tienen ninguna posibilidad de ser caminos apacibles y confortables y *sólo habrán de transitarse si se anima en ellos el soplo revulsivo de la insurrección, la ruptura y la transgresión*; y no como episodios demiúrgicos, únicos y definitivos, sino en tanto dinámicas de transformación real. Los caminos de avance sólo podrán recorrerse mediante un torbellino de creación de lo nuevo y destrucción de lo viejo y eso ya no pueden hacerlo enigmáticos mecanismos de la historia ni minorías supuestamente esclarecidas ni mediatizaciones interminables sino *el movimiento de unas sociedades autónomas y decididas, conscientes de sus necesidades y de sus deseos, organizadas expresamente para volverlos posibles y realizarse plenamente en ellos*.

¹⁷⁰ Sin perjuicio de la sintética presentación del tema, lo que aquí se está impugnando es no sólo una concepción evolucionista de la historia –la que pautaría su inexorable desembocadura “socialista”– sino también las consecuencias en términos de práctica política que habitualmente se han derivado de la misma.

3.– Sujetos: un protagonismo insustituible¹⁷¹

11.– Dejar planteados los horizontes y los caminos de un cambio social revolucionario en América Latina es, implícitamente, definirse también respecto de los sujetos que pueden dar satisfacción a sus presupuestos; o, en otros términos, ubicar los protagonistas de esa entrañable peripecia. En principio, es posible saber que *algunas conjunciones más o menos recientes que se proponen a sí mismas en tanto centros gravitatorios alternativos no puntúan lo suficiente como para considerarlos compañeros de ruta más o menos confiables*; por mucho que intenten adoptar algunas de las pautas propias de los nuevos tiempos. Tal es el caso, por ejemplo, del Foro Social Mundial con sede en Porto Alegre, del Foro de San Pablo, del Congreso Bolivariano de los Pueblos o del Encuentro en Defensa de la Humanidad fundado en México. El Foro Social Mundial ha demostrado ser un instrumento del PT brasileño, de la socialdemocracia internacional y de las ONGs más lustrosas para sostener su candidatura a una administración plural y con “rostro humano” del nuevo orden internacional capitalista,¹⁷² al tiempo que el Foro de San Pablo se nos presenta como su cara político-partidaria. El Congreso Bolivariano de los Pueblos y el Encuentro en Defensa de la Humanidad –su contrapartida intelectual–, mientras tanto, parecen responder más a una necesidad de protagonismo de los gobiernos cubano y venezolano –relegados a un segundo plano en los aparatos anteriormente mencionados– que a una genuina confluencia de movimientos sociales de base. Más allá de sus remozadas presentaciones, *las hegemonías ideológicas y organizativas planteadas en cada uno*

¹⁷¹ Esperamos dejar claramente asentado aquí que no creemos en esa concepción supuestamente revolucionaria según la cual los sujetos y los protagonismos se deducen directamente y sin mayores traumas de una cierta posición fija en la estructura social. En lugar de ello entendemos que, si bien las posiciones no dominantes favorecen en mayor medida la adopción de posiciones revolucionarias, eso sólo es así no por designio divino de la posición misma sino como resultado de un movimiento insurgente contra la relación de dominación en tanto tal.

¹⁷² En el tiempo transcurrido entre la redacción original de este trabajo y las presentes anotaciones, el PT ha visto disminuir su incidencia de conjunto en el Foro Social Mundial pero ello no modifica ni mucho menos una significación política que sigue siendo básicamente la misma, pese a los matices que las nuevas sedes anuales de realización han ido introduciendo.

de esos ámbitos están demasiado emparentadas con el exclusivismo vanguardista, el reformismo socialdemócrata y el populismo, según los casos, como para que realmente se las pueda considerar el anuncio de algo nuevo.

12.– Mucho más próxima a las definiciones que hemos ido avanzando se encuentra la llamada Acción Global de los Pueblos, *que no convoca en sus filas a organizaciones sociales inconfundiblemente cooptadas desde el poder estatal, que en términos declarativos renuncia a toda forma de control político desde las alturas y que proclama enfáticamente la descentralización, la autonomía y la acción directa de los movimientos sociales de base*. No obstante, la AGP carece todavía de definiciones claras en múltiples aspectos, acoge a ciertas organizaciones de estirpe vanguardista, se desliza en otras hacia variantes asistencialistas y, más allá de algunas conferencias puntuales de cierta repercusión, no cuenta con una gravitación real en los movimientos sociales de base más activos y de mayor resonancia en las protestas del continente. No obstante estas limitaciones, la AGP ofrece un modelo organizativo considerablemente próximo al que a nosotros nos gustaría proponer y su sola existencia permite aquilatar la reciente y creciente influencia ideológica de corrientes de cambio basadas en el reconocimiento de la diversidad de movimientos y en la necesidad de reelaborar un paradigma revolucionario para América Latina. Estas características, precisamente, son claves en tanto la conformación de los sujetos del cambio reclama imperativamente la reapropiación crítica y la superación de las experiencias de lucha de décadas pasadas así como ofrecer lugares protagónicos a todos aquellos movimientos que desarrollen prácticas contestatarias contra las diversas formas de dominación.

13.– Sin perjuicio de las objeciones ya realizadas al Foro Social Mundial, es importante reconocer que el mismo ha servido de ejemplo a múltiples ensayos de replicación microscópica en las que han llegado a expresarse líneas de fuerza bien diferentes. El Foro Social Mundial es una colosal agregación de partidos políticos, movimientos sociales, ONGs, centros de investigación, intelectuales, etc., y sus propias dimensiones “globales” hacen que *sólo los grandes aparatos internacionales puedan ejercer en él*

una influencia cierta y consigan una instrumentación directa o indirecta de sus propias finalidades; hasta el punto de transformarse en un espectáculo mediático en el que las voces de las experiencias de base acaban por volverse inaudibles. Sin embargo, cuando ese esquema de conjunción amplia de instancias orgánicas, experiencias y problemas es trasladado incluso más acá de lo “nacional” y llega al plano propiamente local o cuando adopta formas deliberadamente abiertas y transgresoras, se ha podido apreciar la emergencia de foros regionales o alternativos que, aun cuando no se propongan expresamente una estrategia antisistémica, pueden sí expresar la ebullición creativa y diversificada de la sociedad, exhibir sus tramas, sus opciones y sus posibilidades y concebirse como una experiencia rupturista en cuanto al estilo de hacer política.

14.– Pero la clave del cambio social y los sujetos revolucionarios por excelencia, en consonancia con un horizonte que se propone abatir todas y cada una de las relaciones de dominación, no puede radicar en otra parte que en *los movimientos sociales de base que se constituyen, en su conciencia y en sus luchas, como genuinas alternativas al poder.*¹⁷³ Movimientos por doquier, de orígenes diversos y de peripecias propias: la herencia del viejo movimiento obrero, por supuesto, en sus sindicatos, sus cooperativas y sus comités de gestión; movimientos de desocupados que han sido expulsados del mundo del trabajo y a los que el capital y el Estado ya no pueden ofrecer respuesta alguna; los sucesores contemporáneos, también, de aquella clarinada estudiantil que proclamara en Córdoba, en 1918, la hora de la insurrección y que ahora pueden conjuntarse con otros movimientos juveniles de origen diverso; comunidades indígenas que todavía y con más fuerza persisten en su resistencia secular; movimientos de campesinos que alzan sus gritos por la conquista de la tierra y de libertad para trabajarla; agrupaciones urbanas y consejos vecinales de orientación “municipalista” que reclaman un espacio propio de

¹⁷³ Se impone aquí una nueva aclaración y es que por “movimiento” no entendemos a las expresiones institucionalizadas y burocráticas que constituyen su riesgo de defenestración y recuperación sino a aquellos agrupamientos que se distinguen por la acción y el efecto de moverse, de agitarse: es decir, a una práctica de insurgencia real contra alguna forma de dominación. El apartado siguiente nos brindará la oportunidad de extendernos más abundantemente sobre el punto.

decisión y formulan su vocación para administrar las ciudades de este continente; movimientos, en fin, ecologistas, de mujeres, de jóvenes, de derechos humanos, antimilitaristas, de contestación cultural, etc., etc., etc. Espacios todos ellos de búsqueda, de elaboración, de antagonismo; y desde los cuales animar prácticas agitativas, recrear proyectos alternativos y procesar orientaciones hacia un cambio social revolucionario. Si todavía es posible hablar de sujetos, ello no puede menos que ocurrir en esta densa y horizontal trama de movimientos que, de un modo o de otro, expresan mejor que nadie las posibilidades del alzamiento y de su deriva libertaria.

15.– Junto a los movimientos sociales de base, constituidos fundamental y normalmente a partir de una cierta condición común, se conforman también distintos tipos de agrupamientos, inspirados éstos habitualmente por definiciones ideológico-políticas y proyectos más selectivos y con un radio mayor de discurso y de acción. Estos agrupamientos son también esenciales en cualquier proceso de cambio social revolucionario; *pueden alentarlos con sus decisiones, aportarle sus propios contenidos y ofrecerle sus energías militantes.* Pero si el cambio social revolucionario ha de tener un signo y una orientación de corte libertario, es preciso que estos agrupamientos *no pretendan atribuirse a sí mismos un papel de vanguardia o de conducción indisputable ni se propongan como la conciencia externa avanzada de los movimientos sociales de base.* Estos agrupamientos tienen un campo específico de actuación y tareas propias que los movimientos sociales de base no siempre están de condiciones de asumir; pero es vital que ello no implique la sustitución de unos por otros y tampoco la adopción de un esquema según el cual los últimos no serían mucho más que la correa de transmisión de los primeros. Antes que eso, estos agrupamientos realizan su contribución mayor cuando se conciben a sí mismos como *instancias de respaldo y de apoyo;* con objetivos particulares y bien delimitados exhaustivamente respetables, pero siempre y cuando demuestren ser capaces de poner su patrimonio revolucionario acumulado a disposición de los movimientos sociales de base, de favorecer su fortalecimiento irrenunciable y de potenciar su innegociable protagonismo.

4.– Prácticas: los movimientos en movimiento

16.– No hay un recetario infalible y obligatorio de prácticas revolucionarias sino búsquedas incesantes y rebeldías plurales; lo cual no quiere decir que no puedan formularse algunas pautas e intuiciones más o menos razonables, coherentes con los objetivos finalistas y de acuerdo con la vasta experiencia histórica recogida por los movimientos de signo libertario. Por lo pronto, parece claro que, *si los movimientos sociales de base han de afirmar y confirmar vocaciones rupturistas, tarde o temprano sus prácticas habrán de tener, total o parcialmente, una ubicación extrainstitucional*. Así como el marco institucional dominante obliga a jugar con las reglas del poder y a consagrar las posiciones subordinadas de los movimientos sociales de base, son las líneas de fuga que sepan recorrer los mismos respecto de aquél las que trazan antagonismos reales y profundos así como trastocamientos relevantes del orden establecido. Las instituciones estatalmente legitimadas integran, cooptan y mediatizan; imponen privilegios y asimetrías, desarticulan la autonomía potencial de los movimientos y domestican su accionar. La búsqueda y el hallazgo de prácticas subversivas, por ende, ha de trascender en algún momento los corrales de ramas del Estado y sustanciarse en la periferia del mismo; más allá de sus posibilidades de adaptación y recuperación. Las revoluciones que queremos gestar comienzan a adquirir color y forma cuando los movimientos sociales resuelven ubicarse donde no llegan los brazos del gobierno; *más allá del parlamentarismo, más allá de la legalidad, más allá de los mecanismos de replicación ideológica del sistema establecido; presentándose por encima de toda representación, redactando sus propias reglas, viviendo los valores que se hayan querido dar*; en ese territorio inexplorado en el que los movimientos sociales querrán y podrán crearse a sí mismos sin las imposiciones e interferencias del poder.

17.– Avanzar en el camino de la ruptura y la ubicación extrainstitucional, entonces, requiere la asunción previa de dos conceptos fundamentales con sus correspondientes referentes prácticos: *la autonomía de los movimientos sociales* –de todos y cada uno de ellos– y *la autogestión de sus luchas*. Los movimientos

sociales, en su despliegue y en sus potencialidades, no pueden aceptar instancias superiores ni subordinaciones ni cooptaciones de especie alguna; cualesquiera sean las procedencias y las intenciones de las mismas: sus objetivos y sus acciones sólo pueden ser trazados a partir de su propio bagaje ideológico, de sus propias convicciones, de sus propias prioridades políticas y de sus propias fuerzas. Respaldos sí, pero no vanguardias, sobreprotecciones o solapadas curatelas: las luchas sociales de signo revolucionario también son objeto de autogestión por parte de sus protagonistas directos y no cabe librarlas de otro modo que no sea a partir de aquellos núcleos de base que las encarnan y que no admiten sustitución posible. La realización autonómica de los movimientos sociales de base exige un proceso de construcción, de formación de conciencia y de definición de prácticas que no dependa de ningún centro político constituido o con pretensión de tal sino de la reflexión interna que se consuma desde su propia experiencia de vida. En ese contexto, las luchas sociales mismas sólo aceptan ser autogestionadas y libradas como un acontecimiento colectivo *de base* sin ningún tipo de administración externa y que no puede ser enajenado bajo ningún punto de vista concebible.¹⁷⁴

18.– Las prácticas de acción directa son ahora el corolario de este bagaje conceptual remozado. Cara a cara contra el enemigo, sin mediaciones ni gestorías: he ahí la divisa y el emblema de una práctica de intención, orientación y potencialidad revolucionarias. *La acción directa, entonces, es el resumen político-práctico capaz de distinguir a movimientos sociales de base que han construido su más completa autonomía, que son capaces de autogestionar sus luchas y que, en el camino de su fortalecimiento, se dan espacios extrainstitucionales de actuación*. Acción directa, por ende, contra las relaciones de dominación que definen al movimiento social de base en cuanto figura antagónica de las mismas; acción directa como gesto permanente de resistencia; y acción directa también en tanto ejercicio anticipatorio del porvenir. Acción directa multiplicada, ya no reducida a los clásicos

¹⁷⁴ En gran medida ésta es una extensión coherente del principio que ya discutiríamos en relación con las “transiciones”. Una vez más, la autogestión no es algo que pueda enseñar un hipotético centro poseedor de los saberes correspondientes sino el aprendizaje permanentemente retroalimentado y enriquecido de una práctica autogestionaria.

patrones de actuación del movimiento obrero en torno de la huelga, el boicot y el sabotaje ni tampoco como una expresión solamente aplicable a los episodios de violencia sino en tanto rasgo básico de perfil y posicionamiento de las organizaciones sociales de base. Fuente de identidad, de energía y de capacidad transformadora, la acción directa así entendida es bastante más que un estilo, un método o una mera formalidad y mucho más que una codificación estrecha de situaciones rituales: es el contenido mismo de la anarquía; como anuncio, como promesa y como actualización de sí.

19.– Si las pautas anteriores permiten avanzar un diagrama de prácticas de los movimientos sociales en relación con las estructuras de dominación en que se desenvuelven, *el asambleísmo parece ser el rasgo básico de definición al interior de los mismos*. El movimiento es una creación colectiva que se instituye a sí misma y se transforma en su incesante recorrido: redondear tal cosa no puede ser la obra de una pequeña elite ilustrada o de un grupo de abnegados pastores sino la colosal empresa de una comunidad de individuos que se perciben entre sí como iguales y compañeros. Formar parte de un movimiento social es mucho más que una ceremonia de afiliación y tampoco se agota en un permanente acompañamiento disciplinado: las pertenencias reales son una fusión con los otros y un compromiso total donde la capacidad de cada uno de decidir y hacer con los demás resultan ser un elemento esencial e innegociable. Y ello es posible no exclusiva pero sí fundamentalmente en espacios asamblearios, en esas instancias de participación en las que cada miembro del movimiento asume a cara descubierta sus responsabilidades consigo mismo y con todos aquellos con los que se encuentra asociado su destino. Espacios de aprendizaje y de forja, de reconocimiento y afirmación de una identidad en interminable construcción, las asambleas son las instancias privilegiadas de diálogo, de intercambio y de elaboración: comunicación de expectativas y deseos, trasiego de ilusiones y de sueños, garantías de sinceramiento y franqueza, pulso e impulso de lo individual colectivizado y asumido como recorrido emancipador.

20.– Como hemos visto, hay prácticas de relación entre los movimientos y las estructuras de dominación y también de los movimientos consigo mismos y con su devenir autónomo. Nos queda por plantear, entonces, una dimensión capaz de redondear el esquema: las prácticas distintivas de relación de los movimientos sociales de base entre sí. Cada movimiento está definido por una específica situación de dominación y su existencia misma es ya de por sí una práctica alternativa y de resistencia que se entrecruza con la de los restantes y produce una densa trama de reconocimientos e identificaciones plurales; reconocimientos e identificaciones con el otro oprimido, con el otro víctima, con el otro excluido, con el otro marginal. *A este nivel, la solidaridad entre los dominados es la más sonora de las voces de “mando”*. Si los movimientos sociales de base se constituyen realmente como la contracara del poder institucionalizado y si éste ya no gira en torno de un centro determinado que todo lo abarca y todo lo explica, entonces esa solidaridad no puede operar más que por transversalidad entre movimientos distintos y superpuestos a partir de la condición múltiple de sus miembros. Y enfrentar simultáneamente diversas situaciones de dominación es algo que ya no puede aceptar la hegemonía de ningún movimiento en particular como perenne buque insignia que habrá de marcar el rumbo y el ritmo de los demás. *Ahora, el suelo sobre el cual reposan los proyectos de resistencia y de cambio es un suelo de arenas movedizas y su representación gráfica remite a redes en las que no existe centro alguno ni recorridos predefinidos e inviolables*. Son redes que se diseñan y rediseñan al calor de las luchas sociales de cada lugar y cada momento, como un mapa borroso pero imborrable en el que siempre habrá no uno sino muchos caminos por recorrer.

5.– Problemas: los acertijos a resolver

21.– América Latina no es una unidad homogénea e indivisible, aunque en algún momento se haya pensado erróneamente que esa inexistente coherencia podía ser proporcionada desde afuera y gracias a la presencia implacable y absorbente de los Estados Unidos como centro dominante. No alcanza, entonces, con apelar a orígenes y destinos comunes que supuestamente

habrían de hermanarnos en forma automática así como no es más que una ilusión suponer que el ritmo y la intensidad de los movimientos de cambio habrán de sincronizarse sin remedio en virtud de una legalidad histórica para consumo de los creyentes en la “ciencia”. Las diferencias de país a país –e incluso de región a región en buena parte de ellos– no pueden ser pasadas por alto y sólo cabe reconocerlas y respetarlas como tales. *Cada país latinoamericano reclama especificar sus propios horizontes, caminos, sujetos, prácticas y problemas y no cabe sustituir los procesos propios de reflexión y elaboración con metáforas ingeniosas que sólo producen “unificaciones” arbitrarias y espejismos revolucionarios sin futuro.*¹⁷⁵ Para apropiarse realmente de los problemas del cambio social en América Latina no es suficiente y ni tan siquiera necesario el perezoso traslado de un lugar a otro de esquemas que pudieron ser o parecer exitosos en territorios delimitados y circunstancias intransferibles sino que *cada cruce particular en las coordenadas de espacio y tiempo exige ser asumido como un momento de creación*, en tanto parte de un recorrido singular que seguramente habrá de presentar rasgos similares con otras peripecias pero que siempre tendrá sus propias señas de identidad. Pensar y actuar revolucionariamente no son meras instancias de replicación y emulación de los “buenos ejemplos” sino, por sobre todas las cosas, travesías marcadas por el desafío, el riesgo y la necesidad de imaginar: las subversiones profundas del mañana habrán de parecerse más al arte que a las cadenas de montaje y a la producción en serie.

22.– Definir a punto de partida una orientación revolucionaria no transforma mágicamente a la revolución en una posibilidad inminente: una cosa son las intenciones y la voluntad y otra muy distinta las condiciones en que las mismas operan. *El aliento individual y colectivo de la insurrección, la transgresión y la desobediencia es una vocación y una forma ético-política*

¹⁷⁵ Es más que interesante constatar que el último gran espejismo común de la izquierda latinoamericana se deriva de una mala lectura de los mecanismos detonantes de la revolución cubana, asimilando ésta a los procesos de “liberación nacional” que más o menos contemporáneamente vivían países como Argelia en África y Vietnam en Asia. En aquel caso, no sólo se supuso, con matizaciones mínimas, que América Latina era “una e indivisible”, sino que el adagio podía extenderse a golpe de balde a un inefable “tercer mundo”.

de ubicarse en el mundo pero no supone la transformación del mismo a partir de su exclusivo despliegue. En definitiva, que un conjunto de prácticas adquieran o no una proyección revolucionaria en un momento dado es bastante más que una manifestación de deseos y que el producto inexorable de una resolución grupuscular; por muy firme e intensa que ésta sea. Adquirir o no una proyección revolucionaria es un proceso y no un momento de revelación; es un camino sinuoso y zigzagueante, plagado de ripios y emboscadas, en el que se avanza y se retrocede; un camino que a veces podrá ser recorrido con botas de siete leguas pero que en otras ocasiones no admitirá más pasos que el de las tortugas y en ciertos casos no podrá ser algo demasiado distinto a un hospital de campaña en el que restañar las heridas recibidas. Las proyecciones revolucionarias que puedan adquirir los pueblos latinoamericanos, por lo tanto, no son fatales ni inevitables sino situaciones contingentes y condicionadas por múltiples factores que estamos muy lejos de poder prever con la anticipación y la exactitud que resultarían satisfactorias. *La decisión de recorrer ese camino y de responder a todos los obstáculos, dificultades y enigmas que puedan plantearse es una de las muy pocas certezas que podremos concedernos a nosotros mismos.*

23.– En este marco de problemas, uno de los aspectos a tener especialmente en cuenta es aquel que guarda relación con los desniveles entre los propios movimientos sociales: entre sus entendimientos básicos, sus proyectos y sus prácticas. *Cada movimiento tiene su propia impronta constitutiva y sus propias articulaciones en un diagrama general de poder y, por ende, sus prácticas habrán de conectarse de muy diferentes modos con una cierta estructura de dominación y con su correspondiente jerarquización interna.* No se trata de volver a plantear aquí y ahora la existencia de una relación central determinante, permanente o empecinadamente igual a sí misma y de cuya resolución dependerían mecánicamente todas las demás;¹⁷⁶ pero sí de asumir que los movimientos sociales y sus prácticas presentan potencialidades revolucionarias que no son exactamente iguales

¹⁷⁶ Lo que se está objetando aquí son afirmaciones como aquella del marxismo tradicional según la cual el momento en el cual las relaciones de producción oponen un dique de contención al crecimiento de las fuerzas productivas es el momento que abre un “período de revolución”.

entre sí en cualquier circunstancia dada. Incluso, esos momentos extraños pero sublimes, de sincronización casi absoluta y en los que se produce una prodigiosa confluencia de tensiones y movilizaciones sociales capaces de derribar un gobierno –la Argentina en diciembre del 2001 y Bolivia en octubre del 2003, por ejemplo– tampoco aseguran por sí mismos que habremos de estar en presencia de una virtualidad revolucionaria inevitable. *Las revoluciones del futuro siguen siendo un misterio que todavía no hemos descifrado*: la historia reciente sólo nos ha demostrado lo absurdo y falaz que es alimentar el mito de “la toma del poder”, pero todavía no nos ha proporcionado –y seguramente no nos proporcionará– fórmula infalible alguna respecto de cómo abatir las estructuras establecidas y, sobre todo, cómo sustituirlas realmente por relaciones de convivencia libertarias y socialistas.

24.– Los revolucionarios anarquistas, por lo tanto, tenemos frente a nosotros el inmenso reto de aprender a combinar distintos niveles de acción; de algunos de los cuales, muy probablemente, ni siquiera nos hayamos percatado todavía. *También parece obvio que esos niveles de acción habrán de asumir diferentes grados de profundidad y avance en lo que a proyecciones revolucionarias se refiere y cada uno de ellos presentará rasgos propios y exigencias de muy distinto porte*. Para aquilatar la multiplicidad de posibilidades, basta con pensar que los sujetos del cambio social son movimientos con raíces diversas –identitarias, territoriales, temáticas, etc.–; con ámbitos de actuación sumamente restringidos o extraordinariamente amplios –local, regional, nacional, continental, global–; con contenidos y metas no necesariamente idénticas –que pueden ir desde solidaridades puntuales y episódicas hasta vastos proyectos de ruptura–; etc., etc., etc. Una multiplicidad que se ensancha, además, toda vez que sea necesario cubrir el análisis de la situación y las orientaciones a seguir en ella con consideraciones que hacen a su propia historicidad; presentando ésta, por su parte, algunos ritmos diferenciales de navegación que diversifican más todavía las dificultades originales. *Un cuadro de tamaño complejidad no admite recetas fáciles ni sus interrogantes pueden ser resueltos con meras apelaciones a la tradición: una vez más, los problemas deben ser aprehendidos en tanto tales y nos acucian a un esfuerzo renovado e intenso de invención*.

25.– Quizás el resumen de los problemas que todavía deberemos localizar y afrontar se sitúe en torno de nuestro “atraso” teórico. El mundo que se abre ante nuestra mirada mantiene algunos rasgos básicos comunes con aquellas sociedades europeas de la segunda mitad del siglo XIX que vieron florecer y desarrollarse los primeros brotes del pensamiento anarquista; pero también es sustancialmente distinto en sus resortes, en su entramado, en sus incitaciones, en su dinámica y en sus potencialidades. *Siendo así, descifrar las condiciones de posibilidad del cambio social, de sus proyecciones revolucionarias y de sus más íntimas exigencias no puede ser ya un ejercicio de repetición sino un trabajoso proceso de descubrimiento que no es posible anticipar en su enorme riqueza de detalles*. Conocer más cabalmente las sociedades en las que vivimos, ser capaces de explicar sus diagramas de poder y reconocer las eventuales pautas de su trastocamiento constituyen un nudo problemático insoslayable. Se trata, por lo tanto, de teorizar, pero no como una actividad aislada, elitista y de gabinete sino en tanto elemento que apunte el despliegue de nuestras prácticas y que crezca con ellas; no como una función a término de la que habrá de esperarse un producto acabado e infalible sino en tanto movimiento de fecundación. *La teoría que estamos necesitando es un rico lenguaje de exploración y un denso diálogo con la realidad; y las prácticas libertarias no habrán de ser en ese marco un objeto pasivo, subordinado y regulable sino el recorrido mismo de su elaboración*.

A modo de resumen

He aquí, entonces, 25 puntos sintéticamente presentados y a partir de los cuales continuar pensando, elaborando y actuando; a través de los cuales *nada ha quedado definitivamente resuelto* pero que, en una visión de conjunto, permiten disponer en forma aproximada de los actuales elementos definitorios básicos del anarquismo revolucionario y militante de forma articulada y coherente. ¿Hace falta decir que esta empresa ha sido acometida desde un cierto punto de vista no necesariamente “universal” y que no creemos que todos los compañeros anarquistas de la extensa América Latina habrán de sentirse plenamente expresados

por este resumen? Seguramente habrá quienes sientan rechazos más o menos enérgicos por alguna de nuestras afirmaciones o, contrariamente, inocultables malestares por una o por muchas de las omisiones perpetradas; es de entera probabilidad que otros no consideren debidamente destacados sus énfasis mejor atesorados o sus principales sellos de distinción; y, casi con total certeza, más allá o más acá de acuerdos y desacuerdos, habrá terceros y cuartos que consideren la completa inutilidad del intento. Pero, al fin de cuentas, no es otra cosa que eso: un intento; un conato ubicado bastante más cerca de nuestras incertidumbres y exploraciones que de los manifiestos que creen, temerariamente, que todo lo saben y todo lo pueden; *una suerte de mínimo común múltiplo que, aplicados los factores de ajuste y elevado luego a la potencia que corresponda, densifique y enriquezca los caminos de construcción de una amplia red de intercambios, de solidaridades y de prácticas comunes que tan necesaria resulta en la actual circunstancia del movimiento anarquista en América Latina*. Y, precisamente y por sobre todas las cosas, de eso se trata: *contar con una agenda de preocupaciones compartidas que sea algo más que un estéril ejercicio intelectual y pueda verse en una reflexión de claras consecuencias organizativas y prácticas*.

Es innecesario y reiterativo decir que todo esto no tiene más que el inconfundible aroma de lo inconcluso y que por sí mismo *no reúne las condiciones para provocar esas consecuencias organizativas y prácticas de que hablamos*. Al mismo tiempo, sería absurdo pretender que con tan poca cosa fuera suficiente para rearmar rápidamente una trama de desplazamientos centrífugos y desencuentros y transformarla en un tejido de complementariedades, coincidencias y trabajos compartidos desde un entendimiento común. Contrariamente, nuestra percepción del asunto nos dice, sin demasiado lugar para las dudas, que es completamente ilusorio sintetizar súbitamente y sin demasiados traumas una constelación de prácticas que se justifican en pensamientos con su propia articulación interna y sus propios ejes de elaboración. Siendo optimistas, cabría decir tal vez que las divergencias son sólo de énfasis, de matices o de prioridades; pero, siendo realistas, habría que decir también que éstos resultan ser lo suficientemente fuertes como para no haber

alentado todavía un proceso absolutamente confiable, seguro e irreversible de aproximaciones libertarias estrechas e indisolubles. Lo que aquí se ha desarrollado, por lo tanto, no tiene la vocación ingenua de transformarse en un manifiesto anarquista latinoamericano de los tiempos modernos, al que probablemente no le haya llegado todavía su oportunidad; pero *sí creemos habernos asomado, sin ánimo de exhaustividad, a algunas de las definiciones esenciales de un proyecto libertario de acción revolucionaria*.

Asimismo, esperamos haber avanzado al menos un palmo en pos de dos objetivos cuya satisfacción nos parece fundamental. En primer lugar, dejar firmemente asentada *la necesidad* de que nuestro movimiento –más allá de nuestra actual situación de auge y de despertar– debe trabajar intensamente todavía en torno de la clarificación y de la renovación de sus formulaciones teóricas, ideológicas, políticas y organizativas; para dejar definitivamente atrás su condición de flor exótica a la que se observa con una mezcla de simpatía e incredulidad y adoptar sin demasiados escrúpulos *las señas de identidad comunes, los lazos de unión y las prácticas que lo transformen en un agente reconocible, respetable y temible de transformación social a gran escala*. Y, en segundo término, haber entrevisto también *la posibilidad* de cumplir real y cabalmente con esa empresa; para lo cual no es imprescindible resignar las autonomías grupales y las identidades menudas tal como se encuentran actualmente configuradas sino que bien puede alcanzarse con *no magnificar las diferencias existentes, no erigirlas en fosos infranqueables y no convertirlas en lenguas herméticas e intraducibles*. Tomar conciencia de esa necesidad y de la posibilidad de cubrirla son dos instancias tal vez menores y de entrecasa pero, innegablemente, es muchísimo lo que está en juego a ese nivel: en principio, según todas las evidencias disponibles al día de la fecha y de acuerdo con nuestra propia experiencia histórica acumulada, está en juego nada menos que nuestro futuro. Y no parece que sea mucho el tiempo que todavía podemos perder.

ANEXO

EL ENCUENTRO ANARQUISTA URUGUAYO

Finalmente, los días 19 y 20 de julio del 2003 se realizó el largamente esperado Encuentro Anarquista uruguayo. Sobre dicha reunión y sus directas derivaciones corresponde arrojar ahora una primera y provisoria mirada; no con el ánimo de plasmar una evaluación definitiva ni un precipitado programa de trabajo sino apenas como una aproximación susceptible de favorecer el ordenamiento de impresiones e ideas propias y de hacer que las mismas sean capaces de incorporarse al circuito de intercambios que, en lo inmediato, está y seguirá teniendo lugar a propósito de la mencionada instancia. *El objetivo de estas notas, entonces, no es el de proponerse como una moción a aprobar y transformar en expresión colectiva sino, a lo sumo, el de presentar las conclusiones personales extraídas de dicha reunión y especular respecto de algunas de sus proyecciones más o menos inminentes; tanto las ya confirmadas o en vías de confirmar como aquellas que no han trascendido todavía el plano de las intenciones y los deseos.* Vayamos por partes y veamos los principales elementos del proceso previo y del Encuentro en sí, las limitaciones y los problemas que habrá que resolver en algún momento del futuro próximo, los interrogantes que quedan planteados y las perspectivas que se abren a partir de un evento como éste; el que, al menos en lo que a nuestras relaciones internas se refiere, será reconocidamente relevante en nuestro acontecer subsiguiente.

1.- El proceso de preparación del Encuentro

Quizá corresponda –si se nos permite la redundancia– comenzar por el principio y reseñar algunos aspectos relacionados con el proceso previo. Lo primero que es imperativo destacar es que, más allá de los compañeros concretos a cargo de los cuales corrió la convocatoria inicial y el empuje para materializar el Encuentro, es prácticamente evidente que la idea misma recorría desde un buen tiempo antes las cabezas y las actitudes de muchos militantes libertarios uruguayos, estuvieran éstos organizados o no.

Definir una instancia de encuentro y de intercambios entre los anarquistas uruguayos, con amplitud y sin exclusiones, pudo parecer en algún momento una extrañeza, un delirio quimérico o un apresuramiento hacia el que no todos estarían bien dispuestos; *pero es un hecho también que una instancia de esa naturaleza venía siendo ya percibida como una necesidad acuciante y como una posibilidad cierta por un creciente número de militantes*. Se trataba de una exigencia cuya satisfacción no podía dilatarse mucho tiempo más y una respuesta lógica a las nuevas circunstancias y problemas que nos plantea una época que ha dejado de ser exactamente igual a cualquier otro momento de nuestro pasado. *Pero también se trataba y se trata de reconocer –más allá y sin perjuicio de las identidades “sectoriales”– de la sobrevivencia o de la reanimación de lo que, en términos optimistas, podríamos considerar como un sentimiento movimientista según el cual hay una cierta familia de formulaciones que proceden de un tronco común, cuentan con valores compartidos y se orientan aproximadamente en la misma dirección; todo lo cual reclamaría una cierta densidad de intercambios a jerarquizar, de problemas similares a resolver y de solidaridades a entablar*. La convocatoria inicial, por lo tanto y aun pese a las reticencias que hasta cierto punto despertó y que no podemos ocultar, tuvo el mérito enorme de dar en el clavo y de expresar cabalmente un sentir cada vez más extendido y al que resultaba difícil resistirse con argumentos de real peso. Por añadidura, la marcha del 14 de febrero contra la entonces inminente guerra de Irak había ya permitido una participación y una presentación conjunta de distintos nucleamientos e individuos libertarios; y, aun pese a su carácter puntual y episódico, permitió calibrar también una notoria voluntad de acercamiento así como hacer posible su concreción.¹⁷⁷

¹⁷⁷ Creemos que, en términos conceptuales, queda aquí resumida la raigambre local inmediata del Encuentro Anarquista recientemente celebrado. No obstante, es evidente que mucho habría para decir al respecto y no nos sobraría nada si en algún momento nos explicáramos bastante más profundamente las razones de esta confluencia; ya sea por el episodio en sí como, sobre todo, por el abanico de posibilidades que se abren a partir de la misma. De nuestra parte, entendemos que el contexto histórico tiende a ejercer una influencia sustancial y en él encontramos algunos elementos que merecen un particular destaque. Entre ellos habría que mencionar muy especialmente el reciente rejuvenecimiento del movimiento anarquista a nivel internacional y las insinuaciones de renovación ideológica que éste implica. En gran

A nuestro entender, entonces, las condiciones para la convocatoria del Encuentro se encontraban ya suficientemente cocidas y sazadas a comienzos de marzo y sólo hacía falta que alguien lo percibiera de ese modo y accionara los resortes para que las cosas trascendieran el plano meramente formal y declarativo. Creemos que hay dos hechos que pueden parecer triviales pero que a nuestro modo de ver fueron decisivos para que el llamamiento se viera coronado por las repercusiones que finalmente tuvo. En primer lugar, que los compañeros que se hicieron cargo de la primera convocatoria acreditaran su condición de militantes no pertenecientes a ninguno de los colectivos existentes y no reivindicaran para sí “derechos de autor”, “paternidades” u originalidades de tipo alguno; *con lo cual se disipaba de un plumazo la clásica y proverbial sospecha de que alguien pretendería transformarse en referencia ideológica u organizativa permanente o que detrás del asunto se encubrían eventuales “aparatismos”, apetencias hegemónicas, vanguardismos, o cualquier otro supuesto y velado ardid para mayor gloria personal o de sector*. En segundo término, es importante también que la idea de realizar el Encuentro se planteara, se afirmara y echara a andar en una reunión cuya finalidad expresa era la de confraternizar; una saludable y olvidada costumbre que permite ahogar en vino algunos enconos cuyas raíces ya resultan difíciles de rastrear y que tal vez no tengan al día de la fecha demasiadas razones para no ser revisados exhaustivamente. Esa primera reunión, entonces, cumplió con las expectativas previas y bien puede decirse que contribuyó decisivamente a sentar las bases y el clima a partir de los cuales avanzar consistentemente para transformar las intenciones en un trabajo colectivo real.

Además, aun cuando las presencias efectivas estuvieran por debajo de lo esperado, esa primera reunión también dejó claras un par de cosas absolutamente decisivas. Por un lado, *que la preparación del Encuentro y el Encuentro mismo no admitían*

medida, las agrupaciones libertarias de nuestro medio también se han visto conmocionadas por el nuevo escenario en el que se mueven y quizá todo ello haya contribuido a oxigenar un debate que parecía estancado hasta pocos años atrás y llevado a explorar caminos de aproximación y entendimiento que se creyeron extraviados. De cualquier manera, y más allá de esta constancia, seguramente no es éste el lugar más oportuno para abordar una temática de tanta gravitación.

exclusiones de tipo alguno y que podían sentirse libremente integrados al emprendimiento todos aquellos que colectiva o individualmente lo desearan; y, por otra parte, que las reuniones sucesivas habían de ser abiertas a la participación de cualquiera que estuviera dispuesto, así fuera personalmente, a sumarse a las discusiones y tareas. Así, la preparación del Encuentro se transformó en una instancia colectiva más, con identidad propia, relativamente “autosuficiente” y ubicada casi en forma paralela a las delegaturas, inquietudes y propuestas que cada colectivo resolviera definir y sin que ninguno de ellos se sintiera afectado en su integridad o en su necesaria autonomía.

Si bien nunca fue dicho expresamente, esa lógica de funcionamiento respondió quizás a una constatación de hecho y es que *ningún nucleamiento y ningún individuo cuenta, dentro del movimiento anarquista uruguayo y según su configuración actual, con la suficiente capacidad, la suficiente fuerza y el suficiente arrastre como para transformarse en un centro gravitatorio incuestionable; capaz de imponerle a los demás caminos de inexorable recorrido o vetos y exclusiones que nadie parece desear.* Por esa razón, tal vez, tampoco nadie intentó llevar adelante absurdos recortes de cualquier naturaleza o forzar a los demás a adoptar un paquete de lineamientos que sólo fuera coincidente con las orientaciones de algún colectivo en particular; lo cual seguramente habría hecho naufragar este intento unitario y sólo hubiera tenido como consecuencia un derrotero solitario de navegación. *Eso por sí sólo está denotando desde ya una importante maduración del movimiento libertario en lo que hace a sus relaciones internas.* Una maduración que puede haber llegado por autocrítica deliberada, por arraigada vocación, por el imperio de las circunstancias o por la razón que sea, pero que, en cualquiera de sus variantes es un elemento de diagnóstico a registrar y mantener. En términos optimistas, bien podemos decir que se ha generado una extendida cultura en tal sentido y que ello opera como un eficaz régimen de contrapesos frente a cualquier intento de clausura y de exclusión o, también, de hegemonía y de conducción.

La preparación del Encuentro comenzó entonces bajo auspicios de amplio espectro y reuniendo un conjunto de agrupamientos y voluntades francamente representativos o expresivos,

si no de todo, al menos sí de una parte más que significativa del movimiento anarquista uruguayo. Hay que resaltar el hecho de que la preparación del Encuentro requiriera nada menos que de diez reuniones previas; un cómputo en el que ahora incluimos también la reunión inicial de confraternización. Esto debe ser interpretado como *una evolución lenta y cuidadosa, en la que no hubo avances a ritmo de vértigo y sí una adecuación a tiempos que exigían esperar incorporaciones individuales y sobre todo colectivas así como compaginar y unificar las diferentes inquietudes que fueran surgiendo.* No está demás recordar y destacar ahora algunos elementos fundamentales del clima de tales reuniones: colaboración en lugar de competencia; escuchas atentas en lugar de gritos destemplados; paciencia en lugar de ansiedad; respeto y apertura en lugar de desconfianzas y descalificaciones; etc., etc., etc. *Nadie intentó establecer hegemonía de tipo alguno, no hubo centralización de ninguna especie, todo el que quiso participar directamente pudo hacerlo y la mayor parte de las reuniones se organizaron espontáneamente y sin que fuera siquiera necesario que un compañero cualquiera se encargara momentáneamente de moderar los debates.* El clima de esas reuniones, entonces, permitió confirmar rotundamente y sin ninguna clase de dudas que el Encuentro era posible, que de hecho había comenzado a adquirir contornos precisos en su misma fase de preparación y que las mínimas definiciones comunes a que se arribara en su momento habían sido profundamente internalizadas por todos los colectivos y por cada uno de los compañeros. La conclusión que se impone debe ser reiterada con insistencia y con fuerza: *si todo ello fue así, tales cosas deben ser interpretadas como un signo de crecimiento y/o de maduración del movimiento anarquista uruguayo y, por tanto, como un patrimonio común que deberemos ubicar y preservar a cualquier precio.*

En ese clima, entonces, las reuniones preparatorias se abocaron a definir algunos de los elementos clave del ya inminente Encuentro: *los objetivos, el temario y la dinámica de trabajo.* La fecha, mientras tanto, quedó clara desde la primera vez que se consideró el tema: el 19 de julio resultaba ser el momento más indicado por cuanto nos permitía una coincidencia deliberada con el aniversario del levantamiento popular español y, al mismo tiempo, nos

dejaba un margen importante por delante para ajustar los detalles materiales del Encuentro y asegurar la mayor cantidad posible de participantes. *Los objetivos* fueron modestos y quizás un tanto imprecisos, pero seguramente acordes con el carácter prácticamente inaugural del intento; algo que garantizó que se volvieran efectivamente realizables y no el motivo de una nueva frustración.¹⁷⁸ *El temario* finalmente acordado, por su parte, permitió dar cabida a sugerencias procedentes de las fuentes más diversas y, si bien pudo aparecer como relativamente desprolijo, incompleto y con algunas superposiciones, tuvo el mérito de cubrir las preocupaciones más fuertemente sentidas y los interrogantes principales de la militancia libertaria en su actual estado de formulación. *La dinámica de trabajo* propuesta, mientras tanto, tal vez haya dejado ciertos puntos en blanco que den lugar a alguna reconsideración futura, pero, en cambio, tuvo el mérito de asegurar, a través de la formación de grupos relativamente pequeños de discusión, la participación activa y directa de todos los involucrados. En una palabra: *quizá pueda decirse que el marco definido para el Encuentro no fue perfecto ni mucho menos, pero tampoco caben dudas en cuanto a que se trató del encuadre posible y que el mismo demostró ser lo suficientemente apto para que la instancia resultara enteramente aprovechable y se viera coronada con el satisfactorio desarrollo que finalmente se dio.*

Sólo a efectos que serán meramente recordatorios para los participantes directos del Encuentro y austeramente informativos para quienes no tuvieron la posibilidad de serlo, diremos aquí que se conformaron cinco grandes áreas o cuerpos temáticos: *educación, trabajo y control social* el primer día; *formas de intervención de los anarquistas en la actualidad y difusión del anarquismo* en la segunda jornada. Asimismo, la organización previó que se funcionara en talleres que se compondrían

¹⁷⁸ Efectivamente, los objetivos no fueron formulados rigurosamente, pero, aun así, debemos entender por tales al entendimiento de que el Encuentro debía ser *una instancia de diálogo y acercamiento* entre los diversos colectivos e individualidades que se sienten parte del movimiento anarquista y ser manufacturado de tal modo que no fuera percibido como una estructura permanente que pudiera tentar aunque más no fuera que unas muy vagas apetencias hegemónicas. En ese sentido, se lo entendió como *una instancia que –así sea momentáneamente– se satisfacía a sí misma en su propia realización* y no como parte de un propio programa de avance hacia formas más estables de actuación unitaria.

de acuerdo con el número de participantes efectivos; algo que resultaba de difícil o imposible anticipación y que sólo quedaría claro en el momento del Encuentro mismo. Estos talleres contarían con moderadores propuestos por el grupo organizador del Encuentro; los que luego se encargarían de presentar al plenario los relatos de lo discutido en cada uno de los grupos.

Cabe recordar también que en la fase de preparación se estableció que el Encuentro no tendría una conclusión de consenso ni habilitaría resoluciones por mayoría y que, por lo tanto, no habría una suerte de declaración ideológico-política que se pretendiera expresiva de las posiciones del movimiento anarquista uruguayo y ni siquiera de los participantes directos en esta instancia de deliberación. Sin embargo, es de señalar que sobre esto hubo sí dos posiciones encontradas: *un grupo de compañeros entendió que, de acuerdo con el criterio anterior, no debía producirse ningún resumen escrito mientras que otro grupo de compañeros planteó que la elaboración de una crónica del Encuentro, que contuviera lo más fielmente posible todas las posiciones que hubieran podido recogerse sobre cada uno de los temas, no necesariamente era una declaración ideológico-política sino un recurso imprescindible de memoria y comunicación.* Este tema quedó decididamente en suspenso y sin acuerdo previo; en torno del mismo se planteó luego la única situación enojosa del Encuentro y envuelve algunas cuestiones de procedimiento sobre las que será importante volver en la oportunidad que más adelante nos daremos en el marco de esta evaluación.

Quizá podríamos abordar ya mismo los contenidos del Encuentro, pero no seríamos enteramente justos si no incluyéramos en este tramo de nuestra evaluación un reconocimiento imprescindible y sin el cual no es posible formarse una completa composición de lugar. Digamos, entonces, que, si el Encuentro finalmente llegó a materializarse, ello fue así porque un conjunto de compañeros puso en la empresa todas las convicciones y toda la garra que el asunto requería. El Encuentro podía tener condiciones previas que lo volvieran factible y necesario en términos ideológicos, políticos y organizativos, pero no por ello debe ser considerado como un producto mágico o automático, que surgió de alguna galera improvisada y genial y que no reclamó esfuerzo alguno. No: si el Encuentro pudo realizarse fue

porque hubo un puñado de militantes que pusieron toda la carne en el asador; *compañeros que recorrieron una y otra vez la ciudad y sus alrededores en bicicleta o a pie, que hablaron con unos y con otros para que no hubiera estancamientos ni retrocesos, que tuvieron confianza en sí mismos y en los demás, que pusieron a disposición colectiva sus bagajes y su tiempo, que mostraron su decisión de hacer las cosas y contagiar a quienes no estaban totalmente conmovidos por el asunto y que, para confirmar y rematar todo ello, también fueron los que acabaron dando “casa y comida”, sin lo cual nada hubiera sido entera o medianamente viable.* No se trata, por supuesto, de distribuir medallas ni condecoraciones y, mucho menos, tampoco asignar indeseables liderazgos, pero sí de reconocer la energía y el gasto perfectamente individualizables de esos compañeros. Dicho esto, ahora sí podremos abordar los contenidos, expresos e implícitos, del Encuentro propiamente dicho.

2.— Los contenidos del Encuentro

El Encuentro se desarrolló efectivamente dentro de las pautas propuestas por los organizadores del mismo y, hasta cierto punto, puede decirse que colmó las expectativas previas. No se trata de ser exitistas ni de distribuir congratulaciones gratuitas y sin fundamento, pero tampoco se puede cometer el error garrafal de minimizar la significación íntima del evento al que acabamos de dar vida. En efecto, habría que remontarse casi 19 años atrás —hasta la llamada Semana de Dinamismo Libertario celebrada a fines de 1984— para toparnos con una instancia de intercambio anarquista que reuniera efectivamente a la virtual totalidad o a la gran mayoría de las expresiones del movimiento; *para encontrarnos con nuestras diferencias, es cierto, pero haciéndolo no desde la actitud soberbia de la desacreditación recíproca y desde la negación de un “competidor” mal construido como tal sino adoptando una actitud de respeto y reconocimiento y admitiendo que la diversidad es un elemento más de nuestro paisaje, probablemente enriquecedor y del que todavía podremos sacar un enorme partido.* Entonces, la sola realización del Encuentro y el hecho de haber cubierto en el mismo los temas definidos en

el proyecto previo —aunque ninguno de ellos pueda considerarse como agotado— admiten extraer enfáticamente la conclusión de que los resultados fueron ampliamente satisfactorios. *De acuerdo con ellos el Encuentro será, de ahora en más, una referencia cierta a propósito de la necesidad y la posibilidad de intercambios reales y fecundos entre las diversas ramas y fracciones de un mismo movimiento que parecía negarse a reconocerse como tal.* Seguramente instancias sucesivas del mismo tipo —en caso de que efectivamente haya repeticiones— requerirán afinar aún más los objetivos, el temario y la dinámica de trabajo, pero, así y todo, la experiencia que acabamos de animar es una enseñanza y un jalón del que ya no podremos prescindir displicentemente y considerarlo como si sólo se hubiera tratado de un capricho, de un pañuelo descartable o de una fruta de estación.

En un cierto sentido, el Encuentro permitió que todos pudiéramos anotar y actualizar el panorama del movimiento anarquista uruguayo. *Las discusiones libradas y sus contenidos reales permitieron constatar una combinación de problemas nuevos y también algunos otros que se arrastran de mucho tiempo a esta parte.* Si tomamos como referencia más lejana la mencionada Semana de Dinamismo Libertario es posible decir que se han producido dos corrimientos más o menos distinguibles. *En primer lugar,* entendemos que se aprecia un cierto desplazamiento teórico y que las reflexiones a propósito de los más diversos temas se hacen eco mucho más fuertemente de la producción habida en diferentes órdenes desde los años 60 y 70 del siglo pasado en adelante: los problemas del poder, de la autonomía, de la conciencia revolucionaria o de la revolución misma, de la recreación social, de la organización anarquista, etc., ya no se plantean exactamente del mismo modo y hoy se articulan en formulaciones ideológico-políticas en las que ha habido, consciente o inconscientemente, alguna que otra operación de ruptura o de quiebre conceptual, admitido o no. *En segundo término,* ha habido también una apreciable redistribución interna de fuerzas: hace veinte años, quienes se reconocían como herederos o continuadores de alguna venerable tradición probablemente tuvieron más peso del que actualmente tienen mientras que hoy las corrientes heterodoxas o de surgimiento más reciente cuentan con una gravitación contrastante con la

apenas embrionaria de aquel entonces. *En líneas generales, el movimiento anarquista uruguayo que había en 1984 estaba especialmente preocupado por defender y restaurar su pasado mientras que el actual parece decididamente orientado a reinventar su futuro.*

En buena medida, el movimiento anarquista uruguayo ha dado cabida a tendencias que, si bien en nuestro caso no presentan contornos tan nítidamente delimitados, se corresponden aproximadamente –y sólo aproximadamente– con corrientes que hoy atraviesan en diferentes direcciones al movimiento en la Europa continental y en los países anglosajones. Aquellas posiciones que tal vez podríamos designar –genéricamente y sólo a efectos de seguir una nomenclatura conocida– como “*plataformistas*” y “*constructivistas*”, mantienen su presencia tradicional.¹⁷⁹ Pero a ellas hay que agregar en estos momentos una incidencia mayor de posturas *feministas, ecologistas, autonomistas* y *municipalistas* más o menos expresas y también algunas insinuaciones que quizá cabría calificar –siguiendo las acepciones contemporáneas de tales denominaciones– como *protoinsurreccionalistas* en ciertos casos y *protoprimitivistas* en otros.¹⁸⁰ A ello habría que añadir, también y por lo menos, la actividad en nuestro medio de una corriente *anarco-punk* y de algún grupo definitivamente *anarco-vegano*, aunque los mismos no se hayan expresado directamente como tales en el marco del Encuentro propiamente dicho. No se trata, por supuesto, de definiciones de secta ni de correspondencias estrictas con colectivos determinados en todos los casos, pero sí de *cuerpos de preocupación, elaboración y desarrollo que se manifiestan*

¹⁷⁹ En rigor, las denominaciones que aquí usamos –“*plataformistas*” y “*constructivistas*”– sólo obedecen a la necesidad de manejar términos que se han vuelto de uso corriente a efectos del reconocimiento aproximado de algunas de las múltiples orientaciones libertarias históricas. Pero, aun así, es de hacer notar que, en nuestro medio, dichos términos no han generado reconocimientos explícitos en torno suyo y, por regla general, se han evitado encasillamientos tan ceñidos como éstos.

¹⁸⁰ Las expresiones “*protoinsurreccionalistas*” y “*protoprimitivistas*” no pretenden ser despectivas ni mucho menos. El uso del prefijo, por lo tanto, intenta aludir al carácter de insinuación que tienen todavía dichas corrientes y a la falta de definiciones expresas en dichas direcciones doctrinarias; al menos en el sentido en que las mismas son usualmente usadas en los países europeos.

con densidades dispares y en diferentes combinaciones según los nucleamientos. No se trata, tampoco, de afirmar que tales cuerpos constituyen el dibujo o la descripción más acabada del movimiento en su actual circunstancia, pero sí de situar algunos de los ejes probables de la arquitectura discursiva del Encuentro y de los intercambios futuros.

En líneas generales, podría decirse que la discusión ideológica tiende a ser considerablemente más compleja y con entrecruzamientos y superposiciones que no siempre es posible clarificar. De todos modos, entendemos que el Encuentro permitió poner sobre el tapete la mayor parte de las controversias con sus variados matices e inflexiones. Quizá podría intentarse, al menos hasta cierto punto, un listado de temas en los cuales habría acuerdos más o menos generalizados y también aquella contraparte en la que estaríamos en condiciones de agrupar las cuestiones recíprocamente irreductibles y momentáneamente inconciliables. Las críticas y las acciones derivadas en torno de los mecanismos institucionales de control social así como el estímulo a experiencias de educación libertaria de alcance variable tal vez podrían situarse, aunque con énfasis diversos, en un catálogo de temas del primer tipo. Mientras tanto, las opciones organizativas, algunas cuestiones metodológicas y la actitud a seguir respecto del actual movimiento sindical, por ejemplo, constituirían claramente puntos que no admiten al día de la fecha síntesis alguna ni encuentros voluntaristas a mitad de camino. En todo caso, *lo que importa sobremanera es ubicar cada uno de los temas puntuales en los contextos ideológicos más amplios que los incluyen y en la circunstancia histórica concreta por la cual transitamos; y, además, asumirlos no en tanto rivalidades a eternizar sino en cuanto parte de un momento bastante bien preciso de nuestro desarrollo teórico como movimiento, con sus correspondientes insuficiencias, vacilaciones y retrasos.* Las controversias y las diferentes expresiones existentes, entonces, no pueden interpretarse como una irrevocable testarudez, como una ocurrencia pasajera o como una estéril veleidad por marcar perfil sino en tanto consecuencia de una época cargada de fragmentaciones y de bases plurales de elaboración que ya no pueden ser asumidas y mucho menos resueltas con despojadas apelaciones a la tradición.

El pensamiento anarquista y las prácticas que se desprenden del mismo no son unos fenómenos estratosféricos e independientes de sus raíces terrenales ni unas configuraciones inmutables que puedan atravesar los siglos sin modificación alguna; y la diversidad presente sólo puede explicarse como un punto de cruce entre las actuales representaciones de la sociedad y de la historia, las configuraciones sociales mismas y los antagonismos y las luchas que se libran concretamente en su seno. Y nada de ello es igual a lo que era 30, 40, 50 o 100 años atrás. *Si esa diversidad existe como tal, si no parece inmediatamente reducible o sintetizable y si no responde a una pasión escisionista deportiva y suicida, habrá que pensar que alguna razón profunda tiene que situarse en los propios orígenes del asunto.* Tentativamente y a cuenta de una elaboración más detenida, cabe decir ahora que lo que ha sucumbido es aquella concepción que suponía que una sociedad podía explicarse por entero a partir de la capacidad organizadora omnicompreensiva del capital y del Estado así como garantizar un cambio revolucionario completo sobre la base de la supresión de las relaciones derivadas de esa determinación central. *Hoy tiende a pensarse que las tramas de poder son bastante menos simples, presentan múltiples dimensiones, se expresan como estrategias y reclaman ser atendidas y contestadas tanto en el nivel macrosocial como en el microsocial.* De aquí en más, ya no podrá prescindirse de tales representaciones así como tampoco de formaciones y urgencias militantes que pasan a girar en torno de ejes diversos y no necesariamente sincrónicos. *De aquí en más, también, pensar y trabajar sobre temas clásicos como la revolución, la lucha de clases, la organización específica, etc. requerirá del auxilio de nuevas herramientas teóricas que nos permitan dar cuenta de tales temas, reapropiarnos crítica y creativamente de los nuevos antagonismos y darnos, dentro de ese marco, los canales de comunicación posibles entre las diversas luchas de signo libertario.*

Adicionalmente, tomando siempre como referencia comparativa la Semana de Dinamismo Libertario celebrada en 1984, hay que decir que, hasta donde llegan nuestras informaciones parciales, el Encuentro no se hizo eco de los problemas del pasado y las discusiones se libraron no a partir de los supuestos errores cometidos en tiempos ya idos sino en torno de las controversias, las dudas y las alternativas con las que estamos enfrentados en tiempo presente.

Esto no quiere decir que no haya que revisar nuestra historia en ningún momento, sino que no pareció ser ésta la ocasión más propicia para hacerlo; entre otras cosas porque probablemente está latente la idea de que esa revisión debería ser ponderada, equilibrada y respetuosa y no parecerse ni por asomo a una *vendetta* en la que quienes creen tener la razón de su parte reclamen a los demás entonar autoculpabilizaciones o palinodias de dudosa utilidad. Se deliberó, entonces, sin reparar en las viejas disonancias y, por lo tanto, sin transformarlas en pesados e insufribles lastres que impiden todo avance e incluso, en sus manifestaciones extremas, el sencillo ejercicio de pensar. Esto implica delimitar un espacio de intercambios en el que las tradiciones y la mística que se les anexa ya no pueden manejarse como formas automáticas y acríticas de legitimación. La reflexión ideológico-política parece querer ubicarse en el contexto histórico que le es propio, gana en autonomía y puede apuntar a la ubicación de su intransferible trama de problemas; los que no necesariamente tienen por qué parecerse a aquellos que distinguieron a otras circunstancias que tienden a volverse cada vez más remotas. Todo ello contribuye a dar mayores oportunidades y relevancia a los compañeros recién incorporados y eso es seguramente una buena señal; pero también nos plantea un cierto vacío imposible de llenar en lo inmediato: la falta de una épica fundacional transgeneracional y de un arco de vibraciones comunes a los diversos espacios de militancia.

En líneas generales y a modo de resumen extremadamente imperfecto y subjetivo, entonces, puede decirse que *nuestro Encuentro permitió recrear un espacio de intercambios ideológico-políticos y trazar aproximativamente el mapa de preocupaciones, de énfasis y de disonancias que actualmente distingue al movimiento anarquista uruguayo, con sus correspondientes y diversas bases de sustentación teórica.* Los temas planteados y sus respectivos talleres reprodujeron en miniatura esa tónica y permitieron establecer o delimitar similitudes y diferencias también en torno de algunos temas puntuales; asumiendo, naturalmente, que el abanico cubierto por los mismos no pudo ser todo lo abarcativo que hubiera sido de desear en condiciones más favorables de tiempo y espacio. De ello podrían deducirse –tal como ya se ha insinuado– algunos espacios de coincidencia y de posible actuación conjunta y también otros territorios bastante más problemáticos que

sólo pueden quedar librados a una elaboración más profunda y, sobre todo, también a la consabida resolución de enigmas que cabe esperar del devenir histórico. Pero, más allá de ello, *el Encuentro fue importante por su sola existencia*; una realización que probablemente correspondería situar como *un punto de inflexión capaz de rebatir y revertir los pronósticos más agoreros, de abatir las desconfianzas previas y de permitir que nos viéramos las caras después de mucho tiempo en que sólo hicimos lo posible por evitarlo*. El panorama del movimiento anarquista uruguayo será mucho más claro de aquí en más y el clima de relaciones muy diferente a lo que hasta ahora fue. Seguramente las cosas no son tan drásticas pero nos sentimos tentados a expresarlo de ese modo: *antes del Encuentro nos “desconocíamos” y nos dábamos la espalda; de ahora en más se ha abierto un espacio y un camino de reconocimientos a profundizar y solidaridades a fortalecer*.

3.— Algunos problemas a destacar

Si bien el Encuentro puede reputarse como exitoso desde cualquiera de las dimensiones que se lo considere —y teniendo especialmente presentes los objetivos que animaron su realización; por genéricos y poco ambiciosos que hayan sido los mismos—, no por ello podemos dejarnos llevar por ilusiones absurdas y considerar que ya estamos recorriendo la más auspiciosa de las sendas militantes. *Antes que eso, creemos que corresponde localizar al menos algunos de los problemas más destacados, aprender de ellos, transformarlos en parte de nuestra memoria colectiva y trabajar sobre los mismos en la medida de nuestros deseos y de las posibilidades comunes que deberíamos ir formando*. No se trata, por supuesto, de pedirle cuentas y responsabilidades a terceros sino de hacernos cargo colectivamente de las carencias habidas. La primera lección que debemos extraer es que los errores, los titubeos, las pifias y los desenfoces no son déficit a localizar en cuentas corrientes personales o de algún colectivo en particular sino un territorio más a roturar y fertilizar por el conjunto de los compañeros. El Encuentro ha sido un espejo del movimiento anarquista uruguayo y lo que ese espejo refleja es nuestra propia imagen: *una imagen de lo que pudimos ser hasta ahora, de lo que*

todavía no somos y, tal vez, también de lo que querríamos ser de aquí en más. El Encuentro ha sido un logro importantísimo y estamos dispuestos a repetir tal cosa hasta el cansancio; pero será bastante más importante todavía si sabemos reconocer en la silueta que dejó grabada en nuestra memoria inmediata también aquellos aspectos que habrá que retomar y superar. No se trata de regodearnos con lo alcanzado —por mucho que haya sido en comparación con la situación previa— sino de proyectarnos más allá todavía a partir de ello. Señalar limitaciones, entonces, no es un ejercicio de sadismo ni de rencor sino una necesidad de crecimiento y desarrollo. Tampoco es el uso indiscriminado de la goma de borrar y la guadaña sino el blandir un lápiz de punta fina para retocar algunas situaciones apresuradamente borroneadas y de contornos todavía difusos. Sólo detrás de esas intenciones puede tener algún sentido que ahora nos reclinemos sobre tales cosas.

El primer problema que habrá que situar es nada menos que el problema del poder. Existe un sentir desigualmente distribuido pero notoriamente extendido —y que nosotros compartimos convencidamente, aunque con nuestros propios matices— por el cual el primer factor a analizar y del cual sospechar en cualquier intento organizativo, incluso o sobre todo de signo anarquista, es aquel que guarda relación con la formación de centros de poder o la expresión de situaciones que tal vez pudieran ir en la misma dirección. Ese sentir es correcto, por supuesto, pero lo es mientras sepa traducirse en una herramienta de análisis filosa y cortante y no cuando se manifiesta como una reacción hipocondríaca paralizante que se enfrenta sin demasiada premeditación con la organización misma.¹⁸¹

¹⁸¹ Debería ser obvio que estamos hablando de organización en un sentido genérico y para referirnos a emprendimientos colectivos que se configuran de un cierto modo y no en aquel sentido restringido que asocia el vocablo con nucleamientos estables, fecha de fundación, registros de membrecía, programas de actuación, división sacralizada de funciones, codificación rígida de “derechos” y “deberes”, etc. En el primer sentido, la celebración de un cumpleaños puede estar más o menos organizada, mientras que, en el segundo, sólo el ejército, el Opus Dei, la Dirección General Impositiva o el Partido Comunista, entre muchos otros ejemplos y un multitudinario etcétera, pueden aspirar a tales cotas de formalidad institucionalizada. Parece casi redundante decir que los anarquistas nos oponemos fervorosamente a este último tipo de organizaciones pero no a cualquier variante organizativa: la vida en sociedad es impensable sin algún tipo de organización e invivible si las organizaciones predominantes son, como las que hemos mencionado, de naturaleza profundamente jerárquica y autoritaria.

Seamos simples: *si el poder es la intención, la posibilidad y/o la capacidad de una o varias personas de decidir por los demás y sobre los demás aun contra su voluntad, generando en éstos obligaciones, presiones “morales”, reacciones de asentimiento u obediencia y las acciones correspondientes; entonces, lo más peligroso no es la existencia de una organización de responsabilidades compartidas, explícita y reconocida como tal, sino precisamente su ausencia y el vacío consiguiente.* Y hay que aceptar que toda organización reclama tomar decisiones y que esas decisiones no pueden ser atribuidas a ningún “espíritu”; puesto que, cuando de anarquistas se trata, éstos se encargan rápidamente de delatar que son de carne y hueso y suelen tener nombre y apellido. Esas decisiones podrán formarse previa búsqueda del consenso y no comprometer más que a quienes las comparten y a quienes han resuelto aceptarlas, así sea a regañadientes; pero de lo que no pueden caber dudas es que se toman y de que, cuando ello ocurre, es deseable que se produzca a través de la formación del mayor caudal militante que sea posible, por muy casual, circunstancial y episódico que éste sea.

Por lo tanto, lo primero que habría que reconocer es que *el Encuentro Anarquista que tuvo lugar los días 19 y 20 de julio pasados fue una realidad organizativa –aun cuando se hubiera previsto que desapareciera como tal en el momento mismo del cumplimiento de su agenda–; que para que ello fuera posible se hizo preciso tomar decisiones; y, por último, que esas decisiones fueron tomadas por un conjunto impreciso y no formalizado de militantes libertarios.* Nada de grave hay en ello, no hubo ninguna forma reconocible de “toma del poder” en su sentido clásico y nadie podrá deducir del asunto forma alguna de hegemonía a institucionalizar y reverenciar en el futuro. Pero es especialmente oportuno reconocer las formas organizativas reales y el trámite que las hizo posibles antes que suponer que todo obedeció a un magnetismo impersonal y espontáneo. No habrá ningún nuevo Encuentro ni podremos mantener o profundizar los acercamientos producidos si creemos que no hubo ni habrá decisiones que tomar. En lugar de esa convicción ilusoria, *es enteramente preferible aceptar que hubo y habrá decisiones a tomar y que lo mejor que nos puede ocurrir es definir el mecanismo adecuado para hacerlo y las consecuencias que tal cosa habrá de provocar.* Creemos que es esta aceptación la

que nos permitirá ubicar en un marco razonable algunas de las cuestiones que el Encuentro ha dejado sin resolver y que pueden constituirse en un obstáculo de futuro.

En concreto, estamos refiriéndonos a la controversia habida en torno del hecho de materializar o no un resumen escrito del Encuentro y con las características ya anotadas. Las posiciones existentes se excluían mutuamente y, por lo tanto, no había ninguna posibilidad de síntesis. Frente a un caso de este tipo: ¿qué sentido tiene sostener que no habrían de tomarse decisiones y que nada admitía la localización y el registro de posiciones mayoritarias y minoritarias? En los hechos, tal como se vio, la decisión acabó tomándose por defecto y sin que llegáramos a saber siquiera cuál era el grado de adhesión real que concitaba. Es precisamente por este tipo de cosas que nos permitimos insistir en que un análisis lúcido de los fenómenos de poder no puede partir de la convicción absurda de que no se están tomando decisiones o que éstas serían atribuibles a un “espíritu” mercurial e irreconocible. Y tampoco puede situarse esa intencionalidad ideal en los supuestos consensos del grupo promotor, puesto que *en eventos de esta naturaleza –y con mucha mayor razón cuando se trata de encuentros anarquistas– lo primero que debe hacerse es poner al tanto a los participantes de los acuerdos previos y someter los mismos a su convalidación o a su ajuste.* En otras palabras: una vez constituido el encuentro como tal, éste debe ser completamente *soberano y autónomo*; es decir, no existe ninguna realidad organizativa que pueda considerarse por encima del mismo y reúne todas las prerrogativas para darse las reglas que mejor le parezcan desde su constitución hasta su disolución. Esto no fue entendido de este modo en nuestro Encuentro Anarquista, algunas iniciativas que surgieron en su transcurso fueron mal interpretadas y se acabó tomando decisiones de hecho bajo el equívoco supuesto de que no había decisiones que tomar.

A nuestro modo de ver, éste fue el principal de los entendimientos fallidos que hubo en el Encuentro y es un punto que necesariamente habrá que revisar y corregir; sobre todo porque se vincula con cuestiones teóricas de extraordinaria relevancia y que –insistimos– tienen que ver nada menos que con nuestras nociones y prácticas alrededor del problema del poder.

No es éste, por supuesto, el momento de elaboraciones en esa dirección pero sí el de dejar constancia de una preocupación: *el análisis del poder tiene sentido si lo que se aborda no es una realidad fantasmática sino una relación social relativamente precisa*. Una relación que no admite caracterizaciones ligeras e indiscriminadas que luego hacen imposible el establecimiento de diferenciaciones y matices, que no puede confundirse con sus caricaturas y que, por último, reclama acciones antagónicas que deben dirigirse al núcleo mismo del asunto y no a sus manifestaciones superficiales.¹⁸² Si, por el contrario, incurrimos una y otra vez en nociones y prácticas hormonales e irreflexivas, se corre el riesgo de favorecer precisamente aquello que se trata de evitar: la desconfianza respecto de espacios y procedimientos consensuados de resolución genera vacíos y ausencias que acaban siendo cubiertos por las personalidades más absorbentes y los empujes más seductores; la asimilación entre cualquier división de tareas y la formación automática de una burocracia conduce a una indiferenciación en la que sólo se distinguirán los brotes protocaudillistas. Es decir: *si el poder no es contenido expresa y racionalmente en la sala de sesiones, acabará haciendo su aparición por la ventana y cubriendo como al descuido todos los espacios de la casa*. El Encuentro, en tanto instancia a término, estuvo a resguardo de esa eventualidad pero no por ello ésta deja de ser un problema que el futuro nos exigirá resolver.

Éste fue quizás el problema más importante, el que condicionó el perfil mismo del Encuentro y el de mayores derivaciones; pero, por supuesto, no es el único que de aquí en más merezca

¹⁸² Tal vez un sencillo ejemplo nos permita explicar un poco mejor lo que queremos significar. Últimamente se ha dicho, bajo invocaciones de origen zapatista, que “la velocidad es poder”. Pues bien: desde nuestro punto de vista, el poder puede ejercerse tanto a la velocidad del sonido como a paso de tortuga y, por lo tanto, no puede confundirse con la distancia recorrida por unidad de tiempo sino que habrá de reconocérsele, en este acotado nivel de cosas, como *la capacidad que tienen unos de imponerle un cierto ritmo a los demás*. Si creemos que la velocidad es poder, acabaremos combatiendo la velocidad pero no el poder y admitiendo que –así es de paradójico el asunto– éste sea ejercido finalmente por quienes hayan resuelto caminar con la mayor lentitud. Nada de lo cual desmerece la convicción de que, ocasionalmente, sea ideológica y políticamente oportuno “esperar” el momento apropiado y a los compañeros que vienen a bordo suyo.

una cuidadosa atención. *Otra de las cuestiones en las que parece de interés concentrar el análisis es la falta de una densa producción de ideas y de lineamientos específicos sobre las materias de que trató el Encuentro*. Es interesante observar que el temario con que finalmente se condujo el evento resultó de una simplificación necesaria a partir de un aluvión de varias decenas de propuestas, pero el mismo no recogía líneas más o menos asentadas de elaboración teórico-ideológica. No se trata de decir que no exista material alguno y tampoco que no haya que recurrir a la vasta producción que pueda haberse acumulado en el plano internacional; pero sí *se trata de admitir que es notoria la ausencia de estudios concretos, específicos y en profundidad que aclaren nociones y prácticas en el contexto local efectivo en el que habrán de insertarse*.

Tomemos como ejemplo un tema especialmente controversial: el sindicalismo. Como es notorio, en el Encuentro se expresaron opiniones contrapuestas e inconciliables: inscribirse críticamente en el movimiento sindical actualmente existente o marginarse decididamente de él. Sin embargo, ambas orientaciones parecen estar inspiradas más en posiciones apriorísticas y de principio –y como tales, difícilmente reductibles– que en un estudio en profundidad de las características y proyecciones reales del movimiento sindical uruguayo. En otras palabras: *las orientaciones y las preferencias parecen anteponerse al análisis de las condiciones concretas en que deben inscribirse*. Como debería ser obvio, no pretendemos aquí cuestionar el hecho mismo de elaborar y sostener orientaciones de trabajo de acuerdo con el sustrato ideológico-político en el que se mueve cada colectivo o cada individuo, pero sí de llamar la atención sobre el hecho de que *tales cosas chocan tarde o temprano con limitaciones importantes si no se cotejan con el contexto social e histórico específico en el que deben operar y con las posibilidades y compromisos singulares que les permiten cobrar vida*. En realidad, hay por lo menos cuatro situaciones diferentes: algunos compañeros entienden que el compromiso sindical debe asumirse y tienen la posibilidad de hacerlo; otros compañeros cuestionan severamente dicha tarea y, sin embargo, se han visto obligados por las circunstancias a encararla de todos modos; también hay compañeros que la defienden

como una opción legítima y hasta relevante de militancia y, no obstante, no tienen a su alcance la eventualidad de llevarla adelante; y, por último, hay compañeros que la rechazan de plano pero no experimentan ningún tipo de presión social en esa dirección. Y, precisamente, es la existencia de análisis en profundidad que incluyeran tanto la situación global real y concreta del movimiento sindical como la consideración de las diferentes particularidades respecto del mismo lo que podría llevar a superar algunos de los actuales empantanamientos y discrepancias: *un modelo de elaboración que seguramente habría que aplicar también consistentemente a las situaciones más diversas.*

Más allá de estas cuestiones, no es posible realizar un catálogo exhaustivo de los restantes problemas pero sí vale la pena efectuar algunas anotaciones adicionales cuya consideración de futuro bien puede perfeccionar instancias de similar naturaleza. En tal sentido, creemos que sería bueno insistir en que cada militante, individualmente considerado, es en sí mismo insustituible y, por lo tanto, que es mejor estimular la más amplia participación posible que manejarse dentro de un esquema tácito de delegaturas; con mayor razón todavía cuando estamos frente a un tipo de situaciones en las que no se ponen en juego los compromisos y acuerdos de ningún colectivo. Al mismo tiempo, también sería interesante buscar una mayor diversificación en cuanto a la dinámica de trabajo, de modo que se favorezcan distintos formatos de inscripción en este tipo de encuentros y que los mismos puedan adecuarse a diferentes modalidades de participación y a las características y posibilidades personales de cada cual. Por último, parece importante admitir que el Encuentro fue más montevideano que uruguayo: seguimos pensando al movimiento con cabeza “capitalina”, no encontramos formas que permitan la participación de compañeros del interior del país y –en los hechos y aunque no se corresponda con la decisión expresa de nadie– no hemos sido capaces de incorporar todavía una perspectiva que nos sumerja de lleno en realidades que seguramente son bien diferentes y de las que no podemos o no deberíamos prescindir.

4.– ¿Seguir o no seguir?

Quizá no nos enfrentemos ahora a ninguna pregunta más relevante que ésta: ¿seguir o no seguir?; ¿considerar al Encuentro como una instancia de crecimiento colectivo del movimiento anarquista que no podemos despilfarrar displicentemente o tomarlo como un acontecimiento único e irrepetible que nada más tiene para aportar en el futuro inmediato? ¿El Encuentro habrá sido sólo una instancia episódica, para sacarnos las ganas, que no vale la pena reiterar y que no puede dar más nada de sí? ¿O puede haber expresado embrionariamente *una instancia a preservar de discusión en profundidad o una coordinación de solidaridades o un anuncio de apariciones conjuntas* o, más allá todavía, *un espacio de intercambios continuados o una red capaz de dar cabida en forma plural a un abanico de elaboraciones teórico-ideológicas de signo libertario y a una trama de trabajos compartidos*? Para respondernos adecuadamente estas preguntas conviene insistir en una convicción que ya dejamos asentada desde un primer momento: más allá de configuraciones ideológico-políticas relativamente definidas que dan lugar a la formación de colectivos diversos y acuerdos estratégicos de mayor profundidad hay también un sustrato movimientista libertario que justifica y fundamenta un espacio de aproximaciones con un perfil doctrinario reconocible. En otras y repetitivas palabras: *hay una cierta familia de formulaciones teórico-ideológicas que proceden de un tronco común, cuentan con valores compartidos y se orientan aproximadamente en la misma dirección*; todo lo cual reclamaría una cierta densidad de intercambios a jerarquizar, de problemas más o menos similares a resolver y de solidaridades a entablar. Circunstancia política ésta que sólo es concebible entre quienes se reconocen y se eligen a sí mismos como anarquistas y que no es posible replicar con corrientes de pensamiento y acción –aun socialistas, aun revolucionarias– que se construyen a partir de presupuestos teórico-ideológicos notoriamente divergentes. Sobre esto corresponderá que desarrollemos brevemente ahora algunas reflexiones que se nos ocurren pertinentes y susceptibles de constituirse en el marco razonable de nuestras propuestas finales.

En nuestro país, desde los años 60 en adelante se produjo un cierto debilitamiento del sentimiento movimientista. Las acuciantes demandas de la época exigían definiciones quizá más marcadas y que desbordaban el lecho doctrinario clásico. Los compromisos colectivos acentuaron su especificidad y, en gran medida, se negaron recíprocamente. Se privilegió legítimamente lo propio y lo singular pero se descuidó ese flanco imprescindible de todo quehacer militante anarquista que pasa por la identificación de las restantes actividades del mismo signo. La “familia nuclear” sustituyó a la “familia extensa” y se pensó que cada desarrollo parcial podía ser autosuficiente y bastarse por sí mismo. Al calor de las radicalizaciones de aquel entonces, las diferentes ramas del movimiento contaron, en distintos grados, con su propio influjo y su propia resonancia, pero en buena medida *prescindieron de su vínculo y su potenciación*. La dictadura militar –casi no hace falta decirlo– barrió o redujo a su mínima expresión, desde 1973 en adelante, con todo ello. Y hubo que esperar prácticamente hasta su ocaso definitivo, hacia 1983-84, para que volvieran a despuntar nuevamente gestos consistentes de reconocimiento y aproximación; aunque ya en un contexto histórico y social lógicamente distinto. No obstante, tal cosa aconteció en un marco general de restauración del inmediato pasado pre-dictatorial y las apetencias movimientistas de ese entonces –no contando con una épica generacional propia que las sustentara– se diluyeron sin pena ni gloria al poco tiempo. Los años 90, mientras tanto, produjeron también algunos intentos parciales, pero igualmente fallidos y de corta duración. Y así hasta el presente que nos vuelve a enfrentar al mismo dilema; aunque ahora sea en un contexto ideológico más diversificado, en otras condiciones y con una vasta experiencia de luchas cuya capitalización todavía tenemos que demostrar.

Desde nuestro punto de vista, entonces, se trata de ubicar los dilemas del movimiento anarquista, para su reconocimiento en tanto tal, en el contexto histórico, social e ideológico que le es propio.¹⁸³ Las enseñanzas recogidas son múltiples y no corresponde tirarlas

¹⁸³ Por obvias razones de tiempo y espacio no podremos realizar aquí otra cosa que contentarnos con esta referencia. De todas maneras, es prácticamente innecesario enfatizar que este contexto debería ser asumido en su intransferible especificidad y que ello obliga a desplazar hacia dicho terreno la reconsideración de cualquiera de las situaciones problemáticas del pasado. No hacerlo así, y reducir esas situaciones a sus aristas personales, implicaría limitar el análisis subsecuente a sus variaciones más estériles y contraproducentes.

descuidadamente por la borda. El repaso histórico nos dice que el anarquismo sólo florece en la medida que puede expresar necesidades propias de los conflictos y luchas de las sociedades en las cuales labora. Y sabemos también que estos conflictos y estas luchas son hoy, quizá más que nunca antes, multidimensionales y variados, ya no establecen entre sí las centralidades y predominios de épocas pasadas, parecen irreductibles a un formato programático único, no se sincronizan automáticamente y algunas veces, incluso, plantean contradicciones y disonancias que no es prudente ocultar. Un sentimiento y un gesto movimientistas que vayan más allá de los colectivos existentes tendrán que fundarse y justificarse sobre la base de esta pluralidad y a partir de la convicción de que la misma no va en detrimento de los proyectos particulares sino todo lo contrario. Ello es así por cuanto *cualquiera de las alternativas que se albergue al amparo del pensamiento y la acción anarquistas sólo puede multiplicar sus perspectivas en la medida que se ubique como segmento de un movimiento más vasto: un movimiento capaz de extenderse por capilaridad en todos los intersticios de lo social y de lo público; un movimiento que encarne una cultura libertaria a definir, identificar y robustecer*. Son estas nociones las que pueden darnos una idea más ajustada a propósito de la significación del Encuentro Anarquista que hemos celebrado y las que nos ayudarán a responder esa crucial pregunta inicial sobre la pertinencia de seguir o no seguir transitando esa senda que allí ha quedado mínimamente trazada.

¿Hace falta decir que los sentimientos y los gestos movimientistas que estamos invocando no sacrifican ni deben sacrificar lo singular, lo específico y lo particular en el altar borroso y deforme del “interés general”? Antes que eso, si queremos seguir recorriendo el rumbo que a nuestro entender queda abierto a partir del Encuentro, lo primero que deberemos hacer es reconocer la importancia de compaginar lo particular y lo general. El movimiento anarquista no puede ser concebido como una mera comunidad de ideas en el vacío sino que su existencia cobra sentido a partir del momento en que es capaz de articular unas con otras a concretas experiencias de enfrentamiento, de lucha y de transgresión. En otras palabras: no hay ni puede haber un movimiento anarquista que no se apoye en prácticas sociales de base, ya estén éstas en curso de desarrollo o bien se manifiesten como intenciones a plasmar. Lo que sí decimos es que estas

prácticas sociales de base reducen y minimizan sus posibilidades de proyección si no se conciben como parte de un emprendimiento más vasto; es decir, un emprendimiento movimientista que también se encargue de darles un sentido diferente y una irradiación que no tendrían si sólo se redujeran a sí mismas y si sólo se consideraran como acabadas, redondas y autosuficientes en su exclusivo despliegue. *La relación entre lo particular y lo general, entonces, no puede concebirse de otro modo que como circular: lo general cobra vida sobre la base de lo particular y lo particular se potencia a partir del momento en que forma parte de un proyecto general de transformaciones y de prácticas.* Dentro de esta lógica, entonces, parece claro que el Encuentro no puede haber sido un episodio aislado y sin más nada para dar sino un momento necesario de un proceso de construcción movimientista. Para nosotros ya no se trata de preguntarnos si seguir o no; se trata de preguntarnos simplemente cómo seguir.

5.— Las proyecciones del Encuentro

Asumimos decidida y convencidamente, entonces, el principio de que el Encuentro no puede haber sido un callejón sin salida o un episodio aislado y sin consecuencias; y que, por lo tanto, no deberíamos contentarnos o agotarnos o regodearnos con su mera realización. ¡No, de ninguna manera!: lo hayamos visualizado anticipadamente de ese modo o no, lo hayamos querido o no, *lo cierto es que el Encuentro tendrá y deberá tener de ahora en más proyecciones ciertas y que ellas, necesariamente, habrán de ser consientes, deliberadas y pensadas en profundidad.* Ahora bien: ¿cuáles son, en los términos más razonables que nos sea posible imaginar, esas proyecciones? En principio, no parece sensato que alentemos la idea de que el Encuentro representará por sí mismo un canal de resolución mágica de nuestras carencias ni tampoco que alcanzará con un poco de buena voluntad para que inmediatamente consideremos que allí se encuentra un cauce unitario de actuación suficiente por sí mismo o una realidad organizativa formal nueva y distinta que supere los logros preexistentes. No: ni el Encuentro en sí ni sus sedimentos o cosechas constituyen panacea alguna y no cabe esperar de los mismos ninguna operación que dé súbitamente por tierra con

problemas que, en el mejor de los casos, sólo acaban de ser inscritos en un contexto distinto y, probablemente, más alentador. No creemos, por lo tanto, que estemos en la antesala de una organización anarquista formal¹⁸⁴ capaz de unificar a la totalidad o a la mayor parte del movimiento y ni siquiera que estemos en condiciones de avanzar consistentemente en esa dirección. No creemos, tampoco, que el Encuentro haya resuelto ni siquiera alguno de los muchos dilemas teóricos, ideológicos y políticos que el movimiento anarquista tiene frente suyo. No creemos, en suma, que quepa esperar del Encuentro más de lo que el Encuentro fue. *Pero sí creemos —definitiva y enérgicamente— que lo que aquí acaba de sustanciarse, más allá de toda reserva, de toda suspicacia y de toda duda, es un enorme espacio de posibilidades y de promesas; un territorio sobre el que asentar nuestras capacidades, nuestras rabias compartidas y nuestros logros así como también nuestras limitaciones, nuestras asignaturas pendientes y nuestras debilidades por resolver.*

Se trata, por lo tanto, de fijarnos objetivos de futuro en consonancia con este logro inicial y con nuestros proyectos más evidentes. En este horizonte —a definir luego con mucha mayor precisión— lo que sí parece posible es constituir *un espacio no necesariamente formalizado de encuentro, de discusión y de elaboración*; en el que no se resientan las identidades ya forjadas pero donde éstas fueran incluidas en una perspectiva movimientista considerablemente más abarcadora. Más pretenciosamente todavía, este espacio también puede ser concebido como *un espacio de solidaridades* en el que compartir y atender las necesidades “familiares”; en la medida de lo posible y de las prioridades particulares de cada cual. Por último, ubicados ya en el punto máximo de nuestras ambiciones inmediatas, este espacio podría ser además *un espacio de avances —y sólo de avances—*

¹⁸⁴ De acuerdo con lo ya anotado en su oportunidad, es de aclarar que ahora sí —haciendo énfasis en su condición formal— estamos hablando de “organización” en uno de sus sentidos restringidos. En el sentido amplio, que ya anotáramos en su oportunidad, es obvio que el Encuentro mismo y cualquiera de los subproductos que se deriven de él resultan ser logros organizativos; aunque no lo sean en la acepción acotada que en este momento queremos destacar. Tal vez el manejo de términos que aquí hacemos se preste a más de una confusión, pero, desgraciadamente, no contamos todavía con recursos léxicos que permitan realizar en términos claros las distinciones conceptuales correspondientes.

hacia compromisos concretos y estables de trabajo en común. No se trata, entonces, de reclamar abandonos y renunciaciones con respecto de los colectivos actualmente establecidos ni de que éstos cambien radicalmente sus posicionamientos y sus empresas militantes tal como han quedado más o menos configuradas al día de la fecha. Pero sí se trata de aceptar expresa y comprometidamente a los otros y no de percibirlos como molestias o competidores potenciales. *Se trata de visualizar los territorios naturales de preocupación común, sin inventarlos caprichosamente ni construirlos a la fuerza, y transformarlos en escenarios potenciales de prácticas igualmente comunes.*

Incluso, bien podría pensarse también en espacios más reducidos; los que ya no abarcarían a la totalidad de los colectivos y de los participantes en el Encuentro pero que igualmente tendrían el mérito de generar confluencias parciales que hasta ahora no pudieron ser planteadas como tales. No es necesario extremar demasiado la imaginación para visualizar estos espacios temáticos en torno de cosas tales como “derechos humanos” y represión, movimiento sindical, medios “piratas” de comunicación, educación libertaria, movimiento estudiantil, acción barrial, comunidades y producción alternativa, edición y distribución de materiales gráficos, etc., etc., etc. A tal punto es así, que resulta casi redundante decir que *el auspicio de un sentimiento, un gesto y una práctica movimientistas estaría potenciando con su solo despliegue cualquier campo de militancia que se presente a nuestra consideración.* No importaría demasiado que estos campos de integración parcial no generen consensos en torno suyo y que, en términos generales, sigan constituyendo temas controversiales. A pesar de ello, la configuración de estos espacios temáticos representaría un avance cierto, en la medida que permitirían establecer coordinaciones actualmente inexistentes, fortificar las prácticas ya iniciadas en los mismos y enriquecer las elaboraciones respectivas. Además, dependiendo de las prioridades y las evaluaciones que cada colectivo o cada individuo considere pertinentes, es probable también que haya quien considere que estos espacios temáticos son de mayor relevancia todavía que la confluencia movimientista general propiamente dicha.

Pero, a todo esto, ¿cuál sería el recipiente orgánico o el dibujo en condiciones de acoger este cuerpo de insinuaciones que aquí apenas hemos esbozado? Ya dijimos que no era prudente esperar una unificación orgánica completa, de carácter federal o confederal, por cuanto las condiciones de posibilidad están muy lejos de su maduración y porque tampoco parece constituir –al menos en las actuales circunstancias–, un horizonte de deseos demasiado apremiantes para la mayor parte de la militancia. Incluso una mera coordinación, con carácter permanente, con delegaturas formales y en la cual se depositen expectativas de “representatividad”, parece ser una aspiración excesiva para nuestro actual grado de desarrollo, nuestros desajustes, nuestro arraigo social y nuestro nivel de acuerdos. ¿Cabría conformarnos, entonces, con darle a este tipo de encuentros un carácter aproximadamente periódico y reducir prácticamente a cero los intercambios en los correspondientes interregnos? ¿Podremos sustituir los mismos a través de asambleas plenarios con menor grado de preparación pero más o menos regulares y enfocadas sobre dos o tres temas puntuales y particularmente sentidos? La respuesta más ajustada parece ser algo así como “ni tanto ni tan poco”. Todo parece indicar que no ha llegado todavía el momento de satisfacer las realizaciones más ambiciosas pero que tal vez sí estemos situados en una coyuntura en la que se abre la posibilidad cierta de labrar un espacio de relaciones mucho más denso y significativo del que teníamos antes del Encuentro y que permite ir todavía más allá de su mera replicación. A nuestro modo de ver, *ese espacio se sustancia a través de la aceptación de palabra y de hecho de una red informal que dé cabida a la elaboración teórico-ideológica, a las coordinaciones puntuales, a los flujos solidarios y a las apariciones conjuntas que corresponda favorecer.*

Lo curioso es que esa red de que hablamos está ya constituida o se encuentra por lo menos en ciernes y sólo es necesario hacerla explícita y comenzar a vivirla como tal. No se trata de bautizarla ni de consagrarla con los santos óleos sino de reconocerla por lo que es, de engrosar sus contenidos y de transitar por ella. Esa red no es más que una trama compleja, un tejido multidimensional, irregular y variado que, de hecho, ya está albergando –aunque todavía débiles– nuevos desarrollos

teórico-ideológicos, espacios sociales contestatarios y prácticas libertarias sustentables en el marco de nuestra presente historicidad; es el espacio natural en el que tonificar cada uno de esos planos y el contexto real y posible de nuestras contradicciones sobrevivientes y de nuestras eventuales confluencias. Esa red no es más que una espesa urdimbre de conexiones que se explayan libremente, en todas las direcciones concebibles, y que, en un lugar o en otro, habrá de densificarse y definir intercambios de mayor frecuencia, de mayor intensidad y, lo que es más importante todavía, de mayor riqueza y de mayor compromiso. Cada uno de los actuales colectivos es por sí mismo un ejemplo consumado de esas densificaciones. *Pero, además, el reconocimiento de una red más extensa y de estirpe movimientista está favoreciendo, desde ahora mismo, también la posibilidad de formación de otros nodos y la virtualidad de desplazamientos más variados y que multiplican su fecundidad de origen.* Esa red, además, no tiene una estructura fija y definitiva sino que sus rutas y sus densificaciones se dibujan una y otra vez al calor de las circunstancias, de los intereses y de las necesidades variables de los colectivos y los individuos que la conforman. Desde esa perspectiva, el Encuentro mismo debería ser interpretado como una densificación mayor y como un momento de sincronización de desplazamientos centrípetos y confluyentes.

La red que intuimos, entonces, no puede menos que apoyarse en la autonomía de cada colectivo y de cada individuo, en el respeto y el reconocimiento a su identidad y a sus proyectos militantes. Colectivos e individuos que tendrán, de ahora en más y a partir de sus necesidades y deseos, la posibilidad, reconocida y estimulada como tal, de recorrer la trama movimientista en el sentido y con la intensidad que mejor les plazcan. Esa red sólo puede ser proteiforme y presentar aspectos variables: *en algún lugar será la coordinación de dos, tres o más colectivos en condiciones de acentuar sus afinidades recíprocas; en otra parte podrá ser un grupo de discusión y de intercambio teórico-ideológico; más allá tendremos la posibilidad de verla adoptar la forma de un espacio de trabajo en torno de algún tema particular; en otro momento, tal vez se presente como una aparición conjunta completa si las circunstancias dan mérito para ello; en cualquier tiempo, quizá convenga apreciarla como un infatigable “tráfico”*

de solidaridades; y así sucesivamente, hasta donde nos sea dable imaginar. Nada obliga a descartar, además, que esa red vuelva a asumir la forma –luego corregida y aumentada– de este Encuentro Anarquista que acabamos de celebrar. En cualquier caso, lo que parece absolutamente claro es que esa red permitirá afirmar un sentimiento, un gesto y una práctica movimientistas de los que ya no podremos prescindir tan alegremente como hasta ahora. Si esto es así, nuestro Encuentro Anarquista habrá sido, por lo tanto, un logro provisorio, una materialización no cristalizada y un jalón a dejar atrás; y lo será fundamentalmente porque nos ha puesto en evidencia una realidad de hecho cuyas potencialidades nos negábamos a reconocer; porque ha trazado un camino a recorrer al alcance de nuestros pies y porque ha situado con nitidez un horizonte de entrecasa que, necesariamente, estamos urgidos de alcanzar.

ÍNDICE

Reflexiones preliminares:	
El panorama del movimiento anarquista.....	7
Capítulo 1.	
Los sediciosos despertares de la anarquía.....	17
Interludio reiterativo.	
El anarquismo hoy:¿moda o tendencia?.....	99
Capítulo 2.	
El mapa del despertar en América Latina.....	109
Interludio reiterativo.	
El movimiento anarquista latinoamericano de nuestros días: realidades y tareas.....	199
Capítulo 3	
Horizontes, caminos, sujetos, prácticas y problemas. Apuntes para un proyecto revolucionario en América Latina.....	209
Anexo	
El Encuentro Anarquista uruguayo.....	241